

Stephen Goldin reúne en este volumen once narraciones de diversos autores —todos ellos figuras destacadas en el campo de la narrativa de anticipación— que tienen en común el hecho de presentar culturas o formas de vida extraterrestres que suponen otras tantas alternativas a las de los humanos. La posibilidad de una evolución no competitiva, los viajes rituales de iniciación erótica, la existencia de seres que dominan individualmente su entorno y no precisan la organización social, las civilizaciones lúdicas en contraste con las tecnológicas, son algunos de los temas que sirven de base a los relatos. La introducción a cada uno de ellos, obra de Stephen Goldin, subraya los valores que, desde perspectivas muy diversas, presentan las once narraciones de este libro que es, sin duda, una de las muestras más originales y renovadoras de la ficción científica.



AA. VV.

Mundos perdidos

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 5

ePub r1.1

Titivillus 24.08.16

Título original: *The Alien Condition*

AA. VV., 1973

Traducción: María Victoria Lentini y Joaquín Adsuar Ortega

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.1



Dedicado con amor y respeto
a
DAVID GERROLD
... que me enseñó

ÍNDICE

Introducción, *Stephen Goldin*

EL LAMENTO DEL KEEKU, *Lament of the Keeku Bird* (1973)

Kathleen Sky

ALAS, *Wings* (1973) Vonda N. McIntyre

EL IMPERIO DE T'ANG LANG, *The Empire of T'ang Lang* (1973)

Alan Dean Foster

UNA SALIDA, *A Way Out* (1973) Miriam Alien deFord

EL OYENTE SORDO, *Deaf Listener* (1973) Rachel Cosgrove Payes

LAS BARRAS DE HIERRO NO FORMAN LA JAULA, *No Iron Bars
a Cage* (1973) C. F. Hensel y Stephen Goldin

ACTIVIDAD PATRULLERA RUTINARIA, *Routine Patrol Activity*
(1973) Thomas Pickens

LA LLAMADA DE AUXILIO DE KERLYANA, *Call from Kerlyana*
(1973) William Carlson y Alice Laurance

EL INGENIERO DE SEGURIDAD, *The Safety Engineer* (1973) S.
Kye Boulton

AMAR ES EL PLAN EL PLAN ES MORIR, *Love Is the Plan the Plan
Is Death* (1973) James Tiptree, Jr.

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS DE SIGM, *The Latest from Sigma Corvi*
(1973) CORVI Edward Wellen

INTRODUCCIÓN

Desde el primer relato contado alrededor de una hoguera del neolítico, la ficción ha existido para servir a tres propósitos. El primero, distraer, interesar a los oyentes con dilemas que les son ajenos, para así dar paso a emociones que de otro modo no podrían expresarse, salvo el conocer que el relato no es real y por lo tanto, esas emociones no pueden causarle daño. El segundo, educar e instruir, reforzar el marco social que rodea al público y aclarar puntos morales. Y el tercero, que, según cabe suponer, separa la literatura «seria» de la de «evasión», definir y representar esa cualidad esquivada conocida como la «condición humana».

¿Qué es la condición humana? Nadie está completamente seguro, por eso aún existe la literatura. Por decirlo de un modo más claro y expresarnos en términos generales, la gente es cruel (o es buena); es fuerte (o débil); las personas son criaturas inteligentes (o presa de emociones); es codiciosa (o generosa); es feliz (o desgraciada). Todos estos factores contradictorios y muchos más, forman el mundo complejo con el que los humanos nos enfrentamos cada día. Lo que distingue una ficción de otra es la manera con que el autor combina esos elementos dispares.

Pero ¿por qué la condición humana es lo que es y no de otra forma? Su elemento básico no ha cambiado desde que los primeros caracteres cuneiformes fueron trazados sobre tablas de arcilla hace miles de años. ¿Por qué la condición humana es un fenómeno tan firme?

Ciertas personas culpan a Dios que creó hace tanto tiempo el hombre con los mismos defectos que hoy posee. Otras, echan la culpa al universo imparcial, en donde el curso inexorable de la

evolución nos ha marcado de un modo indeleble. Pero sea cual fuere la causa definitiva, ahí están los hechos para comprobarlos. Ciertos impulsos básicos controlan nuestros actos hasta lo más profundo: impulsos de hambre, sexo, inseguridad, codicia, curiosidad y otros más. Mezclados diversamente, tales impulsos son responsables de todo lo que hacemos.

Por encima de esos impulsos existen otros factores. Uno de ellos es la inteligencia que permite al hombre percibir el universo que le rodea y conocer el papel que representa en él, así como dominar tales impulsos, perfeccionarlos, racionalizarlos o intensificarlos por procedimientos tan sutiles que ningún ser no inteligente comprendería.

Otro factor son las manos con pulgares opuestos, lo que permite al hombre usar utensilios y de esta manera cambiar su entorno. Sin la habilidad de manipular, la inteligencia sería esotérica. Sin la inteligencia, la habilidad de manipular no serviría de nada.

Todavía hay otro factor: la facultad de comunicación. También la de recordar y registrar sucesos pasados; la habilidad de especular e imaginar; la de reír; la de llorar.

La lista podría extenderse indefinidamente. Todos esos elementos hacen de nosotros lo que somos. Pero hay algo más en la historia de la existencia humana que una lista de características. Sin el dedo indiferente de la circunstancia, todos los hombres serían iguales y diferirían de la mujer sólo en los órganos sexuales. Sin embargo, tal como es el mundo, todos nacemos en circunstancias únicas y a través de un curso de aconteceres singulares permanecemos claramente individuales. Es la circunstancia, mezclada liberalmente con la condición humana la que constituye la base de la literatura.

Pero tratemos, por un momento, de desarrollar una perspectiva completamente nueva. Es un hecho que en algunos lugares del universo existen otros planetas que giran en torno a otras estrellas. Por medio de la ciencia ficción podemos especular sobre la vida de esos planetas e incluso, cambiar las variables en las que opera. La condición humana no necesita hacerse esa pregunta; en cambio, tenemos la oportunidad de explorar la condición extraterrestre.

Los escritores cuyos relatos componen este libro lo han hecho.

Han conseguido salir de su piel humana y penetrar con su mente dentro de los cuerpos de seres con diferentes impulsos, diferentes valores, diferentes motivos. De ese modo han inspeccionado temas tales como la vida y la muerte, el amor y el odio, la soledad y la destrucción por actos de guerra y la conservación por medio de la ingeniería ecológica. Todo esto y mucho más lo han visto de formas totalmente nuevas y emocionantes. Por medio de sus relatos comparten contigo, lector, sus nuevas percepciones.

Una voz pragmática indaga por qué hacemos todo eso. Si ni siquiera comprendemos nuestra naturaleza humana, ¿por qué tratamos de especular sobre criaturas que probablemente ni existen? ¿Qué bien nos reporta?

A esto hay varias respuestas. La más fácil es la curiosidad; un aspecto de la condición humana. Los hombres siempre se han preguntado qué era el Más Allá, lo mismo tras la montaña más próxima o la más lejana galaxia. A tal efecto, estos relatos siguen una tradición muy antigua y establecida. Por lo mismo, la flexibilidad mental se convierte cada vez más en una necesidad. En algún lugar de nuestro vasto universo es posible la existencia de otros seres inteligentes. Pueden ser totalmente distintos de las criaturas aquí descritas —esto no viene al caso—, pero a la larga, nos tropezaremos con ellas y vamos a necesitar una gran amplitud de miras para tratarlas de un modo tolerante y amistoso. Para proporcionar al lector nuevas perspectivas, los relatos contenidos en este libro le servirán de orientación para contemplar el universo a través de ojos foráneos.

Lo más importante de este libro es que nos da una idea de lo que somos nosotros. Conceptos que damos por buenos se perciben desde posiciones ventajosas inesperadas y temas que consideramos triviales adoptan aspectos nuevos e impresionantes. No podemos hablar de una forma empírica de un objeto hasta haberlo observado desde todos sus ángulos. Igualmente, nuestra perspectiva de la vida puede ser bidimensional hasta que no hayamos trasladado nuestro punto de vista para ver las cosas familiares a través de ojos desconocidos.

No puedo asegurar si los relatos contenidos en este libro instruyen o educan al lector, pero sí son entretenidos y espero que

nos ayuden a desentrañar la condición humana al examinar los problemas más importantes y generales de la condición extra-terrestre.

STEPHEN GOLDIN

El mundo se encuentra muy preocupado por la alienación, un estado que va en aumento, responsable de la mayoría de nuestras más espantosas enfermedades.

El presente libro contiene varios relatos inéditos escritos por autores jóvenes y viejos. Viajes a lo desconocido para compartir la auténtica condición alienígena... y para comprender mejor la condición humana.

El hombre es un inválido en comparación con criaturas que pueden volar. Encontramos voladores inválidos que nos cuentan lo que de veras sentimos...

El hombre se ocupa en destruir la red de vida de su planeta. Pero tal vez no sea el único...

El proceso reproductor del hombre es notablemente complejo y falible; no obstante, es una bagatela, por no decir un deleite en comparación con otros...

El hombre es, en definitiva, un asesino omnívoro. ¿Podría tener esto que ver con su eterna necesidad de amor?

Cuando se trata de atacar ciertos problemas, los nuevos autores desean remover cualquier tema y acometerlo con valor, humor, verbo, imaginación y habilidad, y de grado o por fuerza, *Mundos perdidos* nos revela muchísimo sobre los humanos...

Vivimos sobre normas establecidas y es muy difícil que el ser humano acepte los cambios. Pero en ocasiones, el cambio es ineludible, incluso, necesario. Por eso, los ritos de tránsito son universales en las sociedades humanas, marcan los hitos de la vida. Al enfocar el cambio —a menudo exagerándolo— se pretende facilitar la comprensión de los problemas que surjan de él. Quizá también se pretende que el individuo piense más en la forma, sustancia y significado de su nuevo papel social. Maduran el proceso en la maquinaria de la sociedad.

Tales ritos suceden en ocasiones especiales: nacimiento, muerte, matrimonio, etc. Las sociedades desconocidas pueden poseer similares períodos decisivos de modificaciones individuales. Estas ocasiones no precisan ser las mismas que las nuestras, pero, puesto que todo cambia en la vida, deben de existir de alguna forma. Y si de veras existen, estarán marcadas por los ritos de tránsito, para ayudar a la madurez individual y acomodarla a su nuevo estado.

Precisamente, el relato que sigue es un rito de tránsito, de cambio, reflexión y madurez.

EL LAMENTO DEL KEEKU

Kathleen Sky

Mi útero palpita relleno de arena sangrienta en vez del nuevo cachorro que debía ver la luz este año. Arde mientras me arrastro sobre mi vientre por los ardientes guijarros. ¡Uy!, dentro de mí, la arena rasca la piel de mi útero, lo devora al avanzar a rastras por las montañas de la rizada y revuelta duna. Cada granito me espera para vengarse en mi cuerpo por el pecado de arrastrar sobre él esta carcasa sanguinolenta y desgarrada. Un granito de arena es tan pequeño que apenas logro verlo, pero ¡Dios mío, hay tantos...!

¿Por qué no me advirtieron que me dolería tanto y dejaría un amplio rastro de pellejos y arena sangrienta que se extiende hasta el horizonte? Mi piel se desgarrar, se pulveriza por dentro y por fuera entre rimeros de arena.

¡Mi útero! Del roce se ha afinado como una hoja de mandús encendida que flamea en mi vientre.

Los Ancianos me trajeron, temblorosa y suplicante, al borde del desierto. Dijeron que debía arrastrarme como una bestia sobre el vientre hasta la Larga Roca si quería sobrevivir.

«No debes levantar tu vientre de la arena», dijeron.

«No te vuelvas de espalda en tu caminar hacia la Larga Roca.

»Repta hasta hallar la Larga Roca.

»Sobre tu vientre hasta la Larga Roca.

»No te detengas hasta llegar a la Larga Roca.

»Encuentra la Larga Roca«

¡Muere en tu caminar hasta la Larga Roca! ¡No, no me dijeron eso; no me contaron cuánto sufrimiento me causaría esta traición de los Ancianos...!

No he cesado de arrastrarme, aunque una vez me detuve para apretar con fuerza las mandíbulas. Mis dientes verdean, oscilan en los alvéolos. Hace más tiempo del que puedo contar que no los he hincado en la carne caliente; rozan los bordes de mis quijadas y castañetean como los huesos del muerto cuando el keeku se ha ido. ¡Ah, qué daría por un mordisco, sólo un mordisquito de carne caliente!

Tengo los ojos bordeados de sales de cristal saladas, ¿lágrimas? Me abrasan como la arena sobre la que me arrastro; la arena que se arrastra dentro de mí. Los bordes de las pestañas están pegados y cuando parpadeo me estiran los ojos, tan secos, que ni un keeku los querría.

Mis ojos sólo divisan arena. En mi juventud me llamaban «Ojos penetrantes»; ahora, están nublados y secos en las órbitas y apenas veo adónde miro.

¿Qué pasará si no encuentro la Larga Roca? Podría estar en cualquier lado, oculta por los altos montones de arena o perdida a causa de mis débiles ojos. Ayer vi un espejismo, una roca que reverberaba al sol y luego se desvaneció. Era una roca muy larga y se arrastraba como yo, con su vientre sobre la arena. ¿Y si no fuera un espejismo? Mi visión es tan pobre que no divisa lo real de lo falso...

He perdido la Larga Roca.

Me dijeron que si reptaba en línea recta seguramente hallaría la Larga Roca, aunque no me advirtieron cuánto tiempo tardaría. Seguramente, ya la he pasado.

¿Aún me muevo en la dirección exacta o sólo mi cuerpo va en pos de la cola? No puedo girar la cabeza para ver mi rastro. Para ello, debería mirar el camino por donde vine y me lo prohíben los Ancianos.

Dijeron que no debía volverme... de lo contrario, moriría. ¡Pero estoy muriendo! Dentro de mi vagina siento la sangre cómo roza la arena que llevo dentro y sobre la que me deslizo, pero es más fácil arrastrarse sobre la arena húmeda, aunque sea mi propia sangre la que la empapa...

No hay ni un escarabajo en toda esta duna. Me comería hasta un zanthu, aun cuando a mi raza se le prohíbe ingerir sapos de arbustos. Me sabría bien y fortalecería mis dientes. Cualquier cosa que comiera la hallaría sabrosa... Ah, hasta un keeku, sí, ¡hasta un keeku! Vi una pequeña lagartija, pero corría tan rápida que no pude alcanzarla, y ya me había pasado después de saltar valientemente sobre mis garras delanteras. ¡Qué rica si la agarro! ¡Con qué rapidez hubiera quebrado sus huesecitos entre mis mandíbulas... sangre y carne crujientes y cálidas! Endurecería mis dientes con la carne caliente.

Mi útero grita mientras mi piel se hace trizas por la arena y el dolor de mi vientre se anuda en mi alma estrangulándola. Ignoraba que existiera ese horror... este moler y moler en mi vientre con la sangre chorreando gota a gota en la sedienta arena. No sabía que con esto, los Ancianos maduraban sus cicatrices... No sabía que era así como me volvería vieja...

Me arrastro sobre mi vientre como un reptil... jamás he gritado tan fuerte, ni con los dolores del parto... ¡Ah, qué dolor!

Las tripas se retuercen, se aprietan contra este interminable roce de la arena en mi vientre. ¿Pretenden los Ancianos que abandone mis restos en la arena cuando se haya consumido mi útero?

¿DÓNDE ESTÁ LA LARGA ROCA?

¿Están aún mis ubres llenas de leche? ¡Ah, cómo se agrupaban como fruta madura a la boca de mi útero! Sonrosados, hartos de rica leche; mis ubres suaves, espurreando con entusiasmo llenaban la boca de muchos cachorros. Nadie tenía unas tetas tan hermosas y cálidas como las mías. Llamas en la época del cielo. Hogueras que atraían las manos de mis amantes... ¡Ah!, cálidas y codiciosas,

rozaban sus manos anhelantes... dulces y suaves, latían, cuando uno introducía presuroso su simiente en el fondo de mi vagina. ¡Ah, qué hondo, qué hondo frota su miembro dentro de mí! ¡Brillan sus ojos, el agua gotea de su boca abierta... ah, su miembro experimenta un vivo placer, late en mi útero, ahhh!

No estoy segura de querer ser vieja.

Siento cómo las trizas de carne del vientre se prenden en mi cola. Se enredan en las tiras sueltas y desgarran la tierna epidermis de mis patas traseras. No hay agua en todo este desierto. Nada que pueda beber; nada donde lavar mi ensangrentada piel. ¡Cómo me gustaba el río que discurría veloz bajo los riscos de mi aldea! Frío, límpido, relucía rápido, burbujeante, bailando sobre las rocas se derramaba suavemente en el remanso de la aldea...

¡Ah!, beber toda el agua que mi vientre puede resistir... sorber el agua que corre... el agua veloz; las bestezuelas que nadan ignorantes de que mis mandíbulas las esperan. ¡Ñam! Agua fresca, fresca, carne caliente, caliente, y yo, con mi piel lustrosa, reluciente como el río, mientras él agua se desliza por mi espalda.

Me encanta el agua en mi cuerpo para poder bebería, pero no hay un río para limpiar mi piel polvorienta, ni carne para que mis dientes mastiquen. Si pudiera almacenar en mis huesos las rápidas bestezuelas acuáticas como hago con el agua rancia que gotea dentro de mi boca... ¡Aúpa! El agua subiría hasta mis mandíbulas... con los animalejos nadando dentro... ¡Aaah, masticar otra vez, frío y caliente!

¿Por qué no puedo comerme yo? Bebo el agua de mi cuerpo, escasa para la sed que me devora... ¿por qué no comer las trizas de esta carne sanguinolenta que la arena desgarrar? Pierdo grandes pedazos de piel inútilmente; sólo alimentan la rapaz arena que no necesita mi carne... ¿por qué no me alimenta mi cuerpo?

Nunca me dijeron que estaba prohibido comerse la propia piel, aunque para alcanzar los trocitos que se desprenden de mi vientre debo dejar de arrastrarme, levantar el cuerpo y girar la cabeza hasta

ver el camino que recorro. No puedo, no puedo, ¡los Ancianos me dijeron que sólo podía detenerme si agonizaba o quedaba muerta!
¡Cómo me atormentáis, Ancianos...!

Un pedazo de piel se ha desprendido de mi garra derecha. Si me alzo sobre una pata sin dejar de arrastrarme y extenderla hasta mi boca... casi... ¡un poco más... así!

¡Uuuu!, tengo la boca llena de arena ardiente y el gusto amargo de la carroña; el gusto húmedo y malsano de mi piel se mezcla con la bilis que asciende desde mi garganta y llena mis doloridas mandíbulas. Se vierte en remolinos en mi boca recordándome mi vergüenza. Nunca hallé en la carne caliente, cascajos, sustancias ponzoñosas que me llenan de bilis, y mi cuerpo se subleva de asco por esa comida. No puedo tragarlo; gotea de mis mandíbulas en la arena expectante, dispuesta a regalarse con ella. ¡Puaf! ¿No se verá nunca libre mi boca de esta bazofia? No era mi intención comer mi piel... ¿cómo no me lo advirtieron los Ancianos?

Se me ha enganchado un granito en uno de los colmillos. Roza las encías cada vez que aquéllos cambian de posición en las mandíbulas doloridas.

¿Por qué me flojean los dientes y por qué no hay algo de comer y de ese modo los afianzaría?

Tengo las garras demasiado embotadas de arrastrarme tanto para quitarme la arena, y la lengua, seca e hinchada, no es capaz de hallar la rendija bajo el diente.

¡Lo que daría por una ramita con la que escarbarme los dientes...! ¡Aaah, si fuera un trocito de carne clavado en mis dientes en lugar de esta insípida arena!

En los festines, cuando era pequeña, asábamos en los hoyos de fuego el cuerpo de un *sleam*. ¡Qué grande era! Se necesitaban muchos machos para levantar el animal sobre los pozos, y aun así, les costaba un gran esfuerzo. La piel del *sleam* se volvía curruscante y negruzca al calor del hoyo, y nosotros chillábamos de alegría al sentir el olor de la carne caliente. ¡Uh!, ahora es más difícil cazar un

sleam y los dioses de la tierra se crecen con la edad, por lo que no hay tantos hoyos de fuego.

¡Ah, los festines de mi infancia con los hoyos de fuego! Abrasadores, llenos de piedras grises y desiguales en el cuerpo de un dios de la tierra. ¡Cómo brincaban las manos del dios! Dedos ardientes con llamas azules, naranja y amarillas se elevaban del cuerpo del dios para calentar nuestros manjares. ¡Cómo deseaba usar los ojos cada día para calentar la carne! Pero los Ancianos — siempre los Ancianos— dijeron que debíamos contentarnos con el calor de la caza reciente y el crujido de los huesos sin tostar. Los dioses nos abandonarían si usábamos demasiado su calor; su simiente de fuego no fue creada sólo para que nosotros calentáramos nuestros alimentos... se requería para formar nuevos dioses y volcanes. La simiente del dios debe reponerse y aguardar, ardiente y madura, la época en que los miembros del dios de la tierra se elevan para fecundar el cuerpo de su pareja.

Quizá en la época del cielo gozábamos de muchos festines o empleábamos demasiada simiente. En cambio ahora, no tenemos tantos dioses ni hoyos de fuego. Me gustaría tener dioses, fuego, *sleams* y festines... ser todavía un cachorro que come carne caliente, regalo de los dioses. Recuerdo que era tan glotona de carne caliente que la agarraba de las llamas, ardiente y humeante, llenando con ella mis mandíbulas. ¡Ñam, ñam! ¡Cuántas veces me quemé la boca a causa de mi gula! Mi madre chasqueaba las mandíbulas de rabia y me enviaba, de una bofetada, rodando por la arena. Recuerdo el calor de la carne; ¡qué rica era, aunque me quemase la boca!

Mis pies se hunden en la arena seca levantando pequeñas ráfagas de polvo sobre mi piel. Ni siquiera podría decir de qué color soy. No es que me importe mucho, pero ¿soy verde, gris o azul claro como el agua del río? Ahora me es indiferente, pero hubo un tiempo en que me divertían los colores cambiantes de mi piel. Pero uno no puede comerse los colores de su piel, ni limpiarse la arena a lametazos con una lengua cuarteada y seca. ¡Ah, cómo le gustaba el río a mi gran padre, azul púrpura! Me enseñó a jugar en sus rizos, a tomar frío y calor, y el gozo que se experimenta con el frío penetrante del río. Mi padre, verdoso y azul, me enseñó a lanzar los capullos de chroci en los pequeños remansos al borde del río, y

flotar a su lado, suavemente, como una flor.

Él y yo éramos los nadadores más veloces de nuestra aldea. Mi padre azul-verde y yo nadábamos precisos y fuertes engullendo grandes cantidades de animalitos acuáticos. Eran, rápidos nadando, pero no tanto como nosotros.

Mi padre era joven, ¡muy joven! Jamás se arrastró hacia la Larga Roca. No tenía cicatrices de madurez en su hermoso y reluciente vientre; aún conservaba sus miembros y la bolsa que los sostiene.

En realidad, jamás los vi —esas cosas están prohibidas—, pero sé que los resguardaba, suavemente ocultos en la bolsa de su vientre.

¡No! ¡No debo pensar de ese modo en mi padre!

¡QUÉ VERGÜENZA!

¡NO DEBO!

¡ESTA MAL!

Murió el gran púrpura verde. Las fiebres que invadieron nuestra aldea en la estación del frío lo atraparon con sus cálidos brazos apretándolo hasta que murió. Echo de menos a mi padre...

Ya no experimento tanto dolor. ¿Ha menguado o mi mente se niega a aceptarlo? Creo que ya no sangro. Noto la piel seca, está cubierta de una espesa capa de arena y el dolor es sólo un espejismo. ¿Por qué no hay ya sangre? ¿No me queda nada que dar a la arena que chupa mi cuerpo... o quizá su sed descomunal se ha apagado? Espero que así sea y no otra jugarreta de los Ancianos.

¡Oh, ha vuelto el dolor! La capa de arena de mi vientre ha sido raspada por los granos sobre los que me arrastro y la carne viva penetra como un amante en la vagina de la expectante arena. Tengo los intestinos atados con fuego. Alzo los flácidos músculos del vientre, elevando las doloridas paredes de mi cuerpo. Pretenden que deje hasta mis intestinos en esta arena de una duna, de un desierto.

¡Oídmme, Ancianos! No soporto más este arrastrarme. Os podéis guardar vuestro cuento de la Larga Roca, y morir como yo estoy muriendo... ¿me oís?

Maldigo a los Ancianos, pero sigo arrastrándome. Soy una estúpida. No necesitaba venir aquí. Se cuentan cosas de los que no se sometieron, de los que viven en las colinas del límite del mundo. Aún tienen el vientre sin cicatrices y entre ellos no hay Ancianos... soy una estúpida... una necia...

La arena se adhiere en parches secos a mi vientre despellejado, pero al haber menos sangre ya no me cubre como antes. Poco importa... si la hubiera, esa capa de arena se la volvería a llevar, y noto cómo se desliza por mis mandíbulas, hasta mi vientre, a la entrada de mí...

No tengo vagina.

Estoy extrañamente lisa, de la cabeza a la cola; una gran curva untada de arena desde el hocico al ano, sin que se marquen las ubres al comienzo del útero. ¿Es mi piel tan lisa como parece o sólo la seca melosidad de mi sangre? No, no sangro y estoy lisa... es extraña esta nada de mi vientre y el dolor que se desliza dentro y fuera de mi cuerpo como un amante virgen inseguro de sí.

¿Qué es peor, Ancianos, el ardiente dolor que me roía las entrañas cuando me raspaba la vagina dejándola en la arena, o este dolor nuevo que apena mi alma mientras mi mente grita ante la idea de no volver a parir otra estirpe de cachorros?

No tendré más cachorros. No volverá a sentir jamás el placer junto a un hermoso macho mientras introduce su simiente dentro de mi anhelante vagina, fecundándola con nueva vida... nunca más, ¡nunca más!

¡Ancianos, que el resto de vuestra vida se vea colmado con el mismo dolor que el mío...!

No debieron permitir que esto me sucediera... No debí permitirlo yo... Parí muchos cachorros para la aldea. Me merecía otro año... dos, tres... y alumbrar otros cachorrillos. Me habéis robado todas mis alegrías; no puedo pretender alumbrar otros cachorros. Ancianos, me habéis arrebatado mis sueños. Ya no tengo sitio para recibir simiente, ni ubres para cobijar un cachorro ni alimentarlo cuando nace... malditos seáis, Ancianos, ¡mil veces malditos!

Pie Torcido fue el primero... después vino Ojos Verdes... no, ése fue devorado en su primer año de vida por un sleam merodeador; el siguiente fue Cachurrón, ¿o aquel extraño cachorro rojo del que todos se reían? Lo quería, aun cuando al fin tuve que matarlo a causa de su rareza. No es bueno ser distinto de los de tu raza. Era lento para aprender... no jugaba con los otros cachorros. No comía como debía, cogiendo lo frío y lo caliente, ni aprendía los sistemas de los demás... ese cachorro mío tan peculiar debía morir.

Luego llegó Arrollador, ¿o fue aquel año que tuve la hija? Estaba tan contenta con ella... su padre le enseñaba muchas cosas, como me las enseñó el mío. Silbador llegó después de la niña, luego, luego...

¡Di a luz gemelos!

¡Después de tantos años mi alma se rebela al pensar en algo tan vergonzoso como mis... *gemelos*!

La aldea quedó en silencio cuando la Anciana que se quedó a mi lado cuando alumbré, se marchó despacio hacia las piedras del perímetro proclamando el desastre, el terror y la enemistad de los dioses. Yo me sentía débil por el doble parto y sólo deseaba morir en la madriguera sofocante empapada de sangre... ¿por qué no fallecí entonces en lugar de vivir sólo para que me envíen a este lugar yermo?

Llegaron los Ancianos y se los llevaron de mi lado. Eran tan pequeños... todavía húmedos de mi vagina y aún no consigo arrancar de mi mente por qué lo hicieron si eran unos cachorros como los demás. Pero sí, el problema consistía en que eran dos, no uno solo. Así pues, se llevaron mis hijitos y empalaron sus contraídos cuerpecitos en las agudas estacas que se alinean a la entrada de nuestra aldea. Los seguí, arrastrando mi dolorido cuerpo por el suelo, como ahora, para ver lo que les pasaba a mis pequeños.

Eran tan chiquitos, negros aún de mi sangre y los Ancianos no habían roto la piel de sus pechos ni abierto sus ojos. Me eché junto a las estacas con la cola enroscada en los altos palos. Mis cachorros sangraban. Manaban de sus cuerpos gotas rojas que se escurrían por las estacas y caían sobre mi piel empapada de sudor. Lloré de miedo y de vergüenza por haberlos parido. Cubrí mis ojos con mis zarpas y

aguardé a que los Ancianos levantaron mi cuerpo y lo clavarán en las puntiagudas estacas. Temblaba de pánico... esperando...

Los Ancianos me dejaron sola.

¡Mis cachorros, mis cachorritos húmedos aún de mi vagina!

Yacía muy quieta a su lado, oyendo sus gritos mientras se desangraban y morían retorciéndose en los puntiagudos palos.

¡Había tal silencio en la aldea... sólo los chillidos de mis cachorrillos! Después, no se oyó nada más y finalmente, el grito penetrante del keeku:

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

Los Ancianos alejaron al keeku; se prohibió a las aves llorar por mis pequeños. Nada de lágrimas, sólo las agudas estacas para mis cachorros. A ellos y a mí nos dejaron solos muchos días. No permitieron que viniera el keeku ni se llevaron mis cachorros muertos. No comí nada y mis dientes comenzaron a aflojarse. Los cachorros hedían y aún no dejaban que el keeku llorase por ellos.

Al cabo de unos días regresaron los Ancianos. Vinieron para llevarse mis cachorros de la entrada de la aldea; no dejaron que el keeku los llorase.

Mi pecado fue alumbrarlos... ¿por qué no me mataron también? ¿Por qué me hicieron sufrir tal vergüenza? ¿Por qué aguardaron a matarme ahora, arrastrándome sobre la arena, sin alimento... sin hallar la Larga Roca?

Después de aquel triste suceso di muchos cachorros al pueblo... ¿por qué pues no me permiten darle más? ¿Ocho, diez? Debe de haber muchos más hijos míos... alumbré más cachorros...

A veces, la Anciana se distrae en la madriguera y el parto suscita hambre...

Los cachorros recién nacidos son muy sustanciosos.

Debí comerme los gemelos cuando nacieron. Pero la Anciana acechaba... y yo, tan cansada por el parto, no atiné en comérmelos.

Estaba muy gorda con los gemelos en mi vientre; debían saber que alumbraría dos. Sospechaban... estaban ojo avizor... ¡lo sabían! Me dejaron comer los cachorros fuera de la ardiente madriguera... me obligaron a comérmelos, ya muertos.

Los cachorros recién nacidos son buenos, dulces y calientes... ¡Ñam! Los cachorros muertos de varios días no valen nada; están

fríos, blandos, viscosos, producen náuseas. Es duro comerse su propia vergüenza.

¿Keeku?

Me pareció oír uno al amanecer. El golpeteo de sus alas es inconfundible al rayar el alba, antes de que otros ruidos lo ahoguen. Saludan a la Aurora, su Señor, cuando surge de los volcanes detrás de las montañas. Los keekus son siervos del Orto y glorifican su victoria sobre la Noche que cada tarde lo hunde en las lejanas montañas. Se siente en los hoyos de fuego donde calienta su carne; se levanta fuerte y valiente para luchar.

El keeku canta victoria. El keeku le da la bienvenida.

¡Kee-oo, Kee-oo, Kee-o-o-o-o!

Por aquí no hay ningún ruido, sólo el del viento al arrojar polvo sobre mi piel; el rastreo de mi cuerpo y el succionarme un colmillo para arrancar un granito de arena.

¡Pero oigo el keeku!

¿Kee? ¿Kee? ¿Kee-e? El ave de alas negras me busca. ¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

¿Un keeku?

Conozco los keekus, los recuerdo muy bien. Viajan en bandadas en busca de agonizantes. Un cadáver los atrae: ¿cómo saben que está muerto? El keeku vuela orgulloso buscando —el keeku vuela en bandadas—, los keekus buscan la muerte. ¿Por qué sólo un keeku?

La primera vez que los vi acudían en bandadas en busca de mi padre. Se agruparon en torno a su cuerpo, tan cerca, que lo cubrían con sus alas extendidas y el polvo que levantaban caía sobre él hasta que quedó negro. Los keekus lloraron, se acercaron muy despacio y rodearon su cuerpo descompuesto. Le golpeaban con las alas limpiándolo del polvo. ¡Oh, cómo lloraban por él, entonando su canto fúnebre!

¡Oooo-uh, oooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

Las lágrimas de los keekus hicieron brillar su cuerpo como si hubiera estado jugando en el río en vez de agonizar.

Los keekus lloraron mucho rato por él:

¡Oooo-uh, oooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

No sabía que un pájaro pudiera tener tantas lágrimas en los ojos, pero había tantos keekus...

Venían a centenares para rodear su cuerpo y gemir por él. Al cabo de un rato, un keeku se acercó a su rostro, saltó sobre el hocico, luego, con delicadeza, con la punta de sus garras, recorrió el largo rostro para detenerse en equilibrio encima de los abultados bordes de los ojos. Entonces, con la precisión de un curandero, el keeku levantó el párpado de mi padre, hizo saltar el ojo con su afilado pico y lo devoró. Los otros keekus lanzaron fuertes gritos y empezaron a comer.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

Oigo sólo un keeku. ¿Grita kee?, ¿keee, ke-e-e-e? Un canto penetrante... ¿kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

¿Soy una carcasa tan mísera que sólo puedo alimentar un pájaro? Quizá este lugar es tan árido que sólo hay un keeku en él.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

Pronto moriré y el keeku llorará por mí. Se me acercará y gritará:

¡Oooo-uh, oooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

¿Cómo le sabré a un keeku? Ooo-uh, soy amarga, ¿le importará? Oooo-uh, ¿cómo sabrá que estoy muerta? ¿Puede husmear la muerte desde tan alto? ¡O-O-O-O-O-a-a-ah!

Valgo sólo para un keeku porque fui tan estúpida que no hallé la Larga Roca. No hice caso a los Ancianos; no encontré la Larga Roca... gracias que los dioses me conceden por lo menos un keeku.

¿Qué se siente al ser devorada por un hambriento keeku?

¿Cómo... sabe un keeku?

Vuela muy bajo sobre mí. Noto sus alas cómo rozan el aire sobre mi lomo, la arena se arremolina en mi piel con el movimiento de sus alas y percibo la ardiente carroña de su aliento. ¿Cómo es de grande? ¿Están formados casi todos de plumas o hay mucha carne oculta bajo esas alas? Se me endurecerían los dientes si pudiera hincarlos en sus calientes huesos cubiertos de substancia...

¿Cómo puedo atrapar un keeku?

Podría rodar sobre mi lomo y clavarle las garras cuando vuelva sobre mí. No, no puedo levantar mi cuerpo de la arena. Podría alzarme sobre las patas traseras... no.

La cola.

Azotarlo con ella no serviría de nada. No percibo lo que intento golpear ni girarme para verme la cola.

El keeku se ha ido. Huyó asustado.

El keeku ha vuelto, o es otro; no estoy segura, pero no importa, hay otro keeku en la arena, frente a mí... un keeku caliente, un keeku muerto, con sangre que chorrea de mis garras que se clavaron en su cuello...

Era sólo una ilusión... no hay ningún keeku.

Por fin me muero. Desde el amanecer sólo he recorrido tres veces la longitud de mi cuerpo, y los postreros rayos del sol golpean mi piel seca. Por aquí la tierra verdea; he cogido con mi garra una ramita con varias hojas. De todos modos me falta fuerza para arrancarla. Es tan luminoso ese trocito de hierba que se mece con mi aliento... Está viva y yo agonizo. La arena se endurece; las rocas apuntan en la tierra movediza haciendo más difícil que me arrastre.

Desearía comer esta hierba que me rodea, pero las plantas no son para comer... soy... era... carnívora. Al amanecer tragué un par de hojas; no me sentaron ni bien ni mal... aún tengo los dientes flojos. Nunca más volveré a gustar la carne caliente... nunca.

Estoy echada en la arena que me cubre lentamente. Sopla el viento y la arena cae sobre mi piel como lluvia. Las hojas que tengo en las garras están salpicadas de arena; soplo y desaparece. No consigo arrastrarme más; mi cuerpo ya no se moverá; mis garras hundidas en la arena, tiran, pero no consigo moverme. Lo siento, Ancianos, ya no puedo arrastrarme más. No encontraré la Larga Roca... si es que existe...

Tendida en la arena observo cómo crece la hierba y escucho los pensamientos que se devanan en mi cerebro. Qué raro, nunca me había percatado de tales pensamientos, sólo me interesaba la comida y mi vagina... eran tan importantes que dominaban los

otros.

Los Ancianos no tienen vagina, ni comen tanto como los demás. Tal vez debía apartar el hocico de mi útero y las mandíbulas de la carne en lugar de pensar tanto... ¿es así como me vuelvo vieja? En tal caso de poco me servirá; no hay nadie aquí que pueda aprovecharse de una vieja...

Vine porque me asustaba hacer otra cosa; no creía en los Ancianos... Ni siquiera en los cuentos sobre cuevas lejanas adónde iban los que no querían envejecer. Nadie me dijo nada que pudiera ayudarme; me arrojaron a este desierto y me dijeron que me arrastrase... y me arrastré.

No puedo levantar el cuerpo de la arena. ¡Ancianos, no me quedan fuerzas para este cometido! Tampoco puedo volverme. ¡Ancianos, ved qué bien os obedezco!

Creo que estoy muerta. Fallecí al borde del desierto, donde linda con las tapias de mi aldea. Los Ancianos debieron matarme allí, y ésta es mi otra vida. Estoy muerta.

Los Ancianos nos pronosticaron que tendríamos una vida posterior de acuerdo con nuestra conducta en la aldea. Merecía esta otra vida. Tuve gemelos, maldije a los Ancianos y jamás les obedecí... Tomé de amante el cachorro de mi tía. Soñaba... que las manos de mi padre acariciaban mi útero. ¡Aaah, muchos pecados para esperar un dulce más allá! Merecí esta arena.

La Larga Roca es la otra vida que debí tener, pero para eso fui mala... cometí demasiados errores, demasiados...

¡Ha vuelto, el keeku! Aún no debo estar muerta; el keeku no canta mi elegía... todavía vivo, oigo el keeku.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

Ya no revolotea sobre mí, sino que salta en la arena a mi lado fuera de mi alcance.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

Si estuviera muerta el keeku se me hubiera acercado y lloraría. Vendría para saltar sobre mi cara y rozaría mis dientes con sus afiladas garras; sus garras son afiladas, pero también lo son las mías... puedo cazar el keeku.

Me sentiría fuerte con la carne del keeku en mi cuerpo; podría arrastrarme si consiguiera la carne del keeku... hallaría la Larga Roca.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

El keeku no canta a la muerte, pues hasta asegurarse de que he muerto no se me acercará. Debo parecerle muerta al keeku.

¿Cómo ve la «muerte» un keeku?

Tengo un montón de arena en las garras y un granito en el hocico. No debo estornudar. Con los ojos semicerrados estoy tendida tan quieta como puedo... estoy muerta, keeku, estoy muerta. ¿Aún está ahí el keeku?

Salta a mi alrededor como haría un keeku con un cadáver, pero no llora. Lo diviso por el rabillo del ojo. Se alisa las plumas y da vueltas muy despacio a mí alrededor. Acércate, keeku, acércate y canta mi elegía.

El keeku está aún muy lejos y no puedo agarrarlo hasta que se acerque; si trato de atraparlo ahora, lo perderé y el keeku sabrá que no estoy muerta. Acércate, keeku, y moja mi polvorienta piel con tus lágrimas... te espero, keeku... mis dientes también esperan.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

Mide mi cuerpo con los ojos y gira en torno de mí, demasiado lejos... ¿por qué hay sólo un keeku? Si hubiera más podría alzar las zarpas en todas direcciones y llenarme los brazos de keekus... ¿por qué merezco sólo un keeku? ¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

El keeku ha anidado durante la noche lejos de mí. Al amanecer salió volando para dar la bienvenida a su Señor.

¡Kee-oo, kee-oo, kee-o-o-o-o!

Regresó cuando el sol se alzaba sobre mí. Había saludado a la Aurora y yo le daba la bienvenida fingiéndome completamente muerta, inmóvil en la duna; pero él sólo lanzó un grito penetrante y se paró en la arena, a mi lado; luego, empezó a dar vueltas como un Anciano que admira el enorme cuerpo de un sleam un día de fiesta.

¿Kee? ¿Kee, ke-e-e-e?

El keeku no creerá que estoy muerta hasta que de veras lo esté; pero por entonces no me importará que se me acerque mucho... ¡estoy muerta, keeku!

Me noto más fuerte porque he descansado, pero no lo suficiente para continuar. Para adquirir fuerzas y poder arrastrarme necesito la carne caliente de un keeku. ¿Por qué no cree que estoy muerta?

¡Ah, las hojas enredadas en mis garras han muerto! Pensé que vivirían tanto como yo, pero están secas y pardas en mis zarpas... su verdor ha desaparecido. Mi padre era igual de verde antes de que lo atraparan las fiebres; de un hermoso color verde para una hoja... o un padre. ¡Pobres hojas verdes! ¡Pobre padre también verde! Cuánto lo echo de menos; también echo de menos la luminosidad de esta vistosa ramita que hay en mi zarpa.

¿También tienen otra vida las hojas?

Esas hojas deben conocer todas las respuestas de las que yo sólo sé las preguntas. Es singular que una hoja sepa mucho más que nuestros Ancianos... Hoja, te envidio.

Las lágrimas se vierten de mis ojos y el keeku sabe que aún vivo. Ha dejado de brincar y temo que se aleje porque tardo mucho en morir. Quédate conmigo, keeku, quédate conmigo y gime por una ramita verde que ha muerto... llora conmigo, pues tú tampoco sabes si tienes otra vida.

¿Por eso llora un keeku? ¿Porque quiere también saber lo que pasa después de esta vida? ¿Lloras porque no lo sabes, keeku, hermano mío...?

Mis lágrimas caen en las hojas que destellan como si las hubiera arrancado del río. Mis lágrimas las hacen brillar, pero no les devolverán su verdor. Las lágrimas del keeku tampoco las volverán a la vida...

El keeku se detiene y me observa con la cabeza ladeada, y sus brillantes ojos giran de acá para allá mientras me mira; primero a mí, luego a las hojas... están muertas, keeku, ven a verlas...

¡Oooo-uh, ooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

El keeku se me acerca, atento a mi llanto brinca en torno a mis zarpas mirando las hojas... ¡no llora!

¡Oooo-uh, oooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

Mi voz se casca de dolor, es difícil gritar, pero las hojas están muertas. Yo, pronto moriré y el keeku no lo sabe... ¡maldito seas, keeku, maldito seas! Lloro y nadie responde. ¡Ah! hojita, lámentate

conmigo:

¡Oooo-uh, ooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

¿Kee? ¡Oooo-uh, oooo-uh, ooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

¡El keeku llora conmigo!

Se acerca, llora, sus lágrimas humedecen la arena mientras llora conmigo... aah, keeku, ¡llora conmigo!

Acércate, moja las hojas con tus lágrimas, devuélveles su frescor, keeku, haz que reluzcan como el río, keeku mío. No te preocupes de mis zarpas, sólo deseo acariciar tus plumas; no temas mis mandíbulas, sólo quiero lamentarme más fuerte... ven, keeku, ven más cerca... ¡ÑAM!

El keeku yace entre mis garras; sólo un montón de destrozadas plumas, pero sus huesos están cubiertos de apetitosa carne. La saboreo apretando las mandíbulas en su cuerpo que se debate en vano. Su sangre caliente gotea en mi garganta. Mis dientes se aprietan en su carne, carne cálida. ¡Aaah, querido keeku, mi querido keeku!

La alegría que experimento junto al keeku no es la de matar. El keeku y yo lloramos juntos; lloramos por la muerte y porque no sabemos lo que será de nosotros después de morir. El keeku y yo lloramos; el keeku y yo iremos juntos a la Larga Roca.

Mis lágrimas humedecen las plumas del keeku que brilla como el río. Lloro por lo que no comprendo. Lloro por el keeku:

¡Oooo-uh, ooo-uh, O-O-O-O-O-a-a-ah!

De todos los animales de la tierra, muy pocos sienten la compasión; de entre ellos, el hombre, por su capacidad intelectual, comprende a otros seres vivos y se compadece de ellos. Nos hemos educado en el deseo de ayudar al que sufre y somos muy severos con los que no se atienen a ese sentimiento.

Pero ¿es éste un rasgo universal de la inteligencia? Probablemente, no. Aun entre los de nuestra raza, los antiguos espartanos dejaban morir en las laderas de las montañas a los niños débiles. Es una cuestión de principios. Nuestra sociedad contemporánea valora las vidas de los individuos que la componen, a veces con detrimento de toda la sociedad. Estaría más justificado obrar de otra forma: que el bienestar de las especies ocupase un lugar preferente al de los individuos.

Tal sistema de valores sería más natural que el nuestro; más en consonancia con las leyes de la selección humana.

ALAS

Vonda N. McIntyre

Mucho después de que los primeros visitantes abandonaran el templo y cuando el tiempo empezaba a pasar inadvertido como un profundo y terso arroyo, apareció a lo lejos una forma, irreconocible a través de los diáfanos dibujos sedosos y aguados de las auroras. Pasó por alto los pasajes entre las ligeras cortinas que conducían a la única estructura de las colinas, lo único que podía ver. Cuando la forma atravesó las membranas, éstas se agitaron misteriosamente, decolorándose, encontrándose y uniéndose de nuevo.

El guardián del templo seguía el curso inflamado y violeta de sus cicatrices y sus propias heridas se solidarizaron con su dolor. Se abrazó las huesudas rodillas con sus largos brazos y observó la forma que se acercaba. Sus pensativos ojos parpadearon despacio.

El guardián había estado solo tanto tiempo que su aislamiento se había convertido en un hábito. Por un momento, supuso que la forma sería un viandante perdido en busca de ayuda y él podría indicarle una dirección para proseguir su camino. Por entonces pudo ver que se trataba de una persona. El caminante marchaba resuelto, en línea recta. Se preguntó cómo había encontrado el camino sin seguir el laberinto. El cielo se oscurecía entre las cortinas.

Notó que estaba cansado, pero ni titubeaba ni se tambaleaba, aunque caminaba muy despacio. A medida que se aproximaba, las

auroras parecían impedirselo. Se abrió paso en el velo final, tropezó, cayó dándose contra el muro inferior, alcanzó a cruzarlo, pero fracasó. El guardián sólo vio su mano; dos dedos negros y el pulgar y por uñas, garras de plata.

Se levantó, y renqueando cruzó el patio, caminando de prisa para ocultar su cojera. Le tomó el pulso, lento y débil. Sus manos indecisas palpaban delicados huesos a través de delgadas bandas de músculos y piel suave. Volvió a descubrir la sensación del tacto, el roce de la piel, el calor de la proximidad. Había transcurrido mucho tiempo desde que tocara a otra persona, ni siquiera para saludarla, y los latidos de su corazón se aceleraron.

Cuando él tocó la delgada forma, ésta respiró dos veces, ligera y rápidamente. El guardián observó los ángulos anormales de sus huesos rotos y para cogerlo le dio la vuelta con suavidad.

Sus manos eran acariciadoras y suaves al cargar al joven, como cuando uno lleva un niño.

Colocó al joven fuera del templo en su propio lecho duro. Pensó que el colapso se debería al dolor. El tercer dedo largo de la mano izquierda estaba roto y el ala que sostenía colgaba estrujada como una vela de ion. El guardián abrió el ala negruzca, separando los largos y frágiles dedos de detrás del brazo en donde habían tratado de plegarse. Ningún hueso había atravesado la piel ni cortado o desgarrado las suaves membranas. El ala sanaría. El guardián se dispuso a enderezar el hueso.

Esperaba que sus cuidados superarían su falta de conocimientos, evitando de este modo que el joven quedase tullido. Cuando había casi terminado, se percató de que el joven lo estaba mirando y levantó los ojos. En seguida reaccionó para no desviar la vista en el acto. El joven tenía los ojos de un color verde pastel que afeaban su rostro bien parecido y el guardián volvió a concentrarse en el ala rota como si hiciera la cosa más natural del mundo.

—He hecho con tu mano lo mejor que he podido —dijo, en el tono de voz que uno emplea al dirigirse a los niños y jóvenes.

—Ha tratado de volar sobre las auroras.

El tono era desafiante, orgulloso, como el que aguarda un castigo.

—Es peligroso —repuso con dulzura el guardián.

Por encima del templo la atmósfera era tan confusa como los ligeros velos de los pasajes.

—Quería matarme.

—Demasiada desesperación para un ser tan joven.

—Está muriendo. Todo fenece —musitó el joven.

El guardián se percató de que el joven desvariaba a causa del dolor y el agotamiento.

—Duerme —le ordenó.

—¿No me crees? ¿No lo sabías? Y te figuras ser un vidente.

—Eres muy cínico.

El joven no respondió, se dio la vuelta y procuró torpemente flexionar el ala rota.

—Es menos sólida que la tierra —dijo el guardián—. Deberías ser más dócil.

—¿Por qué me ayudaste? ¿Por qué me has cuidado? —gritó el joven desconcertado en tono de odio y aflicción.

—Ahora duerme.

Entró en el templo para cumplir con sus obligaciones, escasas y monótonas. El dios había partido mucho antes que sus últimos y absurdos adoradores, como hacen siempre los dioses. El guardián lo sabía y no se hacía ilusiones sobre su posición. Se hallaba allí por azar, por casualidad y por lástima, no por la gracia divina. Vertía libaciones a un recuerdo, un dios real, la esencia de cosas ignoradas, si no decrépitas, sí lejanas.

Cuando hubo terminado el ritual, regresó a donde estaba el joven que dormía un sueño reparador. El guardián le tomó el pulso en la garganta así como la temperatura y no los halló demasiado elevados. El precario y rápido metabolismo de sus razas se aceleraba cuando cedía paso a la curación. El guardián se inclinó junto al lecho, preocupado. El ala rota del joven se extendía por el patio de piedra gris, deslucida, como aislada, perdiendo calor. Él guardián permaneció en silencio largo rato; por último, se dirigió penosamente hacia el estrecho jergón y se echó en él. Castamente y con cierta repugnancia, como sintiéndose culpable, envolvió al joven con su ala sana. Después, se durmió.

Había pasado mucho tiempo sin que nadie viniera a solicitar

profecías, a esperar que se inclinara ante el altar, amodorrado, en trance, pero ahora, acostado junto al joven, tuvo una visión, si bien demasiado lejana y débil para aferrarla. En ella se centraban todos los recursos del joven; no había dejado de probar ningún remedio. Agotado, el guardián soñaba, luchando con la visión que veía en sueños. Se despertó con el recuerdo de estrellas cercanas que le hacían señas en lo alto de la sutil atmósfera. Había soñado que volaba con su pareja, tan alto, que por debajo de ellos la tierra se curvaba amarilla y parda, con nubes como jirones blancos y con una extraña sensación de pérdida. El cielo era de color púrpura y oro de día, adquiriendo una tonalidad azul pálido en los horizontes, y de noche, negro y plata. Había amado a su pareja, pero estaba muerta, y había amado la noche, pero se hallaba fuera de su alcance.

El guardián yacía inmóvil, a fin de no renovar su dolor. Pronto comprendió que si su afecto había sido útil, el cuerpo del joven necesitaba alimento para mantenerse.

Las provisiones del guardián no eran adecuadas para suministrar al herido la energía suficiente. Ya nadie traía carne y él no podía cazar. Era un lisiado, útil solamente para servir a un dios abandonado. Levantó su ala, la plegó en silencio y se alzó del jergón para preparar pasta de simiente y caldo. Se movía despacio con cierta gracia y la precaución de ocultar su dolor. Antes, cuando acudían visitantes, observaba con ellos modales corteses y hasta los niños olvidaban su natural reserva. Los adultos preferían fingir aprensión y temor, pues acudían al templo para conservar su celo, combatir la impaciencia, como si planearan sobre un volcán o persiguieran una tromba. A veces, el miedo era real. Si permanecían mucho tiempo podía predecirles la muerte con enigmáticas visiones sin que ellos pudieran adivinarlo hasta que ésta fuera inminente. Ése era el comportamiento de los videntes. Pero la gente se había marchado, ya no le necesitaban. En realidad, hacía tiempo que ya no lo necesitaban y tal vez nunca lo habían necesitado.

El guardián llevó el caldo en un cuenco llano a los labios del joven. Éste, en su duermevela, con los ojos entreabiertos no advirtió el gusto del vegetal. El guardián notó los delgados músculos tirantes y la suave piel contra su mano pero, también, los desagradables

ojos. Eran como las blandas plantas gelatinosas o los animales que crecen en la noche y mueren con el día. Envidiaba las alas del joven pero sentía piedad por sus ojos. Su paciente nunca volaría más alto que las nubes sin quedar ciego.

El joven susurró algo ininteligible y dio un golpe en la mano del guardián de modo que el bol vacío se estrelló en el pavimento de piedra. Al poco rato, el guardián se acostó de nuevo en el jergón y abrió el ala sana. Deslizó una mano por el pecho del joven, despacio, con suavidad, siguiendo las agudas aristas de las costillas y la suave piel. El joven cambió de postura. De repente, el guardián apretó los puños y permaneció rígido.

Entre las auroras, un día no se distinguía del siguiente. Las cortinas de luz tamizaban los rayos del sol y despejaban la oscuridad. Sin la oscuridad o la luz como guía única, el guardián no podía formarse idea de cuánto tiempo durmió el joven. Sólo sabía que cada momento se hacía más difícil. Era inevitable que tocara al joven; necesitaba alimento, mantenerse caliente y limpio, aparte de que los tendones y músculos del ala se contraían sin un masaje. Se esforzó mucho por atender al lisiado, procurando dominarse, alejar sus sensaciones.

Sin embargo, ¿quién podría decir, al pasar sus manos a lo largo del delgado cuerpo con las cortas garras de plata medio extendidas, si dibujaba angostas líneas de amor en la piel? Podía abrazar al durmiente extendiendo sus dos alas y nadie le arrancaría al áspero contacto de las destrozadas membranas. Los niños se acarician y exploran entre sí los andróginos genitales... ¿por qué él tenía que reprimirse? Las palabras susurrantes podían haber influido en una decisión ya tomada; las palabras y la persuasión de las manos expertas, incluso en sueños. Y si el joven se despertaba, ¿qué derecho tenía a objetar alguien tan feo? ¿Quién, sino un lisiado lo tomaría por compañero? ¿Quién quedaba para cuidarlo?

Abrió los ojos para luchar con su fantasía y se avergonzó. Las auroras —su orgullo, su prisión— palpitaban precisamente al otro lado del bajo muro de piedra.

Quando se sentía escéptico y solo, se tranquilizaba galleando que era el más valioso de todos, lo bastante fuerte —¿acaso no estaba vivo?— para permitirse ser bondadoso y hasta misericordioso. No

obstante, de los pocos delitos que reconocía entre su gente, el acto que proyectaba era el peor.

Había estado solo mucho tiempo. Comprendía su soledad, pero no la aceptaba. Era orgulloso, a pesar de sus heridas. Podía haber sido implacable y cruel, vano y fútil, pero demasiado orgulloso para permitir que el desespero lo cambiase aún cuando nadie pudiera verle. Empezó a temer que su fuerza y su orgullo se estuvieran agotando. Atraído por el joven, a pesar de los repugnantes ojos, el guardián sintió que se estaba enamorando. Se esforzó por pensar en él como un ser masculino. Cuando el joven... cuando él se despierte, resultaba más influyente que tratarlo como un ser de sexo distinto mientras dormía, aunque el guardián sabía que su despertar borraría todas sus fantasías.

Y quizá el joven se le aproximaría del modo más indicado y en tal caso, sus ilusiones ya no serían indefectibles.

Sabía que los huesos se habían unido, bien o mal, cuando la temperatura del joven bajó más de lo normal a pesar de haberlo tapado. Plegó el ala y la apartó para que no estuviera cerca cuando el joven se despertara. Se levantó y entró renqueando en el templo.

Al concluir sus obligaciones ante el altar, oyó fuera un revuelo.

El joven, despierto, se estiraba la tablilla. El guardián se agachó a su lado y le apartó la mano.

—¿Estoy curado, verdad, o aún no me he despertado?

En medio de sus fantasías, el guardián había olvidado o no contaba con la hostilidad del joven y quedó desconcertado.

—Espero que estés curado —respondió sin alterarse.

Le quitó la tablilla y extendió el ala con gran delicadeza. La membrana estaba tersa y fresca. Era casi penoso retirar las manos aunque el joven estuviera despierto. La línea del hueso se divisaba nítida, bien marcada bajo la piel. El hueso, todavía hundido, no mostraba señales de cicatrices.

—Debes moverla durante unos días para que luego soporte tu cuerpo.

El joven tocó con la otra mano la fisura, se levantó y abrió las alas en toda su envergadura. Sonrió, pero el guardián percibió una ligera hendidura en el ala, una flojedad en los músculos por la falta

de ejercicio y una ligera contracción en los tendones.

—Creo que volverás a volar —dijo convencido.

De pronto, el joven bajó las alas vacilante, y su sonrisa se borró. Le sobresalían los huesos, el cuerpo, medio consumido por el hambre, requería tiempo para recuperarse. El guardián tendió los brazos para sostenerlo, pero el joven retrocedió con una mueca de dolor cuando el ala contusionada que no se plegó, volvió a rozarle. El guardián levantó los ojos y el joven, al encontrarse con su mirada, desvió los suyos.

—Quizá deberíamos ser tolerantes con nuestras mutuas flaquezas —exclamó el guardián hondamente ofendido.

—¿Por qué? Nadie le obligó a que me cuidara y no le debo nada.

El guardián se puso en pie y a los pocos pasos se detuvo.

—En efecto, debí dejar que te curaras con los huesos torcidos —y oyó un aleteo al abrir el joven las alas, cuyos bordes tozaron el suelo.

—Debí morir —manifestó el joven como si al vivir cometiera un crimen.

—Lo mismo pensaron de mí cuando me abandonaron en el cazadero para que me devorasen las aves rapaces.

El joven guardó silencio durante un rato. El guardián se preguntaba cómo había podido sobrevivir a su infancia: o alguien le había cuidado con gran esmero, o nadie se preocupó de él. O le habían protegido o no le hicieron el menor caso, hasta que su sensibilidad se despertó y ya era demasiado tarde para descubrirlo. Hubiera sido más caritativo dejarle perecer que permitir que viviera como un paria.

—Si ellos le abandonaron, ¿por qué ayuda en vez de odiar?

—Tal vez soy débil y no soporto la vista del dolor.

El joven alzó la mirada y la clavó en los ojos del guardián, sosteniéndola fija. Su expresión era burlona. Los dos sabían que el guardián no hubiera vivido de haber sido débil. Fue el joven el que primero desvió los ojos; tal vez por la costumbre de ocultarlos para que la gente lo tolerase. Extendió el ala y a la vez un largo dedo. La membrana era tan suave, tan reluciente, que las auroras reverberaron en ella, escarlata y amarillo, como llamas.

—Me duele —dijo.

—Sin embargo, debes moverla. Quizá te alivie si te ayudo.

Entreabrió su ala rota mostrando los huesos deformados por los reducidos tendones.

—Mientras dormía comprendí lo que debía hacerse.

Durante unos instantes, el joven contempló el ala, fascinado y horrorizado a la vez.

—Pliégala, por favor.

El guardián estiró los dedos por detrás del brazo, doblando el codo para que se ajustaran. La parte desgarrada colgaba suelta.

—Lo siento.

—No te preocupes.

Sus charlas eran cristalinas. El guardián hubiera preferido no tocar al joven en absoluto, pero el ala requería cuidados y no quería descargar sobre una persona su desagrado. Había esperado que sus deformidades no pesaran en el defecto del joven. Quizá en él, la repugnancia era menor que en otros y quizá, aunque aún latente, se iba debilitando, de un modo ineludible.

El guardián comenzó a creer que él mismo debería haber muerto. Había sido lo bastante fuerte para no perecer, para arrastrarse bajo un espino huyendo de las bestias salvajes y las aves rapaces; tan fuerte como para dormir once días y seguir viviendo. Recordó su despertar, espionando a través de las ramas retorcidas y espinosas a los que le observaban agachados, escuchando sus susurrantes profecías. Aguardaban en secreto, esperando desplegar las alas para lanzarse sobre él si fallecía. Aun entonces, con la piel tirante sobre sus famélicos músculos, fue lo bastante fuerte para arrastrarse hasta ellos resueltamente y comunicarles que viviría, y que obrarían bien si le aceptaban como su vidente. En cambio, le faltaban fuerzas para soportar la soledad y el abandono.

Un chillido estridente le despertó de su modorra, dejándolo confuso, exhausto. Oyó otro ruido, un grito que enmudeció de repente. Plegó las alas y se encaminó al patio.

Halló al joven recostado contra el muro del templo chupando la yugular de un conejo silvestre, muerto hacía tan poco tiempo que una de sus patas traseras aún temblaba con un espasmo muscular.

—¿De dónde lo has sacado? Los animales no cruzan las auroras.

El joven se puso delicadamente a separar las articulaciones.

—Quizá creyó que le predecirías su futuro.

Extendió las garras de plata y arrancó un jirón de carne.

—Yo no me burlo de ti.

El joven se entretuvo durante un rato en mordisquear el animal. Levantó la vista y las auroras se prendieron en sus ojos que fulguraron de un modo espantoso.

—¿No lo odiaste al darte cuenta de que te habían abandonado? ¿No tuviste deseos de azotarlos, destruirlos y exigirles con qué derecho pretendían que tú no valías nada?

Después de unos momentos, el guardián repuso:

—Me dio pena.

Entró en el templo y permaneció de pie ante la figura de piedra que se desmoronaba con los años y el abandono. Durante siglos, el guardián había sido el primero en ofrecerle cierta fe. Lenta y dolorosamente, relajó las alas hasta quedar casi envuelto en las cicatrizadas membranas.

—¿Por qué me ayudaron? —gritó—. Si no necesitaban un oráculo, ¿por qué me ayudaron? O, de lo contrario, ¿por qué me abandonaron? —Pero el viejo dios no respondió, pues aunque la fe del guardián fuese auténtica, no era lo bastante profunda para hacerle volver.

—Me dio pena —repitió el guardián.

Esperaba el desdén del joven, pero éste bajó la mirada y acarició la manchada piel del conejo.

—Nuestro mundo también da pena. Le han robado su espíritu y le han sorbido la vida. Lo único que ha hecho nuestra gente ha sido tratar de huir, y aún sientes piedad.

El guardián le golpeó con suavidad el hombro.

—Debe padecerte solitario pero con el tiempo...

—Ya no hay tiempo —protestó el joven—. Espero... que vuelvan, que regresen corriendo a este mundo que han aborrecido porque lo hallarán yermo, sin vida, inepto para sustentarlos, y morirán.

—Esta generación no volverá. He soñado las muertes de algunos que se fueron y no sucederá ningún desastre. Las naves proseguirán,

por lo menos durante toda nuestra vida.

El joven se levantó. Dio unos pasos con los músculos tensos, extendió las alas, colérico, y dejó que las puntas barrieran las piedras. Todavía había sangre en sus garras.

—Deberías dejar que cada uno tuviese sus propias fantasías, en vez de las tuyas.

—Es todo lo que puedo ofrecer ya.

—No fueron suficientes para nuestro pueblo y todo lo que haces es compadecerles. Algún día sucederá cualquier cosa y tendrán que regresar. Desplegarán las velas y captarán los rayos de algún lejano sol y estarán agradecidos por tener algún lugar donde refugiarse. Aunque jamás se preocuparán en buscarlo. Sólo les importa cómo lo abandonan. Por eso, ahora fenece y cuando regresen, desesperados, ya no quedará nada.

El guardián meditó las palabras del joven.

—Debes haber sufrido muchas desilusiones en tu vida. Un mundo no puede morir.

El joven le dirigió una mirada feroz y no la desvió, como si con la ira pudiera olvidar su vergüenza.

—Este mundo fallece. Si reflexionaras cómo te comportaste con la gente, lo comprenderías. Sal de tu prisión y echa una mirada a tu alrededor.

—Jamás abandono los recintos del templo.

—Entonces, siéntate y espera a que las auroras también perezcan. —Cerró los ojos con resignación y se fue, arrastrando por el polvo la punta de sus hermosas alas.

El guardián quería mandar a paseo al joven por su falta de equilibrio, pero no era tan fácil. Ciertamente que su gente se había preocupado más por el cielo y las estrellas cercanas que por el mundo que habitaban. Era natural que así sucediera con un pueblo que podía remontarse tan alto que el suelo se curvaba por debajo, reconociendo sin reservas su pequeñez e insignificancia. Natural en un país cuyos niños jugaban a planear, elevando sus alas por instinto. Estaban tan cerca las estrellas, colgaban en el cielo, llamando, hipnotizando. El guardián y su pareja, en su barca de ion, cruzaron la bahía entre el mundo y su luna, navegando para echar un vistazo, sintiéndose solos. Había visto las naves de ion cuando la

idea era aún una fantasía. Antes de que la primera estuviera construida, vio miles, llevando a toda la gente, con sus enormes velas extendidas, captando los rayos del sol y moviéndose muy despacio hacia una estrella donde los pasajeros sabían que tenía planetas donde poner los pies y volver a marcharse si querían.

Su pueblo sabía mucho acerca de las estrellas, aunque él no podía predecir que el mundo no estuviera pereciendo.

Al poco rato fue a encontrar al joven.

—¿Qué piensas hacer?

Éste alargó un brazo y cogió una piedrecita.

—¿Qué se puede hacer? Hubiera preferido que me dejaras morir. —Levantó el guijarro como si fuera a lanzarlo contra las auroras. El guardián retrocedió y vio que el joven vacilaba. Pensó que lo arrojaría, pero el muchacho bajó las manos y dejó caer el guijarro al suelo—. Si supiera qué hacer, no haría nada.

—Todavía hay gente...

—Por lo que sé, tú y yo somos quizá los últimos. Es posible que los demás se hayan matado. Les haría sentir más su soledad negándoles un refugio.

—¿Hemos de estar los dos solos?

El joven volvió la espalda y encorvó los hombros. El guardián creyó que aquella deducción le había molestado.

—No era mi intención decir una inconveniencia...

—Las tradiciones están tan muertas como el dios de tu templo. Tú querías que me quedara.

—Jamás te lo pediría.

—Pero lo deseas.

—Uno no puede dominar sus sueños.

—Me quedaré algún tiempo.

El guardián durmió en la oscuridad densa y agobiante del templo. Aguardaba una visión del joven, solo en algún futuro que no le incluyera a él. En sus profecías, jamás vislumbró su destino, lo que le hacía temer profundamente que nadie se quedara a vivir con él. Desconfiaba de su influencia en el futuro; aunque tal vez éste influyera en él.

Por primera vez, desde que llegó al templo, contempló su mundo

y comprendió que el joven tenía razón. Los huesos del conejo se hallaban esparcidos por la llanura y las parras que trepaban por las rocas hasta su cúspide, donde estaban los nidos, se marchitaban y morían. Incluso los espinos, que crecían donde nadie podía habitar, se secaban, agostados. El fin de su mundo sería lento, pero los lugares que vio, yermos y solitarios, agonizaban ya. No podía pronosticarlo con certeza, pero pensó que él moriría antes. Nunca le amedrantó su clarividencia, pero ahora despertó gritando. A su lado sintió el suave roce de unas alas.

—¿Dormías?

—Hice lo que me pediste —susurró el guardián sin moverse.

—Yo tenía razón.

—En efecto.

—¿Hay alguien más vivo? —y en la oscuridad, la voz del joven sonó fervorosa.

—No he visto a nadie.

El joven lanzó una exclamación de contento.

—No soy omnisciente —dijo el guardián.

—Ves lo importante.

—Otras personas se han ido.

—Nada tenían que les hiciera amar esta vida. Ni tu fuerza ni mi odio.

—Has hecho de nosotros dos seres únicos.

—Espero que no, y creo que tenías razón en tus profecías, y equivocado en tus esperanzas.

El guardián se incorporó, sin deseos de reanudar el sueño.

—Jamás lo sabré.

—Te duele conocer esa verdad —dijo el joven en un tono compasivo que le extrañó, después del júbilo que había experimentado por la muerte, pero en el fondo se lo agradeció. Observó la sombra del joven al cruzar el umbral y pararse en la oscilante luz. Se levantó y lo siguió, deteniéndose detrás de él. El joven reanudó la conversación, despacio, meditando las palabras—: Cuando los últimos se fueron, los seguí tan lejos como pude, hasta que el sol brillaba tanto que creí cegar... No conseguí verlos, pero imagino que ninguno regresará.

—No, la índole de nuestra gente no es retroceder, y creo que

tampoco lo van a necesitar.

—En tal caso... ¿es una locura mi determinación?

—Tal vez. O infructuosa. Te niegas a ti mismo, en lugar de ellos.

—Pensaré... en eso.

—¿Quieres comer?

—Te lo agradeceré.

El joven, mientras dormía, no había saboreado los alimentos, pero una vez despierto manifestó su desagrado.

—Saldré a cazar en cuanto pueda echar a volar.

—Yo me he acostumbrado a esta comida. Tendrás que caminar mucho a causa de las auroras.

—Es mejor que quedarme aquí.

—También estoy habituado a esto; pero caza, si es tu deseo.

—¿Podré volar pronto?

—Casi se ha curado.

—Todavía está rígida.

El guardián sorbió el caldo y le reprochó:

—No le prestes tanta atención. Volveré a darte masajes.

El masaje adquiriría los movimientos del amor. El guardián no recordaba haber acariciado a nadie desde la noche en que murió su compañera. Habían estado volando. Ella ya era mayor, pero todavía hermosa y había decidido morir. Sucedió del modo siguiente: él la había elegido, cautivado por ella, adulta ya, y él aún muy joven. Antes, hacia la mitad de su vida, se había unido a otro hombre que, con el tiempo envejeció y murió. Como ella no quería convertirse en una carga, obraría igual que sus congéneres al llegar el momento de morir. El guardián había aceptado aquella decisión; trajo sus velos como siempre habían hecho y seguirían haciendo las parejas de los que envejecen. Sus hijos, un adolescente y otro mayor, se despidieron de su madre. Habían tenido tres hijos, pero el segundo nació con un ala torcida y lo abandonaron.

Juntos volaron durante mucho rato. Ninguna nube obstruía su vista de la pradera donde se caza. De haber tenido hambre se habrían regalado con carne caliente y sangre fresca, pero aquella noche no cazaron. Bebieron vino espeso y salado y se remontaron a vertiginosas alturas. Ella rozaba la punta de su ala contra las

mejillas de él, meciéndose y acariciándole el pecho y el vientre. Reía, haciendo observaciones alegres y obscenas sobre quién sería el sujeto siguiente después de su larga vida de matrimonio. Deseaba que él fuera feliz y arrancó de su tobillo un velo plateado, y él la enguarnaldó con otros. Sin tener en cuenta sus deformidades, volaba cada vez más alto y él la seguía, notando que el aire era cada vez más sutil, peligroso, y de pronto, lanzó un grito de éxtasis.

Nunca se habían remontado tanto. Lo oyó contar de otros, pero nadie había visto antes los colores detrás de sus ojos. Con el reflejo, las pupilas se le contraían como puntas de alfiler. Él se esforzaba por subir aún más alto. Su compañera le gritaba: «¿Ves?», y él respondía: «Sí, veo», y le pareció oír que su pareja le susurraba muy bajito: «Ten cuidado, mi amor, pues estoy ciega». Dirigió la vista hacia su voz y la vio, confusa, diminuta, más arriba que nunca, más alto de lo que viera volar a nadie; los ojos muy abiertos frente a la radiación. Los velos flotaban a su lado. Percibió cómo sus alas se ponían rígidas y comprendió que había muerto.

Mientras otra lluvia de partículas subatómicas estallaba en sus ojos, más brillantes que cualquier chispa que daba contra el blindaje de su nave de ion, se percató de que había volado más de lo que le permitía la fuerza de sus alas y notó que sucumbía.

Luchando contra el viento vertical que rizaba sus alas, pensó que quizá debería dejarse morir. Se debatía para que su caída fuera más lenta, pero al final, la tierra lo apresó, destrozándolo.

—Guardián...

La palabra, y el roce de una mano lo devolvieron a la realidad. Alzó la vista, asombrado. El rostro del joven mostraba recelo e indecisión. Retiró los dedos de sus alas, plegando la suave membrana.

—Ya no está rígida.

—Estaba recordando —dijo el guardián—. Tus palabras me ilusionaron, lo... lo siento...

—No importa —y abandonó un rato sus dedos y garras medio ocultas en las manos del guardián—. Nada debe obligar a morir dos veces. Si seguimos a los nuestros, el mundo mataría a nuestros hijos o éstos volverían a destruir el mundo.

—No eres justo. Algo expresado en mis recuerdos te ha asustado,

pero no te pregunto nada.

—Cierto que me he asustado.

Acarició la garganta del guardián; deslizó su mano por el hombro, el brazo, a lo largo de sus alas, y esta vez sin temor.

—No te comprendo.

—Creo que me cambiaría por ti.

El guardián se sentó, alejándose de mala gana de las manos del joven.

—Entonces, ¿quieres irte?

—Debo hacerlo.

Las auroras conducían al joven hasta las colinas por un sendero largo, lleno de vueltas y recodos. Afuera, los espinos florecían. El joven se paró al borde del templo y contempló la tierra: los pardos y negros matorrales de ramas retorcidas y marchitas. El viento ardiente soplaba contra su cuerpo y, por lo que pudo ver, nada había cambiado. Sintió la muerte, y con ella, un repugnante triunfo que había cesado de complacerle. Echó una mirada hacia atrás y estuvo a punto de retroceder, pero, por el contrario, ascendió y desplegó las alas. El viento golpeó las membranas y percibió el lugar donde sus huesos se habían fracturado y vaciló.

Asqueado por su temor, se lanzó desde la cima de la montaña; se deslizó oblicuamente por una corriente; luego, se remontó y echó a volar.

Al marcharse el joven, el tiempo iba transcurriendo de un modo extraño. El guardián no podía discernir si las horas eran más largas o más cortas y las viejas cicatrices de sus huesos comenzaron a dolerle incesantemente. Empezaba a envejecer, y entre los de su raza, una vez se llega a viejo, el proceso es rápido. Su aguda visibilidad disminuía. Sólo los cobardes y débiles viven lo bastante para cegar de un modo natural. Comprendió que no debía seguir viviendo y no obstante, no hizo nada por impedirlo. No deseaba morir en la tierra, sino de un modo digno, volando, cegado por la radiación.

Notó que unas manos suaves lo despertaban de un sueño ligero, o quizá todo no fuera más que eso: un sueño.

—Guardián, he vuelto.

Alzó la cabeza y contempló sereno un rostro afeado por los ojos.

—Tú.

—Ya no, ya no soy «tú», y ahora, por mucho tiempo.

El guardián parecía no oírle.

—¿Has visto, pues, que todo moría?

El otro lo sostuvo y él sintió el olor de la sangre fresca.

—No. Tú tenías razón. Hay otros. Y en torno a ellos, la tierra existe. —Acercó el cuerpo caliente de un animalito a los labios del guardián—. Bebe. La última vez fui un egoísta.

La sangre cálida penetraba por la garganta del guardián que casi se había olvidado de la caza.

—¿Por qué estás aquí?

—Por la misma razón que me marché.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Un año.

—¡Ah... me pareció mucho más largo! —y los oscuros párpados se cerraron sobre los ojos, aún más oscuros y cansados.

—A mí me pareció muy corto.

Durante un rato, el guardián ni habló ni se movió.

—Me estoy muriendo, ¿quieres traerme los velos?

El joven advirtió que el viejo, medio dormido, pensaba que aún podía volar.

—Sí, y las estrellas te acariciarán —lo alzó con suavidad—. Te construiré un planeador, amigo mío —susurró.

Se echó a su lado a esperar y lo cubrió con su ala. Anhelaba que el guardián la sintiera, reconociendo la presencia de un ser que lo amaba.

El hombre es un animal sociable. Ha adoptado esta clase de vida más por necesidad que por conveniencia. Al no hallarse físicamente capacitado, su única defensa para la supervivencia de la especie, ha sido asociarse. Los hombres se agrupan para asegurarse el alimento adecuado, protegerse de los rigores del tiempo, de los animales rapaces y, por último, de otros grupos. La abrumadora mayoría de los seres humanos pasan toda su vida junto a miembros de su propia especie.

Pero no es éste el caso de todos los seres inteligentes. El hombre, no es por sí mismo el factor dominante de su medio ambiente; sólo en grupos puede vencer la naturaleza. Pero ¿qué sucedería si una criatura tiránica se hiciera dueña indiscutible de todo cuanto le rodea? Una raza de esos seres no se desarrollaría socialmente; de hacerlo, sería fatal.

虫堂虽片下

EL IMPERIO DE T'ANG LANG

Alan Dean Foster

No fue el sol lo que despertó a T'ang lang. Oculto toda la noche, el sol ya estaría en el cielo cuando él se levantase. Fue el creciente ardor del aire al pasar con suavidad por su cuerpo, el calor abrasador del suelo, el brusco cambio en el mundo, Había husmeado el día de cien maneras.

¿Qué otra cosa podía ser también? El amanecer no es la hora mejor para levantar la caza. Los noctámbulos hacía tiempo que dormían; los diurnos, aún no se movían.

A decir verdad, el sol hacía tiempo que se elevaba en el cielo. En las inmediaciones, dos artífices de la ciudad inspeccionaban la cubierta de un pequeño tractor Crawler blindado. Dicho Crawler hacía poco que había salido al mercado. Probablemente no llegó a tiempo a su destino y fue sorprendido por la noche. Sin ser frágil, aún no había tropezado con el riguroso cambio de temperatura al despuntar el día.

Hubiera sido un precioso premio para los moradores, pero vieron despierto a T'ang Lang. Los artífices no es que fueran cobardes, nada de eso, pero sí prudentes. Dieron la vuelta y echaron

a correr, dejando al maltrecho y pequeño Crawler para quien quisiera correr ese riesgo y quedarse con él. Los prudentes no se arriesgaban con T'ang Lang; éste no gozaba fama de hombre afable.

Por supuesto, él no sentía ningún interés por aquel artefacto. Un ser de su temperamento desdeñaba esa carroña. Para matar, se basta a sí mismo.

Cierto, también, que los habitantes de la ciudad habían medrado... a su modo. Sus ciudades y pueblos prepotentes explotaban las posibilidades del medio ambiente mejor que otras. Sin embargo, llevaban una vida digna de lástima. Todos los artífices de las ciudades eran esclavos de su sistema, de su precioso régimen.

T'ang Lang jamás se había presentado en ninguno de sus bien fortificados centros. Claro que podía hacerlo si lo deseaba, pero no era ése el sistema de su pueblo, como no era su modo de edificar ciudades.

Bostezó, si puede describirse de ese modo. De una sacudida se levantó. La noche había sido más bien húmeda. Aún la notaba en las articulaciones. Se lavó la cara, y los ojos; luego, se hurgó los sensoriales para asegurarse de que quedaban bien limpios. Como correspondía a sus muchos talentos, T'ang Lang era también un refinado asesino.

Todo lo hacía sin preocuparse de mirar atrás. T'ang Lang no necesitaba guardaespaldas. En su reino no existía nadie que se atreviese a luchar con él, a menos que estuviera terriblemente desesperado. Solamente le preocupaba la Gente del Gran Cielo. Caían casi en silencio, sin avisar. Un modo de luchar antideportivo, pero a la mayoría de la gente del cielo no la temía en absoluto.

Siguió el Rito de los Cuchillos Limpios. Cada estilete debía estar afilado y completamente limpio. Era importante que la primera vez se hiciera una penetración pulcra y para T'ang Lang, su habilidad era motivo de orgullo. Ciertamente alguna vez fallaba, pero no muy a menudo, y cuando daba en el blanco, su víctima siempre moría. Se aclaró la boca y se limpió el lodo de los pies. Había sido una noche muy húmeda.

Se estiró y miró en torno. Sus espléndidos sentidos podían detectar cualquier movimiento de vida a su alrededor. Era un mundo fértil y verde. Las vibraciones bajo sus pies, los olores que

arrastraba la húmeda brisa, todo lo percibía. El sol estaba cada vez más alto, el aire más ardiente y él, más hambriento. Soplaban poco viento; un buen día para cazar.

¿Se quedaría a esperar a los torpes moradores? No era un lugar muy apto, y los ciudadanos raras veces se le acercaban. ¿Qué hacer? El día era espléndido para tostarse al sol. ¿Por qué no combinar ambas cosas? Siempre tendría más probabilidades de cazar la gente del cielo.

Existían por allí algunos grandes lucéfagos, aparte de aquél de cuyo cuerpo se apropió para cobijarse. Por capricho brincó sobre el que estaba más próximo, probando sus pisadas por el somnoliento cuerpo. El rocío de la noche había dejado el lugar frío y húmedo, pero T'ang Lang, trepador experto, no se preocupó y comenzó a ascender.

Este lucéfago, en particular, se alzaba unas cien veces la estatura de T'ang, pero éste no sentía el vértigo. Las alturas no le producían más temor que sus vecinos. Tenía otras razones para no llegar a la cima. La plataforma allí era, por lo general, inestable. De ese modo, si bien le proporcionaba una mejor visibilidad, el viento que arremolinaba contribuía a que las presas no apareciesen y hacía su caza más difícil.

Ascendía despacio, con paciencia, sin la prisa que afecta a la mayoría de los que suben. Otros, que compartían el cuerpo del lucéfago, le cedían el paso.

Al cabo de un rato, pasó a un gladiador. El luchador descansaba cómodamente en mitad del camino y al pasar T'ang Lang, lo saludó con la mano. Éste le respondió con una larga mirada en la que puso un ligero toque de su fuerza.

El gladiador era hábil con la red, pero aquel deporte no agradaba a gente como T'ang Lang y él lo sabía. A pesar de esa habilidad, T'ang Lang podía matar al gladiador y hacer pedazos su preciosa red.

T'ang trepó algo más. Un rollizo hombre-tubo se movía en dirección opuesta. Se hallaba en una plataforma distante y entre ellos se abría un amplio espacio. Tal vez notó la presencia de T'ang Lang o tal vez no. T'ang dirigió una dura mirada al hombre-tubo, forzando su mente y centrando su poder en sus mesmerianos ojos,

pero el hombre-tubo se hallaba fuera de su alcance. Se volvió una vez para mirar atrás, donde T'ang Lang rabiaba de impotencia en su plataforma eventual; un insulto definitivo.

Posiblemente, la cólera de T'ang Lang duró unos momentos, pero lanzó un suspiro y dejó que el hombre-tubo gozara un instante de su triunfo. Si otra vez se encontraba ante la más pequeña o ligera arma de T'ang, moriría más aprisa que había nacido.

No pasó mucho tiempo sin que T'ang Lang localizara lo que quería: una plataforma abierta, con el sol a un lado, bien protegida por arriba pero abierta por debajo y enfrente. Precisamente delante de él, a un nivel un poco más bajo, se hallaba un montón de víveres; cebo excelente para atraer a los aviadores y a los ciudadanos aerotransportados. Quizá algún joven pasaría muy cerca, a la deriva, con los propulsores zumbando, en un torpe esfuerzo por mantenerse firme.

T'ang Lang se instaló, preparándose con un complicado ritual. No se movería hasta el momento de matar. Caminó con fuertes pisadas por la plataforma para asegurarse de su estabilidad. T'ang, viejo y entendido, halló apropiado el lugar. Extendió sus armas y las dispuso con gran esmero. A continuación, adoptó la postura Ben-na, pues T'ang, algo filósofo, no quería perder el tiempo mientras aguardaba.

Entre los ciudadanos se contaba que si el pueblo de T'ang Lang hubiese mancomunado toda la sabiduría adquirida en miles de años, podría formar la sociedad más destructiva del mundo.

Pero en T'ang Lang ardía una chispa inapagable de individualismo que excluía toda cooperación. Se oponía a confraternizar. Además, ¿no se regían individualmente? ¡Cuánto mejor que someterse a una autoridad central, como habían hecho los artífices! La gente de T'ang Lang se sabían superiores y cada uno se consideraba mejor que su hermano.

Una pequeña base donde alzar un orden social. T'ang se interesaba por la armonía del mundo.

El sol caía de firme generando una bolsa de calor y apenas si cruzaba por la plataforma una ligerísima brisa. Al otro lado de la Llanura Verde, se encontraban los seres físicos más dominantes de su mundo; otros lucéfgos se ocupaban en su trabajo. Plácidos y

satisfechos en su imperturbable existencia, gobernaban a su modo. Sin embargo, se les podía matar. T'ang todavía debía encontrar algo o alguien a quien no pudiera destruir. Incluso el sol, pero se hallaba más lejano aún que el extremo de la Llanura Verde. Algunos opinaban que los lucéfagos eran los más estúpidos de todos los seres vivos. Otros los consideraban los más inteligentes. Los mismos lucéfagos no participaban en tales discusiones; eran pacíficos, quizá un signo de su tan discutida inteligencia.

T'ang se preguntaba y observaba.

Un lancero pasó como un rayo. Los lanceros poseían el sistema de propulsión mejor del mundo de T'ang. Soberbiamente estructurados, cruzaban el cielo a velocidades vertiginosas. De igual modo, con su asombroso sistema detectaban la presa a millares de cuerpos de longitud. Su capacidad de girar en espiral les permitía atacar en picado, de modo que era casi imposible eludirlos. Sus antepasados habían sido dueños del planeta, pero como el tiempo todo lo cambia, perdieron su prepotencia, aunque todavía constituían un formidable factor en el mundo de T'ang. A pesar de su velocidad y extraordinaria destreza, T'ang acababa rápidamente con uno de ellos si se precipitaba demasiado cerca de él.

El celeste lo sabía. Tras lanzar a T'ang Lang una mirada feroz, apretó los propulsores y salió disparado en busca de su presa.

Sí, era un hermoso día para sentirse vivo y dueño absoluto.

En el aire suave y cálido, había por allí muchos celestes haciendo cabriolas, pero ninguno volaba próximo a T'ang. Éste no se sentía ansioso, pues el día anterior había comido bien. Por el momento se sentía satisfecho; su karma, elevado.

El gran lucéfago Bodokiddartha, se alzó a millares de cuerpos de longitud sobre la plataforma de T'ang. Se remontó hacia el sol y permaneció silencioso, resollando, al otro extremo de la Llanura Verde. Algún día, T'ang cruzaría aquella planicie y treparía por la gran mole aunque sólo fuera para ver el mundo por el otro lado.

Tal vez... De repente sus ojos captaron una señal que le había pasado inadvertida. Tan ensimismado se hallaba en la contemplación del panorama que se extendía frente a él, que no vio a un cyuma, un hombre-castillo que se aproximaba al montón de comida.

Éste no había visto a T'ang.

Con una lentitud infinita, más despacio que lo que tarda el planeta en envejecer, movió la cabeza para ver mejor. La torpe criatura sólo se interesaba por los alimentos. Los hombres-castillo son atractivos y osados, hábiles en el manejo de sus mortales estoques. La velocidad y destreza acompañan su arrogancia. Algunos se creían dueños del mundo.

¿Y T'ang Lang? Resultaba más cómodo evitarlo.

Era un hombre-castillo adolescente. Se acercaba despreocupado hacia los alimentos, sin duda dispuesto a engullirlos. ¿Quién se atrevía a atacar a un hombre-castillo?

T'ang se inclinó ligeramente hacia adelante, como hacía siempre que se disponía a matar. En aquel momento, no existía nada en todo el universo que lo separase de su futura víctima. El hombre-castillo crecía hasta devorar el mundo; él mismo era un mundo, pero ahora iba a morir.

Los cuchillos estaban listos, siempre a punto. Primorosamente manufacturados penetraban con tal fuerza y rapidez que a veces la víctima expiraba del golpe.

El hombre-castillo era estúpido. No se conservarían sus genes para transferirlos a otros seres de su raza, ni nadie lloraría su pérdida.

T'ang Lang atacó.

Al recibir el golpe, el hombre-castillo lanzó un grito de dolor. T'ang arremetió con tal ímpetu que varias hojas atravesaron el cuerpo de la víctima. Como si tal cosa y de un modo automático, T'ang atrajo hacia sí al joven herido mortalmente. En medio de su desesperación, el hombre-castillo lanzó el estoque, pero erró el golpe y atacó de nuevo.

Para la mayoría de los habitantes del mundo de T'ang, el estoque era mortal; hasta las Montañas Movedizas, cuyo tamaño ya las protegía, tenían aquella espada.

Le tocó una vez, pero el estoque rebotó sin conseguir atravesar la brillante y resplandeciente armadura de T'ang. Fue el último pase.

T'ang inspeccionó su inmóvil víctima. El método que empleaba para asestar el golpe de gracia era eficiente y pocas veces lo

variaba: un golpe seco en la cabeza. El hombre-castillo tuvo suerte, pues murió al instante. Otros no fueron tan afortunados. A T'ang poco le importaba que su víctima estuviera o no muerta antes de empezar a devorarla.

La carne del hombre-castillo era jugosa y grata al paladar, aunque escasa. Terminada su comida, T'ang empujó los huesos mondados fuera de la plataforma sin dar importancia, nipreciarse en mirar si éstos caían debajo.

Acabó de limpiar sus utensilios, determinó una vez más la posición del sol y aguardó de nuevo.

Aquel encuentro se había efectuado a última hora de la tarde, casi de noche.

Al poco rato, aparecieron a su vista dos Montañas Movedizas. Aunque no eran tan altas como el lucéfago sobre el que estaba sentado T'ang, formaban una mole inmensa, sólo el Bodikidarthá era monumental.

T'ang pensaba de vez en cuando en las Montañas Movedizas. ¿Eran inteligentes? No lo parecían. Se agitaban demasiado, gastando energía en movimientos inútiles. Los artifices de la ciudad mostraban la misma actividad, pero por una causa plausible.

Sus grandes ojos de luna llena, denotaban su simpleza. Ninguna poseía ni una milésima parte del poder de concentración de Tang. Las había visto varias veces sin que ellas se percataran. Sólo temía su cerrazón, aunque hoy, con el sol casi oculto en el horizonte, todo sería diferente. Quizá aún pudiera evitarlas, o vez no. Cada una pesaba millones de veces más que su cuerpo y aunque no se movieran con la rapidez de T'ang, poseían gran envergadura. Lo que más impresionaba era su gran tamaño.

T'ang jamás dudaba del poder de su cerebro. No correría de aquí para allá para eludirlas. Había llegado a su plataforma y allí se quedaría. ¡Que le hicieran frente si querían! No sería él quien corriese a esconderse. Él era T'ang Lang, el que siempre vencía a sus víctimas, ¡el emperador!

Lo divisaron todas a la vez. En su estilo pesado y torpe, se volvieron a mirarle de frente. Desde su elevada plataforma, T'ang les devolvió la mirada, los ojos fijos en los suyos. Eran unos rostros

monstruosos, contorsionados, abotagados, de una repugnancia inimaginable.

T'ang no retrocedió ante aquella visión de pesadilla. Blandas, fofas, con aquel tamaño les sería imposible reaccionar como guerreros.

¿Podría comunicarse con ellas? Para ello, eligió la más pequeña de las dos Montañas.

¿PODÉIS PENSAR? ¿QUÉ CLASE DE UNIVERSO ES EL VUESTRO? ¿VIVÍS EN ARMONÍA? ¡NO OS TEMO A PESAR DE VUESTRO TAMAÑO! ¡VENID A LUCHAR SI QUERÉIS O IDOS EN PAZ!

Las Montañas Movedizas no respondieron. T'ang no estaba en absoluto impresionado, a decir verdad, se sentía un tanto fastidiado. Debía proseguir la caza y esos seres enormes, absurdos, le obstruían la vista. ¿Tenían intención de quedarse allí para siempre?

El sol sí que era impresionante, y también el Bodikiddartha, pero ¿ésas? No eran más que moles. ¡Puaf!

La Montaña más pequeña se inclinó poderosa hacia adelante y su volumen ocultó el sol. Extendió un enorme miembro deforme hacia la plataforma ocupada por T'ang.

¿Quería presentar batalla? ¡Adelante, pues! T'ang se mantuvo firme y toda su fuerza psíquica surgió como una oleada arrolladora de energía mental.

El miembro se detuvo, vaciló, y los inmensos ojos redondos como platos, parpadearon. Poco a poco fue retrocediendo. La Montaña miró a su compañera y las dos dieron la vuelta retirándose pesadamente por la Llanura Verde, devorando la distancia con su tamaño.

T'ang había vencido.

Donante de la luz y el calor, el sol se había hundido en el cielo llevándose con él el calor. T'ang notó un escalofrío por la espalda.

Mató a un rezagado; un hombre-tubo, aunque no el mismo que había visto antes. Gordo y tierno, resultó un manjar succulento.

Tal vez esa noche se quedaría entre las plataformas. Era un buen lugar.

Pensó otra vez en las Montañas Movedizas. ¿Se habría

equivocado y serían inteligentes? Si por lo menos pudiera cotejar sus pensamientos con los de otro emperador, o emperatriz. Pero eso era totalmente inconcebible, por lo menos, de momento.

Suspiró y dio la vuelta, recorriendo el camino hacia el fondo del lucéfago. Inteligentes o no, T'ang no se sintió optimista sobre las posibilidades de tratar con ellas.

Y sintió lástima.

El hombre es en esencia una criatura tribal; mas si un grupo de hombres se une a otro el resultado es siempre caótico. Las diferentes ideas, maneras de vivir y experiencias se hallan en pugna. Los hombres consideran esas diferencias como una amenaza para su propia sociedad, portadoras, en potencia, de un cambio fatal, y luchan para preservar su modo de vida contra toda invasión extraña.

Y no obstante, los hombres son fundamentalmente iguales. En lo físico, sus cuerpos son similares, ingieren los mismos alimentos, necesitan las mismas horas de sueño y realizan las funciones de su cuerpo del mismo modo. Puesto que comparten una herencia común evolutiva, se hallan sujetos a los mismos impulsos y apetitos. Pero con todas esas similitudes, todavía están en desacuerdo en muchos aspectos.

¿Qué sucedería si se relacionaran dos especies que no comparten ni tan siquiera una herencia biológica?

UNA SALIDA

Miriam Allen de Ford

Marpelm debía ir a donde le enviaran y quedarse hasta que finalizase el plazo señalado para el ejercicio de su cargo. Pero no le gustaba. Jamás se acostumbraría a ese espantoso lugar ni a las criaturas que lo habitaban.

Cuando presentó sus credenciales a la Presidente General de los Planetas Unidos, ésta agarró uno de sus sensibles tentáculos y se lo sacudió con fuerza. No hubo sacrificios, ni presentes de esclavos, ni ritos de ninguna clase. Si en Kyria alguien hubiera hecho lo mismo, sin duda lo habría matado al instante. Pero al marcharse se las arregló para encender una pequeña hoguera que llegaría a adquirir ciertas proporciones. Después de todo se trataba de su honor.

El viejo Gomforb, su predecesor en aquel planeta, debió ponerle al corriente de muchas cosas, pero naturalmente no lo hizo. Durante muchos años, sus familias estaban enemistadas. ¿Cómo podía él solucionar tal estado de cosas después de cinco ciclos solares? Lo cierto es que no comprendía en absoluto por qué enviaban un delegado a los Planetas Unidos. Kyria no estaba «unida» a ellos, ni jamás lo estaría; supuso, pues, que se trataba de una cuestión de honor: no toleraban que se les ignorase.

Un cronista de este planeta —él mismo se denominó reportero— realizó algo para tres dimensiones que tituló «entrevisté a Marpelm». Le hizo un montón de preguntas a cual más impertinente y se asombró de que el nuevo delegado «conservara la serenidad»

mientras le interrogaba. El reportero encontraba divertidas las costumbres normales y civilizadas de Kyria.

Aquel planeta se dividía en pequeñas partes llamadas naciones y las guerras estallaban entre esas naciones o una combinación de las mismas.

El «reportero» no entendía el sistema de los kyrianos que consistía en sostener una guerra total y permanente, excepto el Año de Tregua, cada cinco ciclos solares; ni tampoco comprendía la bondad de aquel método en que los vencidos se convertían automáticamente en esclavos de los vencedores. De aquel modo, los libres poseían siempre una gran reserva de trabajadores para producir todo lo que necesitaban los victoriosos durante los cinco años que sucedían a las batallas, mientras los últimos se dedicaban únicamente a cultivar el arte militar y en agudizar su inteligencia.

—De manera que sus mismos ciudadanos se convierten en esclavos de su estado, ¿verdad? —indagó—. Personas como usted, sólo que perdieron una batalla.

—Ciertamente —trató de explicarle Marpelm—. A menudo, nuestros mismos familiares. Tengo dos tíos esclavos y también una de mis primeras esposas.

—¿Permanecen en la esclavitud el resto de su vida?

—Pues sí; no se puede invertir una victoria. Pero sus hijos son libres y a su vez, pueden esclavizarnos. Además, ningún macho o hembra es esclavo personal de un ciudadano. Tengo entendido que en la historia de su planeta muchas de sus naciones hicieron esclavos que se convirtieron en propiedad privada de sus amos. Deberíamos tener en cuenta esas atrocidades.

El reportero se hallaba confuso. Marpelm deseaba recordarle que en este planeta habían cazado casi todos los animales salvajes y eso le parecía peor que el justo y honorable sistema kyriano de la Guerra Perpetua. Se contuvo para no dar rienda suelta a sus sentimientos, pero no pudo evitar el recuerdo de las Sagradas Escrituras que cada kyriano recitaba desde la infancia. De sus ojos brotaban lágrimas al recordar su niñez, cuando junto con otros niños de su misma edad, se embebían de las sagradas palabras que siempre guiaban a todos los kyrianos para ser justos, equitativos, inmutables. Volvió la cabeza para ocultar aquella debilidad debida

a su nostalgia. No podía soportar más la entrevista y tuvo que hacer acopio de todo su dominio.

—Lo siento, pero debo acudir a un mitin —se excusó, y salió a grandes trancos de la habitación donde el reportero lo había atrapado. Éste recogió de mala gana su equipo.

Pero el autodominio tiene un límite. Sea como fuere, debía vengarse de la meliflua arrogancia de aquel entrometido o el honor de Marpelm se vería empañado. Al llegar a la puerta se detuvo el tiempo suficiente para untar el pomo, que el reportero tocaría después, con un grumo de cacu, un delicioso estimulante que todos los kyrianos llevan consigo para mascar, pero que, para mayor regocijo suyo, irritaba la piel de esos endebles seres, produciéndoles ampollas. Una pequeña venganza; pero mejor eso que nada.

Por supuesto no debía acudir a ningún mitin. Jamás fue, y evitaba, por todos los medios a su alcance, que le ofrecieran un puesto. Podían obligarle a venir, a quedarse, pero jamás tomaría parte en esas tonterías de los P.U. Gomforb obró de igual modo. No tenía otra alternativa. Ambos habían recibido órdenes estrictas de no intervenir en los comités. A ningún kyriano le gustaría que les presidiera un extranjero.

«Pero ¡cinco ciclos solares! ¡Oh, sagrados antepasados, ayudadme a soportarlo!», murmuró al salir a escape del odioso edificio.

En el insoportable alojamiento que le destinaron no hallaba reposo apetecido. Incluso era un problema encontrar una alimentación adecuada. Pero lo peor no consistía en la falta de un nido húmedo, o la lucha por conseguir provisiones digeribles, sino el celibato forzado. Cualquier hembra de su raza se hallaba a mil años luz y el pensamiento de las repugnantes prácticas seriales de este lugar le producían náuseas.

¡Claro que lo había intentado! Pronto aprendió que no podía abordar a una mujer para preguntarle así de sencillo: «¿Eres una pareja sexual conveniente?» Con toda seguridad le daría una bofetada, o peor aún, llamaría a la policía. Más adelante se enteró de que existían compañeras sexuales profesionales, conocidas por call-girls. Se hallaba provisto con largueza de medios para transacciones comerciales y preguntó el sistema de procurarse una

compañera. Percibió una, por su sistema de video, no más repulsiva que cualquier otra de su especie (aunque por algún motivo incomprensible parecía reacia a concretar una cita con él). Pero así y todo, la llamó y la mujer se presentó en su apartamento.

Hizo caso omiso de la pintura multicolor que ornaba su cara y de la necesidad de que se quitara la ropa para verla antes, más, al desnudarse, ¡qué cosa más singular! ¡Aquella criatura era asexual! No poseía ningún dispositivo para acoplarse.

Asqueado, Marpelm arrojó en la repugnante mano de la mujer la suma que ella le pidió y le suplicó que se volviera a poner la ropa y se fuese. Estaba furioso consigo por haber hecho tal concesión a uno de esos seres inferiores, pero dadas las circunstancias, no se atrevió a matarla para asegurarse su silencio. ¡Ni siquiera untó con cacu su ropa interior!

—¡Un pulpo con un solo ojo... un monstruo! —exclamó la mujer con rencor y desprecio al marcharse.

Marpelm ya no volvió a insistir para acabar con su forzosa castidad. ¡En cuanto a un descanso decente y unos alimentos comestibles...!

Arrancó el colchón del alto y ridículo armazón y lo puso en el suelo. Cada noche lo regaba con agua, pero aun así, no era más que una burda aproximación de un cómodo nido. Vio el anuncio de un objeto llamado «colchón de agua» y preguntó ansioso al vendedor:

—¿Se filtra el agua?

—En absoluto —le aseguró aquél.

Marpelm salió de la tienda disgustado, preguntándose por qué el hombre lo contemplaba estupefacto.

Poco después, los inquilinos del piso de abajo se quejaron de que el techo tenía goteras. No hay duda de que a Marpelm lo habrían desahuciado a no ser por su alto cargo diplomático, pero con todo, el administrador de la finca roció el suelo con un líquido de plástico que lo dejó totalmente seco... con gran dolor para sus delicados pies.

En cuanto a los alimentos... el lugar los poseía en abundancia, productos nutritivos que llamaban hierba y hojas, pero aquellos imbéciles las reservaban para elementos decorativos en vez de comérselas y si arrancaba una mata de succulenta hierba para

aplacar el hambre, intervendría algún jardinero o cualquier agente; de eso estaba seguro. Como era demasiado orgulloso para obrar en la clandestinidad, se vio forzado a recurrir a los mercados que allí llamaban floristerías, mas, por si fuera poco, nunca encontraba la delicada y sabrosa hierba que solía comer: en el momento de ingerirlas, las hojas ya estaban marchitas y pasadas.

¡Aquello era demasiado! Aún no había transcurrido ni medio ciclo solar de su estancia allí, y de algún modo debía hallar una salida. Tal vez el viejo Gomforb se adaptó a esa vida, pero él, no era todavía muy joven y no lo soportaría. ¡Y pensar que ese cargo se lo habían concedido como un premio en atención a los servicios prestados al Estado! Sus ojos volvieron a humedecerse. Puesto que siempre se encuentra un medio para hacer lo que es absolutamente preciso, al fin se le ocurrió un sistema posible para escapar.

En su país se lo reprocharían. Nunca más volvería a recibir honores cívicos, títulos o condecoraciones. Sus congéneres y hasta su familia lo despreciarían, o, peor aún, lo harían objeto de cólera. ¡Que así fuera: cualquier cosa antes que seguir con esta situación!

Para que lo expulsaran o deportaran debía realizar algún acto que este planeta considerase delictivo, con preferencia un crimen que implicase una inmoralidad manifiesta. No veía la posibilidad de que lo reclamasen en su patria y poder regresar con todos los honores antes de que expirase al plazo concertado.

Por las lecturas en los microlibros de historia, sabía que no faltaban oportunidades en este planeta, prácticamente todo acto cuerdo desde el punto de vista de un kyriano se consideraba inmoral o ilícito. Existían, naturalmente, obstáculos físicos — crímenes que no podía cometer porque carecía de dotes corporales — pero aún quedaban muchas soluciones. Por supuesto podía matar fácilmente a cualquier criatura. Por alguna extraña razón, aquí era considerado un grave delito, aunque en Kyria fuera la respuesta más normal a cualquier oposición o afrenta. Pero eran tan blandos, tan canijos, que la idea de estrujar sus flácidos tentáculos le horrorizaba. Otorgaban un valor considerable a objetos inútiles, entre ellos piedras brillantes que extraían de la tierra. ¿Robaría algunas de esas piedras a su dueño? Pero ¿qué haría con ellas? No tenía sitio donde guardar esa porquería y si la tiraba luego, ¿cómo

la encontrarían como prueba para prenderle y castigarle?

La violación —su tercer «grave delito»— resultaba físicamente imposible, incluso si la idea no le asqueaba. Todos los demás actos considerados «delitos» eran o de la misma categoría o demasiado repugnantes para llevarlos a cabo. También carecía habilidad para acuñar o falsificar monedas o asaltar un Banco.

Entonces se puso a meditar sobre los delitos, considerados como tales en su mundo. ¿Cuáles eran? Cobardía, traición, rendirse a un enemigo, interés indebido por otros a expensas del bienestar de la propia familia. A excepción de la traición, todos esos delitos, si no se tenían exactamente por virtudes, tampoco se hallaban sujetos a castigo legal; además, ¿cómo podría un extranjero cometer traición en un país que no era el suyo?

Por fin descubrió el crimen ideal: rapto.

Por lo visto, aquí se le tenía por un delito grave, aunque desconocido en Kyria. ¿Cuál sería aquí el procedimiento para secuestrar a alguien? El secuestrado sería abandonado en el acto por sus congéneres; nadie pagaría un rescate, aunque a él o a ella se le esclavizara —había cantidad de esclavos de la Guerra Perpetua— o se le matara, en cuyo caso el secuestrador disponía del cadáver para deshacerse de él.

¿A quién raptar?

Esta vez acertó en la víctima ideal: la Presidente General de los Planetas Unidos. Y qué bien encajaba en el plan de Marpelm que el actual Presidente fuera una hembra. En este planeta las hembras se distinguían claramente de los machos y recibían atenciones muy especiales. También hacia los que llamaban negros (aunque para la vista de Marpelm sólo eran de color canela claro) existía una sensibilidad especial debido a la raza. Sus ojos dobles poseían un matiz distinto, lo mismo que la excrescencia de la piel que llamaban cabello, aunque a eso no le daban importancia, sólo al color de la piel. De ella procedía un especial sentimiento de culpabilidad.

¿Y el rescate?

Durante un rato acarició varias ideas que le fueron surgiendo. Deseaba que lo eximieran de aquel cargo y lo enviasen a su país, pero difícilmente lo conseguiría ofreciendo un rescate. Además, nunca recogería un rescate tangible. Sólo deseaba que lo prendiesen

(aunque no antes de haber llevado a cabo con éxito el rapto) y conseguir el rescate de la persona secuestrada (ya que estos sensibleros no permitirían que permaneciese amenazada de muerte inminente) y que su único castigo fuese la deportación.

Éste era uno de los problemas más espinosos que debía resolver.

¿Y si lo encerraban en una de sus prisiones antes o en vez de deportarlo? En tal caso, moriría en seguida y esa solución no formaba parte de su brillante plan.

El otro problema consistía en cómo realizar el rapto.

En primer lugar debía cambiar de táctica como delegado de los P.U. y no sólo actuar como miembro del mismo (aunque con grandes precauciones por la advertencia recibida de evitar toda actividad) en todos los comités en los que se le ofreciera un nombramiento y en donde tendría ocasión de acercarse a la Presidente General, sino también acudir a las atroces reuniones sociales: banquetes, fiestas, etc., en las que ella estuviera presente y que hasta el momento había rehuido con el pretexto válido de no podía ingerir su comida ni beber sus estimulantes.

Marpelm pasó la noche en vela preparando todos los detalles de su estrategia. Estaba impaciente por empezar y terminar de a vez.

El problema presentaba dificultades porque estos seres poseían leyes y costumbres muy extrañas, incomprensibles para un kyriano cuerdo y civilizado. Por ejemplo: los representantes oficiales de otros planetas o de algún otro lugar de su propio planeta poseían una particularidad llamada «inmunidad diplomática» lo que significaba que si infringían la ley local sólo estaban sujetos a la disciplina de su territorio. Pero ¿abarcaba esa inmunidad los delitos locales que denominaban «crimen de mayor cuantía»? Debía averiguarlo.

A pesar de su elevada posición, la Presidente General era negra y hembra, lo que le otorgaba un derecho especial sobre los súbditos de su planeta, avergonzados por sus anteriores persecuciones y discriminaciones. Por lo tanto, evocar tales fechorías pasadas, sería un medio excelente para asegurarse su rescate. Debía recordar su nombre: Sharon Chester VI, pues allí otorgaban gran importancia a los nombres propios.

Pero todavía debía resolver otra cuestión: ¿cómo acercarse sin

protocolo a la Presidente General? Y lanzó una exclamación de asco al recordar cómo le había estrujado sus tentáculos. ¿Iba siempre rodeada por una guardia de seguridad? En tal caso, Marpelm se las compondría, pero su técnica debía ser distinta.

Pronto descubrió que sería imposible alejarla mientras presidía los asuntos de los P.U., por lo que debería intentarlo en una reunión de sociedad y a este fin preparó sus planes.

La Presidente era un representante oficial pero también una hembra y en este planeta, no muy vieja. ¿Conseguiría ocultar su repugnancia por sus costumbres sexuales y hacerle creer que se había enamorado de ella? Lo intentaría. Si lograba que ella le correspondiera la convencería para obtener una entrevista a solas. A continuación, sólo se trataba de encontrar un escondite seguro y presentar su oferta a las autoridades de los P.U.

¿Qué le cautivaría más, algún punto de similitud o la fascinación de lo exótico? Sus diferencias físicas, ¿la intrigarían o la ofenderían? El color no tenía importancia, pero ¿y los tentáculos, o la quitina? Estudió el caso como si tuviera que resolver un problema de matemáticas.

Recibía innumerables invitaciones; después de todo era el delegado de un gran planeta y por lo mismo, un motivo de interés social, por lo que decidió acudir a todas en las que era posible la presencia de la Presidente. Cuando la encontraba, disimulaba su fastidio y se las ingeniaba, aunque sólo fuera un momento, para estar a solas con ella.

Su estrategia prosperaba. Cada vez era recibido con mayor efusión, lo que representaba un gran paso en sus relaciones íntimas.

También era evidente que la Presidente General estaba enamorada de él, y el esfuerzo intelectual por resolver su problema le hacían a Marpelm más llevaderos su desagrado e impaciencia. Pronto se presentó una ocasión que debía aprovechar.

Ella misma extendía las invitaciones para todos los delegados. Como su casa no era lo bastante espaciosa, la fiesta que ofrecía se celebraría en un hotel de la ciudad. Marpelm estaba convencido de que en esa ocasión acudirían muy pocos guardias personales, si es que acudían. Y acertó. Después de que todos los invitados, menos él (podía asistir a los mítines pero no ingerir la comida y en particular

los estimulantes), incluso la anfitriona, bebieron tres o cuatro rondas de licores, se dispersaron formando pequeños grupos, absortos todos en discusiones sociales o políticas. Marpelm observó que el grupo que se reemplazaba con mayor frecuencia era el que rodeaba a Sharon Chester VI.

Con aire distraído, después de intercambiar saludos y pequeñas charlas con diversos colegas, Marpelm se coló en uno de esos grupos. Cuando se fueron dispersando, él se quedó.

La Presidente se mostró de lo más amable y demostró bien a las claras que consideraba a ese huésped en particular el más destacado de aquella reunión. Marpelm se esforzó por ejercer todo su encanto y después de otro brindis, aprovechó un momento en que hablaban a solas para sugerirle que fueran a tomar un poco de aire fresco, sin que nadie les molestara, y charlando alegremente la condujo hacia una puerta que ya tenía elegida.

Llevaba, como de costumbre, una larga túnica negra, ya que sus tentáculos externos parecían repeler a la mayoría de aquellas melindrosas criaturas.

Sharon Chester VI era pequeña y delgada, y con la fuerza fiera de lo común de Marpelm, no ofrecía dificultad alguna cubrirla con su manto y sujetarla en caso preciso.

Lo tenía todo planeado. En la sala del banquete había una puerta que se abría a una gran terraza que daba a un hotel anexo y que servía también de aeropuerto para los helitaxis y helicópteros particulares. Su pequeño aparato se hallaba aparcado allí (una de las tareas como delegado fue aprender a pilotarlo). Echó una mirada alrededor para asegurarse de que estaban solos y arrastró a la Presidente hacia el aparato.

Ésta no opuso resistencia; por el contrario, reía de placer. Al llegar al helicóptero la tomó en brazos y la metió dentro, saltó al asiento del piloto y despegó.

A unas cien millas se encontraba la cabaña que había alquilado (con el nombre de su secretario) en la reserva de caza entre una gran cadena de montañas selváticas.

—¡Oh, qué emocionante! —exclamó la víctima—. ¡Me estaba aburriendo tanto! Pero debemos regresar antes de que adviertan mi ausencia; después de todo soy la anfitriona.

Marpelm estaba perplejo. Se había preparado a enfrentarse con la fría indignación o la furia más encendida, pero jamás a una aventura amorosa. En lugar de asustarse, esta estrafalaria criatura se sentía halagada. ¡Estrellas celestiales!, ¿creía ella que se fugaba con un amante? Y perdió el aplomo.

—Pero... excelencia —balbució Marpelm.

—Oh, ¡por favor... llámame Sharon!

—Lo que me propongo es... raptarla.

—¡Un rapto! —y se echó a reír—. ¡Qué original! Nadie ha llevado a cabo un rapto real desde la Era Caótica. Cuando iba a la escuela leía esos sucesos en los microlibros. ¿Qué rescate pides? —preguntó coquetona.

Le recorrió un escalofrío y preguntó con voz débil:

—¿Ya no es delito el rapto?

—¿Quieres que lo sea?

Marpelm se encontraba presa del pánico y luchando por recuperar su dominio profirió:

—Quiero tenerte a solas conmigo.

—Oh, mi amor, ¡jamás lo hubiera creído!

¿Qué podía hacer? No había otra salida que seguir el juego.

Los alienígenas dilataban la boca para expresar su simpatía. Él no podía hacer lo mismo pero consiguió expresarse en tono acariciador, y a pesar de su agitación interna dijo con calma:

—¿Por qué crees que lo hago? Ya no resisto más tus atractivos.

Si Marpelm no quería que ella se forjase ilusiones de haber conquistado el corazón de un orgulloso kyriano, debió cambiar de táctica, porque consiguió... más de lo que deseaba.

—Oh, Marpelm —suspiró—. No te preocupes por la fiesta... deja que piensen lo que quieran. ¿Adónde me llevas?

¿Adónde sino a la cabaña?

¡Ojalá lograse olvidar el resto de su vida el horrible día que pasó junto a ella y qué noche, más horrible aún!

Ninguna chapa para acoplarse y ella, mirando la suya, ruborosa, sin comprender nada. Marpelm no se dignó darle una explicación. Torpemente, hizo lo que pudo hasta que por último, pidió excusas y salió corriendo para vomitar. La Presidente, por el contrario, parecía sentir un vivo placer. Tomó sus sensibles tentáculos para

emplearlos sin que él lograra descubrir con qué propósitos, y cuando le dijo, al fin, que debían volver a la civilización, había reducido al pobre Marpelm a una masa temblorosa. Por suerte, ella lo interpretó como una señal de pasión.

Marpelm la condujo en silencio a la ciudad. La conversación sólo habría acrecentado su desdicha.

Cuando la Presidente se apeó del helicóptero, se volvió a mirarle, cerró un instante uno de sus ojos y susurró:

—Ha sido delicioso, Marpelm, deberíamos repetirlo pronto.

Ni el esclavo más ínfimo de Kyria se hubiera sentido tan desgraciado como Marpelm cuando éste regresó a su apartamento. No sólo había fracasado su plan, sino que se volvía contra él: la Presidente estaba locamente enamorada. Se le humedecieron los ojos y se compadecía de sí. Estaba perdido. Lo presentía desde la punta de sus tentáculos. Condenado a pasar cinco ciclos solares de abstinencia; a mil años luz de lo bueno, de lo natural. Si sus enemigos desearon destruirle totalmente no pudieron hallar sistema mejor que enviarle como premio a este horrible planeta.

Al entrar en el apartamento oyó que sonaba su rayo transmisor de comunicación y se apresuró a contestar. Era, nada menos, que Gomforb, su predecesor y enemigo ancestral.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Gomforb enojado— he tratado de comunicarme contigo desde anteayer, y el rayo no te encontraba.

—Lo siento, estaba en el campo en busca de reposo para aliviar mis nervios agotados por el cargo.

—Conque agotado por el cargo, ¿eh? —repuso Gomforb riéndose—. Bien, no vas a tener que soportarlo por mucho tiempo. ¿Piensas que somos tan estúpidos para no enviar agentes secretos a los Planetas Unidos? Poseemos pruebas incontrovertibles de tu actividad en los comités... precisamente, cuando estabas avisado de todo lo contrario, como sabes muy bien... Marpelm, he enviado una nave a buscarte... en realidad, para descubrir tu paradero, pero ahora que lo conozco, el autopiloto tiene instrucciones de subirme a bordo y devolverte a Kyria. Para ser sincero tu sucesor es un pasajero, así que sólo necesitas entregar credenciales y el resto de la documentación. No te vayas hasta que llegue él... Y créeme, nunca

más se te concederá un honor similar.

Y desconectó sin despedirse.

Pero ¿qué le importaba eso a Marpelm?

No necesitaría ver de nuevo a la Presidente General, ni pasar otro desagradable idilio con ella. Preparó en el acto su equipaje con el corazón brincándole de alegría. ¡Oh, ven cuanto antes — imploraba a su sucesor y salvador— date prisa, antes de que ella me pesque!

¡Lejos para siempre de estos nauseabundos alienígenas y su espantoso planeta! ¡De vuelta a su querida patria! ¡De vuelta a vida normal, con sus compañeras, sus pequeñuelos, sus alegrías!

¡De vuelta al hogar!

En un tiempo se creyó conocer lo que era la vida. Un organismo que crecía, reaccionaba a los estímulos y se reproducía. Mas luego llegaron los virus y, de pronto, la línea entre la vida y la no vida se hizo borrosa, confusa. Un organismo puede estar «vivo» en un contexto y completamente «muerto» en otro. Ya no estamos tan seguros de poder distinguir invariablemente entre los dos, lo que nos podría conducir a complicaciones.

Los relatos de este libro tienen por tema formas de vida inteligente, pero para comprenderlas primero deben aceptarlas cómo son.

Ya no estamos tan seguros, ni aun en nuestro planeta, de lo que puede ser exactamente una forma de vida...

EL OYENTE SORDO

Rachel Cosgrove Payes

Era un lugar de nieblas arremolinadas que bullían sobre océanos muertos y subían en espiral por las rocas peladas que bordeaban los mares. Los gases burbujaban; los nocivos vapores corroían los peñascos eliminándolos lenta, pero firmemente, con componentes gaseosos. Fuertes vendavales barrían el globo arrastrando masas de nubes de cambiantes dibujos como un caleidoscopio de colores.

Ninguna vida orgánica aparecía por allí. Los océanos eran estériles, las rocas, áridas. Incluso los componentes de la vida todavía no habían nacido.

Por encima del hostil planeta giraba la nave con sus sensores alerta. Las computadoras ingerían datos y vomitaban respuestas. Los controles eran rígidos, los experimentos se repetían y los informes se acumulaban como los días bajo el sol alienígena.

No había vida abajo, sino extraños gases que constituían una enorme riqueza. La nave se disponía a recoger la rica cosecha que se arremolinaba por debajo. Giraban los discos, destellaban luces; las personas tomaban decisiones y el cerebro humano respondía mejor que el sofisticado ordenador.

Era una nave sonda, fuertemente blindada para resistir cualquier fuerza, y que volaba de sol a sol en busca de vida inteligente o, en su defecto, de nuevos y desérticos mundos para explotar sus riquezas.

El capitán no dejaba nada al azar, pues en el espacio, éste puede

resultar peligroso. Aun después de conocer, por medio del instrumental, sumamente perfeccionado, que no existía vida por bajo, llamaba a su Oyente.

—Nos vamos a trasladar a una órbita más baja, de modo que penetramos en las capas de gases más altas. Todas las pruebas indican que no existe vida por debajo, pero escucha tú también para mayor precaución.

El Oyente asintió muy serio. Su responsabilidad era tan imponente que vivía en los umbrales de una crisis nerviosa. Toda nave sonda poseía su Oyente, miembro de un Gremio especial, dedicado al conocimiento del universo. Durante largos siglos de viaje por la galaxia, el Gremio había provisto a sus Oyentes de una competencia de tan alto nivel que podían detectar hasta las inteligencias más primitivas. Sin ellos, los hombres habrían podido violar mundos, al parecer insensibles. Fue un Oyente el que descubrió los microorganismos inteligentes en Osiris 9739. Un miembro de aquel Gremio había detectado los inteligentes líquenes en un mundo frío y árido del Sistema Auriga. Los oyentes eran en extremo sensibles, receptores de estaciones ultrasensibles y que protegían los mundos nuevos de los ataques de su raza en continua expansión.

El Oyente siguió sus ritos: se lavó el cerebro químicamente con fármacos compuestos para este fin; electrónicamente, con máquinas perfeccionadas a través de los años. Cayó en un trance de autoinspiración y desplegó su mente hacia el planeta que estaba debajo, esforzándose por percibir cualquier pensamiento. Terminado el período de escucha, y de vuelta del estado de trance, informó, agotado:

—Nada. No he percibido vida inteligente.

Mientras el Oyente se recuperaba de su trabajo, el capitán tomó las decisiones, oportunas que realizaría la tripulación para dirigir la nave por la niebla que se arremolinaba por el mundo muerto. Se abrieron las palas y se llevó a cabo un proceso en extremo complejo para recoger poco a poco los ricos gases que luego comprimieron y almacenaron a bordo.

En este diminuto imperio, el Recycler temblaba. Algo no marchaba y no podía identificar la causa. Revisó rápidamente los

procedimientos automatizados que reciclan los desperdicios y proporcionan una constante fuente de energía a la tripulación. Nada faltaba. Los depósitos burbujearon plácidamente; los procesos bioquímicos progresaban, el producto final, aceptable. Sin embargo, no consiguió dominar la sensación de que algo extraño sucedía, hasta que al fin supuso que podía estar relacionado con el nuevo planeta y solicitó una entrevista con el capitán.

—Hay algo raro en este mundo nuevo, señor. Lo noto en todo mi cuerpo. El capitán se hallaba más preocupado de lo que deseaba aparentar. El Recycler tenía un olfato especial para detectar las dificultades y toda la tripulación lo sabía. En más de un mundo, había notado cuando fallaba algo, antes que otros experimentasen el menor indicio.

—¿Puede ser más específico, Recycler?

Con gran pesar, el tripulante sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor. Precisamente no se nota claro. Pero hay algo ahí, alguna presencia extraña que me asusta.

El capitán ordenó a la tripulación que revisara minuciosamente los instrumentos. Todo funcionaba, había sido un viaje de rutina altamente provechoso, cargando sin dificultad los preciosos gases. El capitán consultó de nuevo a su Oyente.

Molesto porque se dudase de su técnica de especialista, el Oyente se mostró desdeñoso.

—Mi capitán, abajo no hay vida. ¿Quién es ese Recycler? ¿Qué clase de entrenamiento ha tenido como Oyente? Ninguno. Sólo unos pocos aciertos y ahora quiere usurpar mi puesto a bordo. Si prefiere seguir su consejo y retirarse de este planeta, presentaré una reclamación al Gremio cuando regresemos. Recuerde que todos compartimos los beneficios de este viaje. Si lo suspende y presta más atención a él que a mí, tendré motivos legales para presentar una demanda en toda regla. Y ya conoce el castigo si el tribunal falla a favor del Gremio.

De sobra conocía el capitán el castigo. En el próximo viaje le negarían un Oyente... lo que significaba que no emprendería otro viaje, pues era imposible contratar una tripulación sin un Oyente.

Con gran pesar, concedió su voto de confianza al miembro del Gremio.

En su pequeño compartimiento, el Recycler sufría en silencio. No poseía la categoría necesaria para convencer a un Oyente, ni otra esperanza que aguardar a que los depósitos se llenaran pronto con los preciosos gases para salir de aquella órbita y regresar a su mundo.

Peligro *Peligro* *Peligro*

Las moléculas danzaban, se movían cada vez con mayor rapidez; se mezclaban con nubes colindantes y arremolinadas de moléculas hasta que por todo aquel planeta los gases impartían su mensaje:

Peligro *Peligro* *Peligro*

La nave, en órbita de aquel mundo, desplazaba los gases, los alteraba al introducir una sustancia alienígena.

La rígida masa de la nave apartaba las moléculas que en su impulso saltaban en los espacios intermoleculares.

Extraños *Extraños* *Extraños*

A esto, siguió en el acto un mensaje orden:

Analizar *Analizar* *Analizar*

Nuevas moléculas surgían por el área y rodearon la nave, la rozaban, la envolvían por completo. Al rebote duro, apretado y metálico, las moléculas se reconocieron y saludaron:

Saludos *Saludos* *Saludos*

No hubo respuesta. Las estructuras moleculares se enlazaron tan fuerte que no les permitían comunicarse.

Prisioneras *Prisioneras* *Prisioneras*

El mensaje corría por todo el planeta dispersado por los gases. Por la parte caliente, las moléculas, activadas por el calor de su sol, se movían cada vez más de prisa, flotando en grandes y expansivas masas. Se espaciaban girando enloquecidas. Se formaron fuertes vientos que barrían el globo; grandiosas tormentas bullían sobre los mares; la parte alta de la atmósfera agitaba y golpeaba la nave extranjera de acá para allá.

Libertad *Libertad* *Libertad*

Las moléculas envolvieron la nave y con sus mudos mensajes enviaron a buscar más moléculas, más gases y otros elementos. Las reacciones químicas se sucedían en la turbulenta atmósfera que ardía por el sol abrasador. Grandes fuerzas generaban nuevos gases que se precipitaban a cumplir con su deber. Arrollaron la

embarcación y entonaron su canto de sirena:

Escapad *Escapad* *Escapad*

El revestimiento de la nave era fuerte; construido para resistir los rigores del espacio; pero escuchó las lisonjas de aquellos gases. Muy despacito, las moléculas que formaban el casco de la nave espacial se fueron soltando una a una. Desertó la primera, luego otra... y otra...

Camarada *Camarada* *Camarada*

Los gases recibían alegres a las recién llegadas, incorporando a las moléculas que desertaban dentro de su propio elemento, alcanzándolas y girando en una loca danza en torno a su mundo desierto.

Danzad *Danzad* *Danzad*

Más y más moléculas de la nave huían de su prisión uniéndose al movimiento libertador, danzando en los terribles vientos, olvidando el motivo de su vida, saboreando la alegría loca y embriagadora de la libertad; rompiendo sus ligaduras y abandonando su antigua vida.

El torbellino de gases reunía en un número cada vez mayor a las que luchaban por libertarse y aumentaban la fuerza de las que pugnaban por liberar a sus atrapadas compañeras.

Ven *Ven* *Ven*

Un número incontable de moléculas metálicas abandonaron la nave y disfrutaron de su libertad.

En la sala de control, las luces avisaron con su resplandor rubí; los timbres de alarma alertaban a los tripulantes. El monitor informó al capitán:

—Señor, los gases corroen el casco de la nave.

El capitán ordenó que se tomaran las medidas pertinentes y una ráfaga de energía limpió el casco, pero el alivio duró poco.

El capitán tomó entonces una rápida decisión.

—Cambien rumbo a otra órbita para evitar la concentración de gases corrosivos.

Nuevas órdenes alimentaban el computador; nuevos planos ordenados y las máquinas de la nave alteraron el curso de ésta.

—¡Revisad el casco! —ordenó el capitán.

—Está limpio —fue el informe.

Seguid *Seguid* *Seguid*

Los gases que envolvían la nave en su nueva órbita dispersaron sus mensajes para cercar las moléculas y con velocidad de computador la palabra rodeó el planeta que giraba.

Ataque *Ataque* *Ataque*

Las moléculas se soltaron del cautiverio del Casco de la nave y se unieron a la lucha, mezclándose con las moléculas libres, desarticulando electrones y formando otros nuevos, de modo que pronto, los gases corrosivos que la nave había eludido, se volvieron a formar a su alrededor y comenzaron a soltar a sus hermanas atrapadas.

Separaos *Separaos* *Separaos*

Cada hoyo producido por un meteorito, cada grieta, cualquier punto corroído, era un blanco que atacaban las moléculas. A medida que el casco perdía más moléculas, su superficie se tornaba más vulnerable a las fuerzas que lo afectaban.

El Recycler oyó las alarmas, pero hasta que el último destello rojo no apareciese en su tablero, su obligación era ocuparse de las máquinas. Su tensión iba en aumento; en su subconsciente, el miedo se recogía en helados charcos. Notaba la presencia de una fuerza maligna. ¿Cómo era posible que el Oyente fuera sordo a ella? Se sentía embargado por una vasta presciencia que, anhelante, se posesionaba de él.

En su desesperación recorrió con los dedos el cuadro de mandos e hizo una llamada directa al capitán.

—Debemos abandonar este lugar antes de quedar destruidos.

El capitán estaba más preocupado de lo que aparentaba. Sin embargo, el Oyente se hallaba a su lado, escuchando las palabras emitidas en voz baja por el Recycler y sonrió con desprecio.

—Unas cuantas conjeturas afortunadas y ya se cree un ser superior. No hay vida para que nos puedan atacar.

—Señor —llamó el monitor—, el casco se está deteriorando. Desconocemos esas mezclas gaseosas; no obstante, parecen ser el agente exacto para desintegrar el revestimiento de la nave.

—¿Ya están llenos los depósitos? —preguntó el capitán.

—Sólo la mitad, señor.

—Una suma insignificante para tan largo viaje —insistió el Oyente—. Un poco más de tiempo y regresaremos a nuestro mundo con un cargamento de primera.

El capitán mandó que se diera otro giro en órbita, pero esta vez, de muy poco les sirvió aquel pequeño desahogo. En el acto, los gases destructores se formaron donde no habían estado antes.

Desde el cuadro de mandos llegó la voz del Recycler mostrando su desespero:

—¡Quieren destruirnos, mi capitán! ¡Abandonemos este lugar antes de que sea demasiado tarde!

Pero el Oyente se interpuso:

—Esperemos un poco más, hasta haber cargado los gases preciosos. Un cargamento completo... extra... un beneficio portentoso.

Los gases se arremolinaban cada vez más cerca, y aquella densidad en aumento concentraba más moléculas corrosivas alrededor del objeto foráneo.

Invadir *Invadir* *Invadir*

Primero una molécula, luego otra, después cada vez en número mayor se abrían paso por los distintos equipos de la nave, mezclándose con los gases comprimidos y almacenados en los depósitos.

Conquistad *Conquistad* *Conquistad*

Libertad *Libertad* *Libertad*

—Mi capitán, los depósitos se están contaminando.

—Limpiadlos.

—Nuestros aparatos no funcionan.

—¡Vacíen los depósitos!

El Oyente puso el grito en el cielo:

—¡Nuestros beneficios! ¿Qué representan unos cuantos contaminantes? Se pueden purificar al llegar a nuestro destino.

—¡Soy el capitán! —rugió éste—. ¡Salga en el acto de la sala de control! Cuando lleguemos a nuestro país, si es que llegamos, presentaré un informe sobre usted como el más inútil del Gremio:

¡el primer Oyente Sordo! —Luego, se dirigió a los revisores—: ¿Han vaciado los depósitos?

—Lo estamos intentando, señor, pero algo sucede. No conseguimos que los gases salgan de los depósitos. ¡Se resisten!

De la tabla de control llegó un informe conciso:

—¡Señor, los monitores indican que los depósitos se están corroyendo!

Ya no aguardaron y abandonando la órbita en que estaban, huyeron de la horrible amenaza, pero llevándose con ellos su perdición, pues a cada instante nuevas moléculas iban siendo liberadas por los asaltantes de los depósitos.

Y las moléculas de gas rompieron las paredes de los depósitos esparciéndose por toda la nave, pasándose el mensaje que oyó el Recycler en su pequeño compartimiento y que, de parte a parte, cruzaba la nave que sucumbía.

Victoria *Victoria* *Victoria*

La inteligencia (o al menos ésta es la ilusión que nos hacemos) es la característica principal que sitúa al hombre aparte del resto de los componentes del mundo animal. Otros animales pueden correr más rápidamente, ver mejor y a mayor distancia, oír con más detalle y más profundamente. Nosotros sabemos pensar mejor. Y con nuestros pensamientos hemos cambiado la faz del mundo.

Pero la inteligencia es una cualidad relativa. Todas las criaturas la poseen en determinado grado, sólo que algunos la tienen en mayor cantidad.

Existe una clara diferencia entre tener inteligencia y ser inteligente. Pero ¿dónde está la línea divisoria? Realmente, ¿qué es lo que queremos decir cuando hablamos de una vida inteligente distinta a la nuestra? Exactamente, ¿qué grado de inteligencia debe poseer un ser para que podamos clasificarlo como nuestro igual? ¿Qué criterio debemos usar para establecer esta calificación? ¿Debemos probar, medir, su inteligencia en laberintos, como hacemos con las ratas en el laboratorio, o más bien pedirle que nos escriba un soneto?

El término «criatura consciente» se ha utilizado con frecuencia para tratar de facilitar una distinción práctica. Pero ¿qué significa eso?

El diccionario define el adjetivo «consciente» como aplicable a aquél que siente, piensa, quiere y obra con capaz conocimiento. Ciertamente, esto no nos sirve de mucha ayuda.

Tal vez el nivel medio de calificación debe establecerse diciendo que una criatura es «inteligente» si es capaz de interrogarse sobre sí misma y el mundo que la rodea. Si no sólo se limita a sentir y percibir lo que le envuelve, su entorno, sino que además puede imaginarse ese entorno como distinto a lo que en realidad es. Inteligencia, en otras palabras, consiste en la capacidad de preguntarse «¿por qué?»

LAS BARRAS DE HIERRO NO FORMAN LA JAULA

C. F. Hensel y Stephen Goldin

El aburrimiento era una jaula de barras de hastío y cerraduras de tedio. La vida resultaba demasiado fácil para nosotros. Nuestros únicos problemas consistían en asegurarnos la cena y hallar un lugar seco para pasar la noche a cubierto del rocío. Aparte de eso no teníamos otra cosa que hacer sino fundirnos entre nosotros.

Eso era algo que solíamos hacer frecuentemente y de manera muy especial lo hicimos ese día. Habíamos tenido razones aparte de las usuales para actuar así porque, precisamente ese día, nos conjugamos con una forma inteligente extraña procedente de una región muy alejada y cuando lo hicimos así nos encontramos con un nuevo número Dos.

De inmediato tuvimos la impresión de que nos esperaban tiempos muy interesantes en un futuro próximo, pues ese nuevo Dos parecía tener una colección de recuerdos impresiones del Tiempo Anterior bastante más clara que nosotros. Ávidamente, pues, buceamos en la mente de Dos.

2 Tendencia hacia la investigación metálica 2 mira a los Otros 2 privados de oídos 2 descubren la guerra 2 y el dolor de 2 mundos conquistados. Purga 2 Purga 2

Pasaron nuevas ideas fascinantes, conceptos innovadores, teorías originales. La promesa de escapar del aburrimiento aunque sólo

fuese temporalmente. Nos empapamos de ellas, pues la mente de Dos estaba completamente abierta ante y para nosotros, y nosotros para ella.

No habíamos hecho sino comenzar esa deliciosa exploración cuando el suelo se puso a temblar de manera completamente desconocida para nosotros. O bien se trataba de un fenómeno totalmente nuevo o era algo que ya habíamos olvidado por completo, al igual que tantas otras cosas perdidas en nuestra memoria alterada por la Gran Purga.

Hoy estaban ocurriendo cosas raras, ¡Primero Dos y, ahora, estas vibraciones extrañas! Demasiadas cosas de una sola vez para ser analizadas, calibradas y discutidas entre nosotros. Eso acabaría por ocupar todas nuestras energías al menos durante quince veces quince días.

¡Excitación! Por fin era nuestra posibilidad de escapar del aburrimiento.

Aún seguíamos pensando en esa novedad, preguntándonos qué podría ser esa vibración, cuando Dos proclamó:

2 Esto es 2 un sonido 2 fuerte.

Ya teníamos algo nuevo sobre lo que discutir: sonido.

1 Sonido... recuerdo 1 vagamente cómo 1 la interpretación de vibraciones 1 por un auditorio.

5 Entonces la declaración de 5 Dos no tiene significado 5 dado que afirma 5 que esa vibración 5 es una vibración.

2 No, hay 2 una diferencia 2 cualitativa y 2 cuantitativa 2 entre distintos 2 tipos de 2 sonido. Diferencias 2 tales como 2 tono, diapasón 2, fuerza y 2 otras cosas 2 así. Son cualidades que dependen 2 del 2 medio a través del 2 cual el sonido se 2 transmite.

3 ¿Cómo puede 3 ser investigado 3 este fenómeno?

2 Podemos 2 formarnos un 2 oído.

12 ¿Qué es 12 un oído 12?

2 Una membrana delgada 2, simpática a las vibraciones 2 más un nervio de impresión sensorial 2 que va al cerebro 2 que interpreta 2 «lo oído».

Otros nuevos conceptos. La mente única de Dos nos los estaba

facilitando con mayor rapidez que el resto de nosotros podía comprender. El «oído» era un órgano sensorial apenas recordado, pero Dos dio nueva vida a su recuerdo. (¿Hubo un tiempo en que también nosotros mismos poseíamos oídos? ¿O teníamos noticia de su existencia por haberlos observado en otros? ¿No podía ser que todo ese recuerdo fuese falso, engañoso?)

Dos nos seguía arrastrando. Teníamos que investigar ese fenómeno en este mismo momento, ahora, cuando todavía existía, pues podía ocurrir que desapareciera tan de repente como había comenzado y la oportunidad tal vez no volviera a producirse jamás. Rápidamente tratamos de construirnos un oído en la parte superior de nuestro cuerpo. La cosa resultaba difícil, pues no teníamos una idea definida de lo que tratábamos de construir: sólo una membrana que vibrara y transmitiera sus impresiones a lo largo de un nervio hasta nuestro cerebro. Lo más difícil de calcular era el grosor de la membrana. Si la hacíamos demasiado gruesa no detectaría bien las vibraciones. Si la hacíamos demasiado delgada se rompería fácilmente debido a la fuerza (al ruido, había dicho Dos) del sonido. Pero por lo visto dimos con la consistencia adecuada y entonces...

¡Oímos...! ¿Cómo puede uno describir una sensación tan totalmente nueva y al mismo tiempo tan dolorosamente familiar? No bastaba con describirla en término de vibraciones, pues en la sensación había mucho más. Más, ¿cuál era este factor adicional? No teníamos términos para expresarlo. ¿O nos habíamos olvidado de ellos? Las vibraciones eran fuertes, lindantes casi con el dolor. Llegamos a temer que nuestros oídos fueran desgarrados por la fuerza del sonido, privándonos así de ese maravilloso dolor. Dos declaró que esas vibraciones eran de frecuencia muy baja si se las comparaba con el nivel medio de las del Tiempo Anterior. Pero no podíamos estar seguros de que eso fuese verdaderamente cierto o si Dos, simplemente, trataba de dar muestra de un conocimiento mayor del que realmente poseía.

Mientras tanto Ocho y Once habían colaborado en la formación de otro oído a un lado de nuestro cuerpo con la esperanza de que con dos oídos pudiéramos descubrir el doble de cosas relacionadas con ese misterioso sonido. Pero pronto nos dimos cuenta de que no era así como los dos oídos actuaban. Descubrimos, no obstante, algo

nuevo: la posesión de dos oídos nos permitía determinar la dirección del sonido. Y nos dimos cuenta de que parecía venir de algún lugar por encima de nosotros y un poco hacia un lado.

A medida que seguimos escuchando el sonido pareció descender cada vez más hasta situarse a nivel del suelo. Y en ese momento cesó.

Naturalmente, al principio no estuvimos seguros de que era el sonido el que había cesado, sino que pensamos que, probablemente, nuestros oídos habían dejado de funcionar. Rápidamente empezamos a construir tantos oídos como nos fue posible, situándolos por todas partes de nuestro cuerpo hasta casi cubrirlo con ellos. Durante algún tiempo fuimos todo oídos, pero aquel fuerte sonido no volvió a producirse.

En vez de ello experimentamos otra sensación nueva, la falta de sonido. La mente de Dos nos facilitó, una vez más, la palabra: «silencio». Salvo que no se trataba de una auténtica ausencia de sonido, nada parecido a la que habíamos experimentado antes de que nos fabricáramos nuestros propios oídos. Nos dimos cuenta de que una multitud de sonidos pequeños habían reemplazado al gran sonido que inicialmente atrajo nuestra atención. El mundo entero parecía lleno de vida, pleno de sonidos, muchos sonidos débiles, pequeños, de tonalidad alta o baja, de duración más corta o más larga, algunos que sólo se producían una vez y otros que se repetían. Aunque no hubiera otra cosa, esos sonidos bastaban para ofrecernos datos e información nuevos que asimilar y considerar.

Por otra parte, además, esos pequeños sonidos eran prueba más que suficiente de que nuestros oídos seguían trabajando con efectividad; consecuentemente, cualquier cosa que fuese aquello que había producido el fuerte sonido anterior, había cesado de hacerlo.

Las preguntas surgieron de repente ante nosotros. ¿Qué era aquel productor de sonido? ¿Por qué no se había producido anteriormente jamás? ¿Volvería a ocurrir en otra ocasión?

Una vez más nuestro nuevo miembro, Dos, se hizo con la dirección. El resto de nosotros se hubiese sentido satisfecho con lo conseguido y pasado a analizar y considerar ese nuevo tesoro de información que había llegado a nuestro poder durante muchos

días, pero Dos no podía ser detenido.

2 Debemos 2 descubrir qué ha hecho 2 este sonido 2, dado que puede resultar 2 perjudicial para nosotros 2. O 2 si no es dañino 2 puede estar 2 en condiciones de 2 ofrecernos algunas claves 2 aclaratorias del Tiempo Anterior 2.

Fue el aburrimiento más que la simple curiosidad lo que finalmente nos sirvió de acicate para seguir adelante. Hacía un tiempo incontable, inmemorial, que nuestra raza existía aquí en su forma presente y la vida no había consistido en otra cosa sino en comer, conjugar y fundirse. Nos diferenciábamos de las simples criaturas que nos rodeaban por esa facultad llamada «intelecto» y esta existencia tan limitada y sencilla no podía bastarnos. Tampoco nos bastaba con los breves y relampagueantes recuerdos del Tiempo Anterior que persistían en nuestra memoria racial colectiva. Parecía cierto que esos nuevos sucesos nos traían algo de vuelta de nuestro pasado, separado de nosotros, y oculto de nosotros, por la niebla del más profundo olvido y ninguno de nosotros estaba en condiciones de decir con cierto grado de certidumbre de qué se trataba, como tampoco de adivinar la causa de que ese espeso olvido hubiera caído sobre nosotros.

Suponíamos que se trataba de cierto enemigo (o enemigos) que nos había(n) robado los recuerdos en el episodio del tiempo que ahora llamábamos la Gran Purga. (Y la misma Purga en sí era más conocida por lo que no sabíamos de ella que por lo que sabíamos).

Ciertamente no podían haber sido amigos los que nos hicieran la dolorosa faena de robarnos nuestra herencia.

(Pero ¿qué enemigos? Ésa era la cuestión. Ciertamente que ahora no teníamos ninguno. El único peligro que nos amenazaba aquí era un circunstancial incendio de la pradera o, tal vez, la caída de un árbol sobre nosotros. Y si en otros tiempos tuvimos enemigos, ¿por qué razón no nos destruyeron? ¿Y dónde estaban ahora?)

Durante un tiempo inmemorial nuestra raza venía trabajando para reconstruir su pasado y pese a todos estos eones dedicados a superar y reflexionar no habíamos conseguido otra cosa más que un folklore rico en teorías mezcladas liberalmente con leyendas contradictorias y las más descabelladas y excitantes supersticiones.

Entre nosotros existían los creyentes religiosos. Tres era uno de

ellos. Estos creyentes religiosos mantenían que nuestra raza había estado constituida, antaño, por espíritus libres que vagaban por el mundo a su voluntad hasta que Dios (o dioses, la teoría jamás lo especificaba) nos castigó (castigaron) por nuestros pecados, reales o imaginarios, dándonos una forma corpórea. No satisfecha(s) con este castigo esta(s) deidad(es) borró (borraron) todos nuestros recuerdos del tiempo en que habíamos sido libres. Pero Tres y los que como él pensaban, conservaban la esperanza de que tal vez un día, con la penitencia y la devoción, podríamos conseguir recuperar nuestro antiguo estado de libertad.

Número Seis, por su parte, creía que siempre habíamos tenido cuerpos, tal vez distintos de los que ahora poseíamos (más pequeños, mayores, tal vez fijos a un lugar como algunas de las otras criaturas más bajas del mundo) con su forma móvil, amorfa y cambiante. Pero después cierto(s) enemigo(s) (que posteriormente habían desaparecido por misteriosas razones) nos forzaron a adoptar nuestra actual forma de existencia. Esta teoría no era sino una versión disimulada de la hipótesis religiosa y sus argumentos tenían la misma fuerza y los mismos fallos que los de aquélla.

Quince creía que habíamos sido nosotros mismos los que nos habíamos causado conscientemente este olvido, apartando nuestros recuerdos para ocultar cierta terrible y dolorosa experiencia sufrida cuando nuestra raza era mucho más joven. Potencialmente, este argumento parecía muy fuerte, pero resultaba imposible concebir algo tan espantoso, tan terrible como para justificar este profundísimo olvido que sufríamos actualmente, que de ningún modo parecía preferible al recuerdo de lo ocurrido por horroroso que fuera.

Estaban también los escépticos, como Cuatro, que creían que las cosas habían sido siempre como ahora eran y que el Tiempo Anterior no era más que un enorme y cruel engaño, una autocreada ilusión.

Ciertamente no podíamos saber quién tenía razón, si es que la tenía alguien. Cada una de nuestras teorías contaba con argumentos ilógicos, premisas discutibles, apoyos refutables. Era posible que todos estuvieran equivocados y que la explicación fuese totalmente distinta, inesperada. No podíamos saberlo. Pero el aburrimiento era

nuestra cárcel y la única fuga posible estaba en nuestros propios pensamientos; por eso seguíamos adelante con nuestras especulaciones, por desesperanzadas que pudieran parecer.

La ambición de Dos empezó a arrastrarnos de nuevo y comenzamos la búsqueda del hacedor del sonido. Puesto que ya había dejado de producirlo, nuestros oídos no nos servían de nada en la búsqueda ni podían ayudarnos a encontrarlo. Decidimos disolverlos de nuevo en nuestro cuerpo y sustituirlos por ojos, con los que ya estábamos en cierto modo familiarizados, pues ocasionalmente los usábamos para ir de caza en busca de alimento. Vimos a las pequeñas criaturas que se arrastraban cerca del suelo y a las que conocíamos como insectos. Estaban también allí aquellas criaturas furtivas que, ocasionalmente, se agachaban y se apoderaban de algún infortunado insecto que había sido lo suficientemente descuidado como para ponerse a su alcance. Aunque no podíamos dejar de admirar toda esa visión, nada podía satisfacer a Dos salvo que encontráramos a lo que quiera que fuese que había ocasionado el ruido. Consecuentemente, nos deslizamos cautelosamente por el suelo en dirección al lugar donde creíamos había cesado el sonido.

Lo que vimos cuando llegamos allí resultaba increíble. Un objeto alto, brillante, de pie, apuntando al cielo y situado en el centro de una ennegrecida zona de terreno.

2 Metal.

9 ¿Qué es 9 eso? 2 Parte del saber antiguo. 2 Metal 2 es una roca que 2 ka sido 2 endurecida 2 y pulimentada 2 hasta darle una superficie brillante 2. Según se dice fue algo 2 muy abundante en 2 el Tiempo Anterior 2.

Nos aproximamos. No nos dimos cuenta lo que significaba la hierba ennegrecida hasta que nos quemamos la parte inferior de Tres y Cuatro.

1 Aquí ha 1 habido un fuego 1 recientemente.

7 ¿Es posible que 7 el fuego haya 7 dañado al hacedor 7 del sonido?

5 Sería bastante 5 injusto que todos esos 5 datos potenciales nos 5 fueran arrebatados 5.

3 No será así 3. ¿Creéis 3 que Dios sería 3 tan cruel como para 3 ofrecernos algo y 3 arrebatárnoslo seguidamente 3? Estad 3 seguros de

que nos ha 3 perdonado. Al menos 3 nuestra raza ha sido autorizada 3 a redimirse 3 a sí misma. Esto es 3 una 3 prueba y si la 3 sobrepasamos habremos 3 conseguido nuestra 3 salvación.

1 Hay 1 suficientes datos sólo en la 1 presencia de 1 esta torre 1 de metal para que 1 nosotros podamos meditar 1 durante muchos...

2 ¡No! Nosotros 2 tenemos que investigar 2 ahora, antes de que 2 esta maravilla 2 se desvanezca. Apareció 2 de manera 2 repentina 2 y puede 2 desaparecer exactamente 2 de la misma 2 manera.

3 Dos tiene 3 razón. En la 3 acción está la clave 3. Los dioses quieren 3 que percibamos 3 nuestros métodos 3 de redención lo 3 más pronto posible 3. De otro 3 modo, es posible 3 que se cansen 3 de nuestra falta de 3 inteligencia 3 y se 3 vuelvan a 3 alejar de nosotros 3.

Mientras discutíamos y observábamos apareció una abertura en la torre. Un pseudópodo de metal se extendió fuera del agujero en dirección al suelo. Llegó abajo pero no avanzó en dirección a nosotros. Aparentemente este día estaba llamado a ser uno de milagros y esperábamos ansiosos por ver lo que iba a ocurrir seguidamente.

No nos sentimos defraudados. En la abertura apareció una criatura viva, un gigante. Tenía al menos una longitud seis veces superior a la de nuestro cuerpo y estaba erguido con la parte alta de su cuerpo apuntando al cielo, como la torre.

3 Ambos 3 señalan en 3 la dirección 3 de Dios. ¿Qué mejor 3 prueba necesitamos 3?

Otros tres gigantes se unieron al primero y juntos el grupo descendió por el pseudópodo metálico hasta el suelo. Después de una inspección más próxima pudimos comprobar que esos seres parecían tener formas fijas, como todas las demás criaturas vivas del mundo excepto nuestra raza. Sus cuerpos parecían segmentados en cuatro partes. Aparentemente la parte superior contenía el cerebro y probablemente otros órganos sensoriales. Cada uno de los tres segmentos inferiores tenía un par de miembros o extremidades, dos de ellos destinados a la manipulación y el par inferior para resolver la cuestión ambulatoria.

6 ¡Son ellos! 6 ¡Los Otros! 6 Han venido para 6 terminar su Misión 6 y matarnos 6 a todos.

El número Seis siempre había mostrado cierta tendencia a la

paranoia.

13 ¿Por qué 13 iba a querer hacer 13 una cosa 13 así?

2 Hace mucho tiempo 2 nuestra raza estuvo en desacuerdo 2 con la suya 2. Tal vez 2 a causa de alimentos o 2 fronteras territoriales. Cualquiera que 2 fuese la 2 razón, ese conflicto fue 2 tan importante y serio 2 que 2 sólo pudo ser solucionado 2 por la fuerza 2. Su raza 2 era la más 2 fuerte, así que 2 se llevaron nuestros viejos cuerpos 2 para humillarnos y apartar 2 nuestros recuerdos de manera que 2 no pudiéramos volver a 2 desafiarlos jamás 2. Después 2 nos situaron en este 2 mundo...

1 Eso implica 1 que hay más 1 de un mundo 1...

2 Hay muchos 2 mundos aparte 2 del nuestro. Cada estrella que 2 vemos brillar 2 en el cielo 2 por la noche es un mundo 2 igual que el 2 nuestro 2.

11 ¿Por qué 11 parecen puntos 11 de luz en vez 11 de mundos?

2 Porque 2 están tan lejos que 2 parecen pequeños 2...

3 ¡Herejía! ¡Todo 3 eso no es más 3 que herejía! 3 Nunca llegaremos a 3 alcanzar la 3 salvación si 3 seguimos creyendo 3 cosas. Dos y Tres tal vez estaban en desacuerdo en teoría, pero ambos estaban convencidos de una cosa: que debíamos investigar inmediato esas cosas extrañas que estaban ocurriendo, costara que costara. Conjuntamente, ni siquiera el histérico Seis podían negarse a seguir ese camino.

1 ¿Cómo podemos 1 averiguar algo sobre 1 la verdad de 1 esos asuntos 1?

3 Tenemos que 3 aproximarnos a esas 3 criaturas y contar3 nuestro 3 arrepentimiento y pedirles 3 que nos 3 perdonen nuestras culpas 3.

2 No. Seis 2 tiene razón en un 2 aspecto: estas 2 criaturas son responsables 2 de nuestra situación 2 actual y 2 deben ser estudiadas 2 en secreto si 2 queremos enterarnos 2 de cualquier cosa relacionada 2 con ellos 2.

8 ¿Y cómo 8 vamos a 8 hacerlo?

2 Tenemos que 2 conjugarnos con 2 uno de ellos.

¡BESTIAL!

¡HORRIBLE!

¡IMPOSIBLE!

¡IMPENSABLE!

Dos continuó con la mayor calma mientras nosotros reaccionábamos asombrados ante tan inaudita propuesta. Anteriormente jamás se había intentado la conjugación con una criatura de distinta raza que la nuestra. La simple sugestión de hacerlo así, resultaba no sólo inaudita sino imposible de suponer.

3 Dios nunca 3 nos permitirá conjugarnos 3 con una orden inferior 3 de seres...

2 Eso es algo que ahora deberá ser 2 comprobado. Como 2 también si existe un Dios 2. Y 2 que esas 2 criaturas que pueden 2 trabajar el metal 2 son de una clase 2 «inferior» a la nuestra 2. Pero aun 2 aceptando esa argumentación en 2 los términos expuestos 2 ¿pondría Dios 2 a esas criaturas aquí 2 si esperase que 2 nosotros no 2 pudiéramos conjugarnos con 2 ellas?

1 Es posible 1 que no nos sea 1 posible conjugarnos 1 con ellas incluso si así lo deseamos 1...

2 Tenemos que intentarlo 2. Todos 2 nosotros lo hemos 2 logrado siempre que 2 existía un indicio de inteligencia 2 o consciencia que deseamos 2 investigar. Esas 2 criaturas no 2 tienen que averiguar nada 2, pues ya lo saben 2. Si conjugamos con 2 uno de ellos, estaremos 2 libres de 2 la incertidumbre que 2 ha sido un agobio para 2 nosotros desde la 2 Gran Purga 2.

Nada podía detener a Dos: ni las objeciones religiosas de Tres, ni el miedo histérico de Seis, ni las argumentaciones lógicas de Uno. Nos dirigimos hacia aquellos seres bajo la guía de Dos hasta llegar al límite de su campamento.

Estaba cayendo la noche. Parecía como si la próxima oscuridad que se avecinaba preocupara a aquellos seres, pues hicieron pequeñas hogueras

3 Eso prueba 3 que tienen que 3 provenir de Dios 3. El hacer 3 fuego es 3 un milagro 3.

1 Pero parece 1 como si ellos 1 no concedieran 1 la menor importancia 1 al hecho...

2 No son 2 mensajeros divinos. Debemos 2 seguir adelante 2.

bien para crear calor o luz, o ambas cosas. Esperamos fuera del alcance de la luz de los fuegos, una precaución que creíamos necesaria pues estábamos convencidos de que esas criaturas, fuesen quienes fuesen, no se conjugarían voluntariamente con nosotros.

Finalmente uno de ellos se echó en el suelo, extendiendo su enorme cuerpo en dirección a nosotros. Parecía como si estuviera descansando, quizá fundiéndose. Ésa podía ser nuestra oportunidad. Nos arrastramos hacia él en silencio, tratando de pasar todo lo inadvertidos que pudiéramos, manteniendo nuestro cuerpo pegado a la superficie del suelo. Cuando estuvimos cerca de aquella criatura extraña, delicadamente extendimos un pseudópodo y tocamos un segmento de su cerebro. La criatura ni siquiera se movió. Exploramos su piel porosa para hallar una entrada y elegimos un poro ligeramente mayor que los demás para intentar la penetración.

Delicadamente nos extendimos hasta alcanzar una zona de tejido nervioso con carga eléctrica que no podía ser otra cosa que el centro del cerebro. Hicimos uso de toda nuestra fuerza y ¡penetramos!

¡¡¡Chispazos!!!

Esta conjugación estaba muy lejos de ser normal, pero ciertamente no habíamos esperado que todo ocurriera de acuerdo con el sistema rutinario del intercambio de mentes. En este caso no podía existir una transición suave. La mente extraña se opuso a nuestra presencia y luchó contra ella. Trató de escapar. Nosotros continuamos la caza. La mente se deslizaba, se escurría, eludiendo nuestro abrazo, pero nosotros nos aferramos, sujetándola. La lucha continuó desesperada. Un nuevo intento de escapar. Inútilmente.

Después, con un desgarró que parecía rendir las mentes, Yo conseguí introducirme libremente en mi cuerpo.

¿Yo?

¿Yo?

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15. Yo soy todos ellos, pero, al mismo tiempo, algo diferente. Aparentemente yo soy principalmente Dos. Nosotros somos todas las mentes de todos, y las otras mentes deberían estar aquí conmigo gozando la alegría de esta fusión. Pero ¿dónde están esas otras mentes? ¿Es que estas extrañas y desconocidas criaturas tienen sólo una mente pese a su cuerpo

enorme y gigantesco? ¿Con quién tendré que fundirme aquí?

Vago a través del cerebro, pasos mentales a través de una mente vacía. Estoy solo. Extiendo mi consciencia a lo largo de las fibras nerviosas, transmitiéndoles mis conocimientos, que son como un puente que cubre toda la longitud de su cuerpo enorme. Buscando, investigando, esperando por encima de toda esperanza...

Mi cuerpo queda estructuralmente fijo. Poseo cuatro ojos complejos, tanto si lo quiero como si no. Hay dos oídos fijos a cada lado de mi caja cerebral y un nuevo sentido, uno que jamás experimenté antes y del que ni siquiera había oído hablar. Existen en el aire pequeñas partículas que actúan sobre las vellosidades de mí... nariz... y conducen sensaciones a mi cerebro. Olores.

Mi cuerpo se ha transformado en torpe, desgarrado, desprovisto de gracia y permanente. Ya no puedo moverme con la suave fluidez de antes. Me he vuelto estático.

Sigo buscando, tratando de encontrar el antiguo ocupante de esta mente, pero se ha ido. Tal vez para unirse a 1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15. Pero no. No puede ser porque yo soy todos ellos aunque, principalmente, sea Dos. Este cuerpo es una jaula, una trampa. Una jaula tan estrecha y angosta como antes lo fue el aburrimiento. Sólo que se trata de una jaula de dientes, de ojos, de oídos y de miembros segmentados. ¡Y que estoy solo!

Confinado en una rebosante soledad. Un silencio de la mente infinitamente más terrible que el silencio del sentido del aura. Me gustaría haber tenido la fortaleza suficiente y haber resistido a las insinuaciones de Dos que hicieron que me conjugara con este monstruo.

Pero, todo esto, ¿no resulta ridículo? No, realmente no tengo motivos para censurar a Dos, para acusarlo. Yo soy Dos. ¿O soy Yo? ¿Fui Yo el todo o sólo una parte? Y, además, ¿tiene esto alguna importancia?

¡Estoy tan solo!

Antes mi jaula, mi prisión, fue el aburrimiento. Ahora es la soledad y el depender de un cuerpo fijo. No logré escapar de mi jaula al cambiarla, simplemente, por una nueva y distinta. ¿Es que quizás existe alguien que pueda, alguna vez, escapar de su jaula?

La vida es una jaula, la mayor jaula de todas. Y el único escape

es la muerte, el dejar de ser. Pero ¿no es la muerte también una cárcel, una jaula? ¿Una jaula oscura, desconocida, incluso más cercadora y limitadora que la misma vida? ¿Existe alguna forma de escapar, en alguna parte, en algún momento?

Tal vez estoy loco.

Desde luego que estoy loco puesto que Dos estaba loco. Pero es que yo no soy exactamente Dos, solamente Dos, sino que además soy todos los otros. Todos deslizándonos hacia la locura, hacia la jaula que nos construimos nosotros mismos. Estoy tan confundido.

1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15. Pero el Dos siempre está ausente.

«Civilización», como «inteligencia», es un término relativo, y así, todos los intentos de medir grados de civilización tienen que estar basados en el nivel medio de quien mide. Nosotros, los que pertenecemos a la civilización occidental, tratamos de adoptar un punto de vista mecanicista. Equiparamos el grado de civilización al grado de habilidad técnica conseguido. El índice de control que una cultura posee sobre su medio ambiente se acepta como índice de su grado de sofisticación.

Pero, desde luego, no puede dudarse de que este punto de vista es simplista en exceso. Niega la posibilidad de que una sociedad pueda ser primitiva tecnológicamente y, sin embargo, altamente civilizada. Sólo muy recientemente los antropólogos han llegado a la conclusión de que «primitivo» no significa «simple». Estamos comenzando a darnos cuenta de que existen culturas como las de los indios, las tribus africanas o los aborígenes australianos que pueden considerarse tan civilizadas como la nuestra; pero lo que ocurre es que se trata de una civilización distinta.

Los niveles con los que medimos y juzgamos a las civilizaciones tendrían que ser mucho más flexibles. En determinados casos, como en el nuestro, puede aceptarse como índice de civilización la capacidad de construir máquinas. Pero también podía autoexpresarse como la posibilidad de coexistir en paz con la naturaleza, como lo hicimos en el pasado y lo siguen haciendo en el presente muchas tribus primitivas. Y la civilización puede consistir, simplemente, en la habilidad para jugar y cantar y divertirse hasta el límite máximo de la propia capacidad. La historia siguiente tiende a probarlo así.

ACTIVIDAD PATRULLERA RUTINARIA

Thomas Pickens

Tag y Trill estaban patrullando por el cuadrante esmeralda cuando oyeron la explosión. Estaban persiguiéndose y bailando en seguimiento recíproco y se hallaban en medio de una de sus mejores volteretas cuando el ruido llegó hasta ellos.

Ambos descendieron con esa especie de chapoteo que llamaban un glorioso florecer y se quedaron mirando el uno al otro, intercambiando entre sí sus conocimientos como si se tratara de duelo a pistola.

—¡Bang...!

—Nuestro sector.

—¿Un volcán?

—No me sonó como si fuera eso.

—¡Controlémoslo!

Giraron rápidamente y se alejaron de allí como si escaparan de un remolino. Velozmente, directamente, hacia el rayo ámbar donde parecía haberse originado el ruido.

Destellos de luz solar azotaban la superficie. Con un silbido casi audible ellos salieron a flote y comenzaron a girar alegremente dispersando fragmentos de luz solar por todas partes. Trill estaba cantando la canción que hacía referencia a la gaviota demasiado segura de todo, canción que había escrito basándose en uno de los relatos de Gobl, orquestando el batir del cimbalete de las ondas. Le gustaba mucho patrullar por el cuadrante esmeralda. Era todo tan

claro y brillante como no podía serlo en ningún otro lugar de su mundo.

Tag envió a su compañero otro conocimiento:

—¡Vigila a los dientesbobos! A ellos les gustan mucho las explosiones.

Pasaron sobre un montón de rocas que emergían del agua. Vitalidades ladradoras se soleaban sobre las peñas. Trill orbitó rápidamente las rocas, cantando tres estrofas adicionales de su canción. Las vitalidades ladradoras miraron interesadas. A Trill le gustaba contar con un auditorio que apreciara su talento. Unos cuantos tonos llegaron desde el grupo de rocas. Trill se dio cuenta de que algunos voluntarios se habían unido al coro.

«¡Estupendo!», pensó Trill.

Quiso probar sus conocimientos. Siempre resultaba un placer rutinario el comprobar los conocimientos de las vitalidades ladradoras. Gozaban plenamente de su soleado y suave baño de sol sobre las rocas y con las salvajes danzas parabólicas de Trill y Tag a través del mar; hoy sus conocimientos eran más brillantes, más inquisitivos de lo que habían sido anteriormente.

—¡Todavía mejor! —dijo Trill—. Tenemos que decírselo a Gobl.

Siempre estaban a la busca de nuevos talentos que pudieran sumarse a ellos en sus canciones.

A Trill le gustaban las vitalidades ladradoras. También ellas habían asistido a la escuela de los Maestros. Pero los Maestros las llamaban de otro modo. Los Maestros tenían diferentes nombres para muchas cosas. Habían tenido también un nombre especial para los dientesbobos y un nombre especial para los grandes descantantes que cantaban sus canciones aún más fuertemente que el propio Trill y rompían superficies como islas completas sin ayuda extraña. Muchos de esos nombres especiales se habían desvanecido con los Maestros. Pero algunos sobrevivieron: vivían en las canciones: Gaviota, por ejemplo. Se trataba de un antiguo nombre de los Maestros aplicado (de manera totalmente inapropiada) a una salpicadura blanca. No, realmente el nombre no era adecuado. Pero de todos modos, como Gobl afirmaba, el tener una gran cantidad de nombres con diferentes ritmos y acentos resultaba muy útil y conveniente cuando se trataba de conseguir una buena rima para

terminar una estrofa.

De nuevo salieron de su ruta en el rayo ámbar. Directamente bajo el rayo ámbar había una antigua base de Maestros. Trill de repente, sintió curiosidad.

«¿Maestros?», se preguntó. Era lógico que hiciera esa asociación con las explosiones.

Tag le recordó que ninguno de ellos había visto a ningún maestro desde hacía casi una infinidad de notas opalinas y corales marinos.

A tres canciones por debajo de rayos ámbar encontraron los primeros peces muertos.

Los peces flotaban de cara hacia ellos, con las barrigas al cielo, arrastrados por una corriente que era como un tema menor y que los conducía hacia el sector donde la oscura línea del País de los Maestros parecía unirse con el horizonte.

Naturalmente, los dientesbobos se encontraban presentes, en su propio ambiente, golpeando el agua con sus aletas. Sus conocimientos no eran de un tipo que Trill y Tag pudieran definir como brillante, pero sí conocían lo suficiente como para saber que la explosión traía consigo un aluvión de muertes y que los peces muertos flotaban en la superficie del agua. Los dientesbobos llevaban años ya encontrando en éstos su pienso más abundante.

Los dientesbobos en su tarea de alimentarse estorbaban de vez en cuando el camino de Trill y Tag. Algunos incluso hacían círculos en torno de ellos contemplándolos con un curioso apetito.

—¡Atrónalos! —dijo Tag.

Se lanzó hacia adelante como un torpedo y golpeó fuertemente a uno de los dientesbobos con su nariz. ¡Bang! Trill, por su parte, hizo lo mismo con otro. ¡Bang! Ambos dientesbobos se alejaron de allí a saltos asimétricos y precipitados. Después, los dientesbobos mantuvieron la distancia y dejaron aquel rayo, respetuosamente, libre para Tag y Trill. Habían recibido rudos golpes en su sensibilidad cartilaginosa.

Tag y Trill saltaron para alejarse fuera del campo de alimentación de los dientesbobos. Trill siguió rizando el rizo de su tema bang-bung, bang-bung, añadiéndole algunas variaciones relampagueantes e intermitentes por cuenta propia, hasta que hubo

compuesto una canción totalmente nueva, plena de vacías tonalidades de dientesbobos, con sus temas y variaciones. Le añadió un acompañamiento de tres notas al final de cada una de las estrofas, saltando a la comba, un, dos, tres por la superficie que resonaba como el cobalto. Un nimbo de fino rocío amarillo pulverizado que parecía lanzar su hurra entusiasmado a cada choque.

Y después, dos canciones más adelante en el rayo ámbar, dos canciones después de los peces muertos y los dientesbobos vivos, apareció una repentina perceptibilidad.

¡Una criatura...! ¡No...! Una cosa... una máquina flotando en la superficie, destacando su silueta bajo los brillantes destella del sol. Se movía únicamente siguiendo el ritmo de una corriente subacuática como un tema menor, al alcance visual del País de los Maestros. Un vuelo de salpicaduras blancas, de gaviotas, velaban sobre la Máquina abriantando el Arriba con sus agudos gritos convencionales.

Tag y Trill frenaron al descenso mientras observaban la máquina. Después se deslizaron por un rayo turquesa, lentamente manteniendo siempre la máquina a distancia constante. Trill iba componiendo algunos temas adicionales para su nueva canción de tambor de los dientesbobos.

Como un rayo de nieve pasaron junto a la máquina. Inspeccionaron ambos lados. En el rayo de nieve se encontraban entre la máquina y el País de los Maestros.

La máquina era muy semejante a las máquinas de los Maestros. Expulsaba una oscura untuosidad oleosa que manchaba el agua y le daba un sabor desagradable. Pero, a pesar de todo, no era exactamente igual que la oleosa untuosidad y el sabor asociado con los viejos Maestros.

En la propia máquina había también algunas cosas diferentes. Estaba como surcada por marcas y cicatrices. Ondulaciones y arrugas llenaban su superficie. Tag y Trill intercambiaron conocimientos repentinos: ambos habían visto con anterioridad marcas semejantes. En una ocasión, ¡oh, de ello hacía ya muchos capítulos épicos!, habían estado brincando al sol siguiendo su camino en un brillante día azul cuando, de repente y sin el menor

aviso previo, un pedazo grueso y chirriante de materia llegó ululando desde el Arriba en medio de un resplandor de fuego. Golpeó con un rugido que hizo surgir un geyser fantástico y silbante. Investigaron aquella materia cautelosamente. Descubrieron, sobre las arenas de Abajo, un trozo de roca sorprendentemente pequeño para el fenómeno que había causado. Esa roca estaba marcada, surcada y escoriada exactamente del mismo modo que lo estaban los costados de aquella máquina.

Pronto pudieron ver criaturas en la máquina. Criaturas que andaban erguidas sobre las piernas, exactamente como los Maestros. Caminaban de un lado a otro por la superficie plana superior de las máquinas y todos ellos parecían mirar en dirección al País de los Maestros. Llevaban todos ellos vestidos de la misma forma y color. Los pliegues, marcadamente planchados, de sus vestidos eran lo más evidente... Tag y Trill pudieron apreciarlo así. Exactamente igual que lo habían visto en los Maestros. La pareja disminuyó la distancia que los separaba de la máquina para poder ver más de cerca y con mayor detalle. ¡No, aquellas criaturas no eran Maestros! Los rostros eran muy distintos. Su piel era de color del metal. Y tenían ojos-amarillos. Ojos-amarillos, muy brillantes, como el resplandor del sol. Pero había algo en ese brillo que no recordaba en nada la belleza del resplandor solar. Sus miradas tintineaban, como diminutos cubos de hielo iluminados.

Tag y Trill investigaron las profundidades tras aquellos resplandores. En su interior eran muy sombrías y muy atareadas. Los ojos-amarillos estaban estudiando el País de los Maestros y Tag y Trill probaron de ver lo que los ojos-amarillos estaban viendo: restos de edificios y muros derrumbados y deshechos, rocas cristalizadas, árboles secos y desarraigados.

Las inteligencias de los ojos-amarillos escuchaban el canto de insectos y de su instrumentación sacaron la consecuencia de aquella base estaba tan muerta y arrasada como las demás es que habían visitado.

Este mundo, pensaban, está tan muerto como puede estarlo un mundo: ningún tipo de conciencia puede haber sobrevivido un baño de fuego tal. Pero, meditaron, si aquellas vitalidades ladradoras de las rocas habían sobrevivido, ¿no podían haber sobrevivido,

igualmente, otras vitalidades conscientes?

Tag y Trill se dieron cuenta de que había un hambre especial en la forma como los ojos-amarillos se habían hecho esa pregunta. Se alarmaron más y pese a ello siguieron sintiéndose obligadas a seguir los ceremoniales correctos del protocolo.

Tag le disparó a Trill una curiosidad: ¿con qué tipo de juego debían intentar establecer el contacto? Existían varios tipos de ceremonial entre los que elegir. Simplemente básicos para uso diplomático.

—Mandala —decidió Tag.

Se situaron en la postura de apertura del juego.

Uno de los ojos-amarillos divisó a Trill. Su conciencia registró de inmediato una imagen de su presencia: la espalda bruñida azul grisácea moviéndose en medio de una guardia de honor de corrientes onduladas. Lo señaló.

Trill hizo el movimiento de apertura. Corrió hasta dejar atrás la máquina, como arrastrado por un caballo de tiro, paso a paso, como una saeta de luz dejando tras sí una estela desgarrada de burbujas espumosas con huellas discernibles. Tag rubricó los pasos con una carrera en dirección opuesta, dividiendo el terreno de juego en cuadrados. Trill limpió el tablero en un pase de regreso, marcando dos cuadrados con golpes de su cola. Había elegido la salida de gambito.

Era una apertura convencional.

Se alejaron de la superficie de juego para ver si la inteligencia de los ojos-amarillos intentaba darles una respuesta. ¿Reconocerían la estructura del juego y podrían conservar en sus mentes el arabesco el tiempo suficiente para darles una contrajugada?

Ciertamente su juego de apertura había llamado la atención sobre su presencia.

Los ojos-amarillos iban de un lado para otro señalándolos. Algunos de los ojos-amarillos se hicieron con unos instrumentos tubulares. Apuntaron hacia ellos. Tag y Trill vieron una nubecilla de humo antes de que les alcanzara el ruido del informe. Algo golpeó sobre el séptimo cuadrado de su tablero de juego. Una cosa aguzada como un dardo penetró en el agua en ese punto y después se hundió perezosamente hacia el Abajo.

No se trataba de una respuesta aceptable a una apertura convencional.

Un motor resonó entre el agua. La máquina de los ojos-amarillos daba la vuelta para dirigirse hacia ellos, siguiéndolos.

Trill se intrigó:

—¿El juego de la caza?

—Lo dudo —le respondió Tag.

Retrocedieron permaneciendo por delante de la máquina a la distancia precisa para poder jugar a la caza, si era eso lo que deseaban hacer los ojos-amarillos.

Tag se puso de pie sobre su cola y dio un fantástico triple salto mortal sobre el agua. Trill cantaba su canción favorita, una que hablaba de viajes sobre el mar, utilizando la espuma marina como contrapunto de timbal. Ninguna de las inteligencias de los ojos-amarillos le hizo coro cantando con él.

Se dirigieron como un rayo hacia un gran grupo de rocas en forma de anfiteatro, que estaba lleno de vitalidades ladradoras. Se enfrentaron de repente contra el final abierto del anfiteatro y Tag y Trill tomaron un rayo opalino para evitar chocar con las rocas. La máquina que los perseguía aceleró su marcha y se situó igualmente en el mismo rayo. Tag y Trill regresaron a su rayo original.

—¡Un obstáculo! —dijo Trill.

—¡Maniobras de reagrupamiento! —añadió Tag.

—¿No hay posibilidad de que sea un juego?

—Lo dudo.

Otra de aquellas cosas en forma de dardo cayó sobre el agua haciéndola saltar. Dio tan lejos del blanco que bien podía haber sido un sutil gambito en un juego de caza.

El fondo del Abajo se iba elevando para salir al encuentro de su rumbo. Algunas de las vitalidades ladradoras giraban en torno de ellos. Tag y Trill se hicieron rayo turquesa dentro del anfiteatro, reflejando la curva de sus paredes. Observaron la máquina que seguía su ruta.

Tag comenzaba a aburrirse. No había juegos; ni canciones. Las emanaciones de las inteligencias de los ojos-amarillos sólo indicaban actividad entrometedora, peligrosa. Los ojos-amarillos señalaron una vez más a Tag y Trill y comenzaron a cambiar

impresiones en su clave. Los sonidos no correspondían a las claves de los Maestros. Se trataba de una extraña clave. Trill y Tag comprendieron que aquellos intelectos sólo registraban la misma curiosidad: «¿buen sabor?, ¿comestible?»

Tag y Trill se sonorizaron en cobalto con mayor rapidez que jamás lo habían hecho anteriormente en sus vidas y se sumergieron profundamente en camino hacia la Oscuridad Real. Trill movía su cola enfadado. Estaba tan enfadado que él mismo usó la clave y respondió:

—¡No comestibles! ¡No comestibles en absoluto para vosotros!

—Me parece, definitivamente, que se merecen que les hagamos un nuevo juego —dijo Tag—. Demos un doble salto sobre ellos.

—De acuerdo.

Como en un carrusel giraron juntos repetidas veces en el Abajo ganando cada vez mayor velocidad y fuerza en sus vueltas hasta girar y girar como un remolino. De repente salieron como disparados hacia el Arriba en un doble arco iris azul.

Gritos y miradas en los ojos-amarillos. La trayectoria de Tag y Trill los llevó sobre la parte trasera de la máquina. Trill con un golpe de su cola dio un remojón a uno de los ojos-amarillos y Tag hizo lo mismo con dos de ellos que estaban juntos. Todos los ojos-amarillos estaban charlando en su lengua cifrada cuando Tag y Trill descendieron hacia el cobalto.

—Ya tenéis vuestro merecido —dijo en cifra Trill cuando golpeaba.

Bajaron juntos a la Oscuridad Real y compararon sus impresiones. Se sentían desgraciados. No se trataba simplemente de que las mentes de los ojos-amarillos fueran tan frías y estuvieran tan ocupadas con el trabajo. Esto era algo que ya sabían por experiencias anteriores. La causa de su preocupación era, más bien, lo que habían visto cuando hicieron su arco iris sobre la máquina. Las cubiertas de la máquina estaban llenas de cientos de cuerpos inertes y las inteligencias de los ojos-amarillos estaban ocupadas en despellejar, con instrumentos cortantes, a lo que anteriormente habían sido vitalidades ladradoras.

Regresaron al resplandor del Arriba y precavidamente salieron a la superficie.

En la máquina, las inteligencias de ojos-amarillos estaban preocupadas. Sus sensibilidades, más ocupadas que lo estuvieran antes. Tag y Trill se separaron y nadaron a ambos lados de la máquina.

Los ojos-amarillos estaban acumulando datos sobre ellos. Hacían gestos. El planchado había desaparecido ya de sus ropas. Uno de los ojos-amarillos tenía una especie de globo negro. Lo alzó y acabó lanzándolo en dirección a Trill.

El globo cayó en el agua exactamente ante él. De su interior brotaba un tictac continuado, semejante al que hace un polluelo cuando picotea el cascarón del huevo para romperlo y salir de él.

—¿Un nuevo juego? —preguntó Trill.

—¡No! —fue la respuesta de Tag que apareció de la manera más imprevista.

Tag se sumergió bajo el globo negro, lo alzó con su hocico hasta ponerlo fuera del agua. Después, con un ágil golpe, lo devolvió con la mayor puntería hasta hacerlo caer en medio de la cubierta de la máquina.

La vuelta del globo tintineante creó una clarísima reacción entre la tripulación de las inteligencias de los ojos-amarillos. En esos momentos estaban haciendo cálculos y cambiando impresiones cifradas, que indicaban una auténtica agitación. Algunos de ellos pronunciaron sonidos que ni siquiera significaban nada.

—¡Acertamos! —cifró Trill.

El globo seguía tintineando fuertemente sobre la cubierta de la máquina. Los ojos-amarillos se dirigieron apresurados hacia él registrando preocupación, preocupación, preocupación.

De repente el globo se desvaneció en una llama de fuego y un fuerte «bang» impulsó a Trill y a Tag en el agua. Una parte de la máquina desapareció, dejando márgenes desgarrados en torno al repentino agujero. Varios de los miembros de la tripulación desaparecieron también con aquella sección de la máquina. Algunos fragmentos pasaron silbando sobre Tag y Trill para caer al agua.

Se levantaron blancos géiseres alrededor de las rocas cuando las vitalidades ladradoras abandonaron de repente el anfiteatro todas juntas y se lanzaron al agua buscando el cobalto de las capas inferiores de las aguas por debajo de Trill y Tag.

—No es un juego —dijo tristemente Trill.

—No, definitivamente, no —asintió Tag.

Uno al lado del otro se alzaron sobre sus colas y lanzaron un sonido desagradable hacia la máquina.

Los ojos-amarillos supervivientes miraban hacia ellos y hacían gestos agitados. Gritaban, muy fuerte, en su idioma cifrado. De nuevo pusieron en marcha el motor de la máquina y la dirigieron en ruta, humeando y traqueteante, hacia donde estaban Tag y Trill. De nuevo los dardos comenzaron a caer al agua junto a ellos.

Tag y Trill nadaron por los rayos opalinos. Conocían perfectamente aquellas aguas, y a la profundidad de luz opalina otro arrecife rocoso se ocultaba a poca distancia de la superficie. No resultaba visible como lo era el anfiteatro en el que las vitalidades ladradoras habían estado tomando el sol.

Inteligencias con conocimientos marinos no hubiesen perseguido a Trill y Tag por el rayo opalino. Pero aquéllas no eran inteligencias marinas. Provenían de los cielos. Sólo eran anfibios cuando se les ofrecía una oportunidad provechosa.

Tag y Trill siguieron por el rayo opalino y pasaron sobre las locas, rozándolas, y por entre una manada de dientesbobos que corrían cortando el agua con sus aletas para investigar lo que sucedía con aquella nueva explosión. La débil conciencia de los dientesbobos sólo registraba apetito.

La máquina humeante siguió su rumbo tras Tag y Trill exactamente sobre los arrecifes. La máquina humeante hizo un ruido fortísimo, golpeó contra las rocas y desgarró sus fondos con las heridas penetrantes que les causaron las rocas duras y agudas.

La parte delantera se inclinó hacia abajo mientras la parte de atrás se alzaba y la multitud de ojos-amarillos cayó al agua sin cesar de expresar sus conjeturas cifradas.

Registrando las impresiones recibidas procedentes de aquellas inteligencias, Trill y Tag no descubrieron otra cosa que la expresión de una conciencia consternada. Esa consternación se iluminó positivamente cuando el hambre aletada de los dientesbobos hizo su aparición entre ellos de manera rapidísima. El apetito de los dientesbobos se había convertido en glotonería.

Las conciencias consternadas se fueron extinguiendo, una a una,

en oleadas de angustia.

Más allá de las aguas surcadas, cortadas por las aletas, la máquina se quedó colgada, vacía e inútil sobre las rocas. Y allí seguiría hasta que el mar enfadado, en la estación de las tormentas, la rompiera y la arrancara de aquel lecho pétreo para enviarla al Abajo.

Trill y Tag pusieron rumbo a casa, jinetes sobre las olas da una corriente de tema mayor. El sol se ponía; la luminiscencia comenzaba a florecer sobre sus cuerpos. Una luna llena surgió en el Arriba, escrutando y volviendo a escrutar sus escalas plateadas a través de su rayo.

Bastante tiempo antes de que llegaran a casa, Gobl los tocó con una conciencia.

—¿Algo de qué informar? —quiso saber.

—Una noche estupenda —emitió Trill.

Tag por su parte transmitió:

—Trill está escribiendo una canción nueva.

—Nos encontramos algunas ladradoras que parecen mucha más brillantes interiormente —dijo Trill—. Volveremos allí la próxima luna madura para ver cómo se siguen desarrollando. Si siguen ganando en brillantez como hasta ahora, es muy posible que consigamos que lleguen a jugar con nosotros.

—Estoy pensando un nuevo juego con pellizquitos y mordisquitos en el rabo —dijo Tag—. Grabaré las reglas en los archivos cuando regresemos.

—Anotado —dijo Gobl—. ¿Alguna otra cosa?

—Por lo demás todo ha sido de lo más corriente —dijo Tag—. Encontramos algunas conciencias subdesarrolladas cazando furtivamente ladradoras en el perímetro del rayo ámbar.

—¿Algo útil? —quiso saber Gobl.

—Negativo. Unas conciencias muy ocupadas, muy trabajadoras y agitadas, demasiado confusas como para ser útiles. No eran universales. No conocían ninguna canción. Incapaces de pensar ningún juego nuevo. Estrictamente subutilitarias. Tomamos las contramedidas oportunas.

—Archivado y olvidado —dijo Gobl—. Parad en mi torre cuando deis la vuelta. Podemos cantar juntos la nueva canción de Trill.

Se metieron en el cobalto de regreso a casa y se pasaron todo el camino cantando. Trill, en su fuero interno, estaba practicando el idioma cifrado de la conversación de los viejos Maestros, cantando uno de aquellos versos viejos, pero que muy viejos, de Maestros con una de sus propias músicas:

«Dulces son las adversidades
que, como los sapos, feos y venenosos,
llevan, no obstante, una joya preciosa en la cabeza».

La luna llena caminaba majestuosa por su propio rayo ámbar y se movió cruzando el mar resplandeciente para iluminar la ciudad negra y destruida de los Maestros.

Hasta allí donde alcanza nuestro conocimiento sabemos que sólo una raza inteligente se ha desarrollado en la Tierra. Es cierto que los delfines y las marsopas parecen haber probado también, y así se ha indicado en la historia anterior, poseer en potencia la inteligencia suficiente para desarrollar un alto nivel de cultura. Pero por lo que sabemos, no estamos en condiciones de afirmar que, hasta ahora, lo hayan utilizado debidamente. Al parecer, sus antepasados regresaron al mar cuando la falta de estímulo y de oportunidad los confinó, aparentemente, en una existencia simple.

Consecuentemente, y para todos los efectos prácticos, parece ser que los seres humanos tenemos este planeta enteramente para nosotros solos, como única especie conscientemente inteligente.

Pero el que esto ocurra aquí no implica, en modo alguno, que lo mismo tenga que suceder en todas partes.

Resulta perfectamente concebible que dos o más especies distintas, habitantes de un mismo planeta, puedan desarrollar la inteligencia suficiente para adquirir autoconciencia de ello. Lo único necesario para que esto suceda es que no compartan el mismo hábitat ecológico. Pues si tienen que competir entre sí para conseguir los mismos alimentos, una de las razas se convertirá en dominante con el transcurso del tiempo.

Por el contrario, si no se ven obligadas a competir en ese terreno, es muy posible que logren desarrollarse independientemente, como iguales.

Pero es difícil que incluso ese estado de cosas pudiera prolongarse indefinidamente. Pese a sus diferencias evolutivas, inevitablemente llegaría un punto, un momento, en el cuál la victoriosa expansión de una de las razas sólo podría ser conseguida a expensas de la otra.

Y cuando se alcanzara ese punto, el conflicto podría llegar a ser inevitable.

LA LLAMADA DE AUXILIO DE KERLYANA

William Carlson y Alice Laurance

Agitando las alas, con el corazón casi a punto de estallar, lanzó su cuerpo sobrecargado de tensión hacia el cielo profundamente azul del este de Vormlor. Cada vez más arriba, más arriba, hasta alcanzar finalmente el apogeo. Entonces plegó sus alas y se lanzó en picado hacia los escarpados arrecifes de abajo. Incluso en esta desesperada y ávida caída en picado, su tono en la identificaba como lorbianana de tal y tal nido y su tono en R-D, con sus ecos, le ofrecía una imagen sonora de los arrecifes y el suelo, mientras otras seis membranas vibratorias cantaban su triste incertidumbre con respecto a esa larga guerra y su propio apareamiento. Abajo, abajo, aproximándose al punto de no retorno... Y en ese momento le llegó la voz:

—Mloro. Monsandor Loryl-kama. Saludos.

Con sus alas membranosas abiertas y la cola extendida al máximo, frenó bruscamente en el espeso aire de Kerlyana. Niveló su vuelo y evitó la corriente que le arrastraba hacia los acantilados. Su canto de desesperación se tornó en curiosidad y sus ocho oídos internos se pusieron en alerta máxima a todas las frecuencias. Pero, un momento... ¿había oído esa voz como un sonido? Más bien parecía provenir de su propio interior.

—Mloro. Mloro. Monsandor Loryl-kama. Saludos.

Viniera de donde viniera se trataba de saludo formal en perfecto lorbianano y tenía que ser contestado.

—Monsandor Loryl-kama. Mloro. Saludos.

—¿Deseas poner fin a la guerra con los kthroc?

—Para mí ya está terminada.

—Pero ¿deseas que se termine para tu nidada y para todas tus hermanas, así como también para los kthroc?

—Sí.

Mloro se dirigió hacia el puerto utilizando otra corriente ascendente. Muchos lorbianos considerarían aquello como una traición. Y lo era.

—En ese caso dirígete hacia ese grupo de veinte árboles koryanos. Espera allí haciendo círculos, hasta recibir nuevas instrucciones.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Qué significa esto?

—Soy el Ayudante Monsandor Loryl-kama. Puedes llamarme Sandor. Estoy en órbita sobre tu planeta. La Autoridad ha recibido una llamada de auxilio procedente de Kerlyana. Yo la estoy contestando. Te daré instrucciones. Corto.

¿Qué clase de respuesta era ésa? ¿Quién era la Autoridad?

¿Qué tipo de llamada había recibido? ¿Y qué, por el ocho sagrado, era órbita? Todo aquello resultaba sumamente intrigante y sólo un demente curioso pondría rumbo a esos árboles. Pero Mloro elevó el cono cartilaginoso sobre la protuberancia sónica de su espalda y localizó los árboles con su R-D. Después inclinó su ala timón y se dirigió hacia ellos.

Al mismo tiempo que Mloro recibía sus saludos, Gzlurg, el adormilado y viejo mutilado, que dormía enroscado en su jergón, cabeza con cabeza, oyó el mismo saludo en perfecto kthroc:

—Gzlurg. Monsandor Loryl-kama. Saludos.

Cuatro párpados se abrieron, dos mandíbulas se adelantaron. ¡Por el arrugado ano de Jmxl!, ¿qué era todo aquello?

—¡Maestro! ¡Oh, Maestro!

Una de las puntiagudas cabezas de Schzraf apareció en la ventana.

—¿Has sido tú, Schzraf? ¡Vuelve a tu trabajo, sucio y excrementoso oomalthra!

—Sí, Maestro. Ya me voy, Maestro.

El joven kthroc retrocedió hacia la casa abovedada construida

con resina de koryano endurecida. Después dio una vuelta completa y sus seis miembros superiores quedaron convertidos en inferiores. Se alejó de allí un grueso cilindro horizontal de color marrón con una cabeza a cada extremo y extremidades arriba y abajo.

—Sí, Maestro —murmuró una vez que estuvo fuera del alcance del oído del otro—; sí, Maestro; no, Maestro; sí, Maestro. Tú, viejo mohoso y acabado... ¡Espera y verás!

Gzlurg se rascó su muñón. Tenía valor aquel tipo para dirigirse a él sin su permiso. Si volvía a hacerlo ya vería lo qué era bueno...

—Gzlurg. Monsandor Loryl-kama. Saludos.

¡Conque no era Schzraf! Y Jmxl estaba encerrada en la cocina y sus dos esposas ciegas en la casa de fuera. Y tampoco estaba soñando. ¡Por el culo oxidado del dictador!, ¿qué era aquello?

—Gzlurg, por favor, responde.

El maestro kthroc enderezó su cuerpo cilíndrico y miró en torno a sí por toda la habitación con una de sus cabezas mientras sacó la otra por la puerta para mirar fuera.

—¿Dónde estás, lengua atrevida?

—En órbita. No puedes verme, Gzlurg. He venido a Kerlyana en respuesta a una llamada. Ahora tengo que hacerte una pregunta...

—Yo no respondo preguntas, sucio entrometido. ¿Se trata de nuevo y tramposo truco lorbianos?

—No, esto no es un truco. Y yo no soy de Lor. Simplemente deseo saber si quieres poner fin a esta guerra.

—¡No! Lo que deseo con todas mis fuerzas es cargarme a todos esos afeminados de una sola cabeza y doble sexo.

—Eso es lo que dices, pero tus pensamientos son otros.

—No importa nada lo que yo piense, tú... tú... ¡lárgate de mi tubo cerebral!

—La muerte de Gketl y tu propia mutilación, así como tu temor a Bpoq, han hecho que te vuelvas contrario a la guerra, ¿no es así?

—¡No! Es una guerra justa. Naveen pertenece a Kthroc. Lor no tenía por qué invadirlo.

—¿No era compartido por ambas razas en tiempos pasados?

—Naveen pertenece a Kthroc.

—Tú posees un bosquecillo de veinte árboles koryanos al sudoeste de tu corral número cinco.

—¡Yo sé de sobra lo que tengo, culo cagado!

—Un kthroc que desee poner fin a esta guerra y terminar con la matanza antes de perder también a su segundo hijo, podría encontrar un medio de hacerlo así si se llegara hasta ese bosquecillo koryano.

—¡No hay nada que hacer! Y, además, ¿quién desea terminar la matanza? Yo soy un Maestro de Kthroc; he matado a otros cuatro maestros en duelo y al menos a trece lorbianos y a tres esposas. Sin mencionar a todos esos kthroc de las otras tribus que aniquilé en mi juventud antes de que el Dictador nos unificara.

—Ni tampoco a los sirvientes y a las diversas hembras que has matado y cegado.

—Ésos no los incluyo en la cuenta.

—Siempre mataste, sin embargo, con dientes y garras, o con flechas y lanzas. Pero, ahora, ¿qué piensas de esos nuevos productos químicos del Dictador que matan haciendo que las hojas de koryano resulten venenosas para los lorbianos?

—Me gustaría ser yo quien se las metiera en la garganta hasta verlos reventar como una manzana koryana podrida.

—Tal vez podría arreglarse algo si te decidieras a llegarte hasta el bosquecillo. Yo poseo ciertos poderes.

—¡Pues quédate en tu casa, poderoso! Yo tengo sueño.

—Tú eres quien debe elegir, Gzlurg. Si tienes miedo no vengas. Corto...

—¡Eh...! Espera. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Ayudante Monsandor Loryl-kama es mi nombre completo, pero puedes llamarme Sandor.

—En primer lugar, Sandor, yo no tengo miedo. Y, segundo: ¿cómo es que hablas dentro de mi cabeza de este modo?

—Mi raza desarrolló esas técnicas antes de que existiera un kthroc en Kerlyana. Poseo también una máquina llamada «Consola adivina» que aumenta mis poderes.

—¿De dónde vienes?

—De otro mundo.

—Pero ¿dónde estás? Quiero decir, ¿dónde estás ahora?

—En una nave en el cielo. Volando y volando en torno a Kerlyana.

Gzlurg asomó una de sus cabezas por la puerta y miró hacia arriba.

—No puedes verme, estoy muy lejos.

—Eres una lengua mentirosa, una mujerzuela falsa, Sandor. Siempre existieron kthroc en Kerlyana. Y eso de otros mundos y naves en el cielo...

—¿Te gustaría ver mi nave? Gírate hacia la derecha. Mira sobre el bosquecillo de koryanos... espera... espera... sólo un momento más... *¡ahora!*

—*¡Ohhhh...!*

—¡Maestro, Maestro! ¿Qué ha pasado?

Con una cabeza cegada, Gzlurg apretó fuertemente sus cuatro ojos, hizo girar a su cuerpo y, cautelosamente, abrió uno de sus ojos sanos.

—¡Maestro! ¿Estás muerto? —gritó Jmxl golpeando la puerta con sus seis extremidades superiores.

No había nada que ver excepto los corrales de oomalthras y el bosquecillo de koryanos.

—¡Maestro!

Gzlurg abrió el segundo ojo de aquella cabeza y los dos de otra. No había sido cegado. Podía ver la puerta de la cocina temblando por los golpes.

—¡Maestro! ¿Estás muerto? ¡Oh, Maestro! —gemía Jmxl reblando sus golpes a la puerta.

¡Esa mujerzuela escandalosa! Agitando sus miembros Gzlurg abrió de golpe la puerta y entró en la cocina golpeando y mordiendo a Jmxl con sus bocas y garras, tratando de alcanzar un ojo de la mujer, que se hizo una bola defensiva escondiendo sus cabezas entre sus extremidades. Jmxl tenía cuatro maravillosos ojos color escarlata y trataba de conservarlos porque Gzlurg odiaba a sus esposas ciegas y las obligaba a pasarse el día entero bajando en la casa de fuera. Gzlurg mordió salvajemente en una de las cabezas de Jmxl.

—¡Ay...!

Retrocedió escupiendo fragmentos ensangrentados de dientes.

Jmxl, cautelosamente, abrió un ojo. Después se desenroscó y comenzó a limpiar la boca ensangrentada de Gzlurg con un líquido

curativo hecho de corteza de árbol koryano.

—¡Ya está bien, cabeza de piedra...! ¡Ya es bastante...! Ahora cuídate tú, que me estás ensuciando de sangre el suelo.

—Lo siento, Maestro. ¿Puedo decirte algo, Maestro?

—No.

—¡Por favor!

—¿Qué?

—Estaba preocupada y por eso te llamé. Te he oído hablar con alguien y no escuché respuesta. Después te oí gri... hacer un raro sonido. ¿Puedo preguntar qué es lo que pasó, Maestro?

—No, esperpento.

—¿Puedo preguntarte adónde vas, Maestro?

—No.

La puerta de la cocina se cerró de golpe ante la cara de Jmxl. Ésta puso una oreja contra ella y oyó como él se alejaba caminando hacia la puerta exterior. Parecía estar de buen humor. Tal vez si ella se mostraba especialmente amable y cariñosa esa noche y le preparaba su asado preferido de oomalthra, lograría hacerle olvidar ese estúpido producto químico y la muerte de Gketl y el peligro de Bpoq, así como su propio ano herido y los ojos de Schzraf en su cuerpo y toda su propiedad y las suciedades que manchaban su vieja piel blanca. Si era así tal vez intentaría reproducirse. Los huevos en lo profundo de las bolsas de su cuello estaban a punto para ser fecundados y tenía que esforzarse en no escupirlos. Los conservaba aun cuando tenía poca fe en que Gzlurg pudiera fecundarlos, pero él no debía darse cuenta de ello. Y además, esas cosas nunca se saben con certeza. Oyó el portazo de la puerta de la calle, escuchó durante un instante y comenzó a curarse sus heridas.

Mloro seguía volando en círculos y en sus ocasionales caídas en picado hacia las copas de los árboles koryanos, descendía lo suficientemente cerca del suelo como para experimentar ese extraño temor que sentía su raza cuando descendía demasiado. Cantó algunas armonías interrogadoras mientras con su R-D seguía la aproximación de aquel kthroc y continuaba esperando en su vuelo circular. Su nidada, allí en las copas de los árboles de sus tierras, se sentiría paralizada de sorpresa si se enteraba de lo que estaba

haciendo. Un lorbianos raramente volaba solo, pero Mloro, incapaz de soportar la silenciosa desaprobación de sus compañeros, últimamente había hecho muchos viajes en solitario. Una vez más esa mañana Amana le había repetido que ya había llegado el momento en que Mloro debía volar con otro lorbianos con huevos maduros y debían fundir sus cuatro órganos hasta que ambos se dieran cuenta de que sus huevos respectivos estaban fecundados.

—Ya sabes que nos aparejamos sólo una vez, Mloro. Quizá ésta sea tu única oportunidad... ¿por qué la retrasas? No creo que lo hagas por miedo. Todo el mundo sabe que mataste a un kthroc con tus manos aun cuando ello te costara esa herida de flecha en el costado que estuvo a punto de llevarse tu vida. Entonces, ¿a qué se debe tu actitud?

Mloro batió sus alas un par de veces para mantener su altitud y vio que el kthroc estaba cerca del bosquecillo. ¿De qué se trataba? Pensó en muchas cosas, pero primariamente en esa nueva técnica de ondas fijas que permitía a un grupo de lorbianos generar fuerza sonora suficiente como para matar a un pequeño kthroc. Y el consejo estaba hablando de tomar la decisión de acabar con todos ellos. En una situación como ésa pensó que era mejor dejar que su esperma se secará y sus huevos se pudrieran fecundos. No, no estaba dispuesto a traer una cría a un mundo tal.

—Puedes bajar al bosquecillo —oyó a la voz que hablaba en interior.

—¿Y qué hay de ese kthroc? —No te molestará.

—Una flecha en la barriga sería una buena molestia, ¿no te parece, Sandor?

—No te preocupes.

¡Por el sagrado ocho!, ¿por qué no hacerlo? Ya antes había jugado peligrosamente descendiendo sobre las peñas. La cola de descenso de Mloro abrió sus alas y comenzó a descender, abajo, abajo, abajo, hasta que la onda de miedo al suelo y los ecos de alerta de los árboles y las rocas pitaron agudamente en su cerebro.

¿Es que aquel lorbianos que se lanzaba en picado se atrevía a atacar solo? ¡Bien, si era así, había que dejarlo aproximarse! Ya vería lo que le esperaba. Gzlurg apuntó con su arco. Podía hacer un

disparo perfecto, como lo sería el número dos y el número tres. Y el número cuatro que apuntaba directamente al pecho peludo y marrón del lorbianio que seguía descendiendo.

—¿Qué estás haciendo con mis flechas? —murmuró Gzlurg.

—Nada —dijo Mloro con calma mientras se rascaba su protuberancia con la mano de cuatro dedos al final de su primera articulación alada.

—¿Cómo es que hablas kthroc?

—¿Cómo es que hablas lorbianio?

—No lo hago, pedazo de mierda seca.

—Gzlurg. Mloro. ¡Por favor!

—Ah, ¡conque eres tú! Escucha, baboso embaucador, ¿dónde están mis flechas?

—Volverás a tenerlas cuando termine esta discusión.

—La discusión ya ha terminado —dijo Gzlurg y dio la vuelta para volver a casa. O mejor dicho, intentó hacerlo. Su cuerpo pareció quedarse helado, inmóvil—. Está bien, castrado, me has inmovilizado. ¿Y ahora qué?

—Bien, en primer lugar, el idioma. Ninguno de vosotros conoce el idioma del otro. Soy yo que estoy haciendo de intérprete.

—¡Estiércol de oomalthra!

—Segundo, el objeto de mi presencia aquí. Se me ha llamado porque algunos kerlyanos piensan que esta guerra está haciendo peligrar tanto a los kthroc como a los lorbianos. Después de haber observado con detalle lo que ocurre yo también lo creo así. Consecuentemente voy a utilizar mis poderes para tratar de evitar el desastre.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Mloro extendiendo las alas y comprobando dichoso y agradecido que él no había sido inmovilizado como, al parecer, le había ocurrido a Gzlurg.

—Ése es mi punto tercero. Nosotros hemos descubierto que en casos como el vuestro las soluciones impuestas a la fuerza, por extraños, generalmente no suelen servir de mucho. Vuestros dos pueblos han creído en esta guerra y han luchado en ella. Pero últimamente, vosotros parecéis pensar de otro modo. Os he elegido a vosotros como representativos de esta nueva forma de pensar. Vosotros debéis llegar a un acuerdo, a una solución y yo la

impondré. Discutid libremente, especulad todo lo que queráis. Cualquier solución que penséis, yo puedo imponerla. ¡Vamos, adelante! ¡Hablad!

—¡Habla contigo mismo, entrometido! ¡Y tú igual, cobarde bisexual!

—Aún no comprendo por qué nos elegiste a nosotros —dijo Mloro—. ¿No hubiese sido mejor el reunir a nuestros líderes respectivos?

—¡Escucha, estúpido! —interrumpió Gzlurg—. Ellos son los últimos que queremos aquí. Mientras más cruel y dura es la guerra más dichosos se sienten.

—Yo también lo he pensado así. No teníamos mucha necesidad de jefes hasta que la guerra ganó en extensión. Tal vez tienes razón, Gzlurg.

—¡Maestro, para ti! ¡Así es cómo debes llamarme! Desde luego que tengo razón. ¡Eh, tú, forastero, déjame libre!

—Cuando llegue el momento debido.

—Ya te daré yo tiempo debido, tú...

—Vuestra observación sobre los líderes me parece acertada —dijo el Ayudante—. ¿Te importaría seguir desarrollándola en la conversación, Maestro?

—No me gustan tus trucos cobistas, Sandor. Baja a la tierra y pelea como un kthroc. ¡Te iba a dejar el cuerpo convertido en un colador con mis flechas!

No hubo respuesta.

—¡Quizá tiene demasiado miedo como para responder, Maestro!

—Te estás poniendo demasiado cariñoso conmigo, lameculos. ¡Ya me ocuparé de ti tan pronto como este entrometido me deje libre!

—No ha sido justo, verdaderamente, al dejarte inmóvil como lo ha hecho.

De nuevo el viejo kthroc trató de mover sus miembros. Sin resultado.

—Yo no hablaría si me hubiera inmovilizado como han hecho contigo.

Gzlurg ni siquiera podía mover una oreja.

—¡Cállate tú, chillón! Hablaré o no hablaré, exactamente como

me dé la gana.

—De todos modos resulta estúpido esperar que nosotros, dos podamos resolver problemas que nuestras razas vienen teniendo desde el comienzo de los tiempos. No estamos capacitados para ello. Yo, al menos, no.

—¡Eres una basura! ¡Qué fino y delicado! Te crees inteligente porque hablando así me arrastras a conversar.

—Ahora no me siento bien.

—Así tiene que ser. Y además, estúpido, tonto. ¡Escúchame... umm...! ¿Cuál has dicho que es tu nombre?

—Mloro.

—¡Óyeme, Mloro! No me gusta el aspecto, ni el canto, ni el olor de los lorbianos y menos su doble sexo; pero he de reconocer por mi propio ano mutilado, que sois guerreros valientes.

¡Con la excepción de ese grupo comedor de mierda que está asesinando a nuestras crías! Naturalmente que tampoco siento el menor afecto por esos de nuestro bando que están envenenando a los koryanos para mataros.

—Muchos de nosotros que luchamos valientemente en la invasión hemos tratado de impedir esa matanza de vuestras crías. Pero no encontramos demasiado apoyo. Ni siquiera por parte del elemento civil.

—¡Civiles! ¡Olvídalos! Sólo los soldados saben cómo hacer la guerra... y la paz.

—Nosotros somos soldados, Maestro... ¿Crees que tenemos, por ello, más posibilidades?

El kthroc guardó silencio.

—A mí me parece... —comenzó Mloro.

—¡Calla! Estoy pensando.

De nuevo cayó el silencio en el bosquecillo. Después, Gzlurg volvió a hablar.

—De acuerdo. ¡Eh, tú, allá arriba! Dime otra vez, ¿quién dijiste que eras?

—Soy Ayudante de la Autoridad.

—Bien, Ayudante... he aquí lo que haremos. Líbrame de estos... bueno, de lo que quiera que sea que me inmoviliza, y trataré con vosotros una vez que me hayas explicado algunas cosas a mi

satisfacción. Pero nadie fuerza a un maestro kthroc a hacer nada. Eso es algo que debes recordar.

En esa ocasión Sandor guardó silencio.

—Además, tengo necesidad de rascarme mi ano superior... Me pica muy fuertemente... Como siempre desde que estos mariquitas me lo mutilaron... Ahora no puedo darme la vuelta.

—¿Has sobrevivido a una de nuestras heridas? —preguntó Mloro extrañado.

—Por poco no me dais en pleno tubo cerebral. Por desgracia la lanza se me clavó en esa otra parte. Algo muy doloroso.

Mloro se tocó la cicatriz que tenía en su costado derecho.

—Sí, así es.

—Bien, ¿qué tienes que decir tú, el de ahí arriba?

—¿Qué quieres que explique? —preguntó Sandor en respuesta a la llamada del kthroc.

—En primer lugar, ¿qué es lo que esperas ganar con esto? —preguntó Gzlurg.

—Es mi trabajo. Como el tuyo es cuidar de tus posesiones.

—Lo acepto.

—¡Gracias! ¿Alguna otra pregunta?

—Sí. Has dicho que has venido porque te han llamado ¿Quién lo ha hecho? Yo no.

—Ni yo tampoco —intervino Mloro—, pero me alegro que hayas venido.

—Ninguno de vosotros me llamó directamente —explicó el Ayudante de la Autoridad—, pero vuestras dudas y temores, con respecto a esta guerra y las nuevas armas, cuando se suman con las de muchos otros que sienten lo mismo, desarrollan una determinada cantidad de fuerza mental. Cuando esa energía se hace lo suficientemente potente llega hasta la Autoridad. Ahora ha ocurrido así y la Autoridad me ha enviado a mí para que me ocupe del problema. ¿Es una respuesta satisfactoria, Maestro?

—Para mí sí, por ahora.

—Muy bien. Ya estás libre.

Gzlurg deshizo el arco de su cuerpo y se rascó el ano. Después se estiró en el suelo.

—Bien, esto es lo que yo pienso, Mloro. Nosotros los kthroc

estamos bien situados en la parte oriental de la planicie de Vormlor, y vosotros, lorbianos, en el oeste. Naveen, en medio, es la causa de las divergencias y problemas. ¿Por qué no lo dividimos en dos partes iguales y que Sandor ponga una barrera entre esos dos territorios?

—Mis hermanas jamás aceptarían una solución que restrinja su vuelo. ¿No será más conveniente hacer del este, el oeste y Naveen un solo país y tener un consejo de kthroc y lorbianos para gobernarnos conjuntamente?

—Eso no marchará jamás. Ningún kthroc se subirá a la copa de un koryano para asistir a un Consejo y nosotros sabemos que vosotros, lorbianos, odiáis la tierra firme. Hay demasiadas diferencias entre nuestras dos razas, se ha derramado demasiada sangre en sus luchas... Yo mismo he perdido un hijo luchando contra vuestra asquerosa invasión. No, esa solución jamás dará resultado... ¡espera! ¿Por qué no ir directamente contra las armas? Si hacemos que Sandor modifique vuestras cajas de ruido de modo que ya no puedan seguir matando a nuestras crías...

—Y que destruya ese veneno de las hojas de los koryanos, así como el conocimiento y la fórmula de su fabricación.

—¡Exactamente! ¡Eh, Sandor! ¿Puedes hacerlo?

—Fácilmente.

—Entonces todo va bien. Nos libramos de todos esos carniceros modernistas, esos asesinos sangrientos, y volveremos al terreno en el que nos encontrábamos antes, tú y yo y los que son como nosotros. ¡Vamos, ya puedes empezar, Sandor!

Mloro comenzó a entonar un pequeño himno de victoria que muy pronto se ensombreció.

—¡Oh, ah...! —interrumpió su canto Mloro—. Se me ha ocurrido una idea.

—¡Vacía tus membranas vibradoras...! ¿Desde cuándo puede pensar un lorbiano? ¿Qué idea es ésta?

—Cuando se marche Sandor, ¿qué podrá impedir a cualquiera de nosotros descubrir nuevas armas y utilizarlas? Tal vez armas más peligrosas.

—Sí, bien... Pero al menos durante un buen tiempo las cosas irán mejor.

—¿Como qué? —gruñó kthroc.

—Bueno, ya estuvimos de acuerdo antes que cuando no teníamos tanto gobierno, tampoco teníamos tantas guerras, ¿Qué ocurriría si nos libramos del gobierno?

El viejo kthroc se rascó el muñón de su miembro mutilado con aire contemplativo y meditabundo.

—No lo sé. Supongo que Kthroc volvería a sus antiguas guerras tribales. Vosotros en Lor no las tenéis.

—No, nosotros somos un pueblo unido.

—Unidos en el odio. Los kthroc hemos conservado un poco de él para cada uno de nosotros. Por eso habrá suficiente odio aun cuando no exista gobierno. Y después de que se haya ido este cómo-se-llame, pronto habrá otros líderes y otro gobierno que se aprovecharán de la situación.

Mloro dejó escapar algunas tristes notas armónicas.

—En ese caso nuestras razas están lanzadas a una carrera mortal. No hay respuesta ni salida.

—No, no veo ninguna —Gzlurg se levantó y tomó su arco—. ¿No has matado nunca, hermafrodita?

—En la invasión.

—Si logras pasar indemne a nuestras flechas se te ofrecerá una buena oportunidad de hacerlo, pues vuestros chillidos nos aturden y nos confunden.

—Nosotros lo llamamos nota atronadora.

—¿Conque es así? Una de vuestras patrullas hirió a mi hijo Gketl... Le clavaron una lanza exactamente en su ano superior, pero sólo desgarraron su tubo. Resistió cinco días antes de que terminara con él.

—Lo siento. Una de mis crías recibió una flecha en la garganta.

—Terrible. Lo siento. Quedan siete ahora, ¿verdad?

—Tenemos a un refugiado, pero seguimos siendo sólo siete. Yo no he tenido mi cría.

—¿Tu época?

—Casi está pasada. No creo que vaya a aparejarme.

—No creo que debas atormentarte por ello, tal y como están las cosas. —Gzlurg tomó una flecha de su carcaj y la puso en el arco—. ¿Podías haber sido tú quién mató a Gketl?

—Sí, podría.

Mloro se puso terso, con su cuerpo compacto preparado para echarse a volar.

—¡Qué cosas pasan!

—Sí. ¡Eh, tú, niebla turbia! ¿Estás todavía por aquí?

—Todavía.

—No podemos llegar a ninguna parte. No hay acuerdo.

—Ya lo veo.

—¿Por qué no te largas a casa? ¿Qué te importa lo que ocurra por aquí?

—Me importa y me preocupa. Yo percibo tus temores y tristeza por Kerlyana. Y la de Mloro y la de muchos otros. Y la siento en el interior de mi mente. Además a la Autoridad no le gusta ver que vida autoconsciente e inteligente se autodestruya.

—¿Quién es esa Autoridad? —preguntó Mloro sin dejar de observar cómo poco a poco Gzlurg iba colocando la flecha en el punto adecuado de su arco.

—La Autoridad... —Sandor vaciló—. La Autoridad es un ser muy viejo.

—Yo también soy viejo, Sandor. Demasiado viejo y demasiado cansado para tratar de reorganizar el mundo. La muerte y la guerra son características de Kerlyana. Eso es todo.

—Esas características se dan en muchos mundos, en la mayor parte de ellos. Pero las cosas pueden cambiar. Muchos en Kerlyana, quizá la mayor parte de sus habitantes, quisieran verlas cambiadas.

—Sí, siempre que para ello no tengan que molestarse ni tan siquiera en mover un ala —dijo Mloro amargamente.

—O levantar una garra —añadió Gzlurg.

—O aprovechar la primera oportunidad.

—Frecuentemente la dificultad estriba en eso —se mostró de acuerdo el Ayudante.

—Somos como somos —gruñó el kthroc y disparó una flecha que se clavó en una rama del árbol koryano en el que estaba Mloro, a sólo unos centímetros por debajo de sus patas peludas.

—¿Por qué no alzaste el vuelo, chillón?

—No lo sé. Te vi tensar el arco, estaba listo para saltar. Pensé, ¡qué demonio!, y me quedé quieto. ¿Por qué fallaste?

Precavidamente, Gzlurg se había tumbado de nuevo en el suelo.

—Me temblaba mi ano superior.

—Es difícil matar a una persona cuando se la conoce.

—Para mí siempre resultó fácil —dijo Gzlurg— Mis redaños deben haberse debilitado. O tal vez pensé que Sandor acabaría conmigo si te alcanzaba. Sin bromas. Ya estuve aquí antes.

—No te rajes ahora... Mira, mira, aquí estoy...

—Hablas demasiado, joven lorbianio.

—¡Espera hasta que oigas esto, Gzlurg! —Mloro danzó sobre su lanza y agitó las alas—. Y tú también, Sandor. ¿Sabes cuál es la dificultad con aquellos que son demasiado perezosos o están demasiado asustados para admitir que no les gusta la guerra?

—¿Qué problema? El problema es simplemente ése: que son vagos o están asustados.

—No, quiero decir el problema que hay tras el problema: ¡Han olvidado lo que significa la muerte! O no lo supieron nunca. Y lo que significa ser herido gravemente, atravesado, desgarrado. Una roja agonía, oscuridad.

—Sí —murmuró el kthroc pasando delicadamente una de sus garras sobre su ano superior, recordando—, tienes razón Mloro. ¡Por las bolsas ovulantes de Jmxi que tienes razón! Si supieran lo que es la muerte no se sentirían tan entusiasmados con la guerra. Aunque hay algunos a los que ni siquiera eso les haría cambiar. Algunos que tienen un odio tan profundo que siempre seguirán deseando matar.

—Sí. Siempre existirán esos tipos —se mostró conforme Mloro —, pero saber qué es la muerte en la batalla quizá despertara a la mayoría. ¿Podrías hacer una cosa así, Sandor? ¿Hacerles sentir, experimentar la muerte y la guerra sin necesidad de matarlos realmente?

—Podría hacerse —dijo el Ayudante.

—Entonces quedamos en eso —gritó Gzlurg—. De acuerdo, parece una buena idea... tal vez despertará a algunos cagados no combatientes, pero muchos de ellos y muchos veteranos saldrán de esa experiencia con el deseo renovado de seguir matando, de matar más aún que antes. ¿Qué haremos con ellos?

—¿Qué sugieres? —preguntó Mloro.

—¡Nada! Si quieren luchar, pues que sigan luchando... ¡Espera! Sí, eso es. Esa experiencia de la muerte separará, diferenciará a los belicosos de los pacifistas. Entonces lo único que tenemos que hacer es coger a los belicosos y llevarlos a alguna parte donde puedan seguir luchando. En algún lugar donde no puedan arrastrarnos a la lucha a los demás. ¿Qué te parece eso, Sandor?

—Confiaba en que sugirieras algo así... Mloro, ¿tus paisanos más pacifistas, aceptarían que se estableciera una barrera en torno los belicistas de ambas razas?

—Creo que sí... Sí, ellos lo sugerirían... y después de la separación lo aceptarían.

—Estupendo. También quisiera facilitar un arma a cada uno de los combatientes, si es que lo aprobáis.

—¿Qué tipo de arma? —preguntó Mloro.

—Se trata de un tubo largo que puede matar a toda criatura viva no protegida que se ponga a su alcance cuando está apuntada por ella. Esa arma incluye también un escudo protector que defiende y protege, al que lo lleva, de esa arma y de otras.

—No lo entiendo. Si todo el mundo tiene un escudo de ésos arma no sirve de nada —comentó Gzlung.

—Bueno, escucha: para que el escudo funcione el arma debe estar en posición de fuego. Es decir, que el guerrero, para estar protegido, tiene que mantenerse siempre alerta, dispuesto a la lucha. Incluso mientras duerme debe mantener el arma en determinada posición, a su alcance. Los seres que se ven obligados a hacer siempre aquello que creen que quieren hacer, a veces llegan a darse cuenta de que verdaderamente no es eso lo que les gusta.

—Y si realmente no quieren hacerlo, ¿qué sucederá? —preguntó Mloro—. ¿Podemos dejarlos volver si abandonan las armas en aquel lugar?

—Ciertamente. Habrá un hueco en la barrera que podrá ser cruzado, de regreso, pero sólo cuando se sienta un gran dolor y arrepentimiento. Sólo aquéllos que verdaderamente estén cansados, hastiados de la guerra y no deseen seguir peleando, podrán cruzarla de regreso.

—La idea me suena estupendamente —dijo Gzlung.

—A mí también —corroboró el lorbianio.

—Yo contribuiré con un breve discurso previo explicando lo que vamos a hacer, para obtener el consentimiento tácito de Kthroc y Lor. Eso es lo normal entre nosotros. ¿Alguna nueva sugerencia?

—Ninguna —dijo Mloro.

—Entonces, la discusión ha concluido. ¿Puedo felicitarles a ambos por...?

—Una pregunta, niebla de rocío. ¿Funcionará la cosa?

Los tentáculos de Monsandor hicieron varios ajustes simultáneos en los controles del rayo de vigilancia, computadora Esp de trance, a la que había llamado «Consola adivina».

—Sólo puedo responder a ello en términos de posibilidad... Las posibilidades parecen favorables. Pero los cambios internos reales son difíciles de conseguir.

El viejo kthroc se puso de pie y extendió sus cinco extremidades superiores.

—Así ocurre con este suelo.

—Espera —dijo Mloro—. ¿Qué hay de nuestras crías, de nuestros jóvenes? Ellos crecerán, se harán mayores, sin haber sentido, sin haber experimentado, esa sensación de muerte. ¿Volverán a nuestros viejos métodos belicosos?

—Es más que posible. La competitividad es algo congénito, instintivo en la mayoría de las razas. Es quizá el origen de la vida consciente o al menos una de las consecuencias de su evolución. Pero si nuestros planes salen bien, tendremos al menos una generación de paz. Durante ese período es posible que pueda descubrirse la forma de canalizar la competitividad en otros cauces más constructivos y útiles. Si fracasáis en ello la recesión será algo tan seguro como desgraciado. Al igual que todas las cosas valiosas, la paz no se da de por sí sola permanentemente: hay que saber ganársela a pulso. Cuatro flechas cayeron en el suelo por delante del kthroc.

—Aquí le devuelvo sus flechas, Maestro, tal y como habíamos acordado —le dijo el Ayudante, pero Gzlurg no hizo el menor movimiento para recogerlas.

Mloro extendió las alas y se preparó para alzar el vuelo de regreso a su tierra.

—Tengo que marcharme ya. Quiero estar en el nido cuando esta

experiencia de la muerte se presente. Creo que es mejor que me apresure a hacer ciertos preparativos con mi pueblo y quizá tal vez deba prepararme yo también para hacer mi aparejamiento.

—Vaya, vaya, ¿conque te has decidido, hermafrodita? —Gzlurg hizo un guiño con dos de sus ojos—. Bien, bien, voy a ver qué tal estoy yo...

Abrió sus dos bocas y con un gruñido trató de sacar sus órganos sexuales. Uno lacio y grasiento, apenas si salía fuera de sus labios.

—Con éste no hay nada que hacer —se lamentó.

Pero el otro se extendió bastante hacia afuera, negro, duro y brillante. Gzlurg lo recogió en seguida.

—Éste no está mal. Si esa hembra que tengo en casa aún tiene un óvulo, quizá yo también intente engendrar un hijo.

Los fluidos acentos del idioma de Lor asaltaron los cuatro oídos del kthroc cuando Mloro le dijo adiós y alzó el vuelo alejándose de allí en dirección a su nido. Gzlurg comenzó el viaje de regreso a su casa, dejando tras sí, en el suelo, sus flechas.

En la Tierra, evolución significa competición. Sólo existe una determinada cantidad de alimentos o de espacio vital disponibles y siempre hay animales que los precisan. El ser más fuerte o mejor adaptado al medio ambiente que los otros hacen que un animal asegure su supervivencia... aunque siempre sea a expensas de algunas otras criaturas. Hablamos de «zonas ecológicas» y de criaturas que las llenan. Lo que queremos expresar con eso es que allí no hay espacio para ninguna otra.

Este punto de vista está tan profundamente grabado en nosotros que funciona a nivel instintivo. Nos resulta muy difícil concebir un mundo en el cual no ocurra así. Tendría que tratarse de un mundo en el cual todas las especies vivas, toda la vida misma, trabajara de consuno para apoyarse mutuamente, donde el conjunto ecológico se colocara sobre los individualismos. Donde toda la vida fuese igual y capaz de decidir su propio destino.

EL INGENIERO DE SEGURIDAD

S. Kye Boulton

Me se había pasado abajo, en el túnel, demasiado tiempo y sabía que su espalda estaba comenzando a ponerse brillante a causa de la falta de energía radiante. Su trabajo estaba ya casi terminado y ella misma acababa de colocar el explosivo final, personalmente. La Jefe del Equipo Ecológico no debía hacer un trabajo como éste pero la cara del agujero era demasiado pequeña para cualquier otra forma de vida, así que trabajó sola.

Retorció su cuerpo plano y rectangular hasta darle una forma de C en torno a su eje longitudinal. Dado que estaba echada de costado, esto situó sus dos bordes y sus brazos, en la esquina superior de cada borde, muy juntos, lo que permitía que sus manos se movieran con mayor facilidad. Metió el final flexible de su mano derecha en la bolsa que compartía el túnel con ella y sacó otro globo-luz fungoso resplandeciente. La banda oscura de sensores que cruzaba su cuarto superior moduló en la negrura. Así podía ver mucho mejor. Ese trabajo tenía que ser llevado a cabo con la ayuda de sensores visuales. El explosivo era demasiado sensible para ser expuesto a los infrarrojos, a la alta frecuencia, a rayos sónicos o a cualquiera de las otras frecuencias sensoriales que su cuerpo podía utilizar.

La bolsa fue abierta de nuevo y, utilizando ambas manos, sacó de ella el paquete explosivo: dos cilindros de plástico llenos de líquido y una cámara catalizadora unida a ellos. Delicadamente,

evitando rozar la parte adherente de la cámara, le dio la vuelta para examinar el filamento de platino de la cámara catalizadora. Estaba allí y entero. Satisfecha, colocó el paquete explosivo en la pared del agujero, delante de ella. El material adhesivo lo mantuvo pegado a la roca.

Los nervios de Jme estaban un poco agitados. Sabía que resultaba peligroso mover el paquete. El pequeño choque que produciría al despegarlo de la pared rocosa podía romper el diafragma de separación y producir la mezcla del explosivo y el catalizador. La mezcla resultaba cincuenta veces más poderosa que cualquiera de los dos componentes líquidos por separado y cuatro veces más sensible. Sabía también que una enorme bolsa de agua — algo así como unos veinte megalitros, sometidos a gran presión— se hallaba exactamente detrás de aquella pared de roca.

El túnel, de repente, le pareció estrecho y pequeño.

Trabajando con gran rapidez, encajó los extremos de dos largos tubos rojos en los extremos correspondientes de los dos cilindros del líquido. Esos tubos transcurrían por el fondo del túnel hasta perderse de vista. Jme aseguró los extremos de los tubos con un trozo de esparadrapo y después colocó los dos globos de luz fungosos en su saco. Comenzó a arrastrarse, retrocediendo por el agujero, hasta que alcanzó otro túnel. Se movía con toda la rapidez que le era posible. En una oscuridad casi total, la presencia emocional del explosivo y de la bolsa de agua parecía aumentada como bajo una lupa.

Una vez en el túnel, manos amables y voluntariosas la ayudaron a salir del agujero. Allí había luz y allí estaba la firme base pétrea del nuevo acueducto. Se puso de pie y dio a su espalda la forma curva de una S para ponerse más cómoda y al mismo tiempo absorber energía de las luces artificiales que había sobre su cabeza.

—Estaba comenzando a pensar —dijo— en que jamás podría volver a curvar mi espalda de nuevo.

A medida que su espalda fue impregnándose de energía, pudo ajustar la firmeza de su cuerpo, recuperar la tersura de sus células y acentuar ligeramente su producción de líquido. Logró construir el firme tono muscular que necesitaba para estar erecta sobre su extremo inferior y poder moverse con eficiencia. Al hacerlo así, su

cuerpo se hinchó un poco hasta alcanzar su grosor normal de veinticinco centímetros y tomó la anchura que Jme consideraba bella, como las dos terceras partes de su metro de altura.

Los otros tres que la habían estado esperando, Staph y sus dos técnicos, eran rectángulos negros y grises esperando sus instrucciones. Sus cuerpos planos eran idénticos al de Jme pero más gruesos, sin la delicadeza femenina del color y la suavidad de sus esquinas. Staph alargó sus manos, tomó el equipo de Jme e hizo que los otros regresaran con él al túnel.

Jme les dijo:

—La bomba está puesta. ¡Vámonos de aquí!

Como quien dirige un rebaño hizo que los otros la precedieran hasta la puerta de presión sellada, que estaba al lado del canal de agua, agachó la cabeza para pasar por la puerta siguiendo a su equipo que guardaba silencio. Staph selló la puerta tras ella.

Jme ordenó:

—¡Fuera! ¡Subid por la rampa, todos vosotros! Marchaos a la cámara de control.

Jme alzó de nuevo su parte trasera arqueando el centro de su extremo inferior para facilitar a su cuerpo rectangular dos especies de protuberancias firmes para ayudarla a andar. Siguió la trayectoria de los tubos rojos con su mano derecha —la mano y el brazo de su extremo delantero— a medida que se movía lateralmente por el angosto túnel. No quería tropezar y perder el equilibrio o torcer los tubos. Éstos tenían que discurrir libremente y sin retorcimientos a lo largo de todo su camino.

En la cámara de control Jme se dirigió rápidamente al tablero de seguridad. Dos cronómetros gemelos en el tablero le daban la posición de las dos lunas. Sandor, la luna externa, se hallaba en su cénit; Timor, la luna interna, se había alzado ya y estaba por encima del horizonte occidental. La posición de las dos lunas resultaba importante incluso en aquel lugar subterráneo, tan alejado bajo tierra. Jme quería que la presión de las mareas en las aguas de la bolsa fuera la mínima en el momento en que la carga hiciera explosión.

El tiempo coincidía casi con la máxima exactitud.

Staph y su equipo se habían situado en sus posiciones de control:

Los cinco presentes y dispuestos: comprobado.

Un tanque de Bacteria túrgida estaba sujeto a sus aislantes. La corona azul eléctrica en torno a las esferas de sus acumuladores indicaban una carga completa.

La Bacteria dispuesta: comprobado.

Los dos tubos rojos transcurrían exactamente paralelos a lo largo del panel de seguridad y estaban conectados a un tubo de unión múltiple.

Los tubos dispuestos: comprobado.

Jme hizo un movimiento y colocó un interruptor de seguridad en la posición MONTADO y dijo:

—¡Quedaos aquí!

Efectuó un nuevo control visual de seguridad y añadió:

—¡Presión!

Los tubos rojos parecieron palpar cuando Staph abrió una válvula. La presión se dirigió por los tubos hasta la bomba, hizo que los explosivos líquidos cayeran en la cámara de catalización y mezcló el poderoso explosivo.

Jme, suavemente, salmodió el ritmo del momento señalado para la explosión:

—*No habrá explosión si yo no lo hago todo por mí misma. La próxima vez que me lo pidan les voy a decir: ¡No! ¡Fuego!*

Al compás de su canturrear, los explosivos se fueron mezclando y cuando pronunció su «¡Fuego!» el voltaje total del tanque de Bacteria quedó conectado a través del filamento de platino.

La cámara de control tembló. El polvo hizo oscurecer las luces. La onda explosiva atravesó las rocas y el cemento con un sonido de resquebrajamiento. Esto fue seguido por una atronadora vibración que todos ellos pudieron sentir a través del suelo.

Los miembros del equipo gritaron:

—¡Ay! ¡Lo conseguiste!

Comenzaron a darse golpecitos y a intercambiar expresiones de júbilo y felicitación que ayudaban a relajar su tensión. Staph, que se había quedado en su puesto, abrió el interruptor desconectando el tanque de Bacteria.

Jme manipuló de nuevo el interruptor de seguridad y desarmó el disparador. Controló los registros del tiempo e intensidad de la

explosión. La intensidad había sobrepasado los límites de las curvas previamente marcadas en la carta y la aguja-registro aún seguía temblando con las ondas de choque del eco. Una magnífica explosión.

Staph se había colocado tras ella y observaba los gráficos. Le dijo:

—Parte de esas líneas de registro muestran que el agua está entrando ya en el agujero.

Jme asintió:

—Una parte de ella. Se puede apreciar incluso en el suelo. Este movimiento sísmico llevaría la curva a su mayor altura si quisiéramos registrarlo.

Jme hizo que su espalda tomara la curva suave de una S de pie y se dirigió hacia un conmutador situado en otra consola próxima. Hizo la llamada de atención y después dijo:

—Despierte, Comnn. Se ha pasado una semana preparando esa red de visión. ¡Déjenos ver el túnel!

El Comunicador dijo:

—Lo siento, Jme. Lo pondré ahora. Contemple la pantalla.

El Comunicador, Comnn, era una bola redonda, tosca, con una serie de varillas o antenas semejantes a tubos plegadas sobre su cuerpo. Abrió varias de esas varillas y las introdujo en los terminales de otras semejantes que se hallaban en la consola frente a él. Una pantalla visual comenzó a iluminarse de arriba abajo.

Abajo, en el techo del acueducto subterráneo, un banco de filamentos colectores de rayos lumínicos estaba dirigido hacia el agujero y el suelo del acueducto. Cuando Comnn quedó conectado con ellos, esos filamentos se convirtieron en una extensión viva de su propio cuerpo. En esos momentos estaba descubriendo las lentes de los terminales de sus filamentos, una tras otra, en rápida sucesión. Cuando todos estuvieron abiertos, la luz visible de la escena fue canalizada por los filamentos hasta la superficie de la pantalla. Allí la imagen se hizo visible para Jme.

La imagen mostraba una fuerte corriente de agua precipitándose fuera del agujero. El acueducto estaba ya a medio llenar con el agua arremolinada.

Jme observó todo aquello durante un rato como si se tratara de

ejercitar su capacidad de visualización. Esa bolsa de agua y la cuenca biológica correspondiente eran una fuente controlada por el gobierno central que la había vendido a su Compañía —y a otra— para que éstas las explotaran y administraran. Las dos compañías se repartieron totalmente las funciones de gobierno para aquella zona: transporte, conservación de las formas de vida, balance nutritivo y servicios generales. Hasta el momento los beneficios no habían sido grandes, pero ahora, después de haber abierto aquel manantial subterráneo, las cosas podrían arreglarse.

Las aguas turbulentas se deslizaban hasta el canal y después, por éste, hasta la sección de filtrado y las válvulas de control. En el sistema de las válvulas, el agua filtrada debía ser enviada a los tanques de mezcla de la Compañía de Aguas. Habían comprado también al gobierno el derecho en exclusiva de añadir elementos nutritivos al agua y distribuirla por el complicado y múltiple sistema de la zona de distribución de los árboles, arbustos y población de la zona. Jme sabía que, independientemente de su ciclo de regreso de los millones de redes distributivas, un ochenta por ciento del agua de aquella bolsa sabría encontrar, probablemente, su camino de regreso a la estación de bombeo de la Compañía de Aguas. En esa estación el agua sería bombeada hacia un sistema de filtrado purificador. El agua que ahora estaba observando en la pantalla volvería a su manantial y quedaría disponible para ser utilizada de nuevo una y otra vez.

El gobierno central, al vender esas funciones a las dos compañías, había conseguido un estupendo sistema de distribución de aguas y una total y ventajosa administración de la cuenca sin que al planeta le costara una suma exorbitante. Naturalmente la compañía de Jme esperaba buenos beneficios y la Compañía de Aguas podría seguir explotando el sistema durante años de manera provechosa. Satisfacción por doquier y para todos.

Jme hizo vibrar su espalda y dejó la contemplación de la consola. El sistema hidrológico estaba ya abierto y la obra de ingeniería lista para recibir el agua. El peligroso acto de la colocación de la bomba que acababa de realizar significaba el fin de su trabajo.

—Ya puede cortar, de momento, Comnn —dijo Jme—. Me siento

satisfecha. Y tú, Staph, puedes terminar aquí. Ordénalo todo y después saca fuera a Comnn y su equipo visual. Dale a la Bacteria un buen chorro nutritivo y a su portavoz las gracias en mi nombre. Ha sido un buen trabajo, muchachos, ¡Gracias por vuestro apoyo!

El que respondía al nombre de Staph replicó:

—Está bien, Jme. Se hará como dices.

Seguidamente dejó el tono oficial, estableció una onda de alta frecuencia para su conversación privada y añadió:

—En Nivel 1° hay un oficial Comunicador esperándote. No quiso dejarle el mensaje a Comnn y tú estabas en el agujero, así que decidí hacerle esperar.

Jme dijo:

—Debe tratarse de algún mensaje sobre un nuevo empleo.

Mrrane siempre se entera cuando termino un trabajo. Iré a verlo.

Jme encontró al pequeño Comunicador de la compañía y se identificó ante él. El Comunicador radió:

—Tengo un mensaje directo, ingeniero. Muy secreto.

—Muy bien —dijo Jme y dirigió su lado receptor hacia él.

No le gustaba la sensación de aquellas antenas de comunicación tocándola ni tampoco la alta intensidad, que a veces resulta dolorosa, que la comunicación personal ocasionaba. Sin embargo, ya había realizado la experiencia en ocasiones anteriores, Bastantes; casi siempre que su compañía había sido contratada para actuar por cuenta del gobierno, se había convertido en el receptor final de algunas de esas comunicaciones supercontrolados. El mensaje, en tales ocasiones, pasaba directamente desde las antenas de comunicación del Comunicador hasta su propia superficie receptora y así no podía, en ningún caso, ser interceptado por otros seres.

El Comunicador le transmitió:

—Mrrane, funcionario ejecutivo de la Compañía a Jme, Ingeniero Ecológico. El mensaje comienza: Ingeniero Jme, ha sido usted convocada. Hemos sido contratados para investigar un Pastizal registrado en la Tregua Alimenticia. Prioridad: escasez Uno-Protegida. La dispenso de su actual trabajo hidrológico y la traslado a un puesto de la misma categoría en la Sección Cartográfica Ecológica de la Compañía. Preséntese allí de inmediato. Fin de mensaje.

Jme se separó de las antenas de comunicación para romper así aquel contacto íntimo.

Dijo:

—«De inmediato» quiere decir ahora, supongo. Ya he terminado aquí. ¿Debo llevarlo conmigo, señor?

El Comunicador respondió:

—Sí, por favor.

Jme tomó un transportador y lo situó de modo que el Comunicador quedara a su derecha. Lo colocó en él y le preguntó:

—¿Puede comunicarse por radio con Comnn que está en el piso de abajo?

—Sí, ingeniero, pero no puedo informarle de su misión, prioridad ni propósito. Todo eso es secreto, muy secreto.

Jme le dijo:

—Ya lo sé. Basta con que le diga que regreso a la Base Cinco y que deben seguirme allí todos ellos cuando hayan acabado su trabajo allá abajo.

—Mensaje transmitido. Recibido —radió el Comunicador.

Nivel 1° y su estación hidrológica eran esencialmente una terminal de transporte y así lo seguirían siendo hasta que la Compañía de Aguas comenzara a usarla para su personal administrativo. Jme eligió un transportador personal y puso en marcha sus magnetos de movilidad. Colocó al Comunicador en la parte del cilindro destinado a los de su raza y se metió en el casco del transportador. Cerró la puerta y sintonizó el lugar de destino en Base Cinco. Automáticamente, el transportador salió de la terminal.

Jme encendió a la potencia máxima las luces del interior y se colocó en una cómoda posición para que su cuerpo pudiera relajarse. «Uno de estos días —pensó— tengo que hacer una excursión a la superficie para tomar un poco de sol y nitrógeno libre... Quizá otra cacería con Utoo y sus Furtivos. Esta luz artificial me está cargando ya los nervios».

Su mente pasó a recordar, intermitentemente, los incidentes de su última cacería a medida que iba recibiendo la energía de las luces. Cuando el transporte encendió su señal de alerta y se detuvo en el cruce de destino, en Base Cinco, se sentía descansada y en

forma.

El departamento de noticias del piso de transporte estaba haciendo aparecer su nombre y su número en el panel de avisos en la enorme sala de mapas de la parte alta del edificio a tres pisos por debajo de la superficie. El Comunicador que Jme seguía llevando con ella le dijo que estaba destinado también a esa sala. Esto fue lo único que había hallado desde que transmitió su último mensaje. Los Comunicadores interiores no eran demasiado inteligentes. Se sintió satisfecha de dejarlo con un grupo de compañeros en la puerta de la sala.

La sala de cartografía daba muestras de gran actividad. Un panel de comunicaciones, muy decorativo, había sido traído de las oficinas de administración y en él trabajaban cinco Comunicadores para mantener en perfecto funcionamiento sus pantallas de visualización, sus receptores y transmisores audio y los aparatos de registro.

Por la ventana corrediza que había frente a la sala de cartografía pudo ver al Comunicador de la Dirección de la Compañía Sprkss. Ya había activado el equipo cartográfico y estaba trabajando en una especie de cartel luminiscente. Sus antenas de comunicación estaban extendidas por encima de la consola cartográfica como el sistema de raíces de un arbusto.

Jme se dirigió a la consola de mando. Mrrane, su jefe, con aire ausente, le dio las gracias por haber llegado. Después, le dijo:

—Espere aquí un minuto, Jme. Sprkss está componiendo un plano que quiero que vea. Terminará en seguida. Después le daré instrucciones. Ha hecho un trabajo excelente en la bolsa de agua, déjeme que se lo diga. Ya hemos recibido las primeras cifras sobre los resultados. Parecen buenas, muy buenas, diría yo. Me alegró mucho enterarme de que ya había terminado allí para poder encomendarle este nuevo trabajo. ¡La felicito! Ha sido una realización excelente.

Jme le respondió:

—Gracias, jefe. El volar la bolsa fue la última operación, por razones de seguridad. Naturalmente, aún queda un gran número de detalles secundarios que aclarar antes de que el sistema quede estabilizado, pero Staph puede regresar allí por una semana o dos y

terminarlo todo.

—También a él lo voy a sacar de allí —dijo Mrrane—. Que los del departamento de hidrología se hagan cargo de este trabajo. Ellos pueden mantenernos informados. Les necesito a ustedes dos, a Staph y a usted, para este trabajo... Bien, Sprkss ya está listo. ¿Qué ha conseguido, Sprkss?

El Comunicador había agitado dos de sus antenas de comunicación para indicar que estaba dispuesto. Seguidamente comenzó a explicar:

—Observen la pantalla uno, por favor. Muestra una parcela de terreno con bosquecillo de árboles Dekka 31A. Los símbolos verdes indican cada uno de los árboles en su lugar y dibujan los nutrientes como estaban en el último trimestre. Los datos han sido tomados de los informes del guardabosques.

Mrrane añadió:

—Esto es el corte seccional de la subsuperficie, Jme.

Le extendió un holograma y siguió explicándole:

—Hacia el norte una estructura de tipo standard, plana y automatizada para el desarrollo de los pequeños bosques... Las raíces se extienden bajo los árboles conectadas a los tanques de nutrición. Todo totalmente standard. Un buen bosque. Criamos allí cincuenta y ocho árboles durante la Emergencia Planetaria, los cuales fueron trasplantados el pasado verano. Tuvimos que trasladar urgentemente los árboles que sobraban y volverlos a colocar con mayor prisa aún. Podríamos volver a plantarlos rápidamente allí si hubiera necesidad de hacerlo. Los agujeros aún siguen abiertos... Bueno, eso no tiene ahora nada que ver.

Movió un brazo.

—Continúa, Sprkss. Ahora el recubrimiento.

Una serie de círculos rojos aparecieron en la pantalla. Cada uno de esos círculos rojos rodeaba el símbolo verde que indicaba árbol.

Sprkss explicó:

—Ésos son los árboles muertos, según el informe de Dgbe en su viaje de inspección trimestral.

—¡Muertos! —Jme estaba horrorizada.

Los árboles son seres de larga vida, estables. Los círculos del croquis superpuesto de Sprkss rodeaban a una alta proporción de la

población vegetal del soto.

Mrrane dijo:

—Sí. Dgbe hizo un recorrido normal por la región en su calidad de inspector ecológico. Como sabe, no es un hombre a quien le guste basarse en los informes. Es de los que quieren ver y oír las cosas por sí mismo. Así que visitó físicamente ese bosquecillo. ¿Y qué fue lo que encontró? ¡Quince árboles muertos!

—¿El guardabosques no había informado de ello? —quiso saber Jme.

—No, en su informe afirmaba que todo estaba en orden —dijo Mrrane gesticulando—. Tonterías insignificantes...

Sprkss le interrumpió.

—En la pantalla número dos —dijo—. Mapa esquemático de la llanura subpolar nórdica. Pastizal para el ganado EW16. El ganado en migración a lo largo de las montañas llegó allí para hallar una tierra de pastos de tipo standard. No existían animales alimenticios en esa zona... La flecha azul señala una partida de caza de Furtivos. Éstos atacaron al rebaño y se ocuparon de atar a los animales que estaban destinados a ser su fuente alimenticia cuando el jefe de la horda dio la señal de desbandada.

Mrrane interrumpió:

—Puso una onda de frecuencia de emergencia. Sopló en su silbato y así detuvo la cacería de los Furtivos. Declaró un estado de Emergencia Alimenticia... Realmente él se hallaba en ese estado, pero desde luego no los Furtivos. Después él y el jefe de los Furtivos hicieron una tregua alimenticia y se dirigieron al gobierno central en demanda de ayuda. El gobierno central nos contrató para que pusiéramos orden en el asunto. Nosotros organizamos una expedición de urgencia de animales alimenticios para el ganado y dejamos a los Furtivos vigilados... Naturalmente también nos hicimos cargo de la administración, el transporte y protección de las formas de vida en toda la zona. Esto beneficia el presupuesto del Estado y, por otra parte, nuestros beneficios serán... —se interrumpió de nuevo y señaló al mapa preguntando—: ¿Qué son estas flechas rojas, Sprkss?

Sprkss dijo:

—¿Las hordas? Sí. La X señala la supuesta localización de los

animales comestibles... que no llegaron. El rebaño EW16 fue, al principio, desviado hacia el sur. Las hordas de pequeños animales pienso debían ser forzados a agruparse para encontrarse con ellos.

—¿Qué parte del rebaño se ha perdido?

—Dos y medio por ciento... Más del triple de lo que la población de los Furtivos de la zona mata normalmente para su propia alimentación. Además, nos enfrentamos con el problema de retirar los cadáveres, antes de que su putrefacción se extienda por el suelo y la contaminación llegue a las aguas subterráneas.

Sprkss interrumpió:

—Ese proceso se aclara en el mapa mayor.

Mrrane se dirigió hacia la ventana corrediza y Jme lo siguió. Miraron hacia abajo, al gran departamento cartográfico donde la Compañía construía los grandes mapas en relieve del planeta.

Desde su posición frente a la consola de mandos el Comunicador Jefe dirigía frecuencias de control que hacían que una flecha roja se encendiera en el mapa. Esta flecha seguía la curva de la falda de una montaña y en un determinado punto estaba rota por una X y terminaba en un círculo rojo cerca del fondo de una estrecha planicie. La flecha estaba formada por un tipo especial de musgo, cultivado en la superficie del mapa. Algunos de los ayudantes de comunicación de Sprkss eran especialistas en cultivar ese musgo y sabían hacerlo crecer siguiendo formas y símbolos determinados. La fluorescencia se iniciaba por las radiaciones enviadas desde el panel de comunicación de Sprkss.

—El rebaño de ganado —dijo Sprkss explicando lo que señalaba la flecha en el mapa—. Ahora el bosque.

En el mapa se encendió una mancha verde ovalada.

—Esto que está al lado es punto de cierre. Hemos controlado los antiguos archivos y registros de las hordas de animales alimenticios enviados... Tiempo de llegada, número medio de ejemplares, dirección de la marcha... ¡Muéstraselo, Sprkss!

Una paleta de hélice apareció en el mapa. En su extremo más ancho había una X señalando el lugar donde los animales debían haber estado y no estaban. La parte más estrecha de la pala se extendía cruzando la planicie del norte y terminaba...

—¡... en el bosque! —dijo Jme—. Esos animales llegaban del

bosque con los árboles muertos. ¿Están ustedes seguros? ¿No hay ningún campo de matorrales en la parte de la montaña? Los animales viven y crían en los campos de arbustos y matorrales, como ustedes saben...

Jme se detuvo; su cinta de comunicación se disolvió en una inesperada confusión. ¡Naturalmente que debían saberlo...! Mrrane era uno de los mejores ingenieros de hábitat.

Mrrane ignoró esta simple lección de ecología y se giró para mirar directamente a Jme con seriedad.

—¿Estamos seguros? ¡No, no lo estamos! —dijo—. Los hechos son éstos: el rebaño EW16, llegó, no halló alimentos, fue desviado y finalmente pudo ser alimentado. Esto no significa que su alimento fuera desviado del que iba destinado a otro rebaño que, de ser así, a su vez pronto se vería con el mismo problema y necesitaría un envío urgente de alimentos. Cuando desviamos la horda de alimento animal destinado a un rebaño para llevarlo a otro, se produce una reacción en cadena. Como puede ver, hay que tener cuidado para que el problema no se convierta en una pirámide invertida. Pero lo que sí puede afirmarse es que en esa zona existe ahora un desequilibrio ecológico definido. Eso es un hecho.

»Pues bien —añadió—, ahí está nuestro trabajo. Oficialmente, o mejor dicho, en vista de las circunstancias, la Compañía está dirigiendo ahora la Tregua Alimenticia EW16 y sus repercusiones. Tengo un equipo de dirección completo que actúa en nombre y representación del gobierno central en toda esa zona de desequilibrio ecológico. ¡Tan importante es el asunto! Tenemos el personal, el dinero y la organización capaz de manejar todo ese embrollo. Eso no es problema. Ya hemos esbozado algunas operaciones y hemos hecho un cálculo estructural de las posibilidades de éxito. Y lo que consigamos lo conservamos, ¿eh?

»Pero —continuó— el problema comenzó en ese bosquecillo y no sé nada de las condiciones que reinan allí desde el accidente de Dgbe. Así que quiero que usted y Staph, y cualquier otra persona que necesiten, vayan a ese soto. Inmediatamente. Su misión allí consistirá en averiguar qué es lo que ha pasado con los animales destinados al alimento del ganado. Hagan un trabajo obvio y detallado. Si es posible indíqueme cuándo la horda de pequeños

animales peludos pasó por allí, dónde ha ido y, si es posible que pueda disponer de ella para alimentar a otro rebaño.

Hizo una pausa. Tendió su espalda para formar una curva C erguida y dijo:

—La segunda parte es más dura y difícil, Jme. Es aquí donde necesito mis dos mejores ingenieros ecológicos y de Seguridad... Usted ha visto parte del informe de Dgbe ahora... un informe incompleto. No creo que haya más datos útiles en él. El resto de ese informe lo recibimos del Centro de Descanso donde Dgbe está hospitalizado en estos momentos.

—¿Qué le ocurrió?

—Un árbol le cayó encima.

Jme se mostró sorprendida.

—¿Un árbol...? Los árboles no caen. Sus raíces-tubos están clavadas por debajo del hielo permanente. ¿Cómo...?

Mrrane dijo concretamente:

—Uno de los árboles muertos. De repente sus anillos seccionales se lubricaron y se retractó violentamente con sus ramas aún abiertas. Una de las ramas presionó a Dgbe al suelo. Lo atravesó por completo.

Jme parpadeó. Ella había visto cómo los grandes árboles se retraían. Podían hacerlo a voluntad, en el invierno, en el transcurso de los grandes temporales, o para ser trasladados a un nuevo plantel. Normalmente giran sus hojas, poniendo sus lados destinados a recoger la energía pegados a las ramas para conservar así su vitalidad. En cuanto a las ramas, las pliegan contra el tronco, hacia abajo, una sobre la otra, hasta que el árbol se mete bajo el suelo, por debajo de los hielos permanentes en los túneles de nutrición donde se hallan sus raíces. Pueden hacer muy rápidamente esta operación, y el peso de uno de esos árboles adultos, de diez metros de altura...

Mrrane respondió a sus preocupaciones.

—Dgbe sobrevivirá. No ha sufrido heridas en ningún órgano vital. Pero estuvo apresado por las ramas durante horas y, naturalmente, su cuerpo se rompió. Ha tenido que ser sometido a ciertas reparaciones.

Dejó a un lado el problema de la salud de Dgbe y continuó

refiriéndose al tema que les interesaba.

—Jme, todo este asunto con los animales nutritivos y los árboles muertos no es simplemente un desequilibrio ecológico normal... ¡Dos Lunas! Claro está que un desequilibrio ecológico nunca puede ser considerado normal. Todo DE es una enfermedad. La que quiero decir es que éste ha sido causado intencionadamente. Y esta idea resulta verdaderamente maligna... Jme, encuentre lo que ha ocurrido en aquel bosquecillo. No conocemos datos ni detalles de ninguna clase y supongo que hay alguien que quiere evitar que lo averigüemos. El accidente de Dgbe ocurrió en el momento más inoportuno y ha sido una gran desgracia. ¿Me comprende? Ese bosquecillo era un lugar perfectamente equilibrado, saludable desde el punto de vista ecológico y por eso lo utilizamos como lugar de recepción. Por sí solo no puede haber experimentado un cambio tan grande como para que se mueran quince de sus árboles sin que nadie sepa por qué. Esos árboles fueron muertos, asesinados podríamos decir. Creo que lo ocurrido con Dgbe también fue un intento de asesinato. Y no me cabe duda de que los pequeños animales peludos forman parte del asunto. El rebaño ganadero fue un tercer intento de sabotaje.

Mrrane se detuvo de nuevo.

Por su parte Jme tampoco sabía qué decir y ante el silencio de ésta su jefe continuó:

—Esta parte de su trabajo es secreta. No quiero que le diga a Staph nada de esto. Él trabajará con usted pero no quiero que sepa que sospechamos que se trata de unos sabotajes intencionados. ¿Lo comprende?

—Sí, estoy de acuerdo... Una forma de vida aberrante...

Mrrane la interrumpió:

—¡Ah, Jme...! ¡Nada de frases amables...! Asesinos, eso es lo que son. Al menos tenemos un criminal en nuestro ámbito profesional. Eso es lo que yo creo: un asesino. Un asesino que no necesita alimentos... sin sensibilidad hacia la vida... algo repugnante. ¡Un asesino! ¡Encuéntrelo! Envíeme sus informes a mí personalmente. Confidenciales. Muy secretos. Haremos uso de toda autoridad que nos ha conferido el gobierno central. ¿Comprende?

—Ciertamente, jefe. Comprendido —asintió Jme—. Me pondré

camino para el soto de inmediato.

—Bien, bien —Mrrane relajó un poco la forma de su cuerpo. Su voz tomó una frecuencia amistosa—. ¡Ah, Jme... tenga cuidado! Emplee algunas medidas de seguridad para su propia vida. Es muy valiosa para nosotros, ya lo sabe.

El Jefe se volvió y retrocedió hacia la consola de comunicaciones.

—¡Gracias, Sprkss! Un buen trabajo. Muy conciso. Quiero que me lo repita exactamente igual esta tarde cuando informemos al gobierno central. Facilíteme algunos hologramas para los orines, por favor.

Después de estas palabras, el Jefe se marchó para ocuparse de otros aspectos de los negocios de la Compañía que se extendían por todo el mundo.

Jme consiguió de Sprkss la situación del soto de los árboles muertos. Después, se puso en contacto con Staph y comenzó a hacer los preparativos para el viaje. Seguidamente se dirigió a su despacho para recoger algunos instrumentos que creía que podía necesitar.

Cuando Jme descendió hacia la terminal de transporte, Staph tenía un pequeño carguero medio lleno y estaba discutiendo con Comnn con respecto a un montón de filamentos visuales tan alto como el propio transportador. Como siempre, Staph no tuvo suerte en su intención de conseguir que el Comunicador disminuyera sus exigencias de material.

Jme se colocó al lado de Staph y le extendió su caja de instrumentos con aire ausente, como si no se hubiera dado cuenta de la discusión. Se volvió para mirar a Comnn y todo su equipo.

—¡Estupendo, Comnn! —le dijo—. ¿Tiene todo lo que necesita empaquetado en apoyo vital? Todo ello puede quedar aquí, almacenado hasta que hayamos conseguido nuestro cuartel general en la Base. ¿Tuvo tiempo de sacar todos sus filamentos visuales? No le dieron muchos informes, siento tener que decírselo.

—Sí, desde luego —le respondió Comnn—. No me llevó demasiado tiempo sacarlos. Lo difícil fue colocarlos. Ése sí que fue un trabajo largo y pesado. Tenía que taladrar y colocar los tubos de

comunicación, pero los filamentos salen fácilmente. He dejado los tubos colocados allí. El nuevo contratista los utilizará para su propio sistema de comunicación.

—Sí —interrumpió Jme—, cada Compañía prefiere utilizar sus propios filamentos visuales... así que usted pudo sacar todo su material. ¡Magnífico!

Hizo una pausa y cambió de tema:

—¿Tiene usted una consola de visualización lo suficientemente pequeña para que Staph y yo podamos llevarla con nosotros? Si es posible, con su propia fuente de energía independiente. Mi intención es pasar algún tiempo en la superficie. Sí, sí, ya lo sé. Usted desea acoplar un filamento de enlace... un acoplamiento... como quiera que usted lo llame...

—«Ganglios...» —dijo Comnn automáticamente.

—Sí... Sí, traiga uno para que pueda enlazarlo en la red de locación visual dondequiera que nos hallemos. Pero sólo uno. Cuando decida dónde estableceremos nuestra base no quiero que usted me invada con sus instrumentos todo el Cuadrante Norte. ¿Cuál de esos paquetes es la consola? —preguntó.

Comnn le respondió:

—El amarillo... pero, Jme...

—¿Y los ganglios? —Jme no le dio tiempo a que siguiera hablando.

—El azul.

—Perfectamente. El tamaño adecuado.

Jme se volvió para enfrentarse a su ayudante y le ordenó con firmeza:

—Staph, llévate los paquetes amarillo y azul. Después consigue que almacenen el resto en la terminal, bajo mi sello y responsabilidad. Ahora, Comnn, subamos a bordo. Y presénteme a los otros Comunicadores. ¿Los conozco?

Jme se dio la vuelta y fue a buscar uno de los pequeños transportadores destinados a los Comunicadores.

Comnn agitó sus antenas, inútilmente, en débil protesta cuando vio que Jme no hacía caso de sus intentos de llevar consigo mayor parte de sus aparatos. Plegó sus antenas de comunicación firmemente en torno a su cuerpo de bola y permitió a Jme que lo

colocara en el transportador y lo condujera por sus correspondientes vías. Otros dos Comunicadores estaban ya listos, esperando, pero Comnn, tozudamente, enfadado, no hizo caso de la petición de Jme de que le presentara a sus colegas.

Realmente las presentaciones no eran necesarias. Los dos Comunicadores conocían a Jme y mostraron su alegría de volver a verla. Comenzaron a radiar tan pronto como ella se curvó en la parte delantera del transportador.

—¡Directora Jme! Nos alegra mucho volver a trabajar con usted. Yo soy Tellyr. Éste es Bellyr. Sus frecuencias llegaron a los receptores de Jme prácticamente al unísono. Eran casi gemelos idénticos... y tenían la costumbre de hablar al mismo tiempo. Una costumbre que hacía difícil considerarlos por separado. Jme les devolvió el saludo:

—¡Tellyr, Bellyr! ¡Yo también me alegro mucho de volver a tenerles conmigo! Ya conocen a Comnn, ¿verdad? Staph se acomodó en el transportador.

—Todo almacenado —informó—. El programa está en el lector. Tenemos ya permiso para partir cuando usted quiera.

Cerró la capota del transportador sobre sus cabezas.

Bellyr, o quizá fue Tellyr, preguntó:

—¿Cuál es nuestro trabajo, Directora?

—Yo no soy Directora de hábitat en este trabajo —respondió Jme—. Sólo tuve ese título temporalmente durante la Emergencia Planetaria del pasado verano. Este trabajo consiste simplemente en investigar un desequilibrio que se ha producido en la ecosfera alimenticia y que está a punto de piramidarse. No es un trabajo lo suficientemente importante como para justificar un título. Bien, pongamos ya de una vez en marcha este trasto. Ya os iré dando instrucciones por el camino.

Se adelantó y tomó la palanca de control que impulsó hacia adelante. Esperó hasta que el servicio de control de salidas le dio luz verde y después puso el vehículo bajo control automático.

El motor magnético plano situado bajo el suelo se hizo cargo del transportador y a velocidad acelerada le hizo cruzar la estación terminar hasta situarlo en el tubo neumático. Los controles automáticos programados impulsaron al transportador por los

enlaces norte de la Compañía hasta el principal tubo norte-sur, de acuerdo con las instrucciones de ruta que Staph había determinado.

Cuando ya estuvieron en marcha por el sistema, Jme comenzó a comunicarles la pequeña información que podía ofrecerles sobre el aspecto alimentos-animales del problema. Staph aportó los datos de un nuevo informe del guardabosques que no demostró ser de utilidad.

Jme concluyó:

—Ya podéis ver cuáles son las razones por las que no he podido traer con nosotros un equipo específico determinado. No existe indicación sobre las causas de este desequilibrio. La primera cosa que tenemos que hacer, según nuestras órdenes, es un sencillo trabajo de vigilancia... casi instintivo... hasta que encontremos un indicio que nos permita trazar una línea, un método de trabajo. ¿Están de acuerdo?

—Casi en todo... y en principio —le respondió Staph—. Tenemos dos unidades básicas, como veo. Pero dado que has decidido dirigirte al bosquecillo, no me cabe duda de que lo consideras de gran importancia para tus planes.

—¡Ah! No existe plan alguno más que lo que ya he dicho. Vamos a ejercer una inspección del bosquecillo y a vigilar... Después de eso... La primera página del libro. Como si hubiéramos regresado a la escuela: Defina la ecosfera, aísle la unidad básica, determine qué come.

Uno de los Comunicadores radió:

—¿No sabe usted ya todas esas cosas? Naturalmente que sí. Quiero decir que excepto el hecho de por qué los animales alimenticios no emigraron como debieron para alimentar al rebaño, ¿no conoce usted ya los tres otros datos: ecosfera, unidad básica y el rebaño, naturalmente?

—¿Tellyr?

El Comunicador respondió:

—Sí, Jme. Era Bellyr quien hablaba.

—Gracias. Tiene razón, Bellyr. Más piense por un momento. El hecho de que uno de estos tres datos ha cambiado, indica que los otros dos no pueden seguir siendo como antes. Así que conozco esos datos, pero al mismo tiempo no los sé. El ganado llegó para comerse

al pienso animal y no lo encontró. ¿Qué les sucedió a los pequeños peludos, la unidad básica? ¿Qué le ha sucedido a toda la ecosfera? Y, además ¿cómo seguirá desarrollándose este desequilibrio? ¿Qué podemos hacer para restablecer la normalidad y cuánto tiempo se necesitará para ello? Un gran número de preguntas. Tengo muchas más preguntas que respuestas.

Jme se sentía contenta de que el problema de los animales pienso fuera tan complejo. Al menos no habría necesidad de forzar el trabajo. Habría mucho que hacer con los peludos alimenticios. Ése era el problema número Uno.

«Y esto los llevaba al Problema número Dos», pensó silenciosamente. «Un problema que podía, o no, estar ligado estrechamente con el número Uno. Y aún queda el problema Tres... Pero por ahora puedo hacer como que ignoro el problema número tres... El problema de qué, o mejor dicho quién, mató quince árboles sanos en un soto en plena explotación por la comunidad».

El transportador comenzó a desacelerar, se deslizó hacia un tubo más estrecho, aminoró aún más la marcha y comenzó a ascender.

Jme le echó un vistazo al programa del viaje y vio que se encontraban en una rama que se dirigía hacia el nordeste y casi en la terminal del bosquecillo. El viaje había sido muy rápido. Evidentemente, el problema era lo suficientemente grave como para conseguir la completa colaboración de los programadores de los transportes. Habían apartado a otros transportes de los tubos que ellos utilizaron dándoles prioridad de tráfico, por lo que no tuvieron que sufrir ninguna de las interrupciones usuales.

El transportador frenó para detenerse y los magnetos lo llevaron por un túnel pequeño que conducía hasta el mismo soto. En el túnel la propulsión era totalmente magnética. Los motores sólo producían un monótono y débil ronquido. El transportador se detuvo de nuevo y se hicieron visibles las luces de exterior. Estaban en la Terminal del Soto Dekka 31A.

Staph abrió la escotilla de salida y se estiró. Su primer comentario fue:

—Todo es automático aquí, ¿eh?

Jme bajó a los Comunicadores, a mano y uno tras otro, y se los entregó a Staph.

—Sí. De acuerdo con el plan que me han mostrado nunca se construyeron lugares de alojamiento. Estamos a sólo cincuenta metros por debajo de la superficie, a diez metros por debajo del hielo permanente. Han colocado lámparas de ayuda vital para las inspecciones y eso es todo. Necesitaremos una gran cantidad de energía para trabajar aquí.

Staph miró al techo con sus receptores en blanco para filtrar todas las frecuencias menos las visibles.

—Así lo espero. ¿Qué es lo que deseas hacer?

—Conectemos a Bellyr y Tellyr y después subiremos a la superficie.

Tomó a Comnn y lo situó en su transportador.

Staph preguntó:

—¿Conduce este sótano a un panel de comunicación? ¡Ah, sí... allí está!

Se dirigió al panel y colocó a los dos Comunicadores, Tellyr y Bellyr, sobre la consola. Éstos desplegaron rápidamente varias de sus antenas y varillas y las enchufaron en los correspondientes lugares de la consola.

Jme les dijo:

—Tellyr, conecte una línea con la oficina central e informe de nuestra llegada. Deje esa línea abierta. Usted, Bellyr, compruebe los filamentos visuales y los tubos de comunicación en los túneles de nutrición... ¡Ah, y a ver si se les ocurre a ustedes algo para que yo pueda distinguirlos al uno del otro!

—Yo soy Bellyr —dijo el Comunicador que se hallaba a la izquierda y exhibió un núcleo fluorescente con un número 1 en amarillo—. Él, lógicamente, es Tellyr.

El panel por debajo del otro comunicador exhibió un número de nueve cifras en color rosa. Los números oscilaron hasta dejar sólo un 2.

—¡Payasos!

Bellyr se dirigió a Jme:

—Atención, ingeniero, por favor. Aquí ocurre algo muy extraño. Esta consola conserva conectados filamentos de visión y tubos de comunicación.

Hizo una pausa mientras manipulaba en las luces de la consola.

Después dijo:

—¡Todavía están vivos!

—¿Quiere decir que aquí, en algún lugar, hay un Comunicador?
—preguntó Jme.

Bellyr emitió en la frecuencia de los Comunicadores; Jme no pudo entender la respuesta. De pronto hablo Comnn:

—¡Lléveme junto a ellos, ingeniero!

Comnn desplegó una antena y la extendió.

Jme lo acercó lo suficiente como para que esa varilla pudiera tocar a Bellyr, estableciendo entre ellos contacto para la comunicación. Jme dejó pasar un momento y después ordenó:

—Por favor, Comnn, infórmeme. ¿Qué es lo que ha hallado?

—Una red anticuada, pero todavía utilizable... Una parte del sistema está bloqueado por un Efecto de Interferencia. Una interferencia muy débil. No estoy seguro de que provenga de aquí.

—Está aquí, desde luego —dijo Bellyr—. ¿Dónde sino podía estar?

—¿Ha encontrado usted al Comunicador que debía estar en este panel? ¿Es él?

Jme había oído hablar del Efecto de Interferencia. Se trataba de un rasgo racial de los Comunicadores, gentes que podían hablar con todos los demás seres del planeta pero que en ocasiones necesitaban de un sistema especial para mantener su intimidad, cuando deseaban mantenerse aislados.

—Es muy débil —comentó Comnn.

—Es posible que ese Comunicador esté enfermo o herido —dijo Jme—. Póngase en contacto con él y díganle que estamos aquí.

—¡Jamás! —esa única palabra de Comnn tenía frecuencias de disgusto que Jme jamás le oyó utilizar anteriormente. Más amablemente, Bellyr dijo:

—No romperemos la intimidad de un Efecto de Interferencia, Jme. Ninguno de nosotros lo hará. No se hace nunca. Si él, quienquiera que sea, se ha protegido con el Efecto de Interferencia es porque necesita estar en su intimidad por encima de cualquier otra cosa. En especial significa que no quiere ser molestado por nosotros. No, no podemos molestarlo, romper su intimidad... ni para salvarle la vida.

—Está bien —dijo Jme y dejó el tema. El sentimentalismo de algunas formas de vida le parecía empalagoso—. ¿Puede usted trabajar con esos filamentos? —preguntó—. Sí, puede. Bien, en ese caso contacten con los árboles de arriba. Denme un bio-estatuto personal de cada uno de ellos... Su opinión... y grábenla tal y como se la digan, qué tiempo hace, alimentación... cómo se sienten... si se sienten contentos con sus vecinos... en fin todas esas cosas.

—¿Vas a comprobar los datos de los informes comparándolos con esas informaciones? —preguntó Staph.

—Sí —contestó Jme—. Y quiero las opiniones de los árboles para compararlos con las grabaciones de los análisis que hagamos aquí abajo. Las discrepancias pueden ser muy reveladoras.

—Esos árboles no murieron de disgusto o como consecuencia de malas vibraciones.

—No lo pensé ni por un momento. Bien, subamos y hablemos con el guardabosques. ¿Dónde está el ascensor?

Staph dio la vuelta lentamente.

—Veamos —dijo—. Aquí está la tubería principal del suministro de agua. Desde aquí parten las tuberías que llegan a cada árbol individual. El tanque grande contiene la mezcla nutritiva primaria... ¡Eh, mira el símbolo del Contratista! Es la misma Compañía Hidrológica que se ha hecho cargo de nuestro trabajo después de que volamos la bolsa de agua. ¿Se te ocurrió pensar que una parte de nuestra agua llegaría tan lejos en el norte?

—Si se conduce en un nutriente pre-mezclado es posible —explicó Jme—. Como unas dos partes por millón de toda el agua que usan. Si deseas ponerte sentimental por un gramo de agua, continúa adelante. Sería necesario llevar a cabo análisis moleculares comparativos para decir si estás equivocado o no. ¿Dónde está mi ascensor?

Comnn radió rompiendo su terco silencio:

—Bellyr, por favor, ilumina los controles del ascensor —ordenó a su compañero.

Jme contempló con aire distraído el panel de señales y los controles de puertas que, de improviso, se habían iluminado en el muro frente a ella exactamente...

Jme controló las frecuencias de su voz y respondió:

—¡Gracias, Comnn! Vamos, Staph.

Su mano cubrió el panel de controles y la puerta se dilató. Staph la siguió y se situó junto a los mandos del ascensor, que poco después se puso en marcha en dirección a la superficie. El silencio entre los tres se hizo más intenso.

Jme pensó en las cosas que podía decir, pero cada una de ellas le parecía tan estúpida como el hecho de que dos ingenieros bien formados y entrenados como ellos no hubieran dado con el ascensor. Finalmente decidió no pensar más en ello y considerar la ayuda a regañadientes de Comnn como una ocurrencia normal.

El ascensor se detuvo y en ese mismo momento se encendió el panel de avisos. La presión del aire fuera era algo más baja que el aire acondicionado en la terminal y en los túneles raíces. Staph dijo:

—¡Descompresión!

El intercambio de aire en el igualador producía una ligera vibración, pero Jme no apreció efectos físicos en ella. Staph abrió la puerta y Jme los dirigió hasta una pequeña caverna natural y después a la superficie.

—¡Vaya, es estupendo! Ya había olvidado lo bien que sienta respirar aire libre —comentó Staph eufórico—. Realmente resulta animador, excitante.

—Respira a fondo y absorbe todo el oxígeno que puedas. Esa sensación de euforia se debe al exceso de nitrógeno que se combina con el oxígeno que tenemos en nuestro sistema. Sentirás como una sensación de embriaguez hasta que lo quemes. Cuestión de un minuto.

Jme siguió ella misma el consejo que había dado a Staph. El sol era una delicia. El cielo estaba despejado y claro. No había lunas. Sandor se había ocultado y Timor brillaba débilmente en el horizonte, hacía Occidente. ¡Claro, la órbita de Timor no se alzaba tan al norte por lo que jamás se cruzaría alta por aquel cielo que así parecía solitario y claro!

¿Solitario? No. Allí había dos Furtivos posados en una escarpadura al borde del bosquecillo. Sus pesadas cabezas y sus potentes músculos resultaban inconfundibles, aun cuando Jme no podía ver sus dientes agudos y feroces, capaces de desgarrar cualquier cosa con una de sus dentelladas. Una pareja solitaria que

no llevaba coraza ni escudo heráldico que identificara su jauría. Eran dos bribones, que se habían colocado al margen de la ley de su manada y que podían resultar muy peligrosos. Se mantenían erguidos sobre sus patas traseras observándola. De repente, giraron y se alejaron del soto en dirección sur, hacia el interior del campo. Sólo habían permanecido allí un momento. ¿Qué habían estado haciendo en el bosquecillo?

Jme arqueó la espalda. Después rio débilmente.

—¿Cómo está usted, Comnn? —preguntó—. ¿Todo en orden?

—Perfectamente, Jme. Recuerde, nosotros los Comunicadores no absorbemos oxígeno en forma gaseosa.

—Sólo trataba de ser amable, Comnn. Este efecto de la mezcla de los dos gases nos vuelve muy emotivos, mientras dura... ¡pero no dura mucho!

—¿Se te ha pasado ya, Staph?

Staph le respondió:

—¡Uh...! Sí, ya pasó. Tuve la impresión de que giraba como un trompo. ¿Me he movido?

—No —respondió Jme—. Tengo la impresión de que nos ajustamos en la Terminal. Había una buena cantidad de oxígeno, creo... Bueno, vamos al trabajo. Comnn, ¿dónde está el guardabosques?

Su voz se desvaneció. Jme había ajustado su visión para larga distancia, mirando al cielo, y los árboles del soto se le aparecían claramente con todos sus detalles.

El guardabosques... Resultaba obvio. En el soto de cuarenta a cincuenta árboles de tamaño medio, uno de ellos era casi el triple de grande y se alzaba como una torre sobre los demás. Su tronco se erguía hacia el cielo, anillo tras anillo marcando su edad. Las primeras de sus ramas, a unos siete metros de altura sobre el suelo, era gruesa, fuerte, cubierta con hojas grises y negras. Las ramas superiores eran también gruesas, superdesarrolladas, cubiertas con una espesura de hojas que daban la vuelta automáticamente cuando su cara negra, receptora de energía, estaba cargada.

Jme contempló por unos instantes estas fluctuaciones grises y negras. Conectó su banda sensora a frecuencia calorífica y estudió unas sospechosas manchas de color rojo profundo que había en las

hojas del árbol y los colores azul-verdosos que vio las definieron como receptores de energía supercargados.

El árbol estaba acumulando más energía de la que podía utilizar. Con esa excesiva cantidad de hojas era lógico que ocurriera así.

Este árbol era sin duda el más viejo del soto y consecuentemente el guardabosques. Pero ¿por qué llevaba sobre él esa sobrecarga de energía? ¿Por qué no perdía una buena parte de sus hojas —casi todas— y equilibraba así la carga y descarga?

Jme preguntó:

—¿Cómo es posible que haya una discrepancia tan grande en la edad de este árbol con la de los demás del soto? Este árbol debió ser trasladado hace ya mucho tiempo a otro bosque para ancianos.

—Pasó inadvertido, un olvido —respondió Staph—. Ya lo ha explicado Mrrane. Este guardabosques tiene el hábito de abusar de las omisiones. Envía informes detallados en extremo de su soto. Nadie jamás leyó un informe entero hasta que Dgbe comenzó a investigar.

Dgbe... El nombre hizo que la atención de Jme volviera a las ramas bajas del árbol guardabosques. Gruesas, pesadas... se encogió de hombros y apartó aquellos pensamientos que por un momento ocuparon su mente. Después respondió a las palabras de Staph.

—Ya era tiempo de que alguien lo hiciera —dijo—. Este soto está muriéndose. Bien, creo que debemos dividirnos y comenzar el trabajo. Voy a hablar con el guarda. Creo que se volverá irritable.

Comenzó a alejarse y se detuvo en seguida cuando llamó su atención una reunión de sarmientos... un árbol totalmente desprovisto de hojas. Se quedó mirando a aquel esqueleto vegetal que seguía de pie y no se había retraído para ocultarse bajo el suelo en la zona de hielos permanentes. El código de vibración que lubricaba sus anillos estaba agotado, envuelto para siempre en el silencio de la muerte. Tenía que hallar un medio para librarse de aquellos árboles muertos una vez que su investigación hubiera terminado. Tomó nota del problema y llamó a su ayudante:

—Staph, mira hacia aquí, estos tres árboles. ¿Los ves?

—Sí, han perdido sus hojas. Voy a tomar algunas muestras de los muertos, después haré un análisis y Tellyr puede enviar el resultado a la Compañía.

Jme hizo un gesto de afirmación:

—Está bien. Hazlo así —dijo—. Toma muestras del área en torno a un árbol vivo, también. Toma datos suficientes como para poder determinar el peso total de las hojas, zona de caída de las hojas, materia putrefacta y todo eso. Me gustaría disponer de una estimación sobre el terreno de la pérdida total de materia orgánica del soto. Un cálculo lo más exacto que te sea posible. ¡Y sigue observando por si ves rastro de los pequeños animales peludos!

Staph se dirigió hacia los árboles.

Jme volvió su atención hacia el gigante guardabosques. Se abrió paso por el bosquecillo hasta que estuvo tan cerca del gran árbol como deseaba. Se movía despacio, adelantando una esquina de su cuerpo y después la otra opuesta con el borde superior muy arqueado entre sus pies. El suelo entre los árboles estaba casi cubierto de espesos matorrales de poca altura y, consecuentemente, Jme tenía que elegir su camino con cuidado.

Encontró un lugar al sol y dejó a Comnn en el suelo. Lo situó de cara al árbol gigantesco y retrocedió unos pasos para dar cierto aire solemne a la ocasión.

El árbol guardabosques comenzó a agitar sus hojas. La parte negra superior de éstas se volvió hacia Jme y después dio la vuelta. La cara inferior, la gris, de las hojas estaba cruzada por una especie de venas que zumbaban con el aire para producir las frecuencias sónicas que los árboles utilizaban para comunicarse.

Jme se dirigió al Conmutador.

—Sintoniza esa frecuencia, Comnn —le dijo— y dile quién soy; después traduce para mí sus respuestas, por favor.

—Estoy listo —dijo Comnn—. Ya hemos pasado los preliminares. Su nombre símbolo es Eanne, ya le he informado del suyo. Estoy listo para traducir.

—Gracias. Dile lo siguiente: Eanne, mi Compañía me ha enviado...

Comnn la interrumpió. Habló en una especie de murmullo profundo: la voz del árbol Eanne. Había traducido y emitido las palabras de Jme al mismo tiempo que éste iba hablando y ahora pronunciaba las palabras del árbol mientras las hojas aún seguían vibrando. Ésta era su habilidad y su trabajo como Comunicador.

Cuando Jme ya hubo pronunciado las dos frases, estaba hablando directamente con el árbol gigante ignorando el hecho de que la voz del árbol realmente provenía de Comnn. Comnn era muy diestro en su oficio.

La voz de Eanne transmitida por Comnn, dijo:

—Bien, conque ha vuelto otra vez. Pensaba que se me había hecho la promesa de que mi bosque jamás sería utilizado para plantar en él árboles de fuera. He planeado este soto basándome en el cumplimiento estricto de esta promesa. Si la palabra dada ha sido rota, el peligro es para ustedes... Mire en torno suyo.

El árbol agitó sus ramas señalando y después continuó:

—Yo mantuve la parte que me correspondía en el trato. Mis árboles crecen frondosos y sanos. El suelo está bien cubierto con mis arbustos. El suelo abunda en bacterias y microorganismos. Pero aquí no hay sitio para árboles extraños. No hay espacio para ellos. Mi soto no será usado de nuevo como se ha hecho.

Las hojas del árbol zumbaban amenazadoras.

Jme estaba intrigada. El árbol, indudablemente, se estaba refiriendo a los grandes desplazamientos ecológicos que tuvieron lugar el verano anterior cuando algunos árboles fueron trasladados a este bosque y replantados allí. Por lo que podía verse, y oírse, eso no le gustaba al gigantesco árbol guardabosques.

—Guarda Eanne, yo no he venido aquí con esa intención —le explicó—. No está en mis planes traer aquí árboles extraños ni tampoco a llevarme ninguno.

—¿Llevarse los? Nadie se lleva nada de mi bosque. Su equilibrio es perfecto. Soy capaz de controlarlo todo por mí mismo, sin ayuda de nadie. Ya estoy harto.

—Estoy segura de que sabe hacerlo —trató de calmarlo Jme—. He leído sus informes. Excelentes...

—¿Informes? ¡Desde luego que eran estupendos! —Comnn parecía radiar a mayor volumen. Eanne estaba alzando la voz—. Mi bosque está equilibrado. Yo sé cómo hacerlo y lo hago. Mis informes lo demuestran así y por eso son excelentes. Consecuentemente no estoy dispuesto a dejar que cambie usted nada de mi soto. Vuelva al lugar de donde viene y dígaselo así a quienes la envían. Dígales que Eanne no necesita cambio alguno. ¡Y

no lo hablará!

El guardabosques no estaba convencido de que no iba a haber un intercambio de árboles en su soto, cosa que había ocurrido el verano anterior. Jme tenía que convencerlo de que no se tenía la intención de cambiar nada. ¿Podría hacerlo? Al menos tenía que intentarlo.

—Guarda Eanne, tenga la seguridad de que mi Compañía me ha enviado aquí para ayudarle —le dijo—. No he venido más que para buscar a los pequeños animales alimenticios que pastan en su foresta. Nuestros registros nos informan de que no han emigrado.

—¿Animales alimento? ¡Una tontería! ¿Por qué perder su tiempo con ellos? Yo tengo que solucionar una situación de emergencia. ¿Es que los funcionarios de su Compañía no entendieron mi llamada? Se están produciendo muertes en mi bosque. ¡Muertes! Expuse el caso con toda claridad en mis informes. Le exijo que haga algo para evitar estas muertes.

Sus hojas zumbaron un sonido que Comnn no tradujo.

¡Vaya...! Ahora el árbol afirmaba que había hecho constar en su informe la noticia de la muerte de los árboles. Jme reflexionó tratando de calibrar dónde estaba el error. Primero el árbol guardabosques afirmaba que su bosque estaba sano, que todo iba a las mil maravillas y qué sus informes eran perfectos. Después, resultaba que el bosque era bastante menos perfecto, pero sus informes seguían siendo perfectos y realistas. ¿Qué clase de juego era ése? Bien, si había que jugar, ella también estaba dispuesta a hacerlo.

Jme respondió en la frecuencia suave y reposada que utilizaba para la alta diplomacia.

—¡Oh, eso es importante! Pero mi querido guardabosques, ése es un caso de urgencia, como usted bien ha indicado. Mi ayudante y mi Comunicador están recogiendo datos de su bosque de acuerdo con el Plan de Emergencias EP 12 AEE.

Jme acababa de inventarse, maliciosamente, el EP 12 AEE, pero este guardabosques se sentía feliz en el terreno de la burocracia y los informes, así que era posible que ese concepto calmara su agitación.

La ingeniero continuó:

—El otro asunto, el de los animales alimenticios es un rompecabezas que creo que nosotros dos, si colaboramos, podremos resolver mientras continúa realizándose el otro trabajo, el más importante. Podemos considerarlo como una especie de pasatiempo entre usted y yo. Mi jefe considera que yo soy bastante perezosa y no trabajo lo suficiente cuando estoy fuera de su vista. Por eso añade a mi misión siempre otros trabajos secundarios y menos importantes. ¿Qué puedo hacer yo? Tal vez usted, si quiere, puede responder a dos preguntas: ¿Han abandonado su foresta esos pequeños animales? Sus sensores de perímetro, ¿han registrado su paso por aquí?

—No, nada ha abandonado mi bosque. Todo lo que está bajo mi control marcha como es debido. Siempre fue así.

Jme insistió, persistiendo en su tono apaciguador y adulator.

—¡Ah, eso es magnífico! Muy significativo —no dijo en qué consistía lo magnífico del caso ni su significación—, en ese caso los animales están aún en el soto. ¿Puede localizar para mí a algunos de esos animalitos?

La respuesta de Eanne fue concreta:

—¡No! No, yo no tengo nada que ver en absoluto con esos pequeños animales peludos devoradores de hojas. ¡Búsquelos usted sola si es que quiere dar con ellos! ¡Creo que su superior tiene razón y que usted no trabaja lo suficiente...! ¡Mis árboles se han muerto! ¡Averigüe por qué! El resto de esta conversación es inútil. Voy a ponerle fin.

Comnn esperó unos instantes, después dijo con su propia voz:

—Eso es todo, Jme. Ha hablado en serio. Ha dejado de transmitir.

—Estupendo. Lo mejor de mi diplomacia, dos mentiras sobre el jefe, desperdiciadas. Bien, volvamos a reunirnos con Staph.

Tomó el Comunicador y lo puso en su portador, que se echó al hombro.

—¡Ah, espera un minuto! —dijo Jme que había cambiado de opinión.

El guardabosques le había dicho que buscara ella misma a los peludos... ¡Quizá podía hacerlo! Abrió su caja de herramientas, sacó

de ella un tubo metálico, desenroscó su tapa y sacó un manajo de filamentos de comunicación. Los estiró hasta formar una simple varilla de como un metro de longitud.

Comnn dio muestra de una gran agitación.

—¿Dónde ha conseguido eso? —preguntó casi tartamudeando—. Eso es *ilegal*. ¿No creerá usted en la magia? ¡Aparte eso, Jme! ¡Déjelo!

—Cálmate —Jme sostuvo el tubo delante de ella—. Está en orden. Los filamentos son de plástico con un núcleo de carbón activado. No es nada vivo y puede estar seguro de que no es cierto lo que dicen los supersticiosos de que desgarrar un cuerpo durante la oscuridad de las dos lunas. Se trata de un aparato científico que no tiene nada que ver con la brujería.

Comnn la miró extrañado.

—¿Plástico? —preguntó.

Jme caminaba por el bosque en dirección hacia donde había quedado Staph, aunque no podía caminar en línea recta debido a las incidencias y la maleza del suelo.

—Sí, plástico —le explicó—. Fabricado para que parezca exactamente igual que una antena viva de comunicación. Los filamentos están llenos de carbón para darles afinidad a los ciclos vitales del carbono. Si se llena de agua, la antena será sensible al agua y encontrará agua. Ya he visto cómo trabaja. Tratada como está ahora, la varilla me ayudará a localizar vida... Esos pequeños seres vivos que buscamos.

—No funcionará. Fíjese, está señalando hacia abajo. Todo lo que ha encontrado es agua.

—Démosle una oportunidad. Lo que ocurre es que los tubos que transcurren bajo el suelo están llenos de agua que llevan materias nutritivas. Por aquí hay una enorme cantidad de aguas subterráneas.

Jme continuó moviendo el aparato lentamente. Cada vez que la varilla de plástico se doblaba hacia abajo, ella la enderezaba cuidadosamente y continuaba con su manejo. Después, de repente, la varilla se torció a la izquierda. Jme sintió el tirón y casi se le escapó de la mano.

—¡Hemos dado con ellos!

Se adelantó unos tres metros y se giró a la izquierda. Una vez más la varilla osciló.

Jme se dirigió hacia un grupo de arbustos. Las ramas de los arbustos se giraron hacia ella a medida que se iba aproximando y algunos de ellos comenzaron a iniciar su vuelta al refugio de sus raíces. Se produjo una escapada y un grupo de pequeños peludos, a rayas rojas, bajaron del arbusto para esconderse entre los terrones más próximos. Se movían con tal rapidez que Jme apenas si pudo divisar sus seis piernas. Su pequeña cola triangular y blanca se agitaba en el aire, como bandera de su terror, y Jme pudo contar seis de estos animalitos antes de que se perdieran a sus ojos.

Jme se echó a reír.

—Todo un grupo en un solo lugar. Bueno, al menos sabemos que siguen aquí. Ahora sólo me queda buscar la razón por la que no comenzó su migración Y además hemos comprobado que la varilla funciona, Comnn, como bien has podido ver. ¡Mira, de nuevo está señalando!

En efecto, la varilla detectora vibró y señaló en dirección a donde se hallaba el gigantesco guardabosques.

—Allí debe haber más, en el guardabosques. ¿Aún sigues creyendo que se trata de magia?

Jme plegó los filamentos de la varilla de plástico antes de guardarla en su estuche.

Comnn no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—¡Coincidencia! —dijo—. Se echaron a correr porque usted estuvo a punto de pisarlos. Observo que no va a seguir buscando a los animales. ¿Se detiene ahora que va por el mejor de los caminos?

—Debe haber una población de diez mil a doce mil animales de éstos. No tengo tiempo para ir a buscarlos a todos. Tendremos que pensar en algún otro método.

—Yo también lo creo así. Éste es un método verdaderamente estúpido. —Comnn plegó sus antenas y dejó de emitir.

Jme no tenía ganas de discutir y no lo hizo. Había usado sus varillas de plástico para detectar agua y minerales y no le habían fallado. No podía explicar cómo, e incluso tras haber sido estudiadas en el laboratorio nadie podía explicar su funcionamiento. Lo cierto era que esas varillas podían ser utilizadas

para localizar cualquier cosa que una persona entrenada en su manejo deseara hallar... ¡Una herramienta utilísima, desde luego!

Jme se fue abriendo camino a través del soto para dirigirse al lugar donde Staph estaba trabajando. Tenía abierta su caja de instrumentos y se ocupaba de preparar discos de muestra para el analizador.

—¿Has puesto algo en claro, Staph? —le preguntó la ingeniero.

—Creo que sí —Staph señaló hacia su derecha—. Los agujeros donde estuvieron plantados los árboles invitados del pasado verano están abiertos todavía. He sondeado uno de ellos. Conduce hasta los tubos de nutrición sin obstáculos alguno. Ten cuidado cuando camines por aquí.

—Así lo hago —respondió Jme—. ¿Y qué hay de tus análisis?

—Nada en firme hasta ahora —se volvió para mirarla—. Quiero enviar estas muestras hasta nuestra oficina central para que las analicen allí. Ellos cuentan con mejores medios que yo aquí y podrán, realizar sus análisis con mayor rapidez.

—De acuerdo, pero deseo que realices personalmente un examen de todo lo que envíes. Quiero tu análisis de campaña, Staph. Tengo la impresión de que vamos a necesitar de toda nuestra intuición para enfrentarnos a este asunto. ¿Qué tipo de muestras son las que envías?

—Hojas, cortezas, humus del suelo...

Staph señaló los discos y miró a Jme. Se dio entonces cuenta de lo que realmente la ingeniero quería saber.

—¡Ah... te refieres a los resultados! —continuó—. Bien, el ciclo de decadencia estaba incompleto —señaló al árbol muerto—. Hay muestras de una gran cantidad de hidrógeno sulfúrico. Y trazas de macromoléculas orgánicas en las médulas... materia animal en estado de descomposición. Muy raro.

—Algo en el suministro nutritivo, ¿no lo crees así?

—Lo comprobaré seguidamente, pero no lo creo. Los demás árboles están sanos. Los arbustos dieron muestras de buena movilidad cuando te acercaste a ellos.

Staph miró en torno y continuó hablando lentamente:

—Este bosquecillo es un sistema climatológico. Su energía tiene que estar equilibrada: producción, almacenaje, respiración... todo

nivelado. De no ser así, los demás árboles podrían resultar afectados por la polución del nutriente.

—Estoy de acuerdo, excepto en dos cosas —dijo Jme—: los árboles muertos y el guardabosques. Hay algo que no está equilibrado. Tengo una idea...

Colocó a Comnn en el suelo.

—Voy a hacer que Bellyr averigüe la opinión de los árboles sobre la vida en este soto. Quiero que interrogué también a las bacterias del suelo, los Micros. Comnn, entra en contacto con una colonia, por favor, y mira de conseguir que nos envíen a una familia de portavoces. Deben conservar los datos de la herencia en los registros de sus antepasados. Ya nos ayudaron anteriormente, cuando trajimos aquí los árboles suplementarios.

—Eso fue hace ya miles de sus generaciones —objetó Staph.

—Lo sé —le respondió Jme—. Pero los Micros conservan en su memoria cosas que sucedieron millones de generaciones anteriores. No me cabe duda de que este soto tiene que tener todavía alguna colonia de portavoces.

—La tienen, ingeniero —informó Comnn. Había colocado dos de sus antenas en la superficie del suelo—. No puedo traducir directamente, como seguramente debe saber. Hablan en frecuencias muy difíciles. Además, no quieren hablar. Creen que estoy invadiendo su terreno. Me dicen: *¡Márchate, márchate! Éste es nuestro suelo. Vete a hablar con las bacterias nutrientes. Ellas son felices y engordan. Nosotros estamos muy ocupados...*

Comnn hizo una pausa, para continuar poco después:

—Ahora no quieren hablar nada en absoluto. Están enfadados, furiosos, ingeniero.

—Bueno, más o menos eso es lo que yo esperaba —asintió Jme, alzando a Comnn—. La bacteria del suelo pudo haber cambiado la bioscopia superficial de manera suficiente para hacer que los animales alimenticios desaparecieran, pero eso llevaría mucho tiempo y, además, no explicaría la muerte de los árboles. Sospecho que los análisis de Staph demostrarán un desequilibrio alimenticio a nivel bacterial... No, creo que debemos buscar en otros ámbitos para hallar nuestra unidad básica. Creo que ya hemos hecho lo suficiente aquí. Bajemos de nuevo al subsuelo. Deseo, Staph, que

envíes algunas muestras de líquido nutriente para sus primeros análisis.

Staph le respondió:

—De acuerdo.

El ayudante de la ingeniero guardó sus instrumentos y la siguió hasta el túnel del ascensor. Las hojas del árbol guardabosques produjeron un rumor en baja frecuencia cuando pasaron junto a él, pero ellos lo ignoraron. Comnn no tradujo el significado de aquella especie de gruñido.

Tellyr movió sus varillas en un saludo respetuoso cuando llegaron al terminal. Inmediatamente se dirigió a Jme.

—Jme, la oficina desea saber si puede salir de aquí para encontrarse con un rebaño ganadero.

La ingeniero se detuvo sorprendida:

—¿Adónde? ¿Para qué? Apenas si he acabado de instalarme aquí.

Tellyr le explicó:

—Se trata de otro rebaño ganadero que se encuentra escaso de alimento. El cupo normal de alimento animal que le correspondía fue desviado para alimentar al ganado que debía haberlo hecho con los animales que pueblan este bosquecillo. Han transmitido una ecuación de fórmula sencilla, Jme. Va implícita en las palabras.

—Lo sé —respondió Jme—. El primer rebaño fue llamado EW16. Este nuevo...

Tellyr le facilitó el dato:

—HW 31A.

—Bien, HW31A. Y no hay animales para alimentarlo, así que tenemos que robárselos a otro rebaño... Y después tendremos que cogerlo de otro para alimentar el ahora expoliado. Estamos al comienzo del proceso del desarrollo de la pirámide... Está muy bien, Tellyr, en este caso no tendré más remedio que ir, creo. Necesito conseguir ciertos datos de este otro extremo de la cadena alimenticia y, de todos modos, tendría que hacerlo más tarde o más temprano. Sólo que esto apresura un poco las cosas... ¿Ha averiguado dónde debo encontrarme con ellos?

—Lo tengo todo, Jme —dijo Tellyr—. El programa computado del viaje está grabado en la cinta de datos que hay sobre mi

consola. Están muy cerca de nosotros. Hay un portón superficial en su línea de pasto.

—Muy bien. Staph, tú debes llevar a cabo el control de los nutrientes. Después trata de conseguir el máximo que puedas sobre el estado de correlación del nivel de energía en soto. Consigue los datos suficientes para calcular totales de materia orgánica; peso de las hojas, raíces; cantidad y calidad de la producción; respiración... También muestras de los arbustos y de la población microbiana.

—Esto no es un simple trabajo; es una auténtica preparación para una oposición.

Jme se echó a reír:

—No del todo. Creo que aún se te ocurrirán más cosas sobre la marcha. Volveré tan pronto como pueda.

Jme tomó la cinta magnética que había sobre la consola y después, como si se le hubiera ocurrido una nueva idea, se volvió otra vez a Tellyr.

—Por favor, Tellyr, ¿quiere usted asegurarse de que me envíen a un Furtivo al portal de transporte? Necesitaré a alguien para que me lleve de un lugar a otro. No deseo encontrarme junto al muro de un cráter sin ver otra cosa que una nube de polvo y humo. Compruebe el procedimiento con Sprkss.

Tellyr agitó dos de sus antenas de comunicación.

—Estoy transmitiendo. Se lo diré, Jme.

El transportador, programado de acuerdo con las instrucciones que Tellyr había computado en su cinta según las disposiciones de la oficina central, se detuvo finalmente junto a uno de los portales de superficie. Debido al gran número de puntos de enlace y cambios de vías de transporte, Jme dedujo que la estación de destino debía hallarse muy apartada de las rutas regulares de viaje. Pese a ello aún se sorprendió por lo primitivo del lugar. El portal sólo tenía un disco de programación y un reducido grupo de contactos de información, pero ni siquiera contaba con una auténtica estación de comunicación. Jme no había esperado encontrarse un emporio de civilización en un enclave ganadero. Pero esto...

Jme encontró el botón de «en funcionamiento» y lo apretó. La oficina general, que sin duda estaba enlazada con ese portal, vería

la señal y comprendería que había llegado.

Salió al exterior. El aire estaba cargado con un polvo arenoso. Se detuvo un momento para aumentar su metabolismo. La arena disminuiría la cantidad de energía que llegaba a sus receptores. Incluso sin viento el viajar con un rebaño de ganado era un asunto duro y difícil. Tenía que conservar al máximo sus energías durante algún tiempo.

Un pesado Furtivo surgió entre el polvo y se posó encima del muro rocoso con un auténtico desplegar de velocidad y energía. Los Furtivos no dependían del nivel de intensidad de la luz solar para conseguir su fuerza y vitalidad. Eran animales carnívoros. El ejemplar que se dirigía hacia Jme desplegaba todo el poder de arrastre y movilidad de sus potentes músculos mientras trepaba: garras delanteras poderosas, espaldas poderosas y un cuello grueso y móvil... Toda una potencia respaldada por una boca llena de afilados dientes que le permitían matar y alimentarse de la carne y la sangre de sus presas. Recordó aquellos otros dos Furtivos, separados de su manada, que había divisado en el bosque. Instintivamente también ahora sintió miedo.

Sin embargo, se le pasó pronto. El Furtivo que llegaba iba lanzando una llamada amistosa, un feliz ronroneo que calmó sus temores de inmediato. Se trataba de Utoo, un antiguo amigo.

El Furtivo era una oscura mancha de color óxido bajo la polvorienta luz solar. Se deslizó hasta detenerse y su boca amistosamente entreabierta mostraba toda la fiereza de sus dientes triangulares. Se sacudió el polvo de su espalda y repitió su saludo con un murmullo más profundo:

—¡Hola, Jme! Directora de hábitat Jme. Me dijeron que iba a venir y que debía esperarla. Me alegro de verla de nuevo. ¡Vaya, Jme... otra vez como en los viejos tiempos! ¿No es así, directora?

Jme se dirigió hacia él y alzó una de sus esquinas para rozar la garra derecha delantera del Furtivo. Éste era dos veces mayor que ella y eso fue todo lo más adecuado que pudo hacer para cumplir el ritual de saludo con que los Furtivos reciben a un amigo.

Jme expresó su alegría:

—¡Utoo...! ¡Oh, Utoo...! Esto hace mi trabajo mucho más fácil y agradable.

Utoo lanzó una de sus fuertes risas.

—Nada puede hacer fácil este desbarajuste. ¿Tenemos que vérnoslas con otro aterrizaje espacial procedente del planeta interior como en la última emergencia planetaria en la que trabajamos juntos?

—No, no se trata de algo tan dramático. Y en esta ocasión no ostento el título de directora de hábitat. En este trabajo no se me ha dado título oficial alguno. Se trata simplemente de una crisis de alimentos.

—Vaya, vaya, conqu e es eso —comentó Utoo—. Ya me veo conduciendo de nuevo a esos peludos. Por lo visto hay alguien en las altas esferas que piensa que usted y yo somos expertos en el manejo de esos estúpidos animales. ¡Qué pena! ¡Me pone enfermo contemplar sus estúpidas colas levantadas! ¡Y ni siquiera saben bien!

—Pues va a tener que venir conmigo a buscarlos una vez más, Utoo... ¿No le han nombrado para que sea mi transportador?

—No hubiera dejado que ningún otro de mis congéneres me arrebatara este trabajo. Aquí tiene el arnés. Vayamos a buscar a esos pequeñajos...

Colocó a Jme en el arnés con un movimiento suave de sus garras delanteras y después se puso de nuevo en posición de carrera.

Retorciéndose un poco, Jme pudo colocarse en los extremos inferiores del arnés y de ese modo consiguió que la mayor parte de sus sensores estuvieran situados para mirar por encima de la cabeza y las espaldas de Utoo. Su espalda debería quedar hacia arriba, para recibir, de ese modo, la mayor cantidad posible radiaciones, pero a Jme le gustaba ver hacia dónde se dirigía.

Como resultado de esto su posición de montar resultaba un tanto rígida e incómoda. Su cuerpo formaba una especie de C mayúscula, de pie y un poco retorcida hacia arriba, apoyada en uno de los costados de Utoo. Para un viaje largo se trataba de una postura que llegaría a hacerse insoportable.

Utoo volvió la cabeza hacia atrás para ver a su retorcido jinete. Precavidamente le dijo:

—Jme, hoy no vamos a tener un viaje agradable. Este viento tan fuerte levanta nubes de arena y piedras. Creo que haría mejor en

ponerse de cara al viento, un poco más de costado. Jme se echó a reír.

—¡Y me lo dice ahora, después de todo el trabajo que me ha costado ponerme en esta postura! Creo que probaré de ir así durante un rato. Si veo que la cosa se pone demasiado mal me daré la vuelta. ¿Tendrá que detenerse en su carrera si quiero cambiar de postura? ¿No le haré perder el equilibrio o algo parecido si me muevo? ¿Quiere que le avise antes de hacerlo? Utoo lanzó un gruñido:

—No hay necesidad de nada de eso. Usted pesa menos que una pluma. Puedo llevar a una de esas piezas de ganado durante toda una jornada.

—Estupendo. En ese caso me daré la vuelta y cambiaré de postura si empiezo a encontrarme demasiado incómoda.

—No se caiga del arnés. Jme le dio un golpecito cariñoso en la espalda.

—Vamos, viejo compinche, pongámonos en camino. El viento empeora por momentos. Empiece a correr, Utoo.

Utoo replicó lanzando un grito de caza que terminaba en una especie de tos ruda y fuerte. Apenas había terminado el grito cuando ya estaban bajando la pronunciada pendiente, corriendo de cara a un viento fuerte y cargado de arena.

Jme se dio cuenta de que este viaje no iba a ser de placer ni le llegaría a agradar. El impulso y potencia del medio galope rápido de Utoo seguía siendo el mismo: Se trataba de un paso en vaivén, subiendo y bajando con un ritmo suave e ingravido cuando saltaba los obstáculos o ganaba velocidad con una serie continuada de saltos. A Jme le gustaba mucho esta excitante sensación que sentía a lomos de su Furtivo, pero no podía ver nada.

El aire estaba lleno de polvo, coloreado de rojo y ámbar cruzado a veces por franjas negras que parecían llegar volando. Colocó su sensor en las frecuencias correspondientes a la luz rojal más baja, pero pese a ello el panorama seguía siendo borroso. Jme conocía aquella zona, accidentes orográficos, contornos del cráteres, etc., lo suficientemente bien para que los colores que distinguía le sirvieran de mucho. Disgustada y desilusionada se decidió a abandonar su intento de ver por dónde iban y se retorció hasta quedar colocada

en una postura plana, más cómoda, apoyada contra uno de los lados de Utoo. Se relajó y empezó a balancearse en el arnés, siguiendo el ritmo de la marcha del Furtivo para, al menos, gozar del paseo.

El equipo sensor de Utoo estaba en condiciones de ser usado en esa luz y con ese polvo. Era algo innato en él. Más aún, sus reacciones estaban engranadas para correr tal y como lo estaba haciendo entonces. La relampagueante banda negra de sus ojos estaba colocada en la parte más alta, y a ambos lados, de una cabeza en forma de cuña. Llevaba la cabeza erguida, firme, en su cuello móvil y grueso. Los Furtivos se mueven con mucha rapidez sobre la superficie del desierto; sus sensores están dispuestos para percibir igualmente una visión lejana que una próxima. Utoo, pues, podía ver perfectamente en medio de esa polvareda.

Jme no sentía la menor preocupación por su Furtivo. Se apretó contra su costado y se sumergió plenamente en el placer de la galopada.

La voz como un ronroneo de Utoo la sacó de aquella especie de hipnosis de velocidad. El Furtivo le estaba diciendo:

—Directora..., Jme. Aquí está el rebaño. Lo han cercado en un anillo de suministro. Creo que debo comprobar la situación con Fflrr, que es quien lo está apacentando. Seguramente que tiene un comunicador consigo... En caso de que usted llegue a necesitarlo, puede pedirselo.

Jme se volvió para mirar, pero el polvo seguía cegándola.

—No puedo ver nada, Utoo, siga adelante.

Utoo se volvió hacia la izquierda.

—El aire será mucho mejor cuando estemos más cerca del ganado. Ahora estamos en un callejón sin salida, en un lugar muerto.

Dio unos saltos más y volvió a perder velocidad para detenerse. Jme se giró de nuevo y vio al ganado. Realmente sólo pudo ver con claridad a un simple ejemplar que se mantenía alejado del rebaño. El resto de ellos sólo podían ser identificados por las sombras y manchas negras que ponían en el desierto. Su color era muy parecido al de Utoo, aunque de un tono ligeramente más anaranjado, es decir, que, como todo lo que se veía por esos contornos, estaba cubierto de polvo oxido y rojizo.

Ese ejemplar tenía espaldas fuertes y una poderosa estructura muscular en su cuello semejante a la de los Furtivos. También era un ser carnívoro y más alto aún que un Furtivo. Ese ganado, los Grazers, corrían por el desierto con patas rígidas y juntas con un trote acompasado que les obligaba a sortear obstáculos que un Furtivo podía saltar fácilmente. La cabeza del Grazer se diferenciaba también de la del Furtivo. Su cuello era más largo, sus dientes más anchos y gruesos. Tenía dos hileras de esos poderosos dientes protegidos por una masa carnosa flácida. La serie anterior de dientes sobresalía hacia adelante. Los Grazers podían alimentarse sobre la marcha, sin dejar de correr, si así lo deseaban. Esa colección delantera de dientes servía como de una especie de cucharón o pinza que cogía los alimentos y los introducía en el interior de la boca donde estaba la segunda serie de dientes y muelas que servían para triturar sus alimentos.

Otros dos Furtivos se adelantaron para saludar a Utoo. Se detuvieron sin dar la espalda al ganado que tenían que vigilar. Uno de los recién llegados, al que Utoo había llamado Fflrr, llevaba dos comunicadores en su lomo, en un arnés semejante al que llevaba Utoo para Jme. Lanzó un grito de aviso al ganado le volvió después la espalda.

—Fflrr, te presento a la ingeniero Jme —las presentaciones de Utoo eran cortas—. ¿Puedes comunicar con su compañía y decirles que ya está aquí?

—No, en absoluto. Nuestros comunicadores apenas si pueden comunicarse de un lado a otro de donde está el rebaño. Para ello emplean una frecuencia de tono bajo. Es muy baja y limitada... y produce además cierta comezón en el ganado.

—En ese caso, ¿cómo se mantienen ustedes en contacto? Mi jefe me ha dicho que le llamaron...

—Empleamos señales luminosas... hasta que el polvo lo impidió —le informó Fflrr—. Y últimamente no hemos llamada a nadie. Regreso para enviar mensajeros a las estaciones de los muros del cráter.

Se alzó, de pronto, sobre sus patas traseras para echar un vistazo al rebaño.

—¡Lo siento, ingeniero! —dijo volviéndose de nuevo para

mirarla—. Salvo en el caso de que tenga usted una razón muy importante, no puedo enviar un mensajero sólo para decirle a alguien que usted ha llegado. Necesito a todos mis Furtivos aquí. Sin embargo, esta tarde llegaremos al Soto Dekka 31A. Podrá llamar desde allí.

Jme dijo:

—¿Al soto...? ¿Pero es que no se ha enterado?

Con una repentina sensación de terror Jme se dio cuenta de la importancia del número de identificación de este rebaño: HW31A... 31A; de acuerdo con los planes debía acudir al soto para ser alimentado allí. Entonces, el primer rebaño, el que había comenzado la pirámide del desequilibrio alimenticio, ¿de dónde había salido?

—¿De qué habría de enterarme, ingeniero? No puedo esperar más. Debo volver a ocuparme del rebaño. Estamos esperando de un momento a otro que lleguen los animales y eso puede provocar la estampida.

Jme se mostró conforme.

—Sí, Fflrr, váyase —le dijo—. No hay necesidad de enviar mensaje alguno. Mi oficina sabe ya que estoy aquí. Siga trabajando con su ganado, por favor. Si descubro algo que no entienda se lo preguntaré a Utoo.

Jme se daba cuenta de que sus palabras no tenían demasiado sentido, pero el choque que acababa de recibir había sido grande. Otro rebaño de Grazers se dirigía a su soto, al bosquecillo Dekka 31A y hasta entonces allí sólo había podido descubrir seis, sólo seis, peludos como único alimento para todos... ¡Sólo seis!

Otro Furtivo surgió de entre el polvo. Se deslizó para detenerse cerca de Fflrr y le gritó:

—¡El círculo está cerrado! ¿Les damos el pienso ahora o esperamos hasta que cese el viento?

Fflrr se volvió para mirar a Utoo, como si esperara una objeción. Como no la tuvo, dijo:

—Salvo que tengas alguna objeción de parte de la oficina central, lo haremos ahora —dijo—. Los peludos son tuyos, pero yo no puedo ya contener al ganado.

Utoo le preguntó:

—¿Están todos los animales-pienso dentro del círculo?

El segundo Furtivo respondió en lugar de Fflrr:

—Sí, yo mismo lo he comprobado personalmente sobre el terreno.

—Muy bien. Por mi parte no tengo la menor objeción. Es para eso que trajimos a los peludos hasta aquí.

Fflrr ordenó a su compañero:

—Dile al jefe del rebaño que dé la señal. De todos modos el viento no va a mejorar... más bien creo que empeorará. Da la señal. Lo único que tenemos que hacer es mantenernos alerta y apartarnos de ellos cuando empiece la carrera.

—¡Buena suerte! —les deseó el Furtivo y se lanzó a todo correr cara al viento.

—Fflrr, espere —le gritó Jme.

El Furtivo se detuvo y volvió la vista.

—Fflrr —prosiguió Jme—, creo que debe usted saberlo. En el Dekka 31A no hay animales pienso. Un rebaño trató de comer allí hace tres días y los peludos no habían realizado la correspondiente migración.

—Eso ya lo sabía, ingeniero. Pero hemos recibido una comunicación clara del soto en mi último punto de control. Se han encontrado peludos en el Dekka 31A. ¿Por qué cree usted que estamos alimentando a este rebaño parcialmente y por etapas? Para que pueda resistir hasta llegar allí.

—Fflrr —le replicó Jme—, eso no es cierto, puede estar seguro. Estoy investigando personalmente lo que ocurre en ese bosquecillo. No está en condiciones de poder alimentar a su rebaño. Es un hecho cierto, no puede hacerlo.

Fflrr dejó caer la cabeza pensativamente. Después la alzó de nuevo y dijo en un gruñido:

—Entonces nos hallamos en dificultades. Ahora puedo alimentarlos pero después necesitaré ayuda. ¡Consígala para mí!

Una profunda vibración como procedente de un gran tambor comenzó. Jme apenas si podía oírla y cambió su frecuencia de recepción a la más conveniente para captar el incremento del ritmo. El ritmo ganó en intensidad y comenzó a hacerse más rápido, cada vez más rápido.

Los Grazers habían comenzado su canto gutural.

Utoo tersó sus músculos y se puso alerta.

—Esa frecuencia rítmica golpeante hará que los peludos caigan en un estado de pánico. Cuando a causa de su terror corran hacia el rebaño, los Grazers podrán devorarlos y alimentarse.

—¿Todos los Grazers pueden producir esa frecuencia o tienen sus especialistas para ello? —preguntó Jme—. No tenía idea de que nadie pudiera radiar en una frecuencia tan baja durante un tiempo tan prolongado. Yo no podría hacerlo.

Utoo replicó con tono ausente:

—Ese sonido proviene de un sonORIZADOR mecánico. Un productor de ruidos... —de pronto cambió de tema y añadió—: Quisiera que se despejara este polvo. No hay bastantes animales para alimentar al ganado. Es posible que los Grazers rompan el círculo. No se baje del arnés, Jme. Quizá tenga que ponerme a correr a toda velocidad en el momento menos pensado.

Se produjo un remolino de viento y el viento se alzó por encima de las cabezas del rebaño. En ese momento, Jme pudo ver a los Grazers. Y vio también cómo los animales-pienso corrían hacia ellos.

Una multitud de varios miles de pequeños peludos se dirigían en grupo hacia el centro del círculo de alimentación de los Grazers, afectados de un auténtico ataque de pavor como consecuencia del rítmico tamborilear. Allí, exploraban cualquier posibilidad de escape... y el único medio que se les ofrecía era correr y romper el círculo de ganado. Trataban de ganar la libertad en grupos de veinte o treinta. Fueron estas filas de huidos los que Jme tenía al alcance de su vista. Esa corriente de peludos que huían se metía entre las patas de los Grazers... ¡y éstos se alimentaban!

Para ello bajaban sus cabezas como rápidas flechas y con sus aguzados dientes delanteros, sus bocas abiertas cazaban entre seis o siete animales cada vez. Después levantaban la cabeza y en el aire mascaban y se tragaban a sus presas. Y bajaban la cabeza en busca de más.

¡Y había más! Los asustados peludos se precipitaban hacia ellos en su carrera. Aquellos que tenían la suerte de pasar mientras el Grazer tenía la cabeza levantada rompían el círculo y escarbaban

entre el polvo.

Jme vio cómo huía uno de esos grupos y los animó:

—¡Vamos, vamos! Conque es así cómo escapan... No lo había comprendido a la vista de los informes.

Utoo volvió repentinamente su cabeza al oír los gritos de Jme, pero se tranquilizó en seguida al ver la causa y le explicó:

—Es cierto. Los Grazers sólo devoran el sesenta por ciento de una horda de peludos. El resto se dispersa y vuelve a multiplicarse. Es muy posible que terminen en un bosquecillo semejante a ese del que ahora viene usted.

—Ésta es la primera vez que veo algo semejante —dijo Jme—. Lo que sabía sobre el asunto lo aprendí en los informes que leí. Y hay una gran diferencia entre lo que se ve y lo que se lee. Además nadie ha dado un informe completo de la dispersión genética con anterioridad.

En esos momentos Utoo gritó:

—¡Mire, mire!

Un Grazer había abandonado el círculo y perseguía a un grupo de peludos que se dirigían directamente hacia donde se hallaba Utoo. El Furtivo hubo de dar un salto acrobático hacia un lado.

El Grazer pasó corriendo junto a ellos, con la cabeza gacha para dar caza a los animales que huían despavoridos. En el momento en que pasaba, Jme vio cómo cogía a dos peludos entre sus dientes... Seguidamente levantó la cabeza y los dos pequeños animales desaparecieron en sus fauces. El resto de la columna de animales fugitivos logró escapar y desapareció en la seguridad y la libertad de la arena.

Utoo se dirigió en una especie de danza hacia el Grazer y le dio un golpe con una de sus garras. La voz de Utoo era de enfado y rabia.

—¡Vuelve al círculo, estúpido! No puedes conseguir mucha comida si te lanzas a perseguir a los peludos de este modo. ¡Vamos, vuelve!

El viento volvió a arremolinarse y el polvo ocultó de nuevo al rebaño. Jme no podía ver nada.

Evidentemente Utoo tampoco podía ver más que ella o si acaso sólo un poco. Se movió apartándose del rebaño.

—La voy a llevar a un lugar algo más alejado, Jme. Hemos estado demasiado cerca.

Jme se volvió hacia él.

—Podría igualmente llevarme al transporte... Realmente no puedo ver nada en absoluto en medio de esta espesa polvareda.

Utoo protestó:

—Esperaré hasta que haya terminado de comer. Fflrr está demasiado ocupado para molestarlo ahora y no puedo irme sin decirle... algunas reglas de caza, especialmente con este viento.

—¡Claro está, Utoo! Estaba bromeando. Realmente me siento bastante preocupada. El llevar a este rebaño a Dekka 31A es un cruel error. No me queda más remedio que ponerme en contacto con mi oficina.

—No hay comunicadores —dijo Utoo—, pero su compañía debe estar haciendo algo para solventar esta dificultad. ¿Quién envió el mensaje a Fflrr? Sé que estaban tratando de localizar al rebaño de Fflrr. Habían trazado todos los planes, velocidad y distancia, de mi horda de animales alimenticios para que llegaran a servir de pienso a este ganado. Alguien recibirá el mensaje, Jme, esté tranquila. Olvídense de ello por un momento. ¿Qué fue lo que dijo anteriormente sobre la dispersión genética?

—¡Ah, eso...! —Jme se sintió satisfecha con que Utoo buscara esa diversión para sacarla de sus preocupaciones, que sabía eran totalmente inútiles de momento.

—Los peludos, Utoo —le respondió Jme—, los que escaparon, ya sabe. Escaparon corriendo y rompiendo el círculo para huir en todas direcciones, completamente al azar. Bien, las estadísticas sobre la cría de esta horda son realmente escasas, justamente la obra de un solo operador. Y nos dicen que huyeron de un centro. Los Grazers podrán conseguir más alimento si nunca los persiguieron fuera de ese centro eliminando así ese potencial de cría. Nunca deben ser eliminados los peludos que escapan sino dispersados en grandes zonas, de modo que cada grupo de peludos escapados tenga la posibilidad de encontrarse con grupos semejantes, aunque no procedentes de su propia horda. De ese modo continúan criando y esto constituye un poderoso factor de supervivencia. Dudo de que los Grazers pudieran exterminarlos totalmente.

—No, no podrán hacerlo... Al menos mientras nosotros estemos aquí. Conseguiríamos detenerlos antes de que fueran muy lejos. Siempre tiene que haber peludos. Nadie tiene el derecho de exterminar ningún ser vivo. Ésa es una ley de caza. Nosotros detendríamos a los Grazers si intentaran violarla.

—¡Oh, ya sé que lo harían! Pero lo cierto es que no hay ninguna necesidad de ello. Los pequeños peludos están en perfectas condiciones de preservar su propia supervivencia. Incluso en medio de su pánico, del desastre, de la matanza en medio de un ambiente hostil y mortal... e incluso con ese ritmo que los enloquece... Pese a todo, ellos...

Su voz se detuvo. Estaba pensando, lenta y reflexivamente las razones posibles por las que no había peludos en el bosquecillo Dekka 31A. Si esos animales sabían ocuparse tan capazmente de su propia supervivencia, ¿dónde estaban los que debían hallarse en aquel soto? ¿Por qué no seguían allí?

—¡Pero sí que había...! ¡Yo misma vi algunos!

—¿Qué...? ¿Jme?

—Encontré un peludo en el bosquecillo. O mejor dicho, toda una familia, un grupo, a decir verdad. ¡Oh, Utoo...! Esos peludos que encontré en el soto deben ser los supervivientes de lo que ocurrió en el bosquecillo, sea lo que sea. Los peludos siempre sobreviven. ¡Busque a Fflrr! ¡Tenemos que volver al bosquecillo a toda prisa!

Utoo se irguió sobre sus dos patas traseras y lanzó un fuerte grito al viento. Después se bajó y volvió a gritar.

Hubo un grito de respuesta y pronto la masa rojiza de Fflrr pareció salir de entre la espesa nube de polvo. Cuando vio a Utoo se detuvo de repente. Se volvió hacia él y le preguntó apresuradamente:

—Utoo, ¿qué es lo que pasa? ¿Algo va mal?

Jme alzó la voz:

—He sido yo quien le dije que lo llamara, Fflrr. Me voy a marchar. De momento abandono su rebaño. Me gustaría cambiar impresiones con usted sobre mi política de seguridad, Fflrr. No puede permitirse el lujo de perder el tiempo pensando que me he perdido o hecho daño bajo este terrible viento.

Visiblemente, Fflrr se relajó.

—Lleva usted razón, ingeniero. No me gustaría nada tener que lanzarme a buscarla en medio de todo este barullo. Gracias por el consejo.

—Se trata simplemente de mi experiencia práctica en cuestiones de seguridad. Bien, ahora tengo que regresar rápidamente. Creo que he visto algo en relación con los animales-pienso del ganado que me gustaría mucho comprobar. ¡Ah, otra cosa! Necesitaría uno de sus atronadores, ese aparato de hacer ruido. ¿Puede usted desprenderse de uno?

—En eso no hay dificultad —dijo Fflrr—, puede llevarse el mío.

Le entregó un grueso tubo metálico y le aclaró su funcionamiento:

—No tiene más que girar la cabeza del extremo. Dentro hay un pistón que produce el ruido. Tiene dos frecuencias: lenta para convocar la formación del rebaño y fuerte para la estampida.

Sonaron los ruidos del ganado. Sólo podía oírse el ruido del viento.

—Ya han terminado de comer —dijo Fflrr—. Ahora formaremos el rebaño en línea para dirigirnos al nuevo punto de avituallamiento. Esa horda que hemos encontrado no ha bastado para matar su hambre. Podrías servirme de mensajero, Utoo. Cuando dejes a la ingeniero Jme, dirígete hacia el norte hasta que encuentres otro enlace de comunicación. Confirma la situación de la alimentación del ganado en el soto de la ingeniero Jme. Si realmente es tan mala, dile a los jefes que preciso otro punto de avituallamiento en el camino. Después trata de enterarte de cuánto tiempo más va a durar este viento.

—Se lo diré —aceptó Utoo—, pero no vas a conseguir más animales-pienso que los que te traje con mi horda.

—Utoo tiene razón, Fflrr —intervino Jme—, lo más probable es que estén tomando un porcentaje elevado de distintas zonas de cría para poderle enviar lo que le han mandado. No creo que puedan hacer más.

Fflrr movió la cabeza enfadado.

—Lo sé —dijo—, lo sé. Pero los Grazers no y tampoco les importan estas cuestiones administrativas, Jme. Están hambrientos. Algunos de ellos no han comido nada desde que comenzó la

migración.

—Tómatelo con calma, Fflrr —apaciguó Utoo—. Les explicaré la situación. Creo que se las arreglarán para conseguir que tu ganado pueda recibir alguna nueva remesa de animales-pienso. ¡Tranquilízate! ¿Y qué hay de vuestros suministros? No podéis matar Grazers ahora que está en vigor una tregua alimenticia. ¿Han comido tus Furtivos?

—Estamos en buena forma. La mayor parte de nosotros comimos antes de que se nos enviara a guardar este rebaño... antes de que comenzara la tregua.

Jme recordó que los Furtivos, cuando ejercían de pastores recibían normalmente entre el diez y el veinte por ciento del rebaño de Grazers para su propia alimentación. Y comprendió con mayor claridad el gran sacrificio que Fflrr y su grupo estaban realizando para ayudar a salir del estado de emergencia en el que todos se encontraban.

—No se preocupen por nosotros —continuó Fflrr—, creo que mañana comenzarán a producirse las primeras muertes en el rebaño de Grazers. Entonces tendremos alimentación suficiente... ¡quizá incluso excesiva! Ésta es otra razón para que el rebaño se mantenga en movimiento, si recuerdo bien lo leí en los libros sobre ecología. Los cuerpos en descomposición desequilibran el suelo y el suministro de nutrientes... ¿no es así, ingeniero? ¿Es igualmente importante que esto no ocurra aquí, en una ruta ganadera?

Jme dijo:

—Es importante en todas partes. Y tratamos de evitar que ocurra. Creo que conseguiremos ayuda antes de que las cosas se pongan tan mal. Estoy convencida de que mi oficina sigue con especial interés la suerte de este rebaño.

—Confiemos en que sea así —dijo Fflrr—. Yo me encargo de conducirlo a su destino. Ustedes deben encargarse de alimentarlo. Y acabad con este viento. ¿De acuerdo? ¿Lo pactamos así?

Jme se echó a reír.

—De acuerdo, pactado. Vámonos, Utoo.

Utoo se dio la vuelta y comenzó a correr a favor del viento en dirección a la estación de transporte.

Lo primero que vio Jme cuando el transportador se detuvo en la

terminal del bosquecillo fue la espalda de Staph. Éste había hecho que los dos Comunicadores enviaran sus datos sobre toda una colección de muestras que ocupaban varias cajas y de un gran número de grabaciones registro. Tanto Bellyr como Tellyr estaban utilizando casi todas sus varillas de comunicación.

Esas varillas estaban extendidas y conectadas a los numerosos discos de comunicación del equipo de Staph.

El propio Staph se movía continuamente, de una cabina a la otra, señalando una grabadora u otra e indicando el orden de prioridad que deseaba para el envío de los datos. En esos momentos enviaba un informe preliminar.

Jme oyó la voz de Comnn que decía:

—La ingeniero ha vuelto.

Staph se volvió hacia ella y, sin más preámbulos, le dio su informe:

—Es la solución nutriente, Jme —le dijo excitado—. Las pruebas son evidentes. Aquí las tengo. Tendrá que conseguir que venga un contratista con un sistema de fluido. ¡Que venga volando!

—¿Mandaste los datos a la compañía? —preguntó Jme.

—Sí, sí. Pero tú deseabas un informe sobre el terreno.

—Claro que sí, Staph. Y aún lo quiero, pero ¿puedes esperar un minuto más, por favor? Primero tengo que hablar con Tellyr —se dirigió al comunicador—. Tellyr, necesito contacto, se trata de un mensaje secreto.

Jme se adelantó hacia donde estaba Tellyr, de manera que su antena de comunicación pudiera tocarla. Jme comenzó a emitir en frecuencias que sólo podían oír ella y Tellyr.

—Tellyr —dijo en estas frecuencias—, envíe este mensaje a Mrrane: «Personal. Secreto: Me acaban de informar sobre cierto mensaje enviado desde este soto como consecuencia del cual el rebaño HW31A será enviado aquí para ser alimentado. Investigue el origen de ese mensaje. No fue enviado por mí. Yo he visto seis (confirmo seis decimal cero) peludos. Sugiero que una cantidad de suministro para el rebaño sea enviada a HW 31A...». Puede añadir el tipo de respuestas que desee sobre su tráfico mensajero y nuestro trabajo aquí. ¿De acuerdo?

—Transmitido, Jme —dijo Tellyr, que después añadió en su

frecuencia personal—: Ingeniero, ese mensaje no ha sido enviado por mí ni directamente ni como enlace.

Jme lo tranquilizó:

—No se me ocurrió ni un solo momento. Ésa es la razón por la que le pido a Mrrane que haga una investigación secreta al respecto.

Retrocedió, rompiendo su enlace de comunicación con Tellyr, y se volvió hacia Staph.

—Ahora dime, ¿qué es lo que has descubierto?

—El nutriente, Jme —le explicó Staph—. Comnn se ha puesto en comunicación con las bacterias en los tanques de nutriente. Su portavoz parecía estúpido, drogado. Todo lo que podía decir era: «Comida... una comida deliciosa, maravillosa...» El conseguir hablar con la mente colectiva de una colonia de bacterias es, cuando menos, un arduo trabajo, pero en el caso de estos micros aún resultó mucho más difícil puesto que parecen no interesarse por nada. Gordos, estúpidos y felices. Incluso han llegado a reproducirse por encima del número límite de su seguridad y eso no parece preocuparles... El caso es, Jme —continuó hablando en tono serio y pausado—, que no debían encontrarse en esta situación. Las bacterias nutrientes deben, también, hallarse siempre en excelentes condiciones: máximo esfuerzo, mínima población. Pero no están en esa situación y esto puede hacer que cambie por entero el equilibrio de los alimentos...

Staph hizo una pausa y agitó sus manos dando muestras de su frustración ante la imposibilidad de conseguir lo que tanto hubiera deseado. Seguidamente añadió:

—No hemos podido hablar con ellas. Ni nosotros ni nadie, así que tomamos muestras... —Staph indicó uno de sus analizadores de registros— y las analicé. En el nutriente he hallado carbono orgánico y fósforo... Ambos productos en cantidades letales. El análisis no me llevó mucho tiempo, sobre todo en la detección del fósforo que se halla combinado con nitrógeno. Ésta ha sido la causa de la muerte de los árboles. Los árboles, bajo esas condiciones, se vuelven incapaces de disociar los gases del aire del nitrógeno y componer con ellos grupos de proteínas u otros compuestos orgánicos asimilables. Sé que parece cosa de locos, pero lo cierto es

que los árboles murieron porque, literalmente, no podían utilizar el aire en el cual se alzaban.

—Eso no concuerda con la realidad, Staph. Los demás árboles no han muerto —dijo Jme.

¿Los micros? Jme se paró a tomar la idea en consideración. Eran seres capaces de realizar cooperaciones fantásticas en las más extensas zonas al mismo tiempo, mediante el suministro completo de nutriente y la superficie del suelo, si es que lo deseaban. Pero ¿qué posibles razones pudieron sentir las nuevas generaciones para matar árboles... y pequeños peludos? Jme no pensaba que éstos estuvieran muertos, pero... las bacterias tenían ante sí un número prácticamente ilimitado de nuevas generaciones para trabajar si, como decía Staph, se estaban multiplicando sin limitaciones.

—Sí, lo estarán, Jme. Ésa es la razón por la que creo que estamos obligados a cambiar la fluidez del sistema. Y yo no creo que debamos preocuparnos por salvar las bacterias. También están envenenadas. Es posible que sobrevivan algunas de ellas, no lo sé. Pero también es cierto que si su población continúa aumentando morirán igualmente...

Jme guardó silencio pensativamente. Estaba tratando de decidir el orden de prioridad: los animales que habrían de servir de alimento al rebaño de Grazers o el problema de los árboles muertos.

Realmente bien poco podía hacer en el caso del rebaño. Fflrr lo estaba conduciendo en dirección al soto. El único plan, que era más bien un esquema de plan, requería que el rebaño estuviera allí. No podía hacer nada antes de su llegada. Y hasta que eso sucediera, en el entretiempp, Mrrane podía encontrar una horda de peludos para alimentarlos. Esa parte del plan caía dentro de su responsabilidad, mientras que el trabajo suyo, de Jme, estaba allí, en el campo... Una solución de campaña... Dgbe...

El pensamiento del pequeño inspector afianzó su decisión. Comenzó a dirigirse hacia los túneles de las raíces.

—Vamos, Staph —le dijo—, echemos un vistazo directo sobre el terreno. Muéstrame los lugares donde recogiste tus muestras. ¿Dónde fue...?

—En el tubo de raíces de uno de los árboles muertos...

—¿Dispone allí de un filamento de visión, Bellyr?

—No, el sistema de visión está lleno de fallos... de interferencias, de filamentos rotos... No lo sé exactamente. Parece ser como si su conservación hubiera sido olvidada. Puedo ver una parte del túnel, pero no todo y, desde luego, no la parte en cuestión, la que nos interesa.

Hizo una pausa y después, como a disgusto, añadió:

—El efecto de interferencia sigue persistiendo en algunas zonas. Eso impide...

Jme lo interrumpió:

—Está bien. Vamos, Staph, enséñame el lugar.

Staph tomó su equipo de herramientas y comenzó a andar descendiendo por uno de los corredores de enraizamiento de los árboles. Torció por la segunda desviación y condujo a Jme junto a uno de los tanques de sustancia nutriente que cubrían el subsuelo del bosquecillo.

—Exactamente aquí —dijo, deteniéndose junto a uno de los tubos raíces—. Tomé las muestras de la sonda de comprobación... Aquí. Éste es el sistema de raíces de uno de los árboles muertos. Comnn lo comprobó para mí. Aquí existe un enlace de comunicación. ¿Deseas comprobar alguna otra muestra?

—No. ¿Existe algún camino que conduzca a la parte superior del túnel?

Staph miró en torno suyo.

—¡Humm! ¿Escaleras de servicio o algo semejante, verdad? Es posible. Los tubos raíces son móviles, se introducen hacia abajo con los árboles, pero... Sí, allí. Aquel raíl de seguridad blanco y negro. ¿Lo ves?

Jme se alzó y se detuvo junto a la plataforma que estaba cerca del techo. Reajustó su visión para poderla localizar en el borde de la plataforma. Estaba muy bien marcado pero la luz era débil y ella deseaba ver con todo detalle el bulbo de la raíz que se hallaba dentro del tanque de sustancia nutriente. ¡Y no deseaba caer dentro de él!

Frente a ella se hallaba todo el sistema de raíces del árbol muerto como una serie de venas. Descendía desde una abertura en el techo, después de haber cruzado la zona del hielo permanente, por debajo de la sección de base del tronco. Justamente por encima

de la superficie del tubo, las raíces se extendían hasta cubrir la superficie del nutriente oleoso que fluía y borbotoneaba a través de todo el sistema de tanques. Las raíces, tras cubrir la superficie, se hundían en el líquido. Jme sabía que, prácticamente, llenaban el tubo raíz.

De pronto la masa de raíces comenzó a temblar. Jme se la quedó mirando intensamente, después arqueó la espalda y miró al techo. Abrió sus sensores al máximo para obtener todo el aprovechamiento de la luz y pudo notar una señal de... ¡movimiento!

Inmediatamente lanzó un grito de aviso:

—¡Abajo, Staph! Desciende. Aplánate.

En cuanto a ella, se retorció a toda velocidad, se puso plana sobre la superficie y se deslizó pegada al muro. Una de sus manos se asió a una tubería y concentró todas sus fuerzas en mantenerse sujeta.

Un sonido ronco y brusco comenzó a llegar a sus sensores. Una onda violenta de aire golpeó la plataforma y pasó sobre Jme. El aire la aplastó contra el muro e hizo saltar un surtidor espumoso de nutriente fuera del tanque.

Pero Jme resistió y se dio cuenta de lo que estaba presenciando. Era el movimiento de contracción de los anillos del tronco del árbol muerto que se introducían bajo la superficie. Pero el árbol estaba muerto y, consecuentemente, el movimiento no estaba controlado como en el caso de los árboles vivos, y todos los anillos cayeron hacia abajo de una vez, muy rápidamente. El golpe del aire desplazado por la caída resultó muy fuerte y violento. Si ella hubiera estado de pie...

Jme tuvo una imagen muy clara de su cuerpo rectangular volando arrastrado por la violencia de la onda aérea, por encima del raíl de seguridad, por encima de los tanques de nutriente hasta estrellarse abajo, en el suelo. Esa caída podía haber resultado fatal en extremo.

Jme aplanó al máximo su cuerpo sobre la cubierta, forzándolo hasta hacerse lo más estrecho posible cuando el golpe del aire pasó sobre ella. Tuvo conciencia de que alguien la llamaba por su nombre. La voz provenía de encima de ella.

La onda de aire pasó. Había sido rápida y violenta pero,

afortunadamente, de corta duración. Jme se arrastró fuera de la plataforma y se puso sobre sus pies.

La voz era la de Bellyr, que pronunciaba su nombre todavía, desde algún lugar. Puso de nuevo en funcionamiento su visión y encontró las antenas de comunicación de Bellyr que se extendían sobre el techo cruzando el túnel. Una de esas varillas tenía en el túnel un punto de voz y Bellyr la hacía vibrar frenéticamente.

Jme dijo:

—Bellyr, me encuentro bien. Todo está en orden, en orden.

Bellyr dejó su señal de llamada y preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Necesita ayuda?

La voz de Staph le llegó en estos momentos desde las escaleras.

—¿Se ha producido un socavón, Jme?

Jme respondió con voz fuerte:

—No, no ha sido un hundimiento. Uno de los árboles ha retrocedido... violentamente. Calmaos todos. No volverá a suceder.

Al decir esto, Jme no pudo evitar ponerse tersa, rígida. Su metabolismo descendió casi hasta pararse.

¡Ha sucedido antes! ¡A Dgbe!, pensó.

Le llegó la intuición. Le había pedido a Staph que realizara un reconocimiento y un análisis sobre el terreno en busca de causas naturales... y su ayudante había encontrado una. Pero las causas naturales no producen esas retracciones violentas en los árboles muertos. Y menos dos veces. Alguna persona estaba tratando, deliberadamente, de matarla; como había intentado, con mayor éxito, hacerlo con Dgbe. En alguna parte del soto existía una forma aberrante, extraviada, de vida —el asesino en las palabras de Mrrane— que trataba de detener su investigación.

Pero ¿quién? ¿Los dos Furtivos, separados de su comunidad? No, ellos mataban con sus dientes, no hubieran utilizado un árbol... ¿Micros? Tampoco. Ellos no podían hacer que un árbol descendiera. Tampoco otro árbol podía conseguirlo...

¿Cómo comienzan los árboles su acción refractante? Trató de recordar lo que había estudiado. Una especie de vibración pero con un código individual, peculiar a cada árbol, como los códigos de identificación. Un árbol no podía realizar el tipo de vibración de otro árbol. Era algo que resultaba físicamente imposible...

Rápidamente el túnel comenzaba a perder color. Frenéticamente, Jme se esforzaba en volver su sistema corporal a su ritmo rápido. Las demandas de energía causadas por el estado de emergencia que acababa de sufrir habían debilitado su vitalidad. El shock, su metabolismo a ritmo lento, casi la habían cegado. Se esforzó en conseguir un control equilibrado de sí misma.

Se decidió a llamar a Staph:

—¿Staph, te encuentras bien? ¿Puedes venir hasta dónde estoy?

—Voy, Jme.

Se puso de espaldas para mirar al árbol. Las secciones anilladas, muertas e inertes, se habían desplomado con la mayor rapidez. De momento aquel árbol ya no podía ser una fuente de peligro, aun cuando —ahora Jme estaba convencida de ello— la caída del árbol había sido un intento de acabar con ella.

Se quedó mirando al árbol dañado y se preguntó:

¿Por qué?

Debía haber algo en relación con aquellos árboles muertos que el asesino no deseaba fuera investigado.

¿Qué?

La sección base del tronco estaba anclada, atada al techo del túnel y a la zona de hielo permanente de fuera. No había nada que buscar allí. Las anclas tenían que ser soltadas mediante descargas eléctricas desde abajo. El árbol no tenía control sobre ellas. Hacía falta ayuda del exterior para retirar por completo a un árbol de su agujero de plantación y quitarlo de allí. El tubo de las raíces tenía que ser manejado con un gato...

¿Las raíces? Tal vez.

El cojinete donde se asentaban las raíces había sido destrozado y volteado por la fuerza del golpe de aire. Un buen número de manojos de raíces habían quedado sobre la plataforma.

Una forma extraña, inusitada, captó la atención de Jme. Había algo que mostraba un aspecto distinto, más grueso que las enmarañadas raíces.

Jme se dirigió a Staph para preguntarle:

—¿Has traído contigo un garfio?

—No —respondió su ayudante y se dirigió a la plataforma para situarse a su lado.

Jme dejó escapar un leve murmullo de desagrado. Después abrió su caja de herramientas y sacó de ella el estuche con la varilla de comunicación de plástico que anteriormente usara como detector para localizar a los peludos. Con la varilla extendida en toda su longitud trató de recoger algo que había entre la maraña de raíces lejos del alcance de su mano. Con cuidado, fue separando las pequeñas raíces y con la varilla, finalmente, logró sacar entre el manojo de raíces el cadáver de un pequeño peludo.

Staph se le acercó y contempló el cuerpo descompuesto del animalito.

—Esto prueba la veracidad de tus análisis, Staph —dijo Jme—, carbono, fósforo y, probablemente, calcio... si vuelves a realizar el análisis.

—No es necesario, Jme —admitió Staph—, es que no consideré el calcio como un posible veneno. Ya te dije que encontré macromoléculas en la corteza y el núcleo. El cuerpo en descomposición de un solo peludo no bastaría para causar la muerte de un árbol, pero, probablemente, hay más de uno.

—Pero, de todos modos, ¿por qué sólo uno o dos árboles? Sigo sin comprenderlo.

—No, uno o dos, Jme. ¡Quince árboles! Y puede que haya más.

La voz de Jme era firme:

—Debemos seguir investigando, Staph... Sigue comprobando. Mira a ver qué nos dicen cuando nos lleguen los resultados de síntesis que enviamos a la oficina. Mientras tanto, voy a tratar de encontrar algunos peludos más. Los Furtivos me dieron uno de sus aparatos de ruido con el que provocan el pánico de los pequeños animales y se me ha ocurrido una idea. Voy a salir la superficie y veré si logro hacer funcionar el atronador mecánico para sacar a los peludos de sus escondites. Tú debes quedarte aquí abajo y comprueba los tubos de las raíces en esta plataforma de servicio. Si encuentras más cadáveres de peludos, eso aportará nuevos datos a tu teoría.

—Muy bien —aceptó Staph.

—Tráete el cadáver contigo cuando salgas a la superficie añadió Jme —Es posible que podamos averiguar la causa de muerte... Y otra cosa, Staph, permanece siempre detrás de los raíles de

seguridad. Ve con cuidado.

Ésa era la más directa advertencia de peligro que podía hacerle sin delatar el secreto de la verdadera razón de su investigación. En esos momentos, Jme lamentó la índole reservada de trabajo y la prohibición de hablar que pesaba sobre ella. La teoría de Staph sobre la polución, posiblemente, era cierta... excepto que todavía había alguien que seguía tratando de llevar a cabo el mismo trabajo que había costado la vida a los árboles.

Jme sabía que ese algo estaba matando peludos y había tratado también de quitar de en medio a un ingeniero de seguridad.

Jme descendió de las escaleras y se dirigió a la terminal.

—Voy a salir a la superficie, Bellyr —informó al comunicador, de camino hacia el ascensor—. Póngase en contacto con Staph, por favor. Se ha quedado solo abajo.

Bellyr agitó una de sus varillas de comunicación.

—Desde luego, Jme, así lo haré. Puedo oírlo. Si desea someterse a control en el túnel de entrada también podemos controlar y dirigir su seguridad. Hemos colocado aquí la unidad móvil de visión. Tellyr está haciendo funcionar los ganglios: visión y sonido.

Tellyr, por su parte, la advirtió:

—Ingeniero, no se aleje demasiado de la boca del túnel. Tengo un pronosticador del tiempo: una célula carbónica se está calentando en la capa fría del polo, haciendo que circule aire ante ella. Nos encontramos en la ruta de uno de los remolinos de viento polar. El viento irá aumentando de intensidad localmente y en la superficie podría resultar peligroso para usted. Seguiré de cerca la velocidad e intensidad del viento y le daré un aviso audible cuando tenga que abandonar la superficie.

Jme dijo:

—Está bien, Tellyr, muchas gracias.

El ascensor sacó a Jme a la superficie.

La boca de la cueva donde terminaba el ascensor estaba ya ensombrecida por el polvo que el viento arrastraba. Jme vio la unidad de visión y se detuvo ante ella para que el comunicador pudiera verla, después siguió adelante para inspeccionar el bosquecillo.

Jme llevó a cabo las modificaciones necesarias en su

metabolismo para adaptarse a la temperatura y la presión exteriores. En esta ocasión lo hizo más pausadamente, más suavemente. Su cuerpo parecía reaccionar de manera casi automática.

—No se aleje demasiado —le aconsejó la voz de Tellyr—. La niebla es más espesa de lo que yo había creído. Apenas si puedo verla a usted ahora.

La voz de Tellyr llegaba desde la sección de sonido de la unidad sónica-visual.

—De acuerdo con sus propias normas de seguridad, ingeniero, usted no debería estar ahí fuera, sola. Así que, por favor, siga dentro de nuestro radio de visión.

—Lo intentaré, Tellyr. Tengo que despejar un poco la entrada del túnel. Estoy aquí. ¿Puede verme todavía?

—Sí.

—Muy bien. De momento el viento no tiene mucha fuerza. Parece que todavía arrastra mucho polvo, pero yo no siento presión alguna. Todo irá bien. ¿Puede ajustar los filamentos de visión de esta unidad para que vean a distancia? Me gustaría tener un registro de la superficie del suelo del soto cuando haga sonar mi atronador.

—No. Y no olvide usted el seguir dentro de nuestro campo de visión.

—Olvídense de mí. No me moveré de este lugar durante el experimento. Aquí estoy lo suficientemente segura, a salvo.

—En ese caso echaré un vistazo, desde luego... Muy bien... —dijo al cabo de un momento—. Ya tengo enfocado el soto, dos, tres árboles... y el suelo. El polvo no está mal con este aumento. Ya estoy dispuesto, Jme. Naturalmente querrá usted una grabación de esto, ¿no es así?

Jme le respondió:

—Desde luego. Y ahora atento. Voy a hacer funcionar este ruidoso aparato.

Tomó el atronador de Fflrr y, cuidadosamente, giró la tapa de la base hasta su primer punto, es decir para emitir en la frecuencia de formación de la horda. Los golpes como de tambor de la baja frecuencia resonaron a través del bosquecillo. Lo dejó sonar hasta

que pasó la cuenta de diez.

Jme no podía ver nada en el soto. El polvo era lo suficientemente espeso para bloquear su visión. Jme preguntó:

—¿Ve usted algo, Tellyr?

—¿Qué es lo que tengo que buscar?

—Los animales que sirven de pienso a los Grazers, espero. Trataré de utilizar frecuencias térmicas.

Jme manipuló sus receptores para hacerlos sensibles al calor y volvió a vigilar el bosquecillo.

Los árboles mostraban su localización, como espirales que se elevaban en el azul del cielo. Jme podía distinguir también el brillante anaranjado de los arbustos cerca del suelo aun cuando la arena arrastrada por el viento borraba o difuminaba parcialmente esas imágenes. Los animales-pienso, cuando hicieran su aparición, si es que la hacían, serían claramente visibles. Su nivel energético más elevado, su mayor emisión de calor vital, haría que sus imágenes se perfilaran más claramente. Además, Jme esperaba que se movieran con rapidez, lo que también haría más fácil su localización.

Jme comenzó a oír un eco procedente del atronador, una especie de golpear repetido. Se concentró en el sonido durante un minuto. Sí, no cabía duda, se trataba de un golpear rítmico doble, como un verdadero eco.

Siguiendo un impulso personal giró la tapa del aparato, pero el sonido continuó. Era el mismo rítmico sonido de su atronador, el ritmo de la formación de la horda... pero no procedía del atronador. Nuevas interferencias. El misterioso asesino del bosquecillo sabía cómo manejar un atronador...

¡Conque eso era...! El pensamiento la aterrorizó. Se quedó helada. Aquellos dos Furtivos huidos de su familia. Si el asesino era un Furtivo, se encontraba perdida en medio de esa polvareda. Podía atacarla, desgarrar su carne proteínica y desaparecer en cuestión de segundos.

Se dio la vuelta con rapidez tratando de localizar el lugar de donde provenía el sonido. Al mismo tiempo agudizó sus sensores de visión. No sabía qué era lo que esperaba ver primero, los animales-pienso corriendo asustados o el misterioso ser que hacía sonar el otro atronador.

El sonido rítmico, tamborileante, continuaba y el ataque seguía sin producirse.

Jme se dio cuenta de que tenía la vista fija en la imagen alta y azul del guardabosques. El viento arremolinado arrastraba no sólo polvo, sino espesa arena. Las imágenes térmicas eran confusas, rotas... Pero no le cabía duda de que aquella imagen sólo podía ser la del guardabosques, a deducir de su tamaño.

Manejó su controlador de frecuencias tratando de conseguir una imagen más clara. Por un momento el contorno azul se hizo más fuerte, más destacado; después se desvaneció.

Jme se sintió intrigada. Había visto lo suficiente para poder identificar al árbol, pero había tenido también una rápida visión de alguna otra cosa. Una mancha de color rojo profundo, abajo, cerca del suelo, mezclándose con las imágenes de los arbustos y del suelo. Jme apenas tuvo tiempo de divisarla...

La ingeniero inició la aproximación.

El ruido se fue haciendo más profundo... después cesó.

La voz de Comnn resonó en el aparato de visión:

—¡Jme! Vuelve en seguida. Staph se halla en dificultades. Puedo oírlo gritar y golpear contra algo. ¡Problemas, Jme! Te está llamando.

Jme dio la vuelta a toda prisa y se dirigió hacia el ascensor. Había olvidado por completo su temor de los Furtivos, que no se habían presentado. El asesino había atacado, había golpeado... contra Staph... ¡Oh, Staph! Se movió con la mayor velocidad, a toda marcha sobre su extremo inferior. Tenía que bajar para prestar ayuda a Staph. Ella era la única que podía hacerlo. Los comunicadores no eran móviles de por sí y tenían que ser transportados.

—¿Dónde está? ¿Pueden ustedes decirme qué es lo que ha sucedido?

Jme se había detenido por un instante junto al panel de Bellyr. Allí se hallaba Comnn, sus antenas de comunicación enlazadas con las de Bellyr.

—En el túnel de los tubos de las raíces, como a unos cincuenta metros del lugar donde obtuvo las muestras. Eso es todo lo que

puedo decirle. La red de comunicación es muy simple... Lléveme consigo. Podrá conectar con los filamentos tan pronto lo encontremos.

Comnn desconectó sus varillas y las plegó.

Jme lo colocó en un transportador y se apresuró hacia el túnel de nutrición.

—¿Puede usted decirme en qué consiste la dificultad? —preguntó—. ¿Ha sido atacado? ¿Hundido?

—No. Los filamentos se hubieran roto. No se ha hundido. Lo único que sé es que no hacía más que gritar: «¡Peludos! ¡Peludos! ¡No me empujéis!» Y después sólo se le oyó gritar.

Jme se detuvo un instante.

—¿Peludos? ¿Está seguro de que era eso lo que decía?

—Sí, lo repitió varias veces.

Comnn repitió la palabra en la voz de Staph.

Jme lanzó una risita ahogada:

—Ah, menos mal. Peludos... No creo que le hayan podido hacer mucho daño.

Sin embargo, siguió corriendo túnel abajo.

Los gritos de Staph habían coincidido con el sonido de su atronador. Peludos... Bien, había encontrado a los pequeños animales, o mejor dicho había sido Staph quien los había hallado... Comenzó a reírse de nuevo.

—¡Allí está!

Lo vio en el suelo del pasaje. No se había tropezado con el asesino como en un principio temiera Jme. No había hecho otra cosa sino dar con los peludos... O habían sido éstos lo que dieron con él.

—¡Mi pobre y querido Staph! —le saludó—. ¡Vaya una manera de dar con la solución de nuestro problema! ¡Oh, Staph!

El ayudante se había enrollado formando un cilindro protector defensivo, con sus sensores en el interior y su espalda de color terciopelo brillante a causa de la gran cantidad de energía que absorbió en el estado de emergencia que acababa de pasar.

—Staph, Staph. ¡Oh, Staph, ya puedes desenrollarte! Se han ido ya todos, Staph —le gritó Jme con voz fuerte.

La radiación de Staph era apagada, débil.

—¿Jme? —preguntó.

—Desenróllate, Staph, ya se han ido.

El ayudante se relajó un poco, estiró uno de los extremos de su lado sensorial, vio a Jme y acabó de desenrollarse.

—No, todos no —dijo Staph.

Abrió a medias una de sus manos que estaba rodeando las dos piernas de un peludo. El pequeño animalito tenía la boca abierta, tratando de respirar, pues la presión de Staph casi le asfixiaba. Sus otras cuatro piernas pendían tranquilas, sin siquiera patalear.

Jme se quedó mirando al pobre animalito.

—Déjalo marchar, Staph. Lo estás matando.

Staph se quedó mirando su mano, alzó la espalda y dejó que el peludo cayera al suelo. El pequeño animal pataleó un instante y desapareció en seguida a todo correr. Staph se irguió y comenzó a contar lo sucedido:

—Parecían salir de todas partes, de debajo de las paredes, del suelo, de todos lados. Todo lo que pude hacer fue separarme de los tanques de sustancia nutriente, antes de que me hicieran caer dentro de uno de ellos... Y creo que grité.

—Sí, gritaste.

Comnn intervino.

—Jme, creo que lo más conveniente sería que llamara a Bellyr y le dijera que Staph está bien. Es muy posible que no esté en condiciones de oírnos desde aquí...

—Sí, claro, Comnn. ¿Dónde están los filamentos?

—Allí, a la derecha. Basta con que se acerque y se detenga junto al muro. Yo podré alcanzarlos desde mi transportador. Será cosa de un minuto.

Jme se acercó a uno de los muros del túnel, hacia donde le había indicado Comnn, y éste extendió dos de sus varillas hasta alcanzar el techo, donde las enlazó con los filamentos permanentes instalados allí.

—Jme —comenzó a decir Staph—, ese ruido, la baja frecuencia...

Jme le ayudó:

—El ruido del atronador, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí. Llegó hasta aquí a través de la red de comunicaciones

instalada en el túnel. A todo lo largo del corredor. Yo pude oírlo antes, muy poco antes de que los peludos saltaran sobre mí. ¿Qué es lo que estabas haciendo?

Jme se lo explicó:

—Hice funcionar el atronador mecánico —lo sacó de su estuche de herramientas—. Aquí lo tienes, éste. Pero algo captó el sonido y comenzó a repetirlo. Creo que quizá fueron los árboles, ¿no es posible?

—¿Y hacerlo llegar a la red sonora subterránea? ¿Pueden los árboles hacer una cosa así?

Comnn los interrumpió.

—Algo urgente, Jme. Tellyr ha grabado un mensaje de tráfico. Haré la traducción de manera directa.

Su voz continuó en la frecuencia de ronroneo de un Furtivo:

—Nota 1.a: Furtivo Fflrr a ingeniero Jme: Rebaño HW31A pasa a tomar una línea directa en dirección hacia el soto Dekka 31^a a las 20,08 horas. Se nos ha ordenado detenernos allí para alimentar al ganado antes de que se desencadene el viento tormentoso. Confirmado.

Comnn cambió de tono de voz para imitar las frecuencias: bajas y formales de Mrrane:

—Nota 2.a: Mrrane a Jme: El guardabosques del soto Dekka informa que usted ha encontrado animales-pienso mediante el uso de un detector de varilla. Da una cifra de unos diez mil. En una decisión que cae fuera del ámbito de mis atribuciones, la compañía ha recibido órdenes de utilizar la horda de animales-pienso de Dekka 31^a...

—No hace falta que siga, Comnn. Ya conozco el resto.

Durante un momento, Jme pensó llena de furia. Después comentó en voz alta:

—Ese guardabosques... Debí observarme, cuando descubrí aquel pequeño grupito de animales con mi detector. Y utilizó eso para enviar un informe.

Staph preguntó:

—Pero ¿cómo puede enviar informes? No dispone de comunicadores. Además yo pensaba que estábamos controlando nosotros el trabajo de nuestras consolas de comunicación.

—Es posible que cuente con un filamento de enlace —dijo Comnn—. Ése debe ser el procedimiento standard, dado que esta terminal no está equipada con el correspondiente personal. Él puede hablar directamente, a través de un enlace del gobierno central probablemente. Lo que sí resulta evidente es que lo hizo. Y que nosotros no lo detectamos.

—Entonces hagámosle callar —dijo Staph—. Tellyr ha dicho que nosotros no podremos mover la horda de peludos. No podemos alimentar a nadie fuera de este soto...

Jme lo interrumpió:

—Espera, Staph. Creo que sí que podemos.

—¿Qué...?

Jme sacó el atronador de su caja de herramientas.

—Si lo hago funcionar aquí, en la frecuencia de estampida, sería lo mismo que crear el pánico en una horda dentro de un círculo de alimentación. ¿No te das cuenta? Los animales-pienso escapan del túnel. No sé cómo lograron entrar aquí, pero no me cabe duda de que saldrán por el mismo camino que entraron, cualquiera que éste fuera. El atronador los asustará, provocará su pánico, su estampida. Si Fflrr, para ese momento, tiene ya sus Grazers rodeando el bosquecillo, la horda de peludos, en su pánico, tratará de romper por entre ellos exactamente igual que hacen siempre. Como ves podemos alimentar al ganado.

Jme, con aire de alegría, agitó su atronador y se quedó mirando al comunicador.

—Comnn, pregúntale a Tellyr si puede ponerse en contacto con Fflrr.

—Sí, Jme —fue la respuesta de Comnn—. Puede hacerlo. Fflrr ha enviado un comunicador con su mensajero. Precisamente están esperando una respuesta.

—Bien. Dile que sitúe su círculo de Grazers preparados para ser alimentados en torno al soto. Que no haga resonar sus atronadores. Yo lo haré. Ya has oído cuál es mi plan. Transmítele todo aquello que sea necesario. ¿Puedes hacerlo?

—Ya lo estoy transmitiendo.

Staph intervino.

—Jme, no creo que yo pueda quedarme aquí abajo otra vez... si

vas a enloquecer de nuevo a los peludos con esos ruidos... No, de momento, no podría.

Staph no quería admitir su miedo, pero lo cierto era que los peludos lo habían asustado al precipitarse en tropel sobre él. Aún temblaba al recordarlo.

—No pensaba pedirte —dijo Jme—. Quiero que estés en la superficie, para que ayudes a determinar de dónde vienen, cómo salen de los tubos. Aún nos queda por averiguar cómo es que están aquí, además de por qué entraron...

—Mensaje transmitido, Jme —los interrumpió Comnn—. El Furtivo ya ha partido para encontrarse con Fflrr, El rebaño no está lejos del soto. Creo que estará a tiempo de ponerse en contacto con él antes de que lleguen.

Comnn bajó sus antenas y añadió:

—Hay un tercer aviso, éste destinado a Tellyr. Se prevé que una tormenta de viento polar alcance el soto en dos horas. Los vientos están ganando en intensidad y aún lo harán más.

Jme dijo:

—El plazo que tiene Fflrr para estar aquí y alimentar al ganado es muy justo. Creo que lo mejor que puedes hacer es subir a la superficie, Staph.

—Antes quiero enseñarte algo, Jme. Arriba, en el tubo de la raíz.

—¿Del árbol muerto? —Jme dejó el transportador de Comnn en el suelo del túnel.

—Sí —le respondió Staph que se adelantó para indicarle el camino hacia las escaleras que ascendían a la plataforma. Subieron a ella y de nuevo tuvieron debajo, al alcance de su vista, las raíces enmarañadas del árbol muerto. Staph se suspendió por un momento del raíl de seguridad y desde allí tomó un puñado de las pequeñas raíces. No le costó trabajo arrancarlas y las raicillas quedaron casi enteras.

—Mira esto —le dijo a Jme mostrándole las raicillas—, toda la cobertura externa osmótica ha sido arrancada, desgarrada. Las raíces están abiertas a los nutrientes.

Alzó un nuevo manojo de raíces y continuó:

—Esto es obra de los peludos. ¡Mira, aquí se ve muy bien! No cabe duda de que se trata de marcas de dientes de roedor.

Jme observó con detenimiento y admitió:

—Han estado alimentándose de las capas protectoras de las raíces porque no podían alcanzar las hojas.

Staph concedió:

—Bien, es posible. Aun cuando también es posible que haya algún camino que conduzca desde aquí a la superficie a los peludos, como bien has dicho, y lo prueba el hecho de que algunos peludos sigan alimentándose de hojas. Naturalmente, el número de árboles muertos sería mucho mayor si todos ellos se hubieran alimentado de las capas protectoras de las raíces. Pero creo que ya hemos encontrado la causa que mató a los árboles: ésta y además la contaminación del nutriente. Las raíces necesitan una presión constante sobre toda su superficie para absorber de manera adecuada el nutriente y controlar su circulación por el árbol arriba. La cobertura osmótica...

Jme siguió la explicación de su ayudante:

—La cobertura osmótica facilita esa presión constante. Y si alguien se la come...

Staph terminó la explicación:

—Las raíces absorben un exceso de nutriente, todo el que se halla en su zona, demasiado rápidamente y sin filtrarlo siquiera. Los árboles reciben de manera precipitada, rápida, una dosis masiva de fósforo y carbono. Jamás se recuperan del daño que esto les produce.

—¡Ésta es la respuesta, Staph! El análisis deberá probarlo o mejor dicho confirmarlo. Tan pronto como hayamos logrado hacer salir a los peludos fuera de aquí enviaremos las muestras a la compañía para que procedan a su análisis.

—Ya las tienen. He enviado hologramas y material de las raíces a través de la red de Tellyr. Ya los sintetizadores deberán haber reunido todos los datos que andamos buscando. ¡Esos tipos saben lo que se hacen y no necesitan demasiado para llegar a las más difíciles y exactas conclusiones!

Un ruido ronroneante, profundo, como de algo que se desliza, vibró de nuevo en la plataforma. Jme se echó hacia atrás asustada y exclamó:

—¿Cómo...? ¿Otra vez...?

—Un árbol desciende —dijo Staph rápidamente—. Ya conozco el ruido, que he oído anteriormente. Uno de los árboles vivos está realizando su movimiento retráctil para meterse en los tubos de las raíces. Sus anillos se introducen uno dentro de otros. Eso causa una buena conmoción aquí. El aire se comprime en frecuencias sónicas... Pero no hay peligro. Los árboles vivos no bajan tan rápida y violentamente como lo hizo el árbol muerto.

Comnn la llamó en esos momentos:

—Jme, venga por favor. El rebaño ha llegado. Tienen un comunicador en la puerta de salida del ascensor.

Jme retrocedió escaleras abajo.

—Staph, me gustaría ir al centro del bosquecillo o lo más cerca de él que me sea posible... pero aquí, es decir, bajo su superficie. ¿Tienes una idea de dónde está ese punto y cómo llegar hasta él?

—Da la vuelta por el corredor y después a la izquierda cruzando cuatro túneles más. Desciende como unos veinte metros por ese túnel y estarás en ese lugar. Subiré a la superficie. Me parece que ya es la hora.

—Sí —asintió Jme—. Yo me quedaré con Comnn.

Recogió a Comnn y lo colocó en su transportador antes de continuar:

—Tan pronto como el ganado esté colocado en círculo comenzaré a hacer sonar este chisme.

Se separaron en el pasillo y Jme se dirigió hacia el lugar situado bajo el centro del soto. Cuando alcanzó el punto que Staph le había descrito, sacó de nuevo de su estuche de herramientas el atronador.

—Comnn —le ordenó al comunicador—, conéctate a la red, pero hazlo de modo que puedas soltarte de inmediato. Te voy a dejar en el transportador. No sé cómo correrán los peludos ni por dónde saldrán cuando empiece a hacer sonar el aparato... Es posible que yo también quiera escapar, que tenga que salir corriendo y llevarte conmigo.

Comnn extendió sus antenas y las conectó al tubo del túnel. Casi de inmediato estuvo en condiciones de informar:

—El ganado está comenzando ya a formar su círculo, Jme...

De pronto, su voz cambió.

—¡Alarma, alarma...! ¡Alerta todos los árboles! Estamos siendo

atacados. ¡Invasores en mi soto! Arbustos, vais a ser aplastados. ¡Retracción! ¡Todos los árboles abajo! Usad el sistema retráctil. Mi bosque, mi bosque...

Comnn cortó.

—Lo siento, Jme —dijo—. Ha sido Eanne, el guardabosques. Se ha metido en la línea.

Un árbol llegó en su movimiento retráctil al tubo a la derecha de Jme, que se curvó defensivamente. El ruido se hizo ensordecedor.

—¡Deténgalos, Comnn! —gritó—. Ordénele a Bellyr que les diga a los árboles que se detengan. Tienen que seguir fuera, en la superficie. Si todos se retractan el ruido impedirá que los peludos puedan oír al atronador y no emprenderán la estampida.

Comnn le respondió:

—Transmito de inmediato. La tormenta se está haciendo cada vez más violenta y Eanne, el guardabosques gigante está ordenando a los otros árboles que descendan a los tubos raíces, que se retraigan.

—Anula sus órdenes —le gritó Jme—. Los árboles tienen que seguir fuera, en la superficie, pues en caso contrario los peludos tal vez no puedan salir a la superficie. Eanne no estará en condiciones de hablar con sus hojas si el viento es tan fuerte, así que interfiere su comunicación en la línea. Controla la red de comunicaciones y ordena por ella a los árboles que sigan fuera hasta que el ganado esté a salvo. Anula las comunicaciones del guardabosques. Interfiere la línea con parásitos de modo que el guardabosques no pueda utilizarla.

—Se lo diré a Bellyr —le respondió Comnn—. Él estará en condiciones de enviar ruidos en su frecuencia retráctil.

Durante un momento reinó el silencio. Después el comunicador informó:

—Lo hemos conseguido. Además Bellyr informa que el círculo del ganado ya está cerrado. Fflrr acaba de llamar para decírselo.

—Bien, allá vamos —dijo Jme.

Se dirigió al centro del túnel y dejó el atronador en el suelo. Comnn extendió sus antenas todo lo que pudo pero el contacto quedó roto cuando Jme se arrodilló.

—Me siento como si estuviera colocando cartuchos de explosivos

—dijo.

Realmente estaba un poco nerviosa.

—Actuemos como si así fuera, ¿no te parece, Comnn?

Jme comenzó a canturrear su ritmo de explosión como hiciera en el túnel del acueducto:

No habrá un «bang» si yo no lo hago todo por mí misma.

La próxima vez que me pidan que lo haga, diré: ¡No! ¡Fuego!

Jme giró la tapa superior del atronador hasta el segundo punto. El aparato comenzó a sonar en ese rápido ritmo de la estampida.

Los peludos hicieron acto de presencia.

Llegaron corriendo por el pasillo, por los raíles de seguridad, sobre los tubos, haciendo equilibrios en los bordes de los tanques de nutriente, saltando y corriendo sobre las raíces de los árboles. De repente estuvieron todos allí en el túnel, a cientos... a millares... Jme estaba pegada junto al muro, esperando que, en su furia, aquella horda la arrastrara... ¡pero no ocurrió así!

Los peludos corrían por todas partes en su estampida, pero en ningún caso se aproximaban a donde estaba el atronador sino que procuraban alejarse de él al máximo. Jme pudo ver el ondular centelleante de sus colas blancas erguidas por el pánico. Trepaban por las paredes del túnel y el techo tratando de alcanzar la máxima altura.

Y, de repente, desaparecieron.

El raíl de seguridad sobre ella se convirtió en un tubo cubierto de piel, con piernecitas ágiles y colas blancas que se agitaban. Eso duró como un minuto. Después quedó libre de peludos y fue, de nuevo, un tubo pintado de blanco y negro.

Jme se hallaba sumamente emocionada.

—Se han ido, Comnn. Yo tenía razón cuando pensaba que conocían un camino para salir y entrar. Pregúntale a Staph si puede verlos en la superficie.

La respuesta de Comnn fue:

—Staph no puede verlos. Hay demasiado viento y polvo fuera. Pero el Furtivo dice... Sí, los peludos están saliendo, Jme. Están saliendo por agujeros que hay en el suelo. ¿Qué agujeros? Los peludos no cavan agujeros...

Jme le dio la respuesta:

—Los agujeros de los árboles viejos que trasplantamos. Así es como lograron llegar hasta aquí. ¡Eso es! Ponte en contacto con Utoo. Dile que esperen hasta que la horda de peludos fuera sea lo suficientemente abundante para alimentar al ganado. Cuando así sea, que Fflrr empiece a hacer sonar sus atronadores.

—¡Transmito! —respondió Comnn.

—Avísame cuando haya concluido. Tengo que llevar este atronador a otros túneles. Quiero tener la certeza de que todos los peludos están fuera.

Comnn le respondió de inmediato.

—No es necesario que lo haga personalmente. Quiero decir que no tiene por qué recorrer todos los túneles. Bueno, salvo que tenga especial interés en hacerlo. Yo puedo, o, mejor dicho, Bellyr puede retransmitir esas vibraciones por la red de comunicación. Los puntos sónicos pueden reproducirla y hacerla resonar fácilmente en todos los túneles.

Jme se sorprendió:

—¿Cómo? ¿La red de comunicaciones? ¿Puede usted hacerlo, Comnn? ¿Una baja frecuencia tan mecánica y regular? No lo había creído posible... Claro que sí, ustedes pueden hacerlo. El árbol lo hizo aquí abajo, hace un momento. ¿No fue así? ¡Oh, claro está que ustedes pueden hacerlo!

—¡Un juego de niños! Bellyr puede reproducir todo tipo de vibración.

La voz de Bellyr llegó desde el punto sónico situado cerca de la puerta del túnel.

—¿Me has llamado niño, gamberro?

Y la vibración del atronador comenzó a resonar como un eco. Las frecuencias provenían de todos los puntos sónicos del sistema de túneles del bosquecillo.

—Gracias, Bellyr —le dijo Jme—. Y a usted también Comnn. Esto será más que suficiente. Tenemos que hacer salir fuera de los túneles hasta el último peludo. Arriba, en la superficie, Fflrr sabrá cómo arreglárselas con ellos.

—Puede estar segura de ello, Jme —dijo Comnn—. Pero creo que lo mejor que puede hacer es llevarme de nuevo a la terminal.

Nuestra unidad de visión portátil es el único sistema de comunicación que nos queda con la superficie. Temo que...

Jme se echó a reír.

—Sólo por ella podemos comunicarnos con los demás. Al ordenar a Bellyr que transmita su reproducción del sonido de atronador por toda la red nos ha dejado aislados, ¿no es eso?

Había un matiz de humor en las frecuencias de la ingeniero.

Comnn desconectó sus antenas de los filamentos de comunicación del túnel e hizo un gesto de tristeza.

—Sí, así es, desgraciadamente. Me parece que cometí un error. Ahora ni siquiera puedo dirigirme a Bellyr para pedirle que cese de hacer ruido.

—¡Oh, Comnn...! —Jme hizo un esfuerzo para contener su deseo de lanzar una carcajada—. Bien, me parece que lleva razón. Le trasladaré hasta la terminal. Regresaremos, no se preocupe por lo sucedido. Ninguno de nosotros es perfecto.

Cuando Jme regresó a la terminal, Tellyr agitó sus antenas a guisa de saludo.

—Desde la superficie quieren hablar con usted —le informó—. Staph está junto a la unidad de visión. Los Furtivos no hacen más que ir y venir de un lado para otro.

Jme colocó a Comnn en la consola y dio la vuelta para colocarse en un lugar desde el que pudiera ver la pequeña pantalla de visión en la mitad de la unidad portátil cuyo manejo estaba encomendado a Tellyr.

De repente, el ruido tamborileante fue ahogado por un ronroneo potente de agudas vibraciones producidas por las hojas de los árboles, que procedían de los puntos captadores de sonido situados en los túneles. Ese vibrar fue seguido por una serie de golpes fuertes y sordos causados por los árboles que estaban realizando sus movimientos retráctiles y se escondían en el subsuelo. Las vibraciones y los impactos de su entrada hacían temblar la capa de hielos permanentes. Las luces oscilaban y se encendían y apagaban rápidamente.

Jme se asió a la consola. El asesino estaba haciendo su intento final. Estaba haciendo que todos los árboles comenzaran sus

movimientos retráctiles al unísono, superando, de un modo que ignoraban, las interferencias establecidas por Bellyr. Sólo un árbol podía saber cómo lo lograba...

El guardabosques, el guardabosques... Jme estaba segura de que era él. Por fin los animales-pienso no iban a abandonar el soto para emigrar. Ahora que había llegado el rebaño y los peludos estaban siendo conducidos fuera, el guardabosques estaba replicando con un contraataque, tratando de detenerlos con la retracción de los árboles. Pero ¿cómo...?

De pronto, Bellyr retiró todas sus antenas de comunicación de la consola y las plegó. También él gritaba.

Sus gritos fueron ahogados por una voz profunda, que hablaba al mismo tiempo desde todos los puntos de sonido. Era la voz del guardabosques.

—*¡No dejaré que ocurra!* —dijo. Su voz ganó en volumen a medida que continuó hablando—. ¡Éste es mi bosquecillo! Nada sale de mi soto. Quiero conservar todo lo que hay en él... Todo está seguro aquí. ¡Los árboles, los arbustos son míos! ¡También son míos los animales! No se los llevarán de aquí como lo hicieron la última vez. Nada sale de aquí. ¡Nada, nada, nada!

Su voz atronaba los túneles de los tubos raíces:

—¡Mi soto...! ¡Mi bosque... es mío... mío!

De repente, la voz se cortó.

El terminal se conmovió con el impacto de un choque terrible. Las luces cayeron del techo.

Jme se acercó rápidamente a Tellyr y le ordenó en voz alta:

—¡Tellyr, mantenga abierto el circuito de la unidad de visión de la superficie! ¡Tenemos que ver qué es lo que está ocurriendo allí! ¡Tenga abierto el circuito!

La cabeza feroz llena de dientes de Fflrr apareció en la pantalla de visión. Tan pronto como él, a su vez, vio a Jme en su pantalla, al otro extremo de la línea, le dijo:

—Todo ha terminado, ingeniero. El ganado está alimentado. Bien alimentado. Ha podido hartarse. Lo consiguió usted, ingeniero...

Jme lo interrumpió fríamente.

—Quítese de la pantalla, Fflrr. Que venga Staph.

¡Inmediatamente!

—Ha salido fuera, ingeniero. Deseaba ver un árbol...

—¡Fuera! ¿Lo ha dejado salir? ¿Con un huracán como éste? El viento lo puede matar. Él está formado sólo por proteínas y vesículas. ¡Se ha portado usted como un estúpido cabezota, con más dientes que inteligencia!

Fflrr le respondió:

—Lo he sujetado a un arnés, Jme. No lo arrastrará el viento. ¡Ah, ya está aquí de vuelta!

Staph se unió a los demás que se apretaban en la boca de entrada de la cueva y Fflrr lo empujó hasta ponerlo delante de la pantalla de la unidad de visión. Estaba cubierto de un polvo espeso de color rojo ladrillo y movió rápidamente la espalda para librarse de él de modo que les llegara algo más de luz a sus receptores. Comenzó a hablar simultáneamente:

—Jme, ha comenzado su movimiento retráctil... él... el guardabosques... para protegerse del viento; pero sus secciones altas eran demasiado débiles. El viento de costado lo ha partido.

Staph se detuvo e hizo un esfuerzo para superar su emoción. Estaba conmovido.

—¡Está muerto, Jme!

—¡Baja, Staph...! —le dijo Jme. No había mucho más que decir.

Staph se dio la vuelta.

—Páseme lo que hemos encontrado —le dijo a alguien que se hallaba tras él.

Un Furtivo le pasó un objeto en forma de pelota, arrugado y encogido. Staph lo colocó dentro del radio de visión de la unidad para que Jme lo captara en su pantalla.

—El guardabosques lo tenía aprisionado en su base, entre una red de raíces.

Comnn fue el primero en hablar.

—Un comunicador. ¡Muerto!

Jme, poco a poco, iba encontrando las respuestas que aclaraban cómo el guardabosques había podido ejercer su control sobre el bosquecillo, el origen de los falsos mensajes... ¡Qué sencillo y lógico le parecía ahora todo! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Naturalmente había habido un comunicador. Los informes del

guardabosques... La repetición del sonido del atronador... Sólo un comunicador podía haber producido las vibraciones en las frecuencias clave para hacer que el árbol muerto se retrajera en el subsuelo... Sólo un comunicador...

El guardabosques había utilizado ese comunicador para producir los ruidos del atronador, para hacer que los peludos se metieran en el subsuelo, en los túneles de nutriente. El comunicador había causado el eco que oyera cuando Staph fue atacado... El guardabosques no quería que cosa alguna abandonara su bosque y había utilizado las vibraciones de un atronador, reproducidas por su comunicador para evitar su migración. Después de ello los peludos fueron mantenidos a la fuerza, como prisioneros, en los túneles de nutrientes, mediante el uso de los sonidos de formación del atronador.

¿Y todo lo demás...?

El resto de las cosas ocurridas había sido consecuencia de fuerzas ecológicas naturales desatadas por la actuación del guardabosques y su comunicador y que, al mismo tiempo, habían sido como un especie de pantalla protectora para cubrir la acción de aquéllos. Los peludos en los tubos de raíces, al atacar las coberturas protectoras de las raíces, habían causado la muerte de algunos árboles y con su estancia allí, ocultos bajo la superficie, habían puesto en marcha la pirámide de la crisis alimenticia. Pero el culpable de todo era el guardabosques. Él había comenzado el ciclo. El guardabosques era el asesino: el asesino de su propio soto.

Fflrr hizo aparecer su cabeza por encima de la de Staph en la pantalla para dirigirse a Jme.

—Ingeniero —le dijo—, tengo que sacar mi rebaño de aquí. Tengo que ponerme en marcha. Este viento tempestuoso es muy violento. Creo que si se queda aquí se va a ver en dificultades. El suelo está comenzando a temblar.

Jme se alzó para que el Furtivo pudiera verla en su pantalla y le respondió:

—¡Adelante, Furtivo! Saque de aquí a su rebaño. ¡Buena caza!

Jme suspiró. Sabía que el Furtivo aún debía continuar adelante con su trabajo.

Fflrr le devolvió el saludo:

—¡Buena caza, ingeniero!

Jme habló en voz baja dirigiéndose a Staph.

—¡Baja, Staph! Y tráete la unidad portátil de visión. Nuestro trabajo ha concluido.

La voz de Staph se oyó, pero en la unidad de visión se cortó la imagen del polvo y la arena arrastrados por el viento:

—¡Ahora mismo voy!

Bellyr por su parte, dijo:

—Ya he dejado de transmitir el ruido del atronador, pero el aparato mecánico sigue funcionando. ¿He hecho bien, Jme?

—Muy bien, gracias. Ahora puede dejar de transmitir. De momento ni siquiera necesito que esté conectado a la red. Descanse un poco. ¿Se encuentra bien?

Jme dirigió su vista por la terminal y ni siquiera oyó la respuesta de Bellyr. Su vitalidad se hallaba a muy bajo nivel, pero el conocimiento de que el trabajo estaba concluido la animaba. Aún le quedaba el informe, el papeleo, el trabajo puramente burocrático... Pero Staph le ayudaría; y habían logrado averiguar lo que fueron buscando.

El viejo guardabosques había sido el asesino. Un asesino... que lo único que deseaba era mantener unido su soto... a salvo de invasiones e intervenciones extrañas.

Jme se dio cuenta en esos momentos de que los tres comunicadores estaban colocando sus antenas en posición de recepción. Sin duda esperaban una explicación suya.

—Bien, entraremos en detalles cuando, conjuntamente, hagamos el informe.

Sentía que debía decirles algo, explicarles lo que habían estado haciendo, pero Mrrane le había pedido que considerase como estricto secreto todo lo concerniente al asesino. Muy Secreto. Se vio obligada, pues, a elegir cuidadosamente sus palabras:

—La población animal, los peludos, no habían desaparecido. Estuvieron en el soto durante todo el tiempo, ocultos en los túneles de nutrientes, en los tubos de las raíces. Sus cadáveres contaminaron el nutriente cuando algunos de ellos se comieron las coberturas de algunas raíces de los árboles. Los árboles así afectados fueron envenenados por el nutriente.

La versión era cierta, pero dejaba al margen la criminal actuación del guardabosques. Su muerte podía ser un accidente causado por el fuerte viento. Posiblemente pasaría a la historia como un guardabosques excelente. En cuanto al comunicador —se hallaba protegido por el efecto de interferencia— nadie sabía cuándo había muerto ni por qué. Esta parte de la historia sólo figuraría en su informe personal a Mrrane, aun cuando no había mucho que pudiera mantenerse oculto y no pudiera ser leído entre líneas en un informe normal.

—Utilicé el atronador —continuó— para hacer que los peludos salieran fuera del túnel y pudieran servir de alimento a los Grazers, porque es así como tenía que ser. Probablemente hubiera sido mejor si hubiera estudiado el asunto más a fondo y hallado cómo es que los peludos fueron al subsuelo...

—Usaron para ello los agujeros de los viejos árboles arrancados —se oyó la voz de Staph que provenía de la puerta del ascensor—. Envió a un Furtivo a ver por dónde salían, puesto que yo no podía verlo a causa de la tormenta y el polvo. Recuerda, Jme. El año pasado, en verano, trasladamos aquí algunos árboles más... con ocasión de la Emergencia Planetaria. Ya te dije que nadie se había ocupado de cerrar los agujeros y los animales los encontraron y se metieron en ellos.

—Eso es también lo que yo sospechaba. Cuando el guardabosques trató de hacerles permanecer en el bosquecillo, los pequeños cola-blanca simplemente emigraron al subsuelo bajo el hielo permanente en vez de correr a la llanura.

Jme se alegró al ver que la explicación estaba tomando el cariz que ella deseaba.

—Así es —confirmó Staph—. Todo lo que tenemos que hacer es tapar los agujeros para que no vuelva a ocurrir una cosa así y los peludos no vuelvan al túnel.

Jme lo tranquilizó:

—No te preocupes. Después de esta estampida, del pánico que han pasado, no regresarán. Este bosquecillo tendrá que ser repoblado con otros peludos para volver a restablecer de nuevo el equilibrio de la ecosfera.

Tellyr quiso también intervenir en aquella discusión sobre lo

sucedido, pero no pudo hacerlo, pues una llamada lo impidió. Le pasó el mensaje que acababa de recibir a la ingeniero:

—Jme. Una transmisión para usted: «Mensaje de Mrrane: Bien realizado. He recibido el informe de Fflrr en el que se indica que su trabajo en el soto Dekka 31A ha terminado... Debo apartar a Staph y a los comunicadores de su dirección. Ellos quedarán ahí para terminar de poner en orden las cosas. Usted debe presentarse en las Altas Planicies. A la comunidad de los Furtivos. Alta prioridad. Una emergencia en el suministro de agua. Siguen instrucciones grabadas en cinta...».

Staph comentó:

—¡Yo...! ¡Tengo que encargarme yo de terminar este asunto! ¡Yo, siempre yo! ¿Es que no hay otro? ¿Por qué tienen que tocarme siempre a mí todos los huesos?

Jme sacó la cinta de la reproductora de la consola de Tellyr. Tenía el aire ausente cuando se dirigió a Staph tratando de darle ánimos.

—¡Es un trabajo como otro cualquiera! Tengo la impresión de que mi llamada significa que la compañía ha comprado otra de las crisis del gobierno central y creo que volverás a estar trabajando conmigo dentro de muy poco.

—¿Necesitaremos un escribiente de informes? —preguntó Staph, que no pareció muy impresionado por las palabras de ánimo de la que hasta ese momento había sido su jefe.

—No —respondió Jme.

La ingeniero seguía absorta escuchando la cinta.

—No, Staph —añadió al cabo de un rato—. Lo que necesitaremos será un ingeniero hidráulico. Staph, el sistema de suministros de agua de los Furtivos presenta dificultades en el ciclo de filtrado de sus aguas y la devolución a la bolsa central a través de los estratos del subsuelo.

—¿Eso es un problema? No puede haberlo. La capa superficial del planeta es un filtro puro, natural y eterno. Algo que no puede nunca funcionar mal.

—Pues así es, Staph —lo contradijo Jme—. Su agua, Staph, su pura, cristalina, perfecta y natural agua, *¡se vuelve azul!*

El amor es el aspecto de la experiencia humana más completa y totalmente explorado. Y al mismo tiempo, también, el menos comprendido. Debido a que ha sido tan ampliamente descrito en la literatura, la palabra «amor» ha perdido toda la precisión que posiblemente tuvo un día. En la actualidad puede significar cualquier cosa, desde la más tierna devoción al placer carnal. Esta imprecisión hace que resulte muy difícil el saber a qué atenerse cuando de amor se trata, pues dos personas que usen el término lo más probable es que estén hablando de cosas completamente distintas y no de la misma, como podría suponerse al usar el mismo vocablo.

Tal vez la clave para explicar el amor esté en que las formas de vida más bajas no conocen esa experiencia. Sí la conocen, desde luego, las altas especies de mamíferos y los hay que eligen un compañero para toda su vida. Pero sólo el hombre romantiza el amor.

Podemos deducir de lo antedicho, que el amor, al menos hasta cierto grado, es un producto de la inteligencia, un intento de racionalizar lo irracional. Poner nombre a lo desconocido es uno de los más satisfactorios pasatiempos humanos. Despierta nuestro interés la atracción que ejercemos en un miembro del sexo opuesto. Como no comprendemos totalmente el mecanismo de la atracción lo etiquetamos. Llamamos amor a esa atracción intersexual y orgullosamente nos damos por satisfechos y creemos que lo explica todo.

Si el amor fuera eso, toda especie inteligente que se reproduce mediante el apareamiento o la unión de varios individuos, podría conocer el amor como una racionalización de la llamada a aparearse. El amor puede tomar formas extrañas sin que por eso deje de ser amor. Tal vez podríamos definir al amor como una constante universal, en todos sus variados aspectos.

Presentamos a continuación una historia de amor, una historia de amor distinta a todas las historias de amor que ustedes hayan leído anteriormente.

AMAR ES EL PLAN EL PLAN ES MORIR

James Tiptree, Jr.

Recordando...

¿Me oyes, mi pequeña roja? ¡Sujétame suavemente! El frío se va haciendo cada vez mayor.

Recuerdo:

Soy inmensamente negro y lleno de esperanzas, salto sobre seis piernas cruzando las montañas con el calor nuevo... *¡Cantan los cambios, cantan los extraños! ¿Cambiarán para siempre los cambios?...*

Todos mis canturreos tienen ahora letra. ¡Otro cambio!

Apresuradamente camino a saltos siguiendo al sol y su débil latir en el aire. Los bosques han sido mermados de nuevo. Entonces me di cuenta. Soy yo. ¡Yo-mismo! MOGGADEET. He crecido, me he hecho mucho mayor con el frío del invierno. Me siento sorprendido, atónito, yo mismo, ¡Moggadeet-el-pequeño!

Excitación, incitación, la chillona incitación del lado al sol del mundo. ¡Llego!... El sol está cambiando también una vez más. ¡El sol está andando en la noche! ¡El sol camina de regreso al verano en el calor de la luz!... El calor es Moggadeet-yo, Moggadeet-yo-mismo. Olvida el mal tiempo del invierno.

El recuerdo me estremece.

El Anciano.

Me detengo, trepo a un árbol. Hay tantas cosas que quisiera preguntarle al Anciano. No hay tiempo. Frío. Los árboles se extienden descendiendo por el acantilado. No tengo hambre.

El Anciano me previno del frío. No le creí. Sigo andando, preocupado... *El Anciano te lo dijo, el frío, el frío agarrotará. ¡Un frío helado! Un frío mortal. En el frío te mataré.*

Pero ahora hace calor y todo es diferente. Vuelvo a ser de nuevo Moggadeet.

Salto sobre una colina y veo a mi hermano Frim.

Al principio no lo conozco. Un gran viejo negro, pienso. Y con el calor podemos hablar.

Me elevo hasta él quebrando árboles. El gran negro está agazapado sobre un barranco, mirando hacia abajo. Su espalda negra tiene rizos brillantes como... ¡Es Frim! Frim-yo-cazo-para-él, ¡Frim-escápate! ¡Pero es tan grande ahora! ¡Frim gigante! *Un extraño, un cambiante.*

No me oye; todos sus ojos-torretas están bajo los árboles. Su cola está levantada de manera rara, toda temblores. ¿Qué es lo que está cazando?

—¡Frim! ¡Soy yo, Moggadeet!

Pero se limita a mover un poco sus piernas. Veo sus espolones que sobresalen. ¡Qué loco este Frim! Me acuerdo de lo tímido que es y trato de moverme suavemente, con gentileza. Cuando estoy cerca de él, me siento de nuevo atónito. ¡Soy más grande de lo que él es ahora! ¡Cambios! Puedo mirar por encima de sus hombros al fondo del barranco.

Un ardiente amarillo-verdoso allí. Un pequeño claro en el bosque todo iluminado por el sol. Alzo los ojos para ver qué es lo que Frim trata de alcanzar y me llega toda la sorpresa del mundo.

¡Te veo!

Te vi.

Siempre te veré.

¡Te veré siempre, bailando en el fuego verde, mi delicada estrella roja! ¡Tan brillante! ¡Tan pequeña! ¡Tan perfecta! ¡Tan orgullosa! ¡Oh, sí, te reconocí en el primer instante, mi pequeña baya del alba, mi pariente escarlata! Roja. Un pequeño bebé rojo, más pequeño que el más pequeño de mis ojos. ¡Y tan apuesta!

El Anciano lo dijo: el rojo es el color del amor.

Te vi golpear a un saltamontes dos veces mayor que tú, y mis ojos parecieron escaparse cuando te vi perseguirlo, girar tras él,

chillando ¡Lilili!, ¡Lilii-iii!, con un grito infantil. ¡Oh mi poderosa cazadora, no sabes que alguien está, precisamente, con los ojos fijos en tu tierna, pequeña y amada piel! Mis mandíbulas se agudizan, el mundo relampaguea y gira.

Y en esos momentos Frim, pobre infeliz, me siente tras él y se alza.

¡Pero qué Frim! Las bolsas de su cuello se habían inflado como globos de color púrpura oscura, sus placas se alzaban violentas como la Madre de las Tormentas. Sus espolones amenazadores, afilados. Su cola dispuesta a golpear.

—¡Es mía! —bramó.

Y apenas si pude entenderlo. Saltó amenazador hacia mí.

—¡Detente, Frim, detente! —grité, retrocediendo, asombrado.

Hace calor... ¿Cómo puede Frim ser tan agresivo, tan poseído de esa furia de muerte, de esas ansias de matar?

—¡Hermano Frim! —lo llamo gentilmente. Pero hay algo que va mal, terriblemente mal. ¡Mi voz también es como un bramido! Sí, pese al calor y a que mi deseo es tan sólo calmarlo. Me siento pleno de amor... pero, sin embargo, de mi garganta brota un rugido de amenaza mortal. Yo también me siento agresivo, amenazador, invencible. Dispuesto a aplastar, a destruir...

¡Oh, me siento avergonzado!

Vuelvo a mí en las ruinas de Frim. Piezas, trozos de Frim por todas partes. Mi yo se siente embrutecido, enardecido por Frim. ¡Pero no me lo como! ¡No, no lo hice! ¿Debo alegrarme de ello? ¿Debo desafiar el Plan? Mi garganta está cerrada. No porque se trataba de Frim sino por ti, mi amada, mi adorada. ¡Tú...! ¿Dónde estás? ¡El prado está vacío, solitario! ¡Qué miedo más terrible! ¡Te he asustado y has huido! Me olvido de Frim, me olvido de todo, de todo menos de ti, carne de mi corazón, mi preciosa pequeña roja.

¡Destrozo árboles, desplazo rocas, abro de nuevo el barranco! ¡Oh, amada!, ¿dónde te has escondido? De pronto siento un nuevo terror: ¿Te habré hecho daño con mi salvaje comportamiento mientras te buscaba? Trato de esforzarme en calmarme. Me siento más tranquilo. Empiezo a buscar, haciendo círculos cada vez más amplios sobre los árboles, moviéndome con un silencio de nube, haciendo que mis oídos y mis ojos investiguen todos los claros del

bosque. Un nuevo rugido llena mi garganta: Uuuu, uuu-uu, grito. Estoy de caza, buscándote...

En una ocasión diviso otra grandeza negra, lejos, y de repente, me elevo a toda mi altura gruñendo. ¡Ataca lo negro! ¿Se trataba de otro hermano? Lo destrozaría, acabaría con él. Pero el extraño ha desaparecido ya. Vuelvo a gruñir... No, es alguien que me hace gruñir, que *gruñe en mí*, el nuevo poder de negro. Sí, muy profundamente en mi interior, Yo-Mismo-Moggadeet está vigilando asustado. ¡Ataca al negro...! ¿Incluso con el calor? Aquí no hay seguridad, ¿somos como los trepadores gordos? Pero al mismo tiempo persiste el sentimiento. ¡Está bien! ¡Qué bueno! El Plan es dulce. Me decido a dedicarte una vez mi nuevo canto: «Uu-uu... uu... uuluu...»

¡Y tú respondes! ¡Tú!

¡Tú, tú que eres tan pequeña que puedes esconderte tras una hoja! Chillando ¡li, li! ¡lililiii! Excitante, vibrante, medio burlón y siempre imperioso. ¡Oh, cómo giro, me aplasto, trato de mirar debajo de mis pies... Y me detengo helado de terror, asustado por el temor de aplastar a *la Lililíi LÍ...!*

Y sales fuera. Lo haces.

Mi adorable pequeñez de fuego, amenazándome... a MÍ.

Cuando veo tus pequeñísimas garras de caza que amenazan, todos mis redaños se funden... me siento como invadido por una inundación dulce. Me convierto en gelatina blanda. Soy tierno. ¡*Tierno!* Sí, tierno y orgulloso como una madre. Al menos yo lo creo así. ¿Es de ese modo como piensa una madre? Mis fauces están segregando líquido, pero no es saliva, el líquido del hambre. Estoy conmovido, embargado por el temor de asustarte o de dañar tu pequeñez. Sufro por asirte, tomarte, comerte de un golpe, en un millar de mordiscos.

¡Oh, el poder del rojo!... ¡El Anciano lo dijo! Ahora yo siento mis manos especiales, mis manos tiernas que siempre llevé ocultas... ahora surgen hinchadas, y se dirigen hacia mi cabeza. ¿Qué es esto? ¿Qué...?

Mis manos secretas comienzan a enrollar, a amasar la materia que mana de mis fauces.

¡Y eso te excita a ti también, mi rojita...! ¿No es verdad que sí?

Sí, sí, siento el tormento, la tortura... percibo tu tímida excitación. ¡Cómo recuerda tu cuerpo, ahora, nuestro amanecer de amor, nuestros primerísimos momentos, los momentos de Moggadeet-Liily! Antes de que yo te conociera a Ti-Tú-Misma, antes de que me conocieras a Mí. Comenzó entonces, corazón mío, nuestro conocimiento del amor comenzó en ese preciso instante, cuando tu Moggadeet miró hacia abajo, a ti, violentamente, como una explosión monstruosa. ¡Vi lo nueva que eras, qué desamparada!

Sí, incluso mientras yo aparecía sobre ti maravillado... incluso mientras mis manos secretas tomaban y tejían tu destino, incluso entonces recordé con tristeza que hace mucho tiempo, el pasado año cuando todavía era niño, había visto otras pequeñas rojas entre mis hermanos antes de que nuestra madre las hiciera alejarse de allí. Entonces yo no era más que un bebé estúpido. No podía comprender nada. Pensé que habían crecido de manera rara y estúpida en esa rojez y que Madre hacía muy bien en hacer que se fueran de allí. ¡Oh, estúpido Moggadeet!

Pero ahora te he visto, mi llamita... ¡Y he comprendido! Sólo este día has sido alejada por tu madre. Hasta ahora jamás conociste los terrores de una noche sola en el mundo; no puedes imaginar que existan monstruos como Frim que intenten darte caza. ¡Oh mi polluelo rubí, mi bebé rojo! Nunca, nunca, lo juro... Nunca te dejaré... ¿No he mantenido siempre mis promesas? ¡Nunca te dejaré! Yo, Moggadeet, *yo seré tu madre*.

¡Grande es el Plan, pero yo soy aún más grande!

Todo lo que aprendí sobre caza en mi año solitario, a elevarme como el aire, a saltar, a sujetar delicadamente... Todos esos conocimientos los realicé sólo para ti. Para no dañar las partes más pequeñas y delicadas de tu brillante cuerpo. ¡Oh, sí! Te capturé entera, completa en tu diminuta perfección, aun cuando tú chillabas y escupías y luchabas contra mí como ese sol de mañana que eres. Y entonces...

¡Comencé a acariciarte!

¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Mis manos especiales, que no tienen utilidad ahora, desplegadas, voraces y vivas, sin cesar en su trabajo con la fuerte secreción de mis fauces... Mis manos comenzaron a acariciarte, pasando sobre, en torno y cerca de ti, llenándome a

cada momento de temor y alegría. Envuelvo tus queridos y pequeños miembros, penetro hasta tus más íntimas y delicadas oquedades, suavemente, envolviéndote y confortándote, rodeándote y abrazándote hasta que te convertiste en una joya brillante. ¡Mía!... Y tú respondiste. Ahora lo sé. ¡Lo sabemos! ¡Oh, sí!, en tu fiera lucha, tímidamente, me ayudaste, siempre, al final, para que cada hilo, cada sedal, quedara suavemente en su sitio... *¡Envolviendo, abrazándote, querida Liilyluu!* ¡Cómo se movían nuestros cuerpos en nuestra primera canción común! Incluso ahora lo siento y me parece derretirme de excitación. ¡Cómo tejí la seda protegiendo cada miembro, dejándote perfectamente amparada! Qué mirada más desprovista de temor me dirigiste a mí, tu terrorífico capturador. ¡Tú! Nunca estuviste asustada, como yo tampoco lo estoy ahora. ¿No es extraño mi amada? Esta dulzura que brota de nuestros cuerpos cuando actuamos de acuerdo con el Plan. ¡Grande es el Plan! Témelo, lucha contra él, pero ahora conserva esa dulzura.

Dulcemente comenzó el tiempo de nuestro amor cuando por vez primera me convertí en tu nueva y verdadera madre para nunca más abandonarte. ¡Cómo te alimenté, y te acaricié, y te mimé! ¡Qué gran responsabilidad es la de ser madre! Ansiosamente te llevé encogida en mis brazos secretos, librándote, protegiéndote salvajemente de todo intruso, hasta de los más inofensivos, temiendo que en cualquier momento pudieras ser golpeada o aplastada.

Y todas esas largas y cálidas noches... ¡Cómo cuidé de tu pequeño y desamparado cuerpecito, acariciando cuidadosamente cada uno de sus miembros infantiles, flexionándolos y extendiéndolos, limpiando de tu cuerpo cualquier pedacito de comida con mi lengua gigante, mordisqueando cariñosamente tus diminutas garras con mis terribles dientes, oyendo tu ronroneo infantil, asustándote en broma, haciendo como que iba a devorarte mientras tú fingías asustarte y gritabas *li... lililiii... amada liilyliii!*

Pero la mayor de todas las alegrías...

¡Hablamos!

Hablamos entre nosotros, tú y yo. Nos comunicamos, participamos, nos volcamos el uno en el otro. ¡Oh amada, cómo

tartamudeábamos y balbuceábamos al principio, tú en tu extraña lengua maternal y yo en la mía! ¡Cómo combinamos nuestros cantos, sin palabras primero, después con letras cariñosas hasta que poco a poco llegamos a ver cada uno de nosotros con los ojos del otro, a oír, a saborear, a sentir el mundo cada uno para el otro, hasta que yo me convertí en Lilylu y tú fuiste Moggadeet, hasta que por fin, conjuntamente, llegamos a formar una nueva cosa, un nuevo ser: Moggadeet-Lily, Lililu-Mogga, Lili-Mogga-luly-deet!

¡Oh, amada!, ¿somos nosotros los primeros? ¿Ha habido antes otros que llegaron a amar tan totalmente con todo su ser? ¡Qué pensamiento más triste el que otros amantes como nosotros, anteriores a nosotros, hayan pasado sin dejar huella! ¡Recuérdennos a nosotros! ¿Te acordarás tú, mi pequeña adorada, a pesar de que Moggadeet ha desperdiciado tantas cosas cuando crece el frío? Si pudiera oírte, aunque sólo fuese una vez más, sólo una vez más, mi roja, mi inocente. Estás recordando, tu cuerpo me dice que recuerdas incluso ahora. Suavemente, sostenme suavemente. ¡Oye a tu Moggadeet!

Me dijiste cómo estaba convirtiéndome en ti, en ti-misma, pequeña y rojita Lililyluu. Me hablaste de tu Madre, de tus sueños, de tus alegrías infantiles... y de tus temores. Y yo te conté los míos y todo lo que había aprendido en el mundo desde el día en que mi propia Madre...

¡Escúchame, compañera de mi corazón! El tiempo pasa rápidamente.

«En el último día de mi niñez, mi Madre nos llamó a todos nosotros bajo ella».

«¡Hijos, hijos...!»

¿Por qué suena así su voz? ¿A qué se debe ese cloquear?

Mis hermanos llegaron lentamente, temerosos, abandonando el verde del prado veraniego. Pero yo, el pequeño Moggadeet, yo me mantuve alegremente bajo el gran arco de su cuerpo, gozando de la dulzura de la dorada piel materna. Penetré directamente en su cálida caverna, donde sus ojos maternos brillan, la caverna que nos protegió tan poderosamente durante todas nuestras vidas... ¡Como yo te protejo a ti, mi flor del alba!

Ardía en deseos de tocarla, de oírla hablar y cantarnos de nuevo.

Pero su piel maternal me preocupaba, pues daba la impresión de haberse convertido en un harapo rugoso. Tímidamente, presioné una de sus grandes glándulas alimenticias. Parecía seca, no obstante, en los ojos de mi madre brilló una señal de reconocimiento al notar mi presión.

—¡Madre! —dije—. Soy yo, Moggadeet.

—¡HIJOOOSSS!

Su voz resonó como si atravesara su armadura. Mis hermanos mayores permanecían bajo sus piernas con las miradas fijas en la luz del sol. Tenían un aspecto muy raro, medio negros, medio dorados.

—¡Tengo miedo! —murmuró mi hermano Frim que se hallaba cerca de mí. Al igual que yo, Frim aún conservaba su piel dorada de bebé. Madre volvía a hablar de nuevo, pero su voz resonaba tartamudeante y profunda hasta tal punto que casi no podía entenderla.

—¡INVIERNO! ¡INVIERNO, OS DIGO! DESPUÉS DEL CALOR VIENE EL FRÍO INVIERNO ANTES DE QUE EL CALOR VUELVA DE NUEVO, VUELVE...

Frim gimeaba fuertemente. Le hice callar. ¿Qué le sucedía a su querida voz, que ahora sonaba tan áspera y extraña? ¡Había hablado siempre tan tiernamente cuando nos anidaba en su piel materna y sorbíamos los deliciosos jugos maternos, meciéndonos al compás de sus permanentes cantos...! *¡muuly-muuly!*, *¡muuly-muuly!*, mientras que, muy por debajo, la tierra seguía girando. ¡Oh, qué maravilla! Y cómo reteníamos la respiración y gritábamos asustados cuando comenzaba su ronroneo de caza potente y fiero: *¡Tann! ¡Tann! ¡Dir! ¡Dir! ¡Dir Hataan! ¡HATONN!* Cómo nos aferrábamos llenos de tersa emoción, de excitación pavorosa cuando se lanzaba sobre su presa y oíamos cómo la desgarraba, la engullía en su cuerpo y, además, sabiendo que esto significaba que, seguidamente, sus glándulas alimenticias se llenarían abundantemente.

De repente, vi una línea negra por debajo de nosotros. Uno de los hermanos mayores se marchaba. La voz atronadora de Madre se quebró. Su gran cuerpo pareció ponerse terso, rígido y las placas de su armadura saltaron. ¡Madre bramaba!

Se precipitó hacia abajo a toda velocidad. Yo traté de protegerme en su piel maternal.

—¡FUERA, FUERA! ¡SAL! —bramó Madre. Sus poderosos y terribles miembros cazadores se agitaron, mientras seguía bramando sin que sus palabras pudieran ser inteligibles, temblando, presa de convulsiones. Cuando me atreví a salir del seno materno, me di cuenta que todos los demás habían huido. ¡Todos menos uno!

Un cuerpo negro estaba entre las garras de Madre. Era mi hermano Sesso... ¡Sí, mi propio hermano! Y Madre estaba desgarrando su cuerpo, despedazándolo, devorándolo. Contemplé la escena con horror. ¡Sesso, su hijo, al que tanto había querido, al que tan cariñosamente había cuidado! Sesso, por el que sentía un orgullo tan tierno.

Sollocé y escondí mi cabeza en su piel. Pero esa piel, antes tan maravillosamente bella, se desprendía entre mis manos... ¡Su dorada piel maternal estaba muriéndose! Trepé desesperadamente para salir de su seno, tratando de no oír sus gemidos, las contracciones de su garganta, sus hipos. El mundo se está acabando, todo es terrible, terrible.

Y fue entonces, mi pequeña gema de fuego, cuando yo casi comprendí. ¡Grande es el Plan!

Por un momento, Madre dejó de alimentarse y comenzó a moverse. El suelo rocoso estaba muy por debajo de nosotros. Sus pasos no eran suaves, sino a tirones, abruptos, violentos. Incluso su canturreo me sonaba extraño:

¡Adelante, adelante! ¡Sola! ¡Por siempre sola!

De repente, el canto cesó. Silencio. Madre descansaba.

—¡Madre! —musité—. ¡Madre! Soy yo, Moggadeet. Estoy aquí.

Las placas de su estómago se contrajeron, un eructo resonó en sus intestinos.

—¡Vete! —gruñó—. ¡Vete! ¡Demasiado tarde! ¡Ya no soy tu Madre!

—¡No quiero dejarte! ¿Por qué tengo que marcharme? ¡Madre!

Esperé un momento. —¡Háblame!— supliqué poco después.

Como Madre no respondiera recurrí a mí gemir de bebé: *¡Diit! ¡Diit! ¡Tikki-takka! ¡Diit!* Confiaba en que Madre me respondería como siempre lo había hecho antes con su canto materno. Vi, en

efecto, que uno de los ojos maternos brillaba débilmente. Pero esto fue todo lo que conseguí con mi llanto de niño. Madre sólo pronunció unos gruñidos:

—¡Demasiado tarde! ¡No hay más Madre...! El invierno, ya os dije. Os hablé. Antes del invierno... ¡vete, vete!

—¡Dime algo de lo que hay fuera, Madre! —rogué. Un nuevo gruñido o tos casi me arrojó de donde me encontraba. Pero cuando volvió a hablar su voz sonó más amable y dulce.

—¿Hablar? —murmuró—. Hablar, hablar, hablar. Eres un hijo muy raro Hablar... como tu Padre.

—¿Qué es eso, Madre? ¿Qué es un Padre?

—Hablar, siempre hablar... —tuvo de nuevo un profundo eructo—. El invierno crece. ¡Oh, sí! ¡Diles que el invierno se acerca! Así lo hice. Es tarde. Invierno. Te he hablado. ¡Frío! Su voz resonó más fuerte:

—No queda nada. Demasiado tarde.

Oí cómo fuera se quebraba su armadura con un ruido de ruptura.

—¡Madre, háblame!

—¡Vete, veteeee!

Las placas de su vientre comenzaron a romperse en torno mío. Di un salto para pasar a otro nido, pero quedó suelto entre mis garras. Gimoteé. Me salvé colgándome de uno de sus grandes miembros andadores. Estaba rígido, seco, como una roca.

—¡VETE! —gruñó.

Sus ojos maternos estaban turbios, muertos. Me sentí presa del pánico, descendí y en mí alrededor todo vibraba, resonaba. Parecía como si Madre estuviera conteniendo un ataque de rabia.

Traté de alcanzar el suelo. Me deslicé buscando refugio en una hendidura. Serpenteé y me escondí en una especie de madriguera bajo los terribles bramidos que me llegaban desde arriba. Cuando logré hallarme seguro entre las rocas, las garras de Madre habían estado ya muy cerca de mí, golpeando, tratando de alcanzarme.

¡Oh, mi rojita, mi ternura! Seguro que jamás conociste una noche como ésta. Esas horas terribles, escondido para no ser encontrado por el monstruo que antes fuera mi amante Madre.

La vi una vez más, sí. Cuando llegó el amanecer, subí al borde

de una roca y dirigí la mirada entre la niebla. Hacía calor y la niebla también era cálida. Yo sabía cuál era el aspecto de Madre aunque siempre estuviera dentro de ella. La repentina visión de una sombra oscura, enorme y cornuda, la de nuestra propia Madre, se adelantaba a ella y podíamos verla desde nuestra bolsa.

Pero, en esta ocasión, fue a mi propia Madre a la que vi marchar, entre la niebla, la gran masa de color gris oxidado, tan dura, blindada y repujada que sólo sus ojos de caza se veían fuera de la armadura, siempre observando, vigilando atentamente en busca de cualquier cosa en movimiento. Se abrió camino orgullosamente por la montaña y a medida que se alejaba se hacía más débil su nuevo canto duro y violento:

¡Frío! ¡Frío! ¡Hielo y soledad! ¡Hielo! ¡Y frío! ¡Y el fin!

Cuando salió el sol pude ver que mi piel dorada se estaba desprendiendo de mi espalda y que mi nueva piel era negra y brillante. Casi de manera automática, mi miembro de caza hizo un movimiento relampagueante y se apoderó de un saltamontes que acabó directamente en mis fauces.

¿Sabes, mi pequeña y dulce baya, que yo era mucho más fuerte, grande y poderoso que tú cuando Madre nos hizo dejarla? También eso forma parte del Plan. ¡Tú ni siquiera habías nacido! Yo tenía que seguir viviendo esperando que el calor se volviera frío y el viento pasara a convertirse en calor hasta que tú me estuvieras esperando. Yo tenía que crecer y aprender. ¡Aprender, mi Liilyluu! Eso es importante. Sólo nosotros, los negros, tenemos tiempo para aprender... El Anciano lo dijo.

Al principio el aprendizaje es pequeño, limitado. Beber el agua en la superficie plana sin ahogarse, cazar las pequeñas cosas volantes que nos han de alimentar y vigilar las nubes tormentosas y el movimiento del sol. Y las noches y las cosas sigilosas que se mueven en los árboles. Y los arbustos... Y yo, Moggadeet, seguía creciendo, haciéndome cada vez mayor. ¡Oh, sí! Y por fin llegó el día en que pude golpear a un escalador gordo y hacerlo caer de su enredadera.

Todo ese aprendizaje resultó fácil... el Plan en mi cuerpo me servía de guía. Incluso me guía todavía, Liilyluu y me dará paz y satisfacciones si me atengo a él. ¡Pero no quiero! ¡Quiero recordar

hasta el fin, hablar hasta el fin!

Hablaré de las grandes cosas aprendidas. Cómo pude ver —pese a que estaba muy ocupado cogiendo y comiendo más y más cada vez más—, cómo vi que todas las cosas estaban cambiando, cambiando. *Cambiantes*. Los arbustos cambiaban sus yemas en bayas, los trepadores gordos, sus colores, e incluso el sol cambiaba, y las colinas. Y me di cuenta de que las cosas se acompañaban con otras de su especie, pero sólo yo, Moggadeet, estaba solo. ¡Y tan solo!

Seguía cruzando, los valles en mi nueva piel negra y brillante, musitando mi nuevo canto: ¡*Tara-tara!* ¡*Tara Tan!* En cierta ocasión vi a mi hermano Frim y lo llamé pero se alejó corriendo como el viento. ¡Siempre solo! Y cuando llegué al nuevo valle vi que los árboles todos estaban derribados. Y en la distancia vi a un negro, uno como yo, sólo que de un tamaño varias veces superior. Muy grande. Casi tanto como Madre, pero ágil y nuevo. Estaba a punto de llamarlo, pero se dio la vuelta y me vio y rugió de manera tan terrible que yo también emprendí la huida, raudo como el viento hacia las montañas solitarias. ¡Y solo!

Y así fui aprendiendo, mi rojita, que uno puede encontrarse solo aun cuando su corazón rebose de amor. Y fui de un lado a otro por los campos, las montañas y los valles, intrigado, sorprendido, comiendo cada vez más y más. Y vi las huellas, que no significaban nada para mí. Pero estaba empezando a aprender las cosas importantes.

El frío.

Tú lo conoces, mi pequeña roja. Tú sabes cómo en los días cálidos yo-soy-yo, Yo-Mismo-Moggadeet. Siempre creciendo, siempre aprendiendo. En el calor pensamos y hablamos. ¡Amamos! ¡Hacemos nuestro propio Plan! ¿Oh, no es así, amante mía?

Pero en el frío, en las noches —puesto que las noches se hacen cada vez más frías—, en las noches frías, ¿qué es lo que yo era? No Moggadeet. No Moggadeet-pensando. No Yo-Mí-Mismo. Sólo algo-que-vive, que actúa sin pensar. Moggadeet-Desamparado. En el frío sólo existe el Plan.

Y llegó un día en que el frío de la noche se prolonga y se prolonga y el sol permanece oculto entre la niebla. Y me encontré a

mí mismo siguiendo la senda.

La senda también forma parte del Plan, rojita.

La senda forma parte del invierno. Es por ella por donde tenemos que ir todos nosotros, los negros. Cuando el frío se hace más intenso, el Plan nos llama hacia arriba y comenzamos a dirigirnos por la senda, cruzando los bordes del frío, la parte nocturna de las montañas. Nos vamos más allá de las montañas, de los bosques donde los árboles crecen y se convierten en madera seca, pétrea, muerta.

Así el Plan me dirigía y yo lo seguí dándome cuenta de ello sólo a medias. De vez en cuando llegaba a un lugar donde aún quedaba un poco de luz solar y podía detenerme, comer e intentar pensar, pero las nieblas del frío se alzaban de nuevo y yo continuaba en marcha, subiendo. Comencé a darme cuenta de la presencia de otros semejantes a mí, a lo lejos, bordeando el flanco de la montaña, moviéndose incesantemente. No hicieron manifestación alguna de haberme visto. Yo tampoco los llamé. Cada uno de nosotros por separado, solos, seguimos subiendo hacia las cuevas, sin pensar en nada, ciegos. Y así yo tendría que haberme ido también.

Pero entonces sucedió la gran cosa:

—Oh no, mi Liilyluu, no la cosa *más grande*. Lo más grande de todo eres tú y lo serás siempre, tú, mi precioso rayo de sol, mi rojita y amada nena. No te enfades, no, mi todo, mi alma. Sujétame suavemente. Tengo que decirte cuál fue nuestra mayor cosa aprendida. ¡Escucha a tu Moggadeet, escúchalo y recuerda!

En el último calor del sol lo encontré, al Anciano. Una visión terrible. ¡Tan gastado y maltrecho, faltándole muchas partes de su cuerpo! A primera vista creí que estaba muerto. De repente movió la cabeza débilmente y pronunció un débil gruñido.

—¿Un joven...?

Se abrió un ojo en su cabeza ulcerosa.

—Joven... ¡espera!

¡Y yo comprendí su llamada y lo entendí! Con amor...

¡No, no, mi rojita! ¡Suavemente, suavemente! Sé amable y escucha a tu Moggadeet. Nosotros hablamos. El Anciano y yo. Anciano y joven pudimos entendernos y compartir. Yo pensaba que

eso no podía suceder.

—No los Ancianos —murmuró—. Nunca hablamos... nosotros negros... ¡Nunca! No está en el... Plan... Sólo yo... espero...

—¿Plan? —pregunté sabiendo sólo a medias el significado de esa palabra—. ¿Qué es el Plan?

—Una belleza —murmuró—. En el calor, una belleza en el aire. La seguí... pero otro negro la vio también y luchamos... y yo fui dañado, pero todavía el Plan me hacía seguir hasta que fui aplastado, roto, muerto... ¡pero no estaba muerto! Vivía. Y el Plan me hizo arrastrarme hasta aquí... para esperar... compartir... pero...

Dejó caer la cabeza. Rápidamente tomé un volador del aire y lo metí en sus fauces maltrechas.

—Viejo, ¿qué es el Plan?

Tragó difícilmente, dolorosamente, con su único ojo fijo en mí.

—Está en nosotros —dijo con voz algo más fuerte—. Está en nosotros, moviéndonos, haciéndonos hacer todo lo necesario para la vida. Ya lo has visto. Cuando los bebés todavía son dorados, la Madre los cuida y los guarda durante todo el invierno. Pero cuando se vuelven rojos o negros los abandona. ¿No es así?

—Sí, pero...

—¡Ése es el Plan! ¡Siempre el Plan! Oro es el color del cuidado materno, pero negro es el color de la furia. ¡Atacad al negro! ¡El negro debe ser muerto! ¡Incluso es lo que hace una Madre, aun cuando se trate de su propio hijo! Ni siquiera ella puede desafiar al Plan, ¡óyeme, joven!

—Te oigo. Lo he visto —le respondí—. Pero ¿qué es el rojo?

—¡Rojo! —gruñó—. Rojo es el color del amor.

—No —dije yo, estúpido Moggadeet—. Yo conozco el amor. El amor es dorado.

Los ojos del Anciano se apartaron de mí.

—Amor —suspiró—. ¡Cuando la belleza llegue en el aire ya la verás...!

Guardó silencio. Temí que hubiera muerto. ¿Qué podía hacer yo? Nos quedamos allí en silencio en las últimas luces del sol, el último débil calor. Débilmente en las faldas de la montaña podía ver a los otros negros, iguales a mí, que seguían subiendo y

subiendo, siempre solos, por sus propios senderos entre los árboles petrificados hacia la niebla helada.

—¡Anciano...! ¿Adónde vamos?

—Tú irás a las Cavernas de Invierno. Ése es el Plan.

—Invierno, sí. El frío. Madre nos habló de ello. Y después del frío invierno viene el calor. Me acuerdo. El invierno pasará, ¿no es así? ¿Por qué nos dijo que los inviernos crecían? Enséñame, Anciano. ¿Qué es un Padre?

—¿Pa-dre? Una palabra que no conozco. Pero espera...

Su débil cabeza se volvió hacia mí:

—¿Los inviernos crecen? ¿Tu Madre te lo dijo? ¡Oh, frío! ¡Oh, soledad! —gruñó—. Te dio una gran enseñanza. Una enseñanza en la que me da miedo pensar.

Su ojo giró en su órbita, brillante. Me sentí asustado.

—Mira en torno tuyo, joven. Estos árboles petrificados, muertos. Conchas muertas de árboles que crecen en los valles cálidos. ¿Qué hacen estos árboles aquí? El frío los asesinó. Ahora aquí no crece ningún árbol vivo. ¡Piensa, joven!

Miré y me di cuenta de que era cierto. Se trataba de un bosque cálido, petrificado, muerto.

—Hubo un tiempo en que aquí hacía calor. Un tiempo en que esto era como un valle. Pero el frío creció y se hizo más fuerte. El invierno creció. ¿No lo ves? *Y el calor crece menos, cada vez menos.*

—¡Pero el calor es vida! ¡El calor es yo-mí-mismo!

—Sí, con el calor pensamos, aprendemos. En el frío sólo actúa el Plan. En el frío somos ciegos... Mientras esperaba aquí me pregunté si hubo antaño un tiempo en el que el calor estaba aquí. ¿Veníamos aquí nosotros negros, en el calor, para hablar, para compartir? ¡Oh, joven...!, fue un pensamiento terrible: nuestro tiempo para aprender, ¿se hace cada vez más corto? ¿Dónde terminará? ¿Crecerán los inviernos hasta que ya no podamos aprender nada y tengamos que limitarnos a vivir ciegos, siguiendo el Plan, al igual que los estúpidos escaladores gordos que cantan pero no hablan?

Sus palabras me llenaron de un miedo frío. ¡Qué terrible enseñanza! Me sentí furioso.

—¡No! ¡Eso no pasará! Tenemos que... tenemos que seguir teniendo el calor.

—¿Sujetar al calor? —se retorció dolorosamente para poder contemplarme—. Sujetar al calor... Un gran pensamiento. Sí. Pero ¿cómo hacerlo?

—El calor volverá a venir de nuevo —le dije—. Bien, cuando vuelva tenemos que aprender la forma de retenerlo. Tú y yo.

Inclinó la cabeza.

—No... Cuando el calor venga yo no estaré aquí... y tú, joven, estarás demasiado ocupado para pensar en ello.

—¡Te ayudaré! ¡Te llevaré hasta las Cuevas...!

—En las Cuevas —murmuró—, en cada cueva hay dos negros como tú. Uno está vivo, esperando sin mente a que pase el invierno... y mientras espera, come. Se come al otro, así es como sigue vivo. Ése es el Plan. Como tú me comerás a mí, joven.

—¡No! —grité lleno de horror—. ¡Jamás te haré daño, Anciano!

—Ya lo verás cuando llegue el frío —murmuró—. ¡Grande es el Plan!

—¡No! Estás equivocado. Yo romperé el Plan —grité. Un viento frío silbaba desde la cumbre; el sol moría.

—¡Jamás te haré daño! —bramé—. ¡Estás equivocado al creerlo y decirlo así!

Recuerdo que arrastré una cosa negra y pesada a mi Cueva.

Frío helado, frío mortal... En el frío te mataré.

Liilyluu. El Anciano no se resistió.

¡Grande es el Plan! Él lo aceptó por completo, tal vez, incluso, sintió una extraña alegría como yo la siento ahora. En el Plan está la alegría. Pero ¿está equivocado el Plan? ¿Tienen los trepadores gordos también su Plan?

¡Un pensamiento difícil! Cuántas cosas intentamos, yo y tú, mi alegría rojita. Durante todos los largos días cálidos te lo expliqué, una y otra vez. Te expliqué: el invierno vendrá y nos cambiará a todos si no logramos retener el calor. ¡Lo comprendes! Tú compartes, tú me comprendes ahora, mi preciosa llamita... y aun cuando no puedes hablar siento que compartes mi amor. Suavemente...

¡Oh, claro que sí! Hicimos nuestra preparación para nuestro propio Plan. Incluso en los días de mayor calor elaboramos nuestro Plan contra el frío... ¿Lo han hecho así también otros amantes?

¡Cómo busqué, llevándote siempre conmigo! Crucé montañas enteras, siguiendo al sol hasta encontrar el más cálido de sus cálidos valles en el lado soleado de la montaña. Pensé: seguramente que el frío es más débil aquí. ¿Cómo pueden alcanzarnos aquí las nieblas frías, el viento helado que congela mi interior y me pone en camino hacia las Cuevas del Invierno?

¡Ahora, cuando llegue el tiempo, voy a desafiarlo!

Ahora te tendré a ti.

—¡No me lleves allí, mi Moggadeet! —suplicaste, temerosa de lo desconocido—. ¡No me lleves al frío!

—¡Nunca, mi Liilyluu! Nunca. Te lo juro. Yo no soy tu Madre, mi pequeña cosita roja.

—¡Pero tú cambiarás! El frío te hará olvidar tu promesa. ¿No es ése el Plan?

—Romperemos el Plan, nos libraremos de él, Lili. Mira, tú también estás creciendo, te estás haciendo mayor, más larga, más pesada, mi bolita de fuego... y cada vez más bella. Pronto no estaré en condiciones de poderte llevar sobre mí con tanta facilidad. Nunca podría llevarte a las sendas frías. ¡Y jamás te dejaré!

—¡Tú eres muy grande, muy fuerte, Moggadeet! Cuando llegue el cambio, lo olvidarás todo y me arrastrarás hasta el frío.

—¡Nunca! Tu Moggadeet tiene un Plan más profundo. Cuando comience a llegar la niebla, te llevaré al lugar más alejado y más cálido de esta cueva y cuando estemos allí, tejeré un muro para que nunca, nunca, puedas ser sacada de allí. Y no te dejaré nunca, nunca. Ni siquiera el Plan puede separar a Moggadeet de su Liilyluu.

—Pero tendrás que salir a cazar para conseguir alimento y entonces el frío se hará contigo. Me olvidarás y seguirás el amor del frío del invierno y me dejarás morir aquí. ¡Quizá también eso sea el Plan!

—¡Oh, no, mi preciosa, mi rojita! No te preocupes, no llores. Oye el Plan de tu Moggadeet. A partir de ahora cazaré cada día el doble. Llenaré esta cueva hasta el techo, mi glotoncilla, llenaré esta cueva de alimentos y, así me podré quedar contigo durante todo el invierno.

Y así lo hice, ¿no es verdad mi Lili? ¡Estúpido Moggadeet, cómo

cacé! Traje lagartos, saltamontes, trepadores gordos y crías de todas clases. ¡Qué estúpido! Porque naturalmente, los alimentos se pudrieron con el calor que los volvió verdes y malolientes... Pero, pese a todo, aún seguían sabiendo bien, ¿verdad, mi preciosa bayita? Y tuvimos que comérnoslos, hartándonos hasta reventar, como bebés. ¡Y cómo creciste!

¡Qué bella te pusiste, mi joya roja... gorda hasta reventar, llena dé brillo y tersura! Pero aún seguías siendo mi pequeñita, mi chispita de sol. Cada noche, después de alimentarte, apartaba la seda, acariciaba tu cabeza, tus ojos, tus dulces orejas, temblando de excitación por esos deliciosos momentos en los que dejé libre tu primer miembro escarlata para acariciarlo y ejercitarlo y apretarlo contra mis latientes bolsas laríngeas. Alguna vez desataré dos al mismo tiempo para poder experimentar la alegría de verte mover.

Y cada noche el trabajo se hacía más largo. Y cada mañana tenía que hacer más seda para volver a envolverte. ¡Qué orgulloso me sentía, mi Lily, Liilyluu!

Fue entonces cuando se me ocurrió la gran idea.

Me llegó en el momento en que estaba tejiendo para envolverte en tu brillante capullo, mi preciosidad. ¿Por qué no hacer lo mismo con trepadores gordos? ¿Por qué no envolverlos en seda, vivos y así su carne seguirá fresca y dulce y nos podrán servir de comida durante el invierno?

Fue un gran pensamiento, Liilyluu y lo realicé y dio buen resultado. Encerré en un túnel muchos trepadores gordos y muchas otras cosas, mientras el sol seguía caminando, retrocediendo hacia el invierno y las sombras crecían cada vez más. Trepadores gordos, y crías de insectos y todas las demás criaturas comestibles y, además, ¡oh inteligente Moggadeet!, todo tipo de hojas y tallos y demás productos para que ellos pudieran alimentarse. ¡Oh, podíamos estar seguros de que habíamos roto el Plan, nos habíamos librado de él!

—Oh, Moggadeet, ¡eres un valiente! ¿Crees realmente que podremos romper el Plan? ¡Estoy asustada! ¡Dame una cría de trepador! El frío aumenta.

—Ya te has comido quince, mi pequeña —te mimé—. ¡Qué gorda te estás poniendo! Deja que te mire de nuevo. Sí, tienes que

dejar que tu Moggadeet te acaricie mientras comes. ¡Qué adorable eres!

Naturalmente recuerdas cómo empezó entonces nuestro amor más profundo. Cuando te destapé una noche que había un pequeño indicio de frío en el aire, me di cuenta de que habías cambiado.

¿Debo decirlo? Tu piel secreta. *Tu piel-maternal.*

Siempre te había limpiado esa parte tiernamente, cariñosamente, pero sin dificultad alguna para contenerme. Pero esa noche, cuando aparté las hebras de seda con mis grandes garras de caza, ¡qué nueva delicia se ofreció a mis ojos! Esa zona ya no tenía un color rosa pálido sino profundamente rojo. ¡*Rojo!* Escarlata brillante como la más roja de las puestas de sol, con reflejos dorados. ¡Y túrgida, ondulada, y como perlada de rocío...! Parecía pedirme que te viera toda, que te expusiera toda. ¡De qué modo me miraron tus ojos tiernos, y la dulzura de tu aliento y el calor de tus miembros, cálidos y grávidos, sobre mí!

Salvajemente aparté de un golpe los últimos hilos y quedé deslumbrado, lleno de arrobamiento al tener tu completa y roja desnudez delante de mis ojos. Y lo supe entonces, comprendí que el amor que había sentido antes era sólo el principio. Mis miembros cazadores cayeron a mis costados y mis manos especiales, mis manos tejedoras, crecieron como llenas de una nueva vida casi dolorosa. No podía hablar, pues las bolsas de mi garganta estaban llenas, hinchadas... Y mis manos de amor se levantaron por sí solas, presionando estáticamente, mientras mis ojos se aproximaban y se aproximaban a tu glorioso *rojo*.

Pero de repente el Yo-Mí-Mismo Moggadeet se despertó. Retrocedí de un salto.

—Lili. ¿Qué es lo que está pasando?

—¡Oh, Moggadeet, te amo! ¡No te alejes!

—¿Qué es esto, Liilyluu? ¿Es el Plan?

—¡No me importa, Moggadeet! ¿No me amas?

—Tengo miedo. Tengo miedo de hacerte daño. Eres tan pequeña, tan delicada. Yo soy tu Madre.

—No, Moggadeet, mira. Soy del mismo tamaño que tú, tan grande como tú. No tengas miedo.

Retrocedí... ¡qué difícil me resultó, qué difícil! Y traté de

parecer tranquilo.

—Sí, mi rojita, es verdad: has crecido. Pero tus miembros son tan nuevos, tan delicados, tan tiernos. ¡Oh, no puedo mirarte!

Apartando mis ojos comencé a tejer un telón de seda para apartar de mi vista tu enloquecedora rojez.

—Tenemos que esperar, Liilyluu. Tenemos que seguir como hasta ahora. No sé qué significa este extraño deseo. Temo que te traerá mal, que puede hacerte daño.

—Sí, Moggadeet, esperaremos.

Y esperamos. ¡Oh, sí! Cada noche resultaba más difícil. Tratamos de ser como antes, felices, Liily-Moggadeet. Cada noche, cuando acariciaba tus resplandecientes miembros que parecían ofrecérseme, cuando los envolvía y los des envolvía uno después de otro, el deseo se alzaba en mí cada vez más ardiente, más fuerte. El deseo de desvelarte por completo, de volver a ver tu cuerpo entero sin nada que lo velara.

—¡Oh, sí, mi amada! No podía resistir cuando recordabas conmigo aquellos días de nuestro primer y simple amor.

Cada vez más frío... Cada vez más frío... Por la mañana, cuando iba a dar de comer a los trepadores gordos había una blancura en su piel y las crías habían cesado ya de moverse. El sol descendía cada vez más, pálido, sin fuerzas y la niebla fría parecía colgar sobre nosotros inundándonos. Pronto ya no me atreví a salir de la cueva. Permanecía allí el día entero, junto a la pared de seda tras la que tú estabas, canturreando igual que una madre: *Brum-a-lu, Muuly-muuly... Liilyluu, amada Lili...* ¡El fuerte de Moggadeet!

—Esperaremos, fuegucito. No nos inclinaremos ante el Plan. No cederemos... ¿Es que no somos más felices que los otros aquí, con nuestro amor en nuestra cueva caliente?

—¡Oh, sí, Moggadeet!

—Soy Yo-Mí-Mismo, ahora. Me siento fuerte. Haré nuestro propio Plan. No te miraré hasta que el calor... hasta que el sol haya vuelto.

—Sí, Moggadeet... ¿Moggadeet? Mis miembros están rígidos.

—Oh, preciosa, espera... Mira, hago un agujero en la seda, con mucho cuidado. No miraré... no...

—Moggadeet, ¿no me amas?

—Liilyluu... ¡mi dulce y gloriosa Liilyluu...! Tengo miedo, tengo miedo.

—¡Mira, Moggadeet! Fíjate qué grande y qué fuerte soy.

—¡Oh, rojita, mis manos... mis manos...! ¿Qué es lo que mis manos te están haciendo?

Sí, con mis manos especiales, con mis manos de amor, estaba presionando, presionando los jugos calientes de mis bolsas laríngeas y tiernamente, muy tiernamente, había roto tu dulce piel-maternal y estaba *situando mi regalo dentro de tus lugares secretos*. Y cuando lo hacía tus ojos parecían extraviados y tus miembros se contraían como en un espasmo.

—¡Oh, amada!, ¿te hago daño?

—¡No, Moggadeet...! ¡Oh, no...!

—Oh, amada mía qué dulces fueron esos últimos días de nuestro amor.

Fuera de la cueva el mundo se hacía cada vez más frío. Los gordos trepadores dejaron de comer y las crías estaban inmóviles y comenzaban a apestar. Pero todavía nosotros conservábamos el calor retenido en el fondo de nuestra cueva y todavía podía seguir alimentando a la amada con los últimos restos de nuestros alimentos. Y cada noche, nuestro nuevo ritual del amor se hacía más libre, más rico, aun cuando yo me había obligado a mí mismo a tapar todo tu dulce cuerpo excepto una pequeña parte. Y cada amanecer me resultaba más duro reemplazar las hebras de seda que rodeaban los miembros de mi adorada.

—¡Moggadeet! ¿Por qué no me envuelves como antes? Tengo miedo.

—Un momento, Lili, un momento. Deja que te acaricie una vez más.

—¡Tengo miedo, Moggadeet! ¡Deja de acariciarme y véndame!

—Pero ¿por qué, mi nena querida? ¿Por qué razón tengo que ocultarte? ¿Es ésta una parte estúpida del Plan?

—No lo sé, me siento tan extraña... Estoy... ¡cambiando!

—Te haces más bella a cada momento, mi Lili, mi nena. Deja que te mire. ¡Me parece una equivocación volver a vendarte!

—¡No, Moggadeet, no!

Pero no quise escuchar, ¿verdad que no? ¡O, tú estúpido

Moggadeet-que-creía-ser-tu-Madre! ¡Grande es el Plan!

No te escuché. No te vendé. ¡No! Al contrario, desgarré los jirones de seda que aún quedaban, las más fuertes hebras. Loco de amor, te quité todas las vendas, librando un miembro después de otro, hasta que toda la gloria de tu bello cuerpo quedó al descubierto. ¡Por fin...! Pude ver tu cuerpo entero.

¡Oh, Liilyluu, la mayor de las Madres!

No era yo quien era tu Madre. Tú eras la mía.

Estabas echada brillante, resplandeciente, como labrada en metal. Tu nueva armadura, tus poderosos miembros de caza más gruesos que mi cabeza. ¡Lo que yo había creado! ¡Tú! ¡Una supermadre! Una madre como jamás se había visto otra.

Estupefacto, lleno de deleite te contemplé.

Y tu enorme y poderoso miembro de caza cayó sobre mí y me apresó.

¡Grande es el Plan!

Sólo sentí alegría cuando tus mandíbulas me trituraron. Como la siento ahora.

Y así terminamos, mi Liilyluu, mi rojita. Tus bebés están desarrollándose en tu piel-maternal y tu Moggadeet ya no puede hablar. Estoy casi completamente devorado. El frío crece, crece y tus ojos maternales internos brillan y brillan. Pronto estarás sola con tus hijos y el calor volverá.

¿Te acordarás, compañera de mi corazón? ¿Lo recordarás y se lo contarás a tus hijos?

Háblales del frío, Liilyluu. Háblales de nuestro amor.

Diles... *los inviernos crecen.*

Esta historia, decepcionantemente simple, se explica por si sola. Es muy poco lo que habría que decir sobre ella excepto que sirve como un epílogo apropiado a esta antología sobre la condición extraterrestre.

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS DE SIGMA CORVI

Edward Wellen

Era un día igual que cualquier otro. Ayer, es decir, cuando sucedió. WATT es una pequeña estación de Radio (AM que cambia a FM por las tardes) situada en los muelles. Es casi el espectáculo de un solo hombre. Mi trabajo es de disc-jockey. Estoy en el aire todo el tiempo hablando o canturreando, sin apenas tiempo para pasar del jazz a las noticias. Las noticias que yo leo son frías, simples, como las recibo directamente. Pero ayer fue diferente.

Poco después de haber anunciado el paso de AM a FM, me di a mí mismo el encargo de transmitir las noticias de las 6,25, sumariamente, desde luego, lo que significa un minuto de tiempo entre la publicidad de Wembley's Fruit Nursery y la Funeraria de Freitag. Tomé el papel del teletipo y me acerqué al micrófono con mi mejor sonrisa.

Digamos que es posible que, como algunos dicen, sea el tipo de locutor que escucha el sonido de su voz más que el significado de las palabras, que conserva siempre la misma sonrisa aun cuando esté informando de una catástrofe. De todos modos no necesité mucho tiempo para darme cuenta de que algo iba mal en lo que estaba leyendo.

Pese a todo, mantuve la serenidad y continué leyendo hasta el final sin preocuparme demasiado por las palabras cuya

pronunciación no me resultaba familiar. Un tono de seguridad en la voz cubre, con muchísima frecuencia, las peores vacilaciones.

La copia que había tomado del teletipo decía así:

Para recapitular las noticias, golpe para desalojar a Xuqt de su cargo... Calma en la guerra de Homsaljje, disminuyen las bajas... Una mujer de Shivy da a luz un hijo... La Marcha de Eglefyk a través de Usdagug... parte de la ciudad foco de sangrientas luchas... Itaw... Sifykyvi afirma que Vlinbyl viola por dos veces su espacio aéreo... La costa norte de Idploldu amenazada por la marea negra... Se teme que el terremoto de Tepevippp haya causado miles de muertos... La estrella de cine Jat afirma que un matrimonio doble resulta doblemente excitante... El precio medio de Harr Dworne baja medio punto... Campeonatos mundiales Zwod vence a Gnordgyun Stake... Las fuerzas de la Brigada de Moral realizan una razia y detienen a varios azules... La policía desaloja a los ocupantes ilegales de un edificio abandonado... Previsión para mañana: despejado y temperaturas suaves.

Tan pronto terminé de radiar el anuncio que seguía al comunicado de noticias, puse un disco de larga duración y telefoneé a un amigo mío que trabaja en otra pequeña emisora (sólo FM) en un condado vecino.

—¿Notaste algo extraño en el último boletín de noticias, Tom?

—¿Algo raro? ¿Cómo qué?

—Algo curioso, fuera de lugar. Algo chistoso.

—Yo no me oí reír, si es eso lo que quieres decir.

—¿Nada fuera de lo corriente?

—No, nada. Sólo esas tonterías del comunicado oficial de acuerdo con las normas usuales. ¿Por qué? ¿Me olvidé algo? Sigue al aparato. Voy a recoger la hoja del teletipo, que debe estar en la papelera, y lo comprobaré.

Yo no iba a decirle lo que pensaba de todo aquello. Me pareció ver lo que iba a ocurrir. Ni siquiera el mal gusto de Tom era lo suficientemente grande como para no haber apreciado que en aquella serie de noticias había algo fuera de lugar. Volvió al aparato.

—Yo no veo nada que se salga de lo corriente. ¿Quieres que te lo lea por encima?

—Sí, haz el favor.

—Con mucho gusto: Un golpe de Estado en Sudamérica... La guerra de Indochina en un período de calma... Séxtuples en las Islas Vírgenes... De nuevo, encuentros entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte... Bien, escucha, Bill, ahora tengo que transmitir un anuncio en directo, así que si quieres que te siga leyendo esta porquería debes esperar al aparato o volver a llamarme.

—No, no es necesario, eso me basta. Ya sé lo que quería saber.

Era una mentira. Realmente me había aclarado lo que no quería saber.

No llamé a ningún otro amigo de otras emisoras y tampoco al servicio de noticias que nos las servía por teletipo. No quería estar seguro de que había sido yo el único que había puesto en antena lo que había leído. Sabía que no estaba loco. Tomé la arrugada hoja del teletipo y volví a leerla. La guardaría como prueba de que no había sido idea mía el emitir esa serie de incongruencias en el caso de que el controlador local de la oficina Federal de Control de Comunicaciones hubiera sintonizado mi programa cuando emití el boletín.

De momento yo no haría nada. No estaba dispuesto a acudir voluntariamente con la historia. No deseaba en modo alguno dar pie para que ese departamento federal iniciara una investigación. A los tipos de la Oficina Federal de Control de Comunicaciones no les gustaban los bulos ni las bromas y lo que yo acababa de transmitir tenía mucho de ambas cosas. A fuer de sincero, yo me vi envuelto ya en una ocasión en la emisión de una noticia falsa, de un bulo, algo estúpido de lo que no me gusta hablar... y eso fue lo que me hizo tener que volver a estos pequeños lugares apartados del mundo, de los que ya había logrado salir.

La noche siguió pasando y los nuevos comunicados fueron llegando al teletipo con absoluta normalidad... Mi emisión parecía haber pasado inadvertida y no tener las consecuencias que en un principio temí. Empecé a pensar que todo aquello estaba demasiado bien preparado y redactado para tratarse de una simple broma. Otra cosa que me extrañaba mucho era que ni uno solo de mis más fieles

oyentes me hubiera telefoneado para preguntarme qué significaba aquello. Si se hubiera tratado de una broma, al menos el bromista hubiera telefoneado para «quejarse» de nuestra informalidad.

¿Qué podía pensar de todo aquello? No se me ocurría una respuesta adecuada. O sí, sólo una.

En ocasiones una mancha solar puede hacer que las copias de un radioteletipo se conviertan en un mensaje indescifrable. Esto no era lo que había ocurrido en este caso, pues las noticias, aunque raras y fuera de lugar eran perfectamente inteligibles. De todos modos resultaba interesante comprobar la posibilidad de que hubiera habido alguna interferencia.

Mi lista de gastos en la emisora no cubría las conferencias interurbanas, así que tuve que sacar el dinero de mi bolsillo para telefonar al profesor de astronomía de la más próxima de las grandes Universidades.

—¿Mancha solar? No, últimamente no ha habido la menor actividad solar extraordinaria. La única cosa fuera de lo corriente que se ha visto en el cielo últimamente han sido, de acuerdo con un astrónomo japonés, ciertas anomalías en el espectro de Sigma Corvi. Pero, naturalmente, eso no tiene nada que ver en absoluto con nuestro sistema solar. ¿Qué le hizo pensar que pudo haber una explosión solar?

Sin responderle, le di las gracias por su información y colgué el teléfono.

Durante un minuto sentí como si me invadiera un frío interestelar, espacial. ¿Por qué yo? O mejor dicho, ¿por qué precisamente el teletipo de la emisora WATT, y cómo había podido entrar en nuestra línea de servicio de noticias?

Después me di cuenta de que tenía que guardar para mí mis sospechas. No podía permitirme el lujo de hacer cábalas sobre algo que no podía probar, sobre algo que no tenía la menor esperanza de poner en claro. Mis radioyentes esperaban encontrar en mí un locutor alegre, dicharachero y chistoso y mi jefe me pagaba para que los entretuviera y para que hiciera vender los productos que anunciaba. Decidí olvidar para siempre que aquello había ocurrido.

Y, después de todo, ¿qué había de especial en el día de ayer? Aparte de esa inesperada recepción de algo emitido en un planeta

en torno a Sigma Corvi (donde los nacimientos múltiples son la norma y donde el azul es uno de los colores de la piel de sus habitantes) en aquel boletín no había noticias que no pudieran haber ocurrido igualmente en la Tierra. Así que, decidí, ayer fue un día como otro cualquiera. ¿No tengo razón?